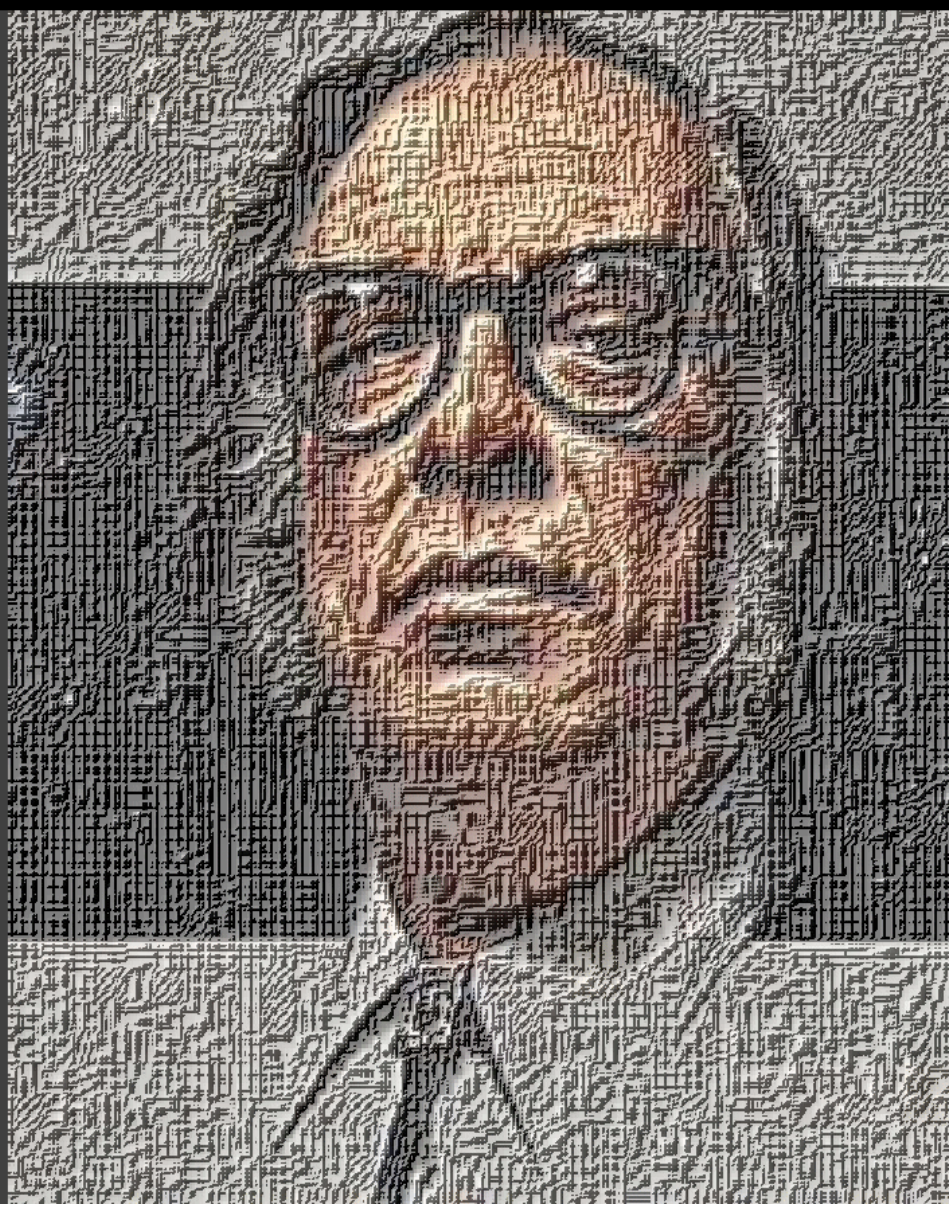
ASESINATO EN LA CONVENCIÓN

ISAAC ASIMOV



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1
DOMINGO, 25 DE MAYO DE 1975

1. DARIUS JUST (narrador), 1:30 de la tarde

Investigar la violenta muerte de un amigo y ver cómo ocurrió.

Lo que no podría ocurrir si: a) no hubiera sucedido primero, y no podría suceder si: b) no hubiera tenido lugar antes, etcétera, retrocediendo hasta las primordiales tinieblas del tiempo.

En el caso particular en que yo estaba envuelto, sin embargo, podemos limitar las causas directas a una específica y delimitada serie de sucesos, todos los cuales tenían que haber conducido a la muerte violenta para tener su oportunidad. Si cualquiera de ellos no hubiera tenido lugar, alguien, hoy muerto, estaría vivo; o de estar muerto, al menos no entonces, no de esa forma, no asesinado.

Y yo estaba en el centro de todos esos sucesos. Sin habérmelo propuesto, claro, pero estaba allí.

Retrocedo al domingo, 25 de mayo de 1975, que fue el primer día de la 75 convención anual de la Asociación de Libreros Americanos (ALA) desperdigados en unos cuantos hoteles por el centro de la ciudad, y también retrocedo hasta una mujer cuyo cometido era promocionar su libro en una conferencia de prensa.

Estaba citada con los miembros de la prensa a las cuatro de la tarde y tenía que decidir qué ponerse. Así, según me parece, cuando intento recomponer sus motivos en mi mente, ella estaba frente a un dilema. Por un lado, era joven y guapa y tenía un cuerpo que en todas partes encajaba divinamente, de modo que estaba poseída por el natural deseo de exhibir ese cuerpo al resto del mundo. Por otra, era feminista, y el libro que estaba promocionando era feminista, y cabía la posibilidad de que usar el viejo truco de su cuerpo para promocionar el libro no resultara demasiado feminista.

Ignoro si la embargaron las dudas; si así fue, no sé por cuánto tiempo. Ignoro si se lo pasó probándose diversos vestidos o si resolvió la cuestión por pura lógica femenina.

La cosa es que al final se decidió por un vestido blanco que, por encima de la cintura, constaba de un generoso pañito de transparente y abierta malla y debajo y aun sobre la cintura, nada que no fuera su carne desnuda y suntuosa. Cuando no hacía nada, sus senos permanecían a salvo bajo las pequeñas secciones opacas, estratégicamente emplazadas. Cuando alzaba un brazo, el vestido se le subía por aquella parte y el pezón correspondiente surgía de manera fugaz.

Todas estas cosas, tal como ocurrieron, las fui recomponiendo más

tarde. Yo no estaba allí cuando sucedió; nada concreto tenía que hacer allí. Eso, también, era un eslabón más de la cadena de sucesos.

Cuando nuestra amiga la feminista se decidió a surgir de manera fugaz ante el mundo, colocó el primer mojón de lo que iba a ser el sendero hacia la muerte. El hecho de que yo no estuviera en aquel momento en la sala de entrevistas, plantó otro mojón.

Si ella hubiera escogido para la reunión un papel de ruborizante modestia, quizá nada hubiera ocurrido, estuviera yo allí o no. Y si yo hubiera estado allí, nada habría ocurrido tampoco, así hubiera acudido desnuda.

Pero el caso es que se vistió como se vistió, y yo no estuve allí, y todo pasó como tenía que pasar.

Ahora bien: ¿dónde estaba yo para no estar allí?

En carretera. Había salido a la 130 de la tarde y me dirigía a la Convención de la ALA.

Mi editor tenía la corazonada de que sería beneficioso para mí (un escritor, aunque no en particular un escritor superfluamente triunfador) que me exhibiera y me diera un poco de publicidad y concediera algunas sonrisas entre los libreros en asamblea. No tuve nada que objetar. Todo esto no sería sino deducible como un caro negocio y constituiría una excelente excusa para alejarme unos cuantos días de la máquina de escribir.

En principio había elegido para ir el lunes, día 26, que era el día de la conmemoración, dejando que el primer día transcurriera sin más. Un par de meses antes había acordado dar una charla matutina en un templo el día 25, en un lugar situado a varios cientos de millas de la ciudad. No vi razón alguna por la que no debiera dejar que satisficiesen sus deseos de alimentarme (siento una irresistible predilección por la crema de queso y los filetes asados con trocitos de cebolla colocados cuando nadie mira) y salvar la jornada de esa forma. Con tiempo para la convención al día siguiente.

Pero entonces, un historiador amigo mío, Martin Walters, me llamó una semana antes y me preguntó si podía prestarle ayuda en un pequeño asunto de relaciones públicas en la Convención de la ALA. Estaba bajo la curiosa impresión de que yo era un firme partidario de escuchar conferencias y tenía la aún más curiosa fantasía de que mi nombre significaba algo para el mundo académico y que podía ser utilizado como un golpe de efecto.

Ambas concepciones me parecían lo más apartado de la verdad, pero

se trataba de un amigo y uno suele ayudar a los amigos; además, no me sentía muy impulsado a contarle la verdad: que mis conocimientos de historia eran nulos y que el conocimiento que el mundo tenía de mis dotes era más nulo, si cabe.

¿Para cuándo me necesitarás? —dije.

Estoy citado para las cuatro y veinte del domingo —dijo. Hice rápidamente un cálculo mental y resolví que podía comerme mis filetes y cumplir con la llamada de socorro.

Estaré allí —dije, añadiendo por precaución, como siempre hago dejando que un brote irracional inunde mi parte racional—. Si Dios quiere.

Pero los deseos de Dios habían ya fijado su lugar. Se trataba de otro mojón en el fúnebre sendero. De hecho, puesto que el requerimiento de mi presencia sucedió una semana antes de que nuestra amiga la feminista se contoneara ante el espejo de su habitación del hotel, afirmando que estaba demasiado apetitosa para ser cierto, mi declaración consistente en las palabras «Estaré allí» debe ser considerada como el auténtico comienzo.

Di mi charla y expliqué cortésmente que tendría que comer y salir a escape. Después de comer, a la 1:30 de la tarde, corrí hasta mi coche y me dirigí hacia la ciudad a velocidad moderada, sin experimentar ninguna duda al respecto.

No tuve ninguna razón para cambiar mis propósitos hasta que alcancé el cruce norte de la autopista. No creo que nadie pueda decir que un embotellamiento en el cruce norte es un deseo de Dios. El Todopoderoso no se ha preocupado hasta ahora de dar ninguna señal que nos lo confirme.

No obstante, pensaba que mis cálculos habían sido lógicos. Estábamos en plena jornada de un fin de semana de tres días. Cualquiera que hubiera deseado largarse a cualquier parte lo habría hecho ya. Cualquiera que por la razón que fuere hubiera deseado regresar, no había tenido tiempo de volver. Asumí mi facilidad para tales cálculos, de modo que estaba perfectamente tranquilo.

El problema es que no hay día del año en que uno o dos coches no se atasquen en el cruce norte. Tiene que haber por lo menos un millón de motoristas que, no encontrando otra fuente de diversión, optan por conducir sus cacharros hasta el cruce norte y los dejan abandonados allí. Una vez corre la voz (telepáticamente, presumo) de que la autopista se ha estrechado, todo el norte de la ciudad converge allí con salvajes alaridos de placer.

Ese fue el inicio de la fatal irritación que me consumió aquel día. No soy particularmente famoso por mi ecuanimidad, pues no hay ley que diga que yo tengo que irritarme, a menos que uno afirme que existe una perversión cósmica que estipula que el cruce norte tiene que irritar a cualquiera.

El caso es que yo estaba irritado. Avanzaba paso a paso, contemplando la triple fila de coches que había delante de mí, todos avanzando a paso de caravana, como una ola de calor sin ningún alivio a la vista. Me permití interrogarme sobre por qué no había tomado la Western Parkway en vez de este camino, y de vez en cuando me sentía sacudido por un arrebato de furia con sólo mirar el reloj,

¡Pero lo conseguí! ¡Lo conseguí!

Llegué a mi apartamento, que se encuentra a sólo una milla del hotel al que tenía que dirigirme; aparqué, me aseé un poco, me cambié, tomé un taxi, llegué al hotel, hice mi camino hasta el quinto piso, localicé la sala de entrevistas y penetré en ella exactamente a las 420 de la tarde.

Exactamente a las 420 de la tarde.

2. MARTIN WALTERS, 4:20 de la tarde

Si yo hubiera llegado veinte minutos más pronto, todo habría sido diferente, todo habría salido perfectamente... y veinte minutos era exactamente el tiempo que había perdido en el cruce norte. El idiota desconocido que detuvo su vehículo en algún lugar cercano a la salida de la Oak Avenue había contribuido también con su buena tanda de mojones.

Y, sin embargo, para ser sinceros, me sentía complacido por haber llegado a las 4.20. Yo era Phileas Fogg (1) dando la vuelta al mundo y llegando al club en el segundo exacto. Incluso jadeé con dificultad como si hubiera estado corriendo, cuando la verdad era que, salvo la caminata por el repleto vestíbulo a una velocidad razonable, la tarea la habían llevado a cabo motores de varias clases.

Esperé los usuales quince segundos para que alguien advirtiera mi presencia, pero nadie la advirtió. No me sentí demasiado sorprendido. La sala era una casa de locos, los miembros de la ALA intentando oír a los periodistas y los periodistas preguntando claramente, en voz más o menos alta, cómo se las iban a arreglar para distribuir a los conferenciantes.

Aparte de esto, aunque hasta ahora he evitado decirlo, mido exactamente 158 centímetros. Suena bien, dicho así, si uno no está

1 Protagonista de La vuelta al mundo en ochenta días, de Julio Verne.

acostumbrado al sistema métrico decimal, pero ocurre que uno hace un juego de manos y murmura las mágicas palabras «2,54 centímetros hacen una pulgada» y todo se convierte en cinco pies y dos pulgadas... más ojos azules que no se ven con mi estatura y una buena ración de bondad que me caracteriza.

A menos que la gente me conozca, suele mirar por encima de mí, aunque sea después de quince segundos, por lo que me permito darme a conocer. Poseo una voz potente y no tengo el menor escrúpulo en usarla.

De modo que dije alta y claramente:

Soy Darius Just y tomo parte en la conferencia de prensa de Martin Walters sobre «Los negociadores de la paz»

No causó mucho impacto, puesto que la mayoría de los allí reunidos siguieron con lo suyo como si nada hubiera ocurrido, como si no les afectara que yo fuera Darius Just, sólo Darius (2), o simplemente cero, cosa que no recibí precisamente con agradecimiento.

Estaba a punto de repetir mis palabras unos cuantos decibelios más alto cuando una mujer se me acercó con aspecto irritado, como si le hubiera interrumpido alguna importante misión (lo que, desde su punto de vista, supongo, yo había hecho), y dijo:

¿La conferencia de prensa de Walters?

Descubrí más tarde que la mujer estaba a cargo del departamento de entrevistas de la ALA. Se llamaba Henrietta Corvass; era un poco gorda para el vestido que llevaba; y poseía un insultante aire de supereficiencia como si estuviera dotada de veinte dedos con los que hábilmente pulsar las cuerdas.

Ábrame antes un poco de paso hasta la tribuna —dije.

Usted no puede hacer eso. Ya está acabando.

Le devolví la mirada y entonces me cruzó la mente una horrible sospecha.

¿Qué hora es? —pregunté mirando mi reloj.

Las cuatro y veintidós —dijo ella.

En aquel momento, Martin salió de la sala contigua. Allí estaba él, con su gran tamaño (sólo un poco más de seis pies), y su sonriente y complacido rostro, y con unos quevedos que

uno no espera encontrar fuera de un museo. Combínese esto con un mechón de blanco pelo en su mentón y un generoso mostacho, igualmente blanco, en el labio superior, y se

2 Juego de palabras con el apellido Just, que también significa sólo, justamente, etc.

obtendrá algo aproximado a una figura literaria decimonónica.

Era un perfecto caballero, y entiendo por caballero alguien que jamás, bajo las circunstancias que sean, hace la menor alusión a mi estatura. Uno se sorprende al comprobar cuan pocos quedan ya en el mundo. Quizá a causa de la constante preocupación que Walters sentía por el pasado, sintiera también un notable recato en conexión con la más grande liberalidad de lenguaje permitido por sus contemporáneos. O quizá se tratara de que iba demasiado lejos en su caballerosidad.

Por ejemplo, le oí citar el siguiente limerick compuesto por un amigo mío llamado Asimov, que jugará su papel en los sucesos venideros. Dice así: Erase una joven pareja de Florida

cuya pasión era ya fuego.
Planearon ir a apagarlo
a la cama de un hotel.
Pero ¿quién puede esperar? iEn el mismo pasillo se remojaron! (3)

Cuando lo citó, pronunció la palabra del último verso de manera muy embarazosa (4) Y todavía lo sigue haciendo. Para más inri, se estaba dirigiendo a una audiencia compuesta por hombres (ase imaginan ustedes una organización exclusivamente masculina en estos tiempos de tanta mujer liberada?).

En otra ocasión me dijo con aspecto de saludable indignación:

El problema es que la gente usa vulgarismos generalmente extendidos, sin la más remota idea de su significado. Como la mujer que camina por la acera en Park Avenue y exclama con profunda consternación: «iOh, mierda! iMe he metido en un lugar de perros!»

Sin embargo, antes de pronunciar la exclamación, bajó la voz hasta convertirse en un susurro que casi no capté ni gorda.

De todas formas, ahora me estaba sonriendo un poto nervioso y me dijo:

Ah, Darius, ha sido excelente que te decidieras a aparecer. Eres un buen amigo.

Un inocente es lo que soy —dije irritado—. Vives tan sumergido en el pasado que eres incapaz de darme una hora correcta, en presente de

3 There was a young couple from Florida / whose passion grew steadly torrider. / They were planning to sin / fit a room in an inn. / Who can wait? So they screwed in the corridor!

Donde el original dice screwed, "atornillarse", "enroscarse".

indicativo. Me dices a las cuatro y veinte y me obligas a matarme en los atolladeros de las autopistas (no era exactamente esto, pero no me iba a poner ahora a elegir las frases más oportunamente moderadas), total para venir y ni siquiera encontrarte para recibirme.

En este momento, Martin podía haber roto la cadena de circunstancias que por lo bajo se iba eslabonando. No hubiera sido pedir mucho. Podía haberse dado de cabezazos contra la pared, o haberme cogido de la mano, o haberse arrojado contra el suelo y empezar a suplicarme que diera saltos sobre él... cualquier minucia por el estilo.

Pero no lo hizo. Decidió que lo que se necesitaba era una buena carcajada. De modo que concediéndome el privilegio del viejo majadero, me pasó un brazo por los hombros, me dio una palmada y me dijo:

He aquí lo que ha pasado, Darius. En el turno, delante de nosotros estaba una mujer que quería promocionar un libro feminista escrito por ella, y el caso es que vino con un vestido prácticamente transparente, prácticamente sin nada debajo, si es que captas la sutil alusión.

Había captado exactamente la sutil alusión.

¿De veras?

Bien, su agente de ventas dijo que ésa no era forma de presentarse ante los miembros de la prensa.

¿Por qué no? —dije agriamente—. ¿Han reclutado periodistas de catorce años para

estos días?

Bueno, no —dijo Martin graciosamente. Parecía verle todavía el humor a la cosa—. Sólo que construirán sus reportajes a base de descripciones del vestido de la fémina en vez de una sinopsis del libro.

La cosa es que, él le dijo a ella que se cambiara de ropa. Aquello significaba que los de la prensa vagarían de un lado para otro a menos que se les arrojara otro hueso que roer, y puesto que yo estaba allí, empezaron a preguntarme veinte minutos antes. No pudo evitarse, Darius, aunque (su voz cayó ahora en lo confidencial) estas conferencias no valen gran cosa.

No era una catástrofe, entiéndaseme; nada terrible me había ocurrido. Me había perdido una sesión de veinte minutos que no valía gran cosa y que, no concerniendo a ninguno de mis libros, me habría fastidiado.

Pero fui forjado para parecer imbécil ante mí mismo y no podía aliviar mis sentimientos culpando a alguien. Una mujer se había puesto un vestido imponible, un agente había protestado, una secretaria de entrevistas habla reaccionado lógicamente, un amigo mío había cooperado... y en cuanto a mí, el tráfico me había concedido el derecho de hacer el bobo.

Si hubiera salvado el cruce norte sin retraso, habría llegado al hotel a las cuatro en punto y habría estado con Martín, atribuyéndome la hazaña de haber llegado temprano. Si me hubiera retrasado cuarenta minutos en vez de veinte, me habría perdido igualmente la conferencia de prensa y el asunto del adelanto habría sido irrelevante.

Pero en los términos en que había ocurrido, sin embargo, me sentía furioso, sin ningún desahogo satisfactorio para mi furia. Nadie me había ofendido deliberadamente. No tenía por qué enfadarme con Martin, que se las había tenido que arreglar solo, de modo que dije:

—Bien, no pasa nada —y sonreí sin convencimiento.

Me puse a ir de aquí para allí, rabioso y triste, consistiendo toda mi rabia en el hecho de haber sido herido de forma tan trivial, más bien de forma infantil. Me encontraba dispuesto a aguardar el momento de toparme con alguien en quien encontrar el menor pretexto para descargar mi resentimiento, y cuando tal persona estuviera a tiro, yo atizaría, y atizaría duro.

Al tomar tal actitud, justificable empero por lo que podían haber sido términos infrahumanos, estaba plantando el mojón más grande y visible y comenzando a ubicar bajo mi responsabilidad el asesinato, responsabilidad que podía haber sido más grande que cualquier otra: incluyendo la del propio asesino.

3. MICHAEL STRONG, 4:30 de la tarde

La suerte todavía no estaba echada, naturalmente. Podía haberme sentido lo bastante rabioso, o lo suficientemente humillado, como para irme a casa y olvidarla junto con la convención.

Pero no lo hice. Se trataba principalmente de la oportunidad, como en cualquier convención, de poder encontrarse con alguna mujer interesante. No había tomado ninguna habitación del hotel para mí, viviendo como vivía lo bastante cerca del lugar de la convención como para ir en autobús o incluso andando. Sin embargo, la mujer en cuestión podía tener alguna que fuera apropiada. Admitiré que no estaba en forma en aquellos momentos, con el chasco de la conferencia de prensa pesando negramente sobre mis hombros, aunque sabía por un razonable cúmulo de experiencias pasadas que podía disponer del humor necesario sin que se me partiera la espalda. Y además, quería echar una ojeada por los puestos de exhibición, muchos de los cuales (no demasiados) se encontraban en la segunda planta de este hotel. Según la guía de muestras, había 600 puestos ocupados por

aproximadamente 350 expositores: un récord. Tenían que proveer a una concurrencia de 12.000 interesados, también otro récord.

A mí me parecía divertido que hubiera tantos concurrentes, casi todos ellos libreros. A pesar de la existencia de las bibliotecas y los clubs de lectores, los libreros continuaban siendo

el esqueleto del campo, el puente indispensable entre editores y autores que producían los libros y el público que los leía.

Y, claro, los editores se daban de guantazos por los pedidos de los libreros, quienes, en réplica, están muy deseosos de descubrir los artículos que pueden aprovechar para sus reservas.

Es difícil la venta para editores y autores. Los editores llenan sus catálogos con éxitos de antaño para obtener (así lo esperan) ganancias seguras.

No toda la pequeña promoción de adminículos es sustanciosa y los autores no están para ejercicios kitsch. Claro que se puede echar mano de las camisetas con el nombre de un libro cosido que luego se llenarían de jovencita lo bastante rellena como para estirarlo y desarrugarlo. En consecuencia, el título del libro se curvaría por la parte de los promontorios y el precipicio que por allí está, resultando previsible que cuantos contemplasen el paisaje advirtiesen también el título.

Había por allí un tipo con el que me crucé al dirigirme a la sección de expositores que, a distancia, parecía ir vestido con una cota de malla. Pero me quedé pasmado cuando lo tuve más cerca: resulta que llevaba el traje fabricado con los abridores circulares de las latas de cerveza. Estaba, naturalmente, anunciando un libro, posiblemente suyo, que trataba sobre el cuidado y uso de las anillas de las latas de cerveza para diversión y provecho. Medité un momento y decidí que cualquier cosa que mantuviera las calles, los invernaderos, los bebedores de cerveza y los lectores abstemios limpios de anillas de lata de cerveza (incluso de anillas de latas de cerveza sin alcohol), no podía ser nada malo.

Había también otro tipo que deambulaba estólidamente por la convención, desde el primero al último día, acicalado con vestimenta de ángel, dando publicidad a un libro cuyo título nunca pude pescar. Lo vi una o dos veces de paso, pero fui consciente de su existencia sólo cuando apareció en la primera página, sección segunda, de los periódicos. Tampoco éstos parecían haber captado el título del libro.

Luego, naturalmente, estaban las conferencias de prensa, en las que yo había jugado tan gloriosa baza y las secciones de autógrafos en las que los

autores favorecidos por la fortuna firmaban libros a todo quisque. (Los libros, por supuesto, había que pagarlos, porque no se la iba a cargar el librero.)

He aquí, pues, por qué no me gusta tanta ostentación, pues uno tiene que contentarse con mirar ávidamente y con no oculta envidia esas seguras inversiones de que hablé antes y desear, mal que le pese, que cualquiera de tales libros sea el propio.

Mi quinto libro había salido en la Prism Press y deseaba, con bastante premura, que marchara mejor que los otros cuatro a fin de sentirme un poco más holgado en medio de tanta carestía.

Sin duda, cada una de las cuatro novelas precedentes era un succés d'estime (5), lo que significaba que cada una atraía a un distinto nivel de favor crítico que encontraba la aprobación de una rarificada región habitada por personal excesivamente exiguo para suministrar un número satisfactorio de ventas.

Es un consuelo, supongo, saber que mis libros sobrevivirán a todos esos adocenados best-sellers («adocenados» es el adjetivo modelo usado por los autores que no figuran en la lista) y que yo seré reconocido por la posteridad, aunque no me hace ninguna gracia que esa posteridad se aproxime por inanición.

Con todas estas cosas y algunas otras rondando mi cabeza, estaba a punto de entrar en la sala de expositores cuando me sentí atrapado por el servicial sonido de una voz que decía:

—¿Tiene insignia, señor?

Mi mano, automáticamente, corrió hasta la parte izquierda de mi pecho sin encontrar nada. Mi editor me había enviado una insignia con otras zarandajas y yo sabía que la había traído conmigo. Me tanteé los bolsillos y miré a la persona que me había dirigido la palabra.

Obviamente era un miembro del personal de seguridad del hotel. Por lo menos vestía una especie de uniforme tostado; pantalón, camisa y chaqueta del mismo color, más una gorra

con visera. El nombre del hotel aparecía sobre el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta y la palabra «seguridad» debajo. ¿Cuántas evidencias más necesita uno?

Consideré que era un tipo bastante alto, más o menos seis pies, y de brazos musculosos. Tenía el pelo fino y claro, tan claro que no pude distinguir sus pestañas ni sus cejas. Sus ojos tenían aspecto de estar

5 Apreciación favorable en un balance general. En francés en el texto. (Buena cogida.)

desamparados. Su mentón estaba hendido y el hoyuelo del centro parecía estar allí sin otro propósito que señalar su lugar. La cara era pecosa y el tipo parecía estar ansioso.

Hela aquí —dije alargándole la insignia para que la viera; luego me la prendí de la chaqueta.

Darius Just —dijo él—. ¿No es usted escritor?

Acusé la acusación.

Sí, soy escritor.

Yo le conozco a usted —dijo él—, le conozco —chascó los dedos un par de veces rápidamente—. ¿No es Giles Devore su protegido? -pronunció la última palabra (6) con una blanda g inglesa y una e larga al final.

Lo ayudé a moverse hace algunos años —admití.

Es un gran escritor. Debe usted estar orgulloso de él. Me encanta su libro.

Se pondrá muy contento de saber eso —dije, sin entusiasmarme lo más mínimo. Estaba claro que para este honrado pero estúpido empleado la razón de mi prestigio residía en el hecho de que Giles había sido mi protegido, y no era ésa la manera en que yo esperaba pasar a la historia.

Alcé el brazo significando cariñosa despedida, y dije:

Bueno, lo dejo.

Pero él respondió:

Espere un momento.

Estuvo rebuscando en sus bolsillos hasta que optó por coger una hoja de papel de un escritorio cercano, lleno de desperdicios.

¿Puede firmarme un autógrafo?

Me detuve resignado. Sin embargo, todavía no he llegado al punto de estar tan saturado de ofertas que me sienta poseído por el deseo de rechazar tales invitaciones.

Claro.

Cogí el papel y ya estaba a punto de echar mano de mi pluma cuando él me lo impidió. Abrió el bolsillo izquierdo de su chaqueta y entre no menos de tres plumas escogió la, supongo yo, más honorable. Mientras me la tendía, me dijo con ardor:

Mi nombre es Michael Strong. En medio la inicial P. ¿Podría poner

6 Protege.

«Para Michael P. Strong»? Aunque sólo «Mike» también estaría bien.

Escribí «Para Mike», que era lo que me costaba menos esfuerzo, y me contuve el preguntar si la P era por Patrick, aunque aposté para mis adentros diez contra tres a que lo era.

¿Lo firmo «Padrino de Giles Devore»? —dije, intentando no ser excesivamente sarcástico.

No, sólo su nombre —dijo él con inocencia—. Obtendré más tarde la firma de mister Devore en uno de sus libros.

Nada de pedacitos de papel para Giles; también hay jerarquías para estas cosas.

¿Puedo irme ya?

¡Claro! Un montón de gracias, mister Just —y me saludó con la mano.

Los guardias son esenciales en esta clase de exposiciones para prevenir los robos. Hasta con uno en cada esquina se roban libros y otros artículos en cantidades alarmantes. ¿Quién sabe cuántos indeseables con intenciones criminales se cruzan con Michael Strong, por ejemplo, mientras se preocupa por remediar el hecho de que yo no sea Giles Devore?

Pero no era de mi incumbencia preocuparme de asuntos oficiales, ni de la eficiencia del

servicio de seguridad o de su ineficacia. O así me parecía, vamos. Caminé hacia el interior. Y lo que el guardia había logrado, con su zanganería, era dirigir mi, hasta entonces, ira sin rumbo un poco en dirección de mi viejo amigo Giles Devore.

4. THOMAS VALIER, 4:40 de la tarde

Podía haber tratado de localizar a Prism Press en la guía de puestos expositores que había cogido de la sala de entrevistas, pero no estaba de humor para ello. Ceñudo, me puse a investigar su paradero por simple intuición, apostando conmigo mismo a que los Valier habían encontrado el peor sitio, colocando de paso en el peor sitio el muestrario de mis libros.

De lo que no me daba cuenta entonces —ni podía-era de que una vida estaba en juego y se balanceaba al tenor del nivel de mi irritación. Que nada ocurra capaz de desbordar el índice de lo previsto y todo irá perfectamente. Que Prism Press se haya situado en una ventajosa posición —potenciando un ostentoso muestrario de mi nuevo libro. El mañana es para los pájaros-y la guadaña dejará tal vez de balancearse.

Permítaseme incluso algo más moderado, menos exigente, como lo que estaba ocurriendo: el paseo que estaba dando por entre filas y más filas de carteles y letreros en bloques y bancos de color... y me habría apaciguado. Así se tratara de comercialidad, vocinglería y mierda infame -no importa mi desaprobación en principio—, se trataba también de libros que se estaban vendiendo y los libros son mi mundo. Amo las portadas, los títulos, las pruebas de imprenta y todo cuanto se relacione con ellos.

Y como la tensión comenzaba a filtrarse lentamente, ila precipité!

Podía haber sido culpa mía; yo no estaba observando exactamente por dónde iba. Además, estaba todo lleno de gente y dar codazos era allí una concepción del mundo.

Eso es lo que significa precipitarse para mí. El no creer en la mirada retrospectiva. Un recreo progresivo a base de ahí me las den todas.

Yo me había estado precipitando toda mi vida y hay dos formas de las que se puede reaccionar. Una es aprender a menospreciar y a desaparecer entre bastidores. Puede cultivarse inadvertidamente y saber cuándo conviene no patinar para evitar esta o aquella caída.

Pero éste no es mi estilo. Lleva mucho tiempo y requiere un espíritu elástico, lo bastante como para ser zarandeado durante largos períodos sin perder el tipo. Y yo no lo poseo. Tengo que escoger la otra forma de batallar, dando la cara en el lugar y en el momento oportuno.

Lo que quiere decir que me pasé una buena porción de mis años tempranos recibiendo sorpresas, a veces de índole airada, y más a menudo de índole sarcástica, que es peor. No me ocurre tan a menudo ahora. He tenido que invertir un tiempo precioso en el gimnasio a fin de aprender a contar con una fuerza muscular superior en una variedad de casos. Lo que se resume en que he tenido que aprender a parar los pies por la fuerza a los atropelladores.

Y puesto que la trompetera fama se difunde, raramente soy precipitado, salvo por accidente.

Como en este caso. Y como el chasco de la conferencia de prensa todavía pesaba sobre mí, di la bienvenida a la oportunidad de pasar a la acción física. Di un codazo al atropellador en un costado con considerable ímpetu y dije:

A ver si nos fijamos, muchacho.

Quienquiera que fuese el que se tambaleó de costado, se las apañó por recuperar el equilibrio y luego de mirarme tras un momento de confusión, dijo:

Lo siento, chico.

Y siguió andando.

¡Chico!

Tengo cuarenta y dos años. Cierto que parezco más joven, pero nadie podría echarme menos de treinta y dos. iChico!

Había pagado su automático tributo a mi estatura, de modo que el sosegador efecto de mi medio ambiente se esfumó de forma repentina. Otra vez arrugué la frente y le cogí manía al mundo.

Por fin llegué hasta la Prism Press. Estaba entre un muestrario de diccionarios y un puesto perteneciente a una casa editora que publicaba libros devotos. Thomas Valier en persona estaba allí, elegantemente vestido, estatura media nada más, sin ninguna mota gris en su negro cabello, con sus ondas en el lugar apropiado. Era el vivo retrato del ejecutivo joven con talento y lealtad. No os fiéis de los retratos.

No obstante, era un ejecutivo honrado. Prism Press es propiedad privada y Tom Valier y su esposa son los propietarios privados. Lo que tiene sus ventajas. Prism Press es lo bastante pequeña como para pensar en un solo hombre en cabeza —Tom en este caso-y saber que él es ese hombre y que se conoce cada rincón de los asuntos de la casa. En Prism Press jamás se encontrará uno negociando con editores impotentes que dependen de las decisiones sin rostro de un comité técnico o de una decisión del remoto Olimpo

Lo que tampoco es muy ventajoso. En las firmas grandes, cuando uno llega a llamar la benemérita atención del Olimpo, tal circunstancia equivale a dinero y poder. Tom, de la Prism Press, puede darle a uno todas las atenciones personales que necesite y no hay ocasión para un comentario adverso detrás de esa favorable decisión suya... aunque el empuje financiero que potencia su atención personal sea más bien limitado.

No obstante era una persona amable y a mí me gustaba... pero no entonces. De hecho, en aquel momento, me disgustaba profundamente al no ver ningún ejemplar de El mañana es para los pájaros, sino tan sólo un cartel anunciando su inminente salida. No ocurría lo mismo con el nuevo libro de Giles Adiós para siempre. Al menos había una pila de veinte: Adiós para siempre, por Giles Devore. Y ni que dudar cabe que serían repartidos a los libreros estratégicamente emplazados.

¿Qué tal, Tom? —dije en tono displicente.

¡Darius! —Tom me vio sólo en el último momento. Es un deporte que tiene la gente. Como si les llevara tiempo molestarse con algo que no se encuentra al nivel de sus ojos—. Bien. Bien. Hay bastante interés en

Adiós para siempre.

No me pareció muy alegre. De hecho parecía fatigado y tirante, lo que en modo alguno me entristecía sobremanera. Aunque tampoco me sentía regocijado conmigo mismo.

¿Qué mierda me importa a mí Adiós para siempre? —dije—. ¿Cómo va mi libro?

Juraría que Tom tuvo que pensar un rato antes de recordar que tenía un nuevo libro mío en su catálogo.

Es difícil de decir —dijo por fin-sin los ejemplares de muestra. Los tendremos a tiempo para la Convención de la Asociación de Bibliotecas Americanas. Ese será el momento de tus ventas, muchacho.

Sí, supongo que sí. Pero ¿acaso no llegó a tus manos mi manuscrito antes que el de Giles?

Sí, pero recuerda que hubo una cuestión que revisar...

Lo recuerdo, lo recuerdo —y le dije adiós con la mano. No quería enfrascarme otra vez en polémicas.

5. GILES DEVORE (en retrospección), 4:45 de la tarde

¿Cómo, carajo, lo habría hecho Giles Devore? No lo entendía ni siquiera cuando intentaba hacerlo posible. Ni lo entiendo ahora. Lo que escribe no está bien escrito; adolece de construcción apiñada. Sin embargo, posee un vigor, una fuerza que te agarra y no deja que abandones cualquier cosa que escriba. Captas su significado, pero sólo después de volver una nueva página, y luego otra más, y aún otra más...

Me lo encontré en 1967, cuando él tenía veintiún años. Yo contaba treinta y cuatro y dos libros bajo la faja (y muy pocas facilidades) No obstante, eso significaba que yo era, si no un autor con éxito, sí al menos un autor establecido, de modo que el joven Giles se sintió movido a traerme un manuscrito.

Como todos los autores que conozco, sufro ante la llegada de manuscritos no solicitados

y ante el celo de los cachorros aficionados por lograr el dominio de un par de normas («Comenzar todas las frases con una mayúscula y dejar un espacio detrás de la coma») que serán suficientes para convertir sus primerizos trabajos en absolutas obras maestras.

Generalmente, devuelvo tales manuscritos sin leerlos, pero Giles era demasiado inocente para enviarme el suyo por correo. Se presentó en persona, sin ni siquiera haber llamado por teléfono para concertar una cita

previa. Me contó, cuando se lo pregunté, que si no hubiera estado, habría vuelto otra vez, y otra vez nuevamente, hasta que estuviera. Aquello revelaba un nivel de ausencia de sofisticación que exprimía de mi cuerpo toda misericordia vergonzosa.

Me atrevería a decir que podía haber acuchillado la garganta literaria de aquel joven sin remordimiento si no me hubiera visto tan confiadamente expuesto a la cuchillada.

Media seis pies y tres pulgadas y su complexión era lo justamente amplia, aunque por aquellos días estaba muy delgado. (Ha engordado considerablemente desde entonces.) Caminaba con paso que se excusaba a sí mismo, como si lamentara infinito medir seis pies y tres pulgadas. Era, y todavía lo es, el único hombre de cuantos he conocido que se las arregló para hacer comprender, convincentemente, la tragedia de la estatura. Nunca lo había visto antes y jamás había pensado yo que tal sentimiento existiera o que pudiera existir.

De modo que allí estaba él, en 1967, en pie ante mí con un manuscrito en las manos —un cabal manuscrito de una novela en una caja de folios, sin palabras que excusaran su estatura—, y mirándome con la vista baja de una manera tal que parecía mirarme con la vista elevada a los cielos. No, no sé cómo puede ser posible una cosa así, pero el caso es que me hizo sentirme más alto de lo que era, razón que pudo haberme llevado al punto en que, para mi sorpresa, me escuché diciendo:

—Bien, siéntese y echaremos una ojeada a esto.

Tres horas más tarde todavía permanecía allí, yo todavía leyendo, aunque eran ya las siete de la tarde. Lo invité a cenar al otro lado de la calle, donde tomamos unos bocadillos, y luego volvimos para continuar la lectura.

No, no estaba yo bajo la impresión de haber descubierto un genio. Para ser sinceros, el libro era espantoso, sencillamente espantoso, escrito de arriba abajo con abominables diálogos, incapaces de cuajar.

Pero seguí leyendo. Esto era lo más sorprendente. Que seguí leyendo. Tenía el gancho de hacerte imposible conjeturar lo que iba a venir... y de algún modo haciendo que desearas saberlo.

Por primera y última vez en mi vida —y no se ha repetido, lo juro ante lo más sagrado- tomé a mi cargo a un ser humano y su libro. Lo reescribió dos veces bajo mi dirección y le llevó dos años.

No fueron exactamente dos años placenteros. Excepto una pensión que le pasaba su padre, Giles se encontraba sin emolumentos fijos, y mi propio ego sufría por el tiempo que estaba perdiendo con él, imaldita sea! Hacia el

final, cuando ya había resuelto sujetarlo a la máquina de escribir hasta que estuviera terminado, lo tuve instalado conmigo durante dos meses y cinco días.

Recuerdo ese lapso de tiempo hasta en el cómputo de los días porque era un tipo insufrible.

No era ruidoso. No bebía ni fumaba. Se mantenía prudentemente apartado de mi cotidianidad. Era indefectiblemente educado y humilde. Era meticulosamente aseado.

Aquí estaba la pega, en lo de «meticulosamente aseado» A mí no me importaba la pulcritud, naturalmente; hasta hago esfuerzos por ser un tipo limpio.

Pero ¿y el lavarse cuidadosamente las manos cada vez que se levantaba de la máquina de escribir? ¿El doblar cuidadosamente sus ropas cada vez que se las quitaba? ¿El quitar el polvo, pasar el trapo y abrillantar cada pedazo de terreno próximo a él hasta el punto de dejarlo como un muestrario de joyería en medio del rústico metal de que se componía el resto de mi apartamento?

El único hábito desaliñado que tenía se refería a las plumas. Casi todos los escritores que conozco tienen alguna que otra pejiguera con las plumas: o las coleccionan, o se las comen, o les rinden agasajo, y no sé cuántas cosas más. En lo que respecta a Giles, las desmontaba. Siempre que se situaba en ese limbo donde todo buen escritor se pone a oír sus diálogos y a corregir las secuencias de su trama, él se ponía a desmontar bolígrafos.

Y con bastante frecuencia, quizá tres veces de cada diez, el pequeño muelle de dentro salía disparado y aterrizaba en el suelo. Debo haberle ayudado a encontrarlo lo menos una docena de veces. Tenía que hacerlo. No volvía a sus papeles sin ello. Más tarde, se acostumbró a usar bolígrafos que no pudieran desenroscarse y que no tuvieran muelle.

Pero nunca era óbice la pulcritud ni el desenroscamiento de bolígrafos. Finalmente lo acabó y llevé el manuscrito a la Prism Press. Podía haberlo llevado a la Doubleday, pero sentí que era justo dar a Tom la primera oportunidad. Además, sabía que podía hablar con Tom aunque no le gustara, cosa que no podía hacer con nadie de la Doubleday (y aunque hubiera podido, me habría visto frente a todo un comité ejecutivo y habría dado media vuelta)

Tom consintió en publicarlo con algunas vacilaciones. Ahora niega haber experimentado la menor duda y afirma que yo tuve que darme

cuenta de que él era plenamente consciente de los méritos encerrados en el manuscrito que tuvo delante, aunque tengo plena fe en la precisión de mi poder para recordar.

El libro fue publicado en 1969 y no fue una gran cosa al principio. Se vendieron algo más de cuatro mil ejemplares en tapa dura, lo que no era nada despreciable para una primera novela que aparecía justo cuando la administración Nixon empezaba a cortar los apoyos federales a las bibliotecas.

Esto puede sorprender cuando declare que el libro del que hablo es Encrucijada, que hoy es virtualmente objeto de culto.

Hasta 1972 no se ocupó la Prism Press de buscar un editor de libros de bolsillo para él y fue entonces cuando el libro conoció su lanzamiento. Encontró pública resonancia en las universidades y se convirtió en una revelación sensacional. Quizá fuera la cualidad de lo semifantástico lo que llamaba al público cuando se encontraba inmerso en la semifantasía del caso Watergate. En el libro, el punto de encrucijada (ya ven, el título) donde se daban cita la realidad y la fantasía es alcanzado media docena de veces y cruzado bien en esta dirección, bien en aquélla. Cerca del final, como ya sabrá quien haya leído el libro, no está claro si la conclusión pertenece a lo real o a lo fantástico.

Aun cuando no esté bien escrito está hermosamente realizado, casi como si las grietas de la escritura fueran parte esencial de las grietas del universo de la Encrucijada: las grietas que hacen posible retroceder y avanzar.

El éxito final cogió tan de sorpresa a Giles como a cualquier otro. En seguida que Tom aceptó el libro y Giles cobró sus dos mil dólares de anticipo (casi nada, aunque la primera idea de Tom fuera ofrecerle quinientos), me lo quité de encima. Giles intentó darme la mitad del anticipo, pero por supuesto que no acepté. Sin embargo, es más bien agradable y patético recordar ahora la espontaneidad y grandeza de su gratitud... de entonces.

Se fue a algún lugar de Nueva Jersey, se casó en 1973 con una mujer mayor que él y se puso a trabajar en una nueva novela. Lo he seguido viendo alguna que otra vez de paso por esta ciudad y siempre me ha seguido pareciendo sinceramente cortés, incluso humilde, aunque nunca se ofreció a enseñarme la nueva novela en la que trabajaba y puede usted apostar a que yo tampoco se lo pedí jamás.

Y ahora se encontraba cerca de la treintena con su segunda novela

ante mí, lista para ser leída... cuando yo no la había leído aún.

6. THOMAS VALIER, 4:45 de la tarde

Cogí un ejemplar de Adiós para siempre lamentando que estuviera allí, lamentando que pareciera tan bueno como parecía, lamentando que fuera como yo me temía que fuera.

¿Hay alguno para mí? —dije, intentando ser audaz.

No —dijo Tom—, todavía no, Darius. Esos están firmados y tienen precio de lanzamiento. Mañana Giles firmará una nueva impresión de Encrucijada. Cada ejemplar estará numerado...

Y habrá un sorteo y los afortunados ganadores obtendrán un ejemplar firmado de Adiós para siempre. Entiendo.

Contemplé el volumen otra vez, levanté la tapa y eché una ojeada a la solapa delantera. Estaba claro (lo había sospechado por el título) que seguía las huellas de Encrucijada o, en última instancia, que construía un asunto independiente pero ubicado en el universo de las Encrucijadas. No podía culpar a Giles por intentar aprovechar la marea, pero me aposté cuatro contra uno a que era más pobre que el primer libro y cuatro contra tres a que resultaba un fracaso. No era tan imbécil que no advirtiera en mí una fuerte salpimentación de envidia; estaba aprovechando egregiamente las ventajas a mi favor.

El retrato de Giles llenaba la contraportada. Había sido captado por el fotógrafo con un aspecto de dejadez bovina y sin duda había sido hecho un año antes, pues su bigote (que se había dejado crecer a raíz de convertirse en escritor publicado) era todavía relativamente fino y no había alcanzado aún la categoría de superpoblación que ahora derramaba sobre el labio superior, extendiéndose hasta las mejillas.

Pasé luego hasta la página de la dedicatoria. Encrucijada no había tenido ninguna: Giles había dicho que no sentía que el libro fuera de mérito, de modo que dedicarlo era como un insulto al personaje así aludido. No pude rebatir su opinión porque tenía miedo que pareciera que estaba bregando para que me lo dedicara a mí.

El nuevo libro tenía dedicatoria: «A mi esposa»

También esto me jodió. ¿Qué mierda había hecho ella por él? Literalmente, quiero decir.

Devolví el volumen al montón y dije de mala gana:

Supongo que no puede evitarse su venta.

Eso espero —dijo Tom con aspecto abatido—. El anticipo fue de

diez mil.

¿Qué? —Nunca había oído cifras de tal calibre en boca de Tom. No sabía que la Prism Press supiera contar hasta cinco cifras a la izquierda de la coma de los decimales. Yo había recibido tres mil como anticipo por mi próximo libro y Tom se había comportado como si se hubiera arrancado el corazón y me lo hubiera depositado, palpitante todavía, en mis avarientas garras.

Se trataba de eso —dijo Tom-o perder los derechos de la edición de bolsillo.

En ese caso —dije-hiciste una ganga. La edición de bolsillo te reportará al menos un anticipo de cien mil, de los que te quedarás con la mitad.

Sí, tal vez. No puede decirse cuándo reventará la burbuja. Las editoras de libros de bolsillo han estado pagando con prodigalidad por libros que no han editado, y por cuanto sé no van a ir más allá de este libro. Como argumento —su voz bajó de volumen—, te diré que este libro no es tan bueno como Encrucijada.

Tampoco creíste que Encrucijada fuera tan bueno cuando te lo llevé.

No importa lo que pensara de aquél, éste no es tan bueno. «¡Naturalmente! —pensé para mí, con una especie de satisfacción

cruel—, porque el nuevo libro no ha tenido mi colaboración»

¿Qué te preocupa? —dije—. Se venderá de todas formas.

Tanto peor —dijo Tom con lo que parecía absoluta desesperación—, porque en ese caso el tercero no me vendrá a las manos.

No tacharía la cláusula de opción en el contrato de Adiós para siempre, ¿verdad?

No, pero va a pedir por escrito un anticipo de cincuenta mil para su tercera novela y cuando no pueda dárselos (que no puedo), será libre de acudir a cualquier editora más fuerte. A Harper's quizá. Una cláusula de opción, amigo mío —dijo con amargura—, sólo interesa a los autores cuando no tienen otro sitio donde ir.

¿Como yo, Tom?

No he dicho eso.

Me encogí de hombros. La consideración de Tom de que Adiós para siempre no era tan buena como Encrucijada me permitió sentarme en el interior del puesto de la Prism Press y leer el libro por encima. Estaba en lo que a las claras era el cortado estilo de Giles y me recorrí de arriba abajo todo un elocuente pasaje lleno de fuerza nada más abrirlo. Se

dejaba vencer, sin embargo, por la tentación del disparate en dos largas ocasiones: algo que yo jamás habría permitido conservar si hubiera tenido algo que hacer con el libro.

Estuve veinte o treinta minutos con él (Giles podía aún mantener el interés, aun ski mi ayuda) mientras Tom comenzaba a cerrar por aquel día. Estaba ya animándome un poco cuando una nueva voz me distrajo:

¡Darius!

La gangosa cualidad de la voz se me hizo reconocible al instante. No necesitaba alzar la vista para saber que se trataba de Teresa Valier, la otra mitad de Prism Press.

¡Querida! —dije obedientemente mientras me levantaba, dejaba el libro otra vez en el montón y la abrazaba.

7. TERESA VALIER, 5:25 de la tarde

Teresa no era un mal objeto de abrazo. Era una mujer ancha, regordeta y alegre, con pelo castaño peinado hacia atrás y una sonora risa que vibraba como si dependiera de un grifo que puede abrirse hasta el máximo pero cuya tuerca de cierre está trabada.

No estaba riendo ahora; estaba alegre. Me atenazó con los brazos y comenzó a moverse, lo que por un momento me hizo perder el equilibrio. Era una mujer forzuda y daba la impresión que lo envolvía a uno de manera que nada podía hacerse ante su tamaño.

Vayamos a tomar un trago mientras Tom acaba de cerrar —dijo. Medio troté para llevar su paso.

¿Cómo es que Tom lleva la tienda solo?

Es domingo —dijo ella-y no quiero que las chicas trabajen en domingo.

Mañana es el día de la conmemoración —dije—, ¿trabajarán ese día?

No. Nosotros otra vez. Estaré ayudando a Giles en su sesión de firmas y Tom estará en la parada. Luego lo relevaré y él se irá a ver a algunos libreros. Hoy por hoy, Darius, quiero tenerlo ocupado. No es un hombre muy feliz en estos momentos.

Me he dado cuenta —dije—, incluso me he dado cuenta de que tú tampoco lo eres.

Bajamos por la escalera mecánica, que estuvo siempre llena por sus cuatro puntos cardinales durante todas las sesiones. Había un bar al pie de la escalera, en apariencia un buen lugar, pues siempre estaba lleno también,

Teresa encontró un par de asientos en una esquina.

Tomemos un trago —dijo.

Sabes que no bebo.

Cerveza de jengibre a cuenta de Prism Press. ¿Te va bien? —Y pidió vodka para ella.

¿Qué es esto? —dije—, ¿Generosidad? ¿Cómo te ha salido?

Tengo mis razones. ¿Vas a ir a la reunión esta noche?

¿A diecisiete con cincuenta la entrada? —dije—. Considerado y rechazado. El hecho de que lo haya considerado incluso merece una solemne carcajada.

Vamos, ve —dijo ella-y cárgalo a nuestra cuenta.

Santo Dios, cuánta generosidad. ¿Por qué este derroche?

Porque eres un autor bueno y leal para con nosotros.

Gracias, pero siempre lo he sido. ¿Por qué ahora?

Porque sé que Giles Devore estará allí y quiero que hables con él. Ya

sabes lo que está ocurriendo, supongo. Tom tiene que habértelo dicho.

Me lo dijo —admití—. Giles está presionando para obtener más dinero.

Sin duda ha encontrado un agente ambicioso.

Yo nunca había tenido agente literario. Quizá he hecho mal y quizá deba estar ahí la causa por la que no he ido más allá de lo que he ido, pero estimo en mucho mi regateo particular aun con pérdidas. Además, conservo así la libertad para aceptar pequeños trabajos en mis propios términos y considerar algo más que el dinero en el proceso. Considerar algo más que el dinero es lo que los agentes nunca hacen.

Claro que tiene un agente —dijo ella—, pero no es ése el problema. Los escritores me hacéis reír. Se os oye decir que todo editor es un mal nacido, que todo agente es un hijo de puta, pero que todo escritor es un santo. Te digo que no es el agente, sino Giles, quien quiere saquearnos. El agente es un amigo mío y también lo dice así; nada puede hacer por contenerlo.

Por supuesto que es el agente quien dice eso; pero será un plan en común.

Es verdad en este caso. Tenemos que mantener a Giles como sea y

convencerle para que no nos vuelva la espalda. Aquí es donde entras tú.

Vaya, ¿qué puedo hacer yo? Si está resuelto a zamparse todo el pastel,

¿qué argumentos puedo esgrimir en contra? ¿La inconmensurable riqueza y

la escandalosa fama que he obtenido yo con vosotros, por ejemplo?

No hables así, Darius —dijo ella—. El te respeta —tomó mi mano entre

las suyas y me miró a los ojos como si estuviera tratando de hipnotizarme—. Te respeta.

Aparté la mano y lancé la clase de sonido que a veces se deletrea como «Psá» cuando se encuentra por escrito.

Me respeta tanto que nunca me consultó sobre su nuevo libro.

Eso lo demuestra, Darius.

Me encogí de hombros.

No puedo hacer nada, Teresa. Si me respeta, no lo demuestra. No es como si me hubiera dedicado el libro —estaba tratando de ser petulante.

Qué cosa tan jodida. A mí no me importaba realmente el anticipo de diez mil, la petición de otro de cincuenta, el acceso a la gran ocasión, con toda la fama y la pasta. Lo había desechado una docena de veces durante doce años y ya era ducho en el asunto. Era consciente del aguijonazo, pero al otro lado de un pellejo ya endurecido, como si sintiera su toque pero no el dolor.

Rechazo la envidia por principio y sólo siento desprecio por aquellos que son víctimas de ella; nunca la sentí a menos que se la bautice con otro nombre. Si se la llama resentimiento por falta de justicia y propia estimación, entonces resulta mucho más noble y el asunto de la dedicatoria me lo hacía sentir así.

Teresa parecía estar de mi parte. Quizá pensara que yo estaría más dispuesto a ayudarla si ella también lo estaba (es bastante aguda, o calculadora si se prefiere, para verlo de esa manera)

Le sugerimos que te dedicara Adiós para siempre, ¿sabes? —dijo. Ahora yo tenía que ser duro.

Pues una mierda para él —dije—. Una esposa está antes. Carne de tu carne. Sangre de tu sangre. Beneficiaría de tu testamento. Nunca tuve esposa, sin embargo, pero me imagino que es así.

Teresa pareció conferenciar secretamente con su bebida. Mi cerveza de jengibre ya estaba en mi estómago y me puse a chupar trozos de hielo, triturándolos con los dientes.

No es justo que Giles nos deje —dijo Teresa—. Nosotros lo forjamos. Prism Press y tú. Si no hubiéramos publicado el libro, ¿dónde estaría ahora? ¿O si tú no lo hubieras adiestrado?

Mi resentimiento hacia Giles no era tan grande como para permitirme sucumbir a la mentira. Tenía que proteger el honor de los escritores en general.

No es así, Teresa —dije—. No estaría en ninguna parte si no se

hubiera esforzado por conseguirlo. Si hubiera sido otro, nunca podría yo haberle extendido la alfombra del éxito ni vosotros le habríais publicado el libro.

De acuerdo, pero ganó dinero y quiere ganar más dinero. ¿Por qué lo quiere todo? ¿Por

qué no puede Prism Press ganar también su pequeño dinerito? Somos una casa pequeña y ésta es nuestra gran oportunidad. La primera que hemos tenido para intentar subir. ¿No nos hemos ganado el derecho a subir? ¿No subirá acaso él con nosotros? Tampoco es por mí; es por el pobre Tom. Si supieras cuántos años...

Claro —dije, cansado, para detenerla—. Digamos que tenéis el derecho moral a capitalizar por haber sido su primer editor y el derecho ético a compartir su buena fortuna. No soy un gran filósofo en cuestiones de moral y ética, pero supongamos que es así. Sin embargo, algo que sé es que no tenéis el derecho legal a compartirla. Si no puedes aceptar sus condiciones financieras y quiere dejaros, no podéis impedírselo.

Pero ni siquiera le beneficia eso, Darius. Tú lo sabes bien. Somos una firma pequeña y él es nuestro gran escritor. La estrella. Sin competencia -debió haber entendido mis sentimientos en ese punto, puesto que añadió—: Quiero decir, Darius, en lo que le afecta a él. Sabes bien que siempre te querremos y apreciaremos, aunque tus libros no tengan ese adocenamiento que los convertirían en...

Muy bien, Teresa. No intentes dorar la píldora. Comenzáis a forraros desde que Giles está en Prism y por esa razón debes convencerlo de que es la gran estrella sin competencia. Puedo aceptarlo. Sigue.

Lo comprendes, Darius. Lo sé —y me dio una palmada en mi mano—. Nos centramos en Giles porque subimos con él y no subiremos sin él. Si se marcha y se compromete con cualquiera de las grandes casas, se convertirá en uno más entre una docena y no precisamente el mejor. Se perderá en el montón. En tan dura contienda, estará mucho mejor con nosotros. ¿No puedes explicárselo así, Darius? A ti te escuchará.

No puedo garantizarle que Prism Press vaya a hacerlo rico, ya lo sabes —dije—. Me dirá que soy mejor escritor que él; que le he enseñado todo cuanto sabe; que lo llevé a Prism Press antes que a cualquier otro sitio... y que... ¿qué está haciendo Prism Press por mí, con todo mi talento y enorme lealtad? ¿Qué le digo si me habla así?

Bueno, Darius, tú sabes que siempre hemos hecho lo que hemos podido. No se puede prever la forma de acertar con el gusto del público.

Bueno, también eso era cierto.

Si lo veo, le hablaré —dije.

Es cuanto te pido —dijo ella y se levantó—. Tengo que reunirme con Tom. Le diré que hablarás con él y quizá eso le quite las ideas de suicidio. Gracias, Darius. No lo olvidaremos.

No me devolvió la paz su promesa de eterna gratitud. La eternidad dura cinco minutos en el mundo editorial. De modo que dije:

Claro que si él no está dispuesto...

Estoy segura de que lo estará.

Se fue y me quedé solo... para rumiar mi nuevo papel de mozo de recados en medio de la jungla literaria. Le había dado calor y alimentos cuando no era sino pico y plumas -setenta y cinco pulgadas de pico y plumas- y ahora estaba en lo alto de su nido de águila y tenia que escalar los riscos para verlo y suplicarle.

Sentí cómo me caía cada vez más profundamente en el resentimiento y la frustración, sensación nada agradable. Tenía media hora, antes de que las puertas se abrieran para la reunión e intenté quitarme de encima mis sentimientos contemplando y escuchando a los otros que pululaban por el bar.

8. ROSEANN BRONSTEIN, 6:05 de la tarde

Supongo que las convenciones de libreros son como cualesquiera otras. La mayoría de los actos transcurren junto al mostrador del bar.

Los libreros llevaban a cabo discusiones y mesas redondas, claro. Los hay que se dirigen al principiante, al tipo que acaba de abrir una sección de librería en su tienda, o al otro tipo que acaba de comprar una librería. Hay mesas redondas sobre los problemas especiales de los libros de ocultismo (algo grande que demuestra que uno puede ser literato y estúpido

también), de los libros religiosos, de los libros de bolsillo, de los libros para niños, y cuestiones de promoción, producción y venta, etcétera.

Nunca fui a ninguna, de modo que no puedo entrar en detalles.

Muchos de los libreros tampoco van o, si lo hacen, mantienen la atención en otras cosas. Los negocios propiamente dichos no son lo más importante de la convención, supongo; exactamente al igual que muchos de mis compañeros de estudios pensaban que las lecturas no eran lo más importante de la educación. No se trata de lo que uno sabe, sino de a quién puede uno emborrachar con lo que sabe.

Si suena melodramático será porque no bebo. No tengo reparos

morales, entiéndaseme, sino que tengo que vivir de mi penetrante e incisivo cerebro (o cualesquiera otros adjetivos que se prefieran); y no veo de qué manera puede perfeccionarse su funcionamiento con esos martillazos a base de alcohol (o drogas) Así pues, me senté en el bar, sintiéndome desplazado, matando el tiempo hasta que comenzara la reunión, sin la menor gana de asistir aunque Prism Press pagara la cuenta. Habrían más bebiendo allí, y no sólo Giles. Si Giles estuviera allí, no sería sino una invitación a la humillación. No había forma de escabullirme ante el panorama de tener que rogar con efectividad; o de tener éxito en la empresa, si la acometía.

Sentí el impulso de largarme e irme a casa a pesar de la absurda promesa hecha a Teresa; si lo hubiera hecho, todo habría quedado la mar de bien; por lo menos, el mundo estaría ahora libre de un crimen más y habría ganado una vida. De hecho, creo que habría obrado según mis impulsos si no hubiera estado escuchando la conversación sostenida en la mesa de al lado.

No lo hacía, al principio, por razón alguna; ni siquiera por malsana curiosidad. Se trataba tan sólo de que los sonidos estaban allí y que mis oídos rondaban próximos al sonido y que costaba mucho trabajo tapárselos.

Pero luego la conversación comenzó a hacérseme interesante. Era evidente que las personas que ocupaban la mesa de al lado eran editores de pequeña monta -lugartenientes en el mundo de las ediciones- y que estaban hablando de su trabajo.

La situación no era buena. Los libros se vendían tan bien como siempre, quizá mejor, y el número de libros editados continuaba en alza; la inflación que había seguido al embargo de combustible en 1973, había, no obstante, elevado los precios de todos los artículos y los gastos retrasaban los beneficios.

¿Y cómo remediar ese retraso? La forma más rápida es acortar la plantilla de personal, bien aplicando el libre despido o bien no cubriendo los puestos que por una u otra razón quedan vacantes.

Me compadecía de ellos y, no obstante, la podredumbre de su situación iluminaba mi propia inmunidad para con su suerte.

¡Cosa extraña! Cuando comencé a escribir y a intentar vender, los editores eran para mí como semidioses. Estaban rodeados de poder y decidían los destinos del mundo. Sus testas aparecían coronadas de nubes, sus voces eran semejantes al trueno que retumba y sus miradas como el potente rayo. No sé qué pasaba con esto último. No podía encontrarme con los ojos de los editores; tenía miedo.

Tenían poder sobre la vida y sobre la muerte y el éxito (o el fracaso) dependía de sus resplandecientes decisiones. Si los humos señoriales se ofendían por cualquier cosa del manuscrito, un negligente visto bueno sobre un formulario significaba que una secretaria tenía que devolver el material con una nota de rechazo. ¿Podía un dios hacer más?

Pero un editor puede ser despedido, según fui aprendiendo con el tiempo. Y cuando es despedido, deja de ser un editor para convertirse en una mera cifra en las estadísticas del desempleo.

No así un escritor. Este no puede ser despedido. Puede ser rechazado, puede fracasar, puede morirse de hambre, puede verse forzado a emplear el alma y el cuerpo en algún trabajo impúdico y servil (por ejemplo, no escribir), puede ser ignorado por la crítica y denunciado

por el público... pero siempre es un escritor, un escritor fracasado, un escritor sin éxito, un escritor que se muere de hambre, un escritor. Ningún editor puede alterar tal circunstancia.

Escuchando y divirtiéndome, me mantuve inmóvil en el lugar para mantenerme a salvo de la presencia de Roseann Bronstein, pero ya era demasiado tarde. De hecho, no supe lo que tenía que pasar hasta que ocupó el sitio dejado por Teresa Valier y dijo:

—Hola, pequeño camarada.

Un amigo mío, totalmente inmerso en el yiddish, y a quien le gustaba dar la tabarra cuando hablaba traduciendo literalmente el yiddish al inglés, diría «hízose la oscuridad ante mis ojos» para expresar ese momento dramático en el que la angustia se apodera de uno. Las únicas ocasiones en que tal cosa me parecía algo más que una mera frase metafórica eran aquellas en que Roseann me veía antes que la viera yo. En tales ocasiones, me saludaba invariablemente con estas precisas palabras: «Hola, pequeño camarada»

¿Cómo describir a Roseann? No es exactamente fea o grotesca, pero creo que el término «sin atractiva» se inventó por ella. ¡Si es que no atrae! Jamás me topé con alguien que, queriendo hablar sobre Roseann, no experimentara un claro deseo de largarse cuando ella aparecía.

Era baja y redonda, cara ancha y voz chillona. Tenía la piel picada y cuando llevaba los brazos descubiertos daba la entera y permanente impresión de tener carne de gallina. Su rostro estaba siempre limpio de maquillaje y un perpetuo tufo a ropa vieja se desprendía de su cuerpo. Había algo altamente asexual en su aspecto, como si datara de un tiempo anterior a la invención y diferenciación de los dos sexos.

Y, sin embargo, oculto bajo todo esto, había una mujer. Sus pechos eran bastante prominentes, aunque probablemente blandos (no podría asegurarlo) y, si la mitad de lo que se contaba era exacto, iba de culo por los hombres.

¿Qué puedo hacer por ti, Roseann? —pregunté con voz indiferente.

Me encontré con Teresa Valier en el vestíbulo y me dijo que estabas aquí.

Anotaré que debo a Teresa un favor a cambio. Invitarla a viajar por la escalera mecánica, quizá.

Roseann rió con toda su alma para llamar la atención de las mesas vecinas. Nunca la he visto hacer nada que no fuera notable y divertido. Posiblemente sea ésta la razón por la que, pese a sentir la repulsión que sentía por ella, nunca me disgusté del todo con sus maneras. Si se ríe de ti, el mundo se reirá contigo.

Teresa me dijo que vas a ir a la reunión —dijo Roseann con delicada y fútil actitud de despreocupación.

Miré el reloj.

Tengo veinticinco minutos para tomar una decisión.

Dijo que hablarías con Giles Devore.

Si lo veo —dije, pronunciando mis palabras con precisión—. No tengo intención de buscarlo.

Espero que lo veas. Sé que tienes influencia sobre él.

«Dios mío —pensé fervorosamente—, ya empezamos» Me había convertido en el mensajero que llegaba hasta Giles. A un extremo de mis confidencias se encontraba todo quisque, pero al otro no estaba Giles.

No, yo, no —dije—. Nada de eso.

Oh, vamos —sonrió ampliamente, mostrando una gran dentadura con uno de los incisivos superiores claramente cariado, acercó más su silla y se inclinó para sobarme el brazo. Por un momento sospeché que estaba llevando a cabo lo que ella consideraría un rito erótico destinado a desatar mi libido e instarme a una mayor cooperación. O quizá fuera que le gustaba tocar un brazo masculino.

Siempre que lo hacía me cogía un hormiguillo en la piel, cosa que me hacía sentirme embarazado. He perdido la cuenta del número de chicas a quienes he puesto la mano encima, lo mismo en una que en otra parte de sus cuerpos, y siempre con el fresco y relajante

movimiento que me gustaba y que me parecía les gustaba a ellas también, aunque no fuéramos más allá del simple toqueteo ni lo pretendiéramos tampoco. Ahora bien:

sólo cuando reacciono ante el tacto de Roseann me pongo a preguntarme cuántas chicas habrán sentido hormiguillo en la piel bajo mi tacto, teniendo aquí la razón de mi embarazo, pues opera retrospectivamente.

Dile que se venga a mi local para una sesión de firmas de su nuevo libro

¿Por qué yo? —dije—. Pídeselo tú misma.

Una vaga turbación pasó por su rostro y su brazo retrocedió hasta el borde de la mesa.

No puedo, pequeño camarada —dijo. Y luego, con la voz controlada y mantenida en bajo volumen—: Ya sabes, Darius, que su éxito me lo debe a mí. Su libro no habría ido a ninguna parte con tapas duras, ni habría ido a parte alguna en rústica si yo no lo hubiera promocionado.

«Nos lo debía a todos», pensé sardónicamente. Yo lo saqué del arroyo. Los Valier y Prism Press lo sacaron del arroyo. Roseann Bronstein lo sacó del arroyo. Sin embargo, de cualquier manera, allí estaba él por sí mismo y pudiendo escupirnos a todos.

Claro que había algo de lo que Roseann estaba diciendo. Hay una gran cantidad de público que sólo lee libros de moda (y la mayoría para poder hablar de lo que está de moda) Un libro no necesita ser bueno, ni siquiera legible, para estar de moda, aunque puede ser ambas cosas, por supuesto. Y para poder decir que un libro está de moda hay que comprobar las listas de los best-seller y encontrarlo allí.

Eso significa que los best-seller se venden por ser best-seller, lo que contribuye a que permanezcan siempre en la lista de los libros más vendidos. A este respecto, si un libro poco vendido fuera situado en la lista de los más vendidos por error, es casi seguro que se convertiría en un best-seller sólo por el hecho de figurar allí su título.

Un libro puede situarse en la lista de los best-seller por medio de una eficiente, ardua (a veces costosa) promoción, para luego dejar que se alcance y se recupere lo invertido.

Una librería estratégicamente situada puede conseguirlo. Puede llenar los escaparates y estantes más destacados con ejemplares de ese libro. Y a eso se refería Roseann Bronstein.

Es la propietaria y la fuerza de mayor presión de la Oriole, una librería de la parte baja de la ciudad. Es un sitio inmenso, cuyas existencias no pueden ser conocidas por completo por ningún ser humano, incluyendo misericordemente a Roseann, aunque ella afirma que, con tiempo, puede encontrar cualquier libro sobre la tierra... y con razón.

No podría considerar en extremo imposible que, interesada en Encrucijada, pudiera promocionarlo con efectividad no sólo en su propia librería, sino también en otras donde su opinión goza de crédito, lo que implica librerías de aquí a San Francisco. Ella estaba bien situada para promocionar el libro en el área universitaria de la parte baja de la ciudad, y fue ése el lugar donde, a decir verdad, comenzó a causar impacto.

No puede dudarse, por ejemplo, del gran éxito de la firma de volúmenes en la Oriole en diciembre de 1973, porque yo estaba allí. Giles firmaba libro tras libro de una manera interminable, mientras Roseann fluctuaba sobre él con aires de propietaria. Aquélla fue la primera vez, según recuerdo, que lo vi firmar libros con los bolígrafos desmontables descritos anteriormente.

Recuerdo que intentó convertirme al culto del bolígrafo, señalándome la cruzada sección triangular y cuan fácilmente se manejaban, pero puse mis reparos. No firmo libros muy a menudo (aunque el día de la reunión firmé una docena) y cualquier pluma me resulta buena. De hecho es un gran invento el no llevar siempre consigo la pluma, puesto que de esa manera, cuando el inevitable jovenzuelo te alarga un pedazo de papel para que le firmes, sonríes y alegas que no tienes pluma y, claro, él tampoco.

Después llegó el momento en que Giles no usaba ninguna pluma que no fuera la suya: con un monograma y triangular. ¿Cómo pudo prever semejante fatalidad?

Manteniendo en el pensamiento aquella firma de libros, dije a Roseann:

Ya sé que impulsaste el libro, Roseann. No ha estado bien que no impulsaras el mío de

la misma forma. ¿He de suponer que Giles es un desagradecido?

Fuimos amigos —dijo ella—. Lo hice por él aparte de nuestra amistad. Fuimos muy buenos amigos.

Hizo una pausa como para recordar la parte buena de la historia y yo me sentí invadido por la displicente sensación de que por «muy buenos» ella había querido significar amantes. Tuve la grotesca visión de Giles vendiendo su cuerpo a Roseann a cambio de haber vendido ésta su libro. (Esperé de todo corazón que Roseann no se tomara al pie de la letra mi deseo de que ella impulsara mi libro de la misma forma.)

De nuevo se puso a sobarme el brazo.

Ya lo sabes, los tiempos están difíciles y la Oriole es una reliquia. He

hecho por reorganizarla, por darle empuje, cualquier cosa...

Vamos —dije—. La Oriole es tan permanente como pueda serlo la universidad. Es un monumento histórico.

Las palomas se cagan en su fachada, si es eso a lo que te refieres, y la universidad no es tan permanente tampoco. Nos sería estimulante si Giles accediera a dar otra sesión de firmas, quizá identificándose a sí mismo con el lugar de alguna manera. Lo hice por él cuando él lo necesitaba. Puede hacerlo por mí ahora.

Bien, pídeselo.

Pídeselo tú. Ni siquiera he hablado con él desde haré un año Son ahora las seis y media. Vete, anda. No quiero que te quedes sin verlo.

Pero puedo no verlo.

Lo verás —dijo en plan confidencial, casi desesperada y se puso en pie, desperdigando con el movimiento su tufo a ropa vieja.

Haré lo que esté de mi mano.

Gracias, pequeño camarada —dijo, y me dio una palmada en mi hombro con lo que quiso ser un gesto de afecto rudo, de hombre a hombre.

Mi primera reacción lo fue de profundo malestar, pero entonces, en un momento en que su coraza autoprotectora cayó sin remedio, vislumbré su rostro ansioso, pidiendo misericordia, consciente de no ser amada y de no estar calificada para ello.

Sentí pena por ella. La oculta Roseann permanecía prisionera de una poco menos que armadura que era su cuerpo, una oculta Roseann completamente incapaz de superarse a sí misma,

Iré a la reunión, Roseann —dije.

Y ése fue el momento de la decisión. La conversación de la mesa vecina me había retenido hasta topar con Roseann, y Roseann, al permitirme vislumbrar su invulnerabilidad, me hizo imposible rechazar el llevar a cabo el esfuerzo.

De modo que subí por la escalera mecánica hasta el tercer piso y hasta la sala de baile donde la reunión tenía que celebrarse, perdiendo así la oportunidad de escapar.

9. MARTIN WALTERS, 6:35 de la tarde

La reunión acababa de comenzar, y ello se advertía en el espectro que cabalgaba sobre las mujeres. Vestían largos vestidos negros que dejaban expuestas bastantes partes generosas de piel blanca (y algunas negras también, pero no muy visibles); se adornaban con bolsos, estolas y una

variedad de dispares atavíos que tenían que ser guardados. Puesto que el hotel, no tenía instalado un guardarropa en esta planta en particular, los hombres, por mor de su papel macho-chauvinista, tenían que arreglárselas para subir y bajar escaleras mecánicas a fin de dar con los guardarropas.

Me mantuve, pues, en espera de la mujer liberada que dijera (después de aquello de «Igual salario por igual trabajo») algo como «Te llevaré tu abrigo al guardarropa esta vez, chato» Sin embargo, me temo que todavía la estoy esperando.

Había una larga mesa en la que se vendían los tickets de última hora, de modo que me

ajusté la placa con mi nombre y me puse en la cola. Sólo había dos o tres por delante de mí. Tenía dos billetes de diez dólares cuando me llegó el turno.

La damisela que había detrás de la mesa estaba rellenando formularios. Supongo que deseaba alguna medalla al mérito de la solicitud. Se hizo la atareada mientras alcanzaba los billetes sin levantar la vista del formulario.

Nombre, por favor.

Darius Just —dije.

¿Cómo se escribe lo último? —dijo.

Adivínelo —añadí, y ella echó una ojeada a mi placa. Lo deletreó con cuidado.

¿De qué otro modo podría haberlo deletreado? —pregunté.

No pareció incomodarse. Tenía el pelo oscuro y rostro de cutis delicado y daba la impresión de haber gastado su juventud contradiciendo a los chicos listos.

Podría haber tenido dos eses, o una e final, o una d al principio -dijo ella—. Estamos llenos de nombres extranjeros hoy en día.

Pues es justo Just —dije.

Claro —me contestó, y me tendió la entrada con dos dólares cincuenta de vuelta.

Me alejé hoscamente. Sospechaba que había utilizado el viejo truco del deletreo para conceder a la chica una oportunidad de estudiar mi nombre y reconocerme. Pero no había sido así y nada menos que en una convención de libreros. iCuan rápidamente viene el olvido! Excepto eso, no tenía yo razón alguna para pensar que ella sabía algo sobre mí que tuviera que olvidar en primer lugar.

Pero entonces, ¿cómo es que no me preguntó cómo se deletreaba mi primer nombre? Quizá fuera que sólo los nombres fáciles despertaban

sus sombrías sospechas.

Aproveché la oportunidad para ir al lavabo de caballeros antes de que diera comienzo la bienhadada festividad. Se dice que fue el duque de Wellington el que dijo que nunca desaprovechaba una oportunidad para mear, pues más vale pecar por abuso que por negligencia, y yo siempre he intentado seguir tan honorables principios.

Me estaba lavando las manos cuando alguien se acercó hasta el lavabo donde yo estaba: no era otro que Martin Walters.

Apenas hacía dos horas del bochorno producido por aquella conferencia de prensa para la que había llegado a tiempo y, sin embargo, demasiado tarde, de modo que le puse mala cara.

Martin no tuvo dificultad en captar mi fastidio sutil. Se secó las manos y me dijo con sonrisa fatua y disgustada (quizá intentara ser una sonrisa de congratulación)

Escucha, Darius, siento lo de esta tarde. Lo siento de veras.

Tranquilo, tranquilo —dije, pero como de eso nada, cambié de conversación—. ¿Conoces a Giles Devore?

Sí. ¿Por qué?

¿No lo has visto aquí, por casualidad?

Acabo de llegar. Y aunque lo viera, no iría a saludarlo.

Ajajá. ¿Qué ha pasado?

Me dejó plantado.

Recibir plantones al final no sienta tan bien, ¿eh?

Sonrió intranquilo otra vez.

Vamos, Darius. Fue diferente. En nuestro caso se trató de las circunstancias, lo sabes bien. En el caso de Giles fue sólo una cuestión de olvido y de importarle un pimiento. Estoy a cargo de los actos públicos que se organizan en un club y acordé con él que vendría a dar una pequeña charla sobre el significado de la fantasía o algo parecido. No era gran cosa, pero creí que podría dar pie a cualquier coloquio animado, ya me entiendes... Pues bien, no se presentó. Me dejó en ridículo y cuando lo llamé al día siguiente me contestó fríamente que lo había olvidado. Ninguna muestra de arrepentimiento; parecía indiferente. Era la cosa más falta de

profesionalidad con que me he cruzado en mucho tiempo. Lo he borrado de mi libro.

Pues sí, fea cosa —dije, no conchabándome con él en la medida en que debía haberlo hecho.

Una vez fuera del lavabo, ostenté mi ticket y me desplacé hasta las

dos estancias en que el salón de baile se hallaba dividido. Una era para el bar y me detuve en él lo bastante como para asegurarme que Giles Devore no estaba allí. Luego proseguí.

10. ISAAC ASIMOV, 6:45 de la tarde

En la habitación más interior se habían instalado cuatro aparadores, uno contra cada pared. Deduje que todos contenían lo mismo, de modo que me acerqué sólo al más próximo. Comida gratis, me dije, y eché la zarpa rápidamente a un poco de pollo frito, dos clases de salsa, unas cuantas raciones de lengua, una bolsa de patatas fritas, cinco o seis aceitunas, y un panecillo y mantequilla en plato aparte.

Me acerqué a una mesa que nadie había ocupado y me senté en una de las sillas vacías con un suspiro leve. Si hubiera estado solo, si me hubiera sido posible comer en paz, me habría expulsado de encima toda la humillación de los sucesos del día. Algunas personas ahogan sus infortunios en vino; yo, menos grandilocuente, opto por rebozar mi aflicción con salsa picante.

Pero no iba a ser así. Nada iba a aplacarse aquel domingo. Apenas había terminado de masticar mi primer bocado, cuando una alegre voz resonó:

—Mi bueno y viejo amigo Darius Polvo (7) ¿Te importa que me siente contigo?

Sin duda tengo que dar algunas explicaciones acerca de mi nombre. Me fue puesto por un padre autodidacta. Uno no puede fiarse del autodidactismo, va demasiado lejos, se convierte en excesivamente abotargado, no conoce la moderación. El nombre de mi padre era Alejandro y él sabía que Alejandro Magno había derrotado a Darío III de Persia, y ahí estaba el meollo. Quizá tuviera la sensación de que aunque viera que yo recibía una educación como Dios manda, nunca sería capaz de superarlo a él. Puesto que medía cinco pies con diez pulgadas, me temo que nunca lo hice.

Mi madre, una mujer pequeñita cuyos genes, dicho sea de paso, yo heredé, prosiguió la maldición. No tuvo ninguna oportunidad. Nadie la tenía frente a las altas miras de mi padre.

Ser el crío más pequeñajo de la clase no es exactamente un pasaporte para la felicidad. Y llamarse Darius en medio de Jim, Tom y

7 Juego de palabras entre just, apellido del personaje, y Dust, "polvo".

Bill, produce su pequeña hilaridad. Llamarse Darius y ser al mismo tiempo el más pequeño de la clase es como permanecer clavado bajo un anuncio de colosales proporciones que sin cesar relampaguea el mensaje: «¡Chotéate!»

Sólo cuando llegué a segunda enseñanza mi nombre dejó de ser motivo de insulto para cualquiera de mi edad que me encontrara. Un insulto que tenía que ser vengado personalmente.

Odié el nombre al principio, pero lo mantuve con mísera obstinación. Nadie me iba a forzar a que me lo quitara. Por aquel tiempo formé parte de un grupito de amigos lo bastante mayores y sofisticados como para ser capaces de pronunciarlo y sentirse con él como en su propia casa, y comenzó a gustarme.

Una correcta pronunciación siempre es un estímulo. Incluso entre adultos relativamente sofisticados no es un nombre familiar. Aparte de Herodoto, es el único probablemente que puede encontrarse en la antigua chorrada de un poema titulado Darius Green and His Fiying Machine (8), de John Townsend Trowbridge, escrito hace poco más de cien años. Odiaba ese poema. Inevitablemente, el único Darius de la literatura popular había servido de rechifla.

No estoy seguro del porcentaje de personas que saben pronunciar el nombre, pero incluso en los raros círculos a los que he aportado mi presencia (válgame Dios), he oído más a menudo desarticulaciones que articulaciones. El impulso primario es pronunciarlo al mismo

ritmo que various, pero no es ésa la forma correcta. El acento recae sobre la segunda sílaba, con una i larga, de modo que rime con pious y bias.

También esto conlleva sus desventajas, pues una vez uno ha escuchado la pronunciación correcta de Darius, se percata a su vez de que suena igual que dry as. Entonces, si uno posee una mente particularmente sensible, cambia Just por Dust y el nombre se convierte en Dry as Dust (9), lo que no es exactamente lo ideal para un escritor.

Por otra parte, sólo conocía yo a una persona capaz de desplegar tan perverso sentido del humor hasta el punto de considerarlo divertido. Cuando oí que alguien decía: «Mi bueno y viejo amigo Dry as Dust. ¿Te

8 "Daño el Verde y su máquina voladora".

9 Siguen los Juegos de palabras. Dry tu Dust, literal y separadamente, significa "Seco a fuer de polvoriento" (considerando que dust es también "alboroto", "restos mortales", "basura", entre otras cosas) Dryassdust se aplica a los historiadores afanosos, pero de poca monta; como adjetivo significa "sin interés".

importa que me siente contigo?», supe, sin necesidad de alzar la mirada, que se trataba de Isaac Asimov. Los juegos de palabras constituyen la idea que tiene de las empíreas cumbres de la sabiduría.

No me permitía sentirme molesto. Dije sólo:

—Hola, Ikey (10) Claro que me importa que te sientes conmigo, pero hazlo de todos modos.

Mientras esto sucedía, advertiré que Asimov jamás me espetaría nada que pudiera ofenderme tanto como a él le ofrecía el ser llamado Ikey. Así, cuando comenzara a percatarse de que cada, Dry as Dust sería replicado con otros tantos Ikey, se estaría quieto. Con cualquier otro habría dejado la fiesta en paz al cabo de dos intentonas. Pero a Asimov le concedo veinte años.

Como este libro se encuentra más bien en el ámbito de las colaboraciones, ubicando su nombre exclusivamente como autor, haré mejor en detallar alguna descripción suya.

Mide cinco pies y nueve pulgadas, es proclive a la gordura y algo más que proclive a la sonrisa. Lleva el pelo largo y está claro que si no se lo corta es por holgazanería más que por causar espléndidos efectos leoninos (así es como se describe él, según he oído), puesto que nunca se encuentra más allá de lo escasamente peinado. Tiene el pelo un poco gris y las patillas, que le alcanzan hasta el ángulo de la quijada, presentan el color de lo canoso. Tiene nariz bulbosa, ojos azules, corbata en plan machete filipino y gafas con montura negra. Se quita las gafas para leer y comer porque no puede admitir que es tan viejo que las necesite.

Me gusta en algunos aspectos. No fuma ni bebe más que yo. Como a mí, le gusta comer, aunque yo no estoy gordo y él sí. Él cree que se trata de una diferencia metabólica, lo que resulta de cajón en un tipo que predica que es bioquímico. Sé que la diferencia está en el ejercicio. Yo hago gimnasia todas las mañanas: y aunque una vez al día Asimov realiza una flexión para saltar de la cama todas las mañanas, en eso consiste toda su gimnasia. Sin contar el tecleo sobre la máquina de escribir, claro. Sus dedos, en ese sentido, están en buena forma.

Su plato estaba más lleno que el mío, pero no pudo evitar mirar ávidamente a ver si encontraba algo que se le hubiera pasado por alto al seleccionar las porquerías del aparador.

—¿Por dónde vamos, Isaac? —no suelo llamarlo Ikey, salvo para

1° Diminutivo de Isaac.

provocar.

Sabía a lo que me refería.

Ciento sesenta y tres hasta el momento —dijo con la boca llena—, aunque ¿quién los cuenta?

Tú —dije.

Tragó y añadió, con tono entristecido:

Tengo que hacerlo. Es mi lacra. Todo quisque quiere saber cuántos libros he publicado y si no se lo digo se cabrea. Es más, si me lo pregunta consecutivamente con un mes de

diferencia y la cantidad no ha subido al menos un guarismo, se siente chasqueado. Mira, no creo que tengas necesidad de enfadarte conmigo por eso. Has conseguido que hagan una película de uno de tus libros. Mientras que yo no.

Me puse alerta sobresaltado. Ciertamente, pudo haber resultado algo bueno, pero a la legua se advertía que se trataba de la peor película jamás hecha por el peor equipo de imbéciles que pudiera encontrarse en Hollywood. Mantenía la esperanza de que nadie la viese. Es obvio que ciento sesenta y tres libros no es un récord, pero jamás me encontré con nadie que escribiera con tanta facilidad como Asimov. Él lo sabía y el placer que encontraba en ello resultaba más bien molesto de contemplar.

En cierta ocasión que acudió a un almuerzo de homenaje a libro-yautor, alguien murmuró en mi oído: «Por ahí va Asimov, autoseguridad en ristre como un guardabarros» (Lo mismo pudo haber sido dicho de su abdomen, por supuesto.) Y en otra ocasión, otro tipo dijo que Asimov caminaba como si esperase que el aire le fuera abriendo camino por delante.

Por lo demás, mi propia teoría es que vive tan encerrado en su propia cabeza que apenas se da cuenta de lo que ocurre en el mundo exterior, tanto que cuando parece comportarse como un poseso no es ni más ni menos que la puesta en marcha de los pájaros de su cabeza que le impiden darse cuenta de lo que ocurre alrededor.

¿Qué estás haciendo aquí, Isaac? —dije—. ¿Cómo es que no estás en casita escribiendo un libro?

Gruñó.

En cierto modo es lo que estoy haciendo aquí. Doubleday quiere que escriba una novela de misterio titulada Murder at the ABA (11) No sé en

11 Es el título original de esta novela, publicada por Doubleday, editora neoyorquina.

qué estaría pensando cuando firmé el contrato.

¿Por qué lo firmaste?

¿Qué otra cosa habrías esperado de mí? He firmado tantos contratos que se ha convertido ya en un acto reflejo. Y quieren el manuscrito completo para agosto. Tengo tres meses como mucho.

Maravilloso. La escribirás en un fin de semana, ¿no?

Asimov se llevó a la boca un bocadillo frío que había cogido de un platillo y devoró la mitad de un bocado. Cuando hubo dado cuenta de la mayor parte del bocado, dijo:

El peor de todos mis problemas literarios consiste en que no me permito tener problemas literarios. Si tú dijeras que tienes que hacer un libro más rápido de lo que puedes, todo el mundo te regaría la chaqueta con lagrimones como puños. Cuando lo digo yo, es el recochineo padre. Y cada vez el mismo recochineo, me atrevería a añadir.

Esto lo dice un hombre que piensa que Darius Dust es una agudeza epigramática.

No me deshice en lágrimas:

Harás lo de siempre. Has hecho novelas de misterio en otras ocasiones, ¿no?

Era una bonita forma de salvar la suposición. El hombre ha escrito sobre todas las materias imaginables y si alguna vez alguien dio pie para imaginar lo contrario, ese alguien es Asimov. Parece imbécil a primera vista. Pero cuando te pones a escuchar sus interminables bromas, a contemplar cómo mete mano a toda chica que se le pone por delante, y a observar impávidamente cómo jamás ni por ésas se le ocurre nada serio, entonces ya no te cabe la menor duda de que lo es. Cuesta mucho tiempo advertir que el gachó está tan seguro de su inteligencia que no se molesta en demostrarlo.

Lo que en aquel momento me jodía un huevo.

Claro que he hecho novelas de misterio en otras ocasiones —dijo, indignado—. He escrito novelas de misterio propiamente dichas y de ciencia-ficción con misterio; lo mismo novelas que relatos para adultos, para adolescentes y para doctorados por universidades.

Entonces, ¿cuál es el problema?

Tengo que darle el ambiente de aquí. Hace cuatro días que zanganeo por estos alrededores para ver lo que ocurre.

--Pues ya tienes ambiente.

Pero es que no puedo ver lo que ocurre. En mi vida había visto lo que aquí me rodea.

Pues ¿cómo has escrito ciento sesenta y tres libros?

Publicados, no escritos —me corrigió—. Tengo once en prensa... Pues he llegado a escribirlos porque mis libros no son descriptivos. Poseo un estilo sin ornamentos,

En ese caso, busca alguien para que te ayude.

Fue extraño que yo le dijera aquello, pues en aquel momento no podía suponer ni remotamente que el curso de los hechos tomaría tal giro que me vería abocado a ser yo su ayudante.

A fin de cuentas, tuvo que arreglárselas para acabar el libro a tiempo, ya que lo que está usted leyendo en este momento es Murder at the ABA, de Isaac Asimov.

Ahora bien, se trata de mi relato y yo soy el protagonista, mientras que él se limita a ser un triagonista. Y puesto que he dejado la escritura enteramente en sus manos, aunque no enteramente la confianza, el acuerdo es que se me permita añadir comentarios míos en forma de notas a pie de página cuando considere que se está desmadrando (12)

Había acabado su fuente y por entonces la sala estaba considerablemente más atestada que cuando entramos. Era bastante desalentador esperar ver a Giles en medio de tanto gentío. El nivel del ruido había llegado a ser insoportable y la porquería del humo de los cigarrillos pendía en el aire. Aún había tiempo para ahuecar y de ese modo Asimov se las habría tenido que arreglar por su cuenta..., pero no me moví porque aún no me había tomado mi café. Hay siempre algo para prevenir la fuga del destino.

¿Quieres café, Isaac? —dije.

Claro, pero deja que vaya yo. Necesito ejercicio.

Aquélla no era la verdadera razón, claro. Volvió con café para ambos

12 Por ejemplo, puedo apuntar que mientras Asimov me describía, me sometía a una total distorsión. Yo mido cinco pies con cinco pulgadas y no cinco pies con dos. La sutil (o no tan sutil) saturación del relato con mi supuesto complejo de pigmeo no tiene otra función que hacerlo brillar a él por contraste. - NOTA DE DARIUS JUST.

Mide cinco pies con cinco pulgadas si nos permitimos contar sus zapatos con doble fondo. Tampoco be esperado que se tome todo al pie de la letra. Esta es una obra de ficción y me he tomado las libertades que me han parecido oportunas. Y en cuanto a mi brillo por contraste, pido a cualquiera que me conozca que lea las últimas páginas en las que firmo y declaro que estoy componiendo las ridículas actitudes de Just frente a mí a un considerable coste de mi autorrespeto. - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

y cinco pastelitos para él. Al menos no me ofreció ninguno.

Disolvió el baño de chocolate de uno de los pastelitos en el café, se lo llevó expertamente a la boca sin derramar una gota, y dijo:

¿Y qué es lo que tú estás haciendo aquí, Darius? No pareces particularmente extasiado.

No tengo ninguna razón para parecer extasiado —dije—. He tenido una mierda de día y no tengo intención de entrar en detalles.

Considerando que no tienes responsabilidades familiares y que escribes un libro cada tres años, ¿qué cosa tan misteriosa puede provocarte una mierda de día?

Casi pude creer en la seriedad de tal pregunta, pero lo dejé estar y dije:

¿Por casualidad no habrás visto a Giles Devore en la convención?

Pues sí.

Me quedé atónito. No esperaba tal respuesta.

¿Aquí?

No, en el puesto de registro. Firma libros mañana por la mañana. Al mismo tiempo que yo, por cierto.

Ya sé que firma libros —dije.

Juro que lo dije de la forma más llana posible, sin albergar ningún sentido oculto. De hecho, me estaba enfriando y (¿quién sabe?) todo se habría convertido en agua de borrajas,

cuando hete aquí que Asimov, por ninguna visible razón que no fuera su diversión propia, recalentó mi resentimiento hacia Giles y colocó su mojón correspondiente.

Sus ojos azules chispearon y sus cejas subieron y bajaron con rapidez. (Para ser alguien que predicaba que nada veía del mundo que lo rodeaba, podía alardear también de saber frecuentar con su dedo la llaga de un alma herida.)

Me alegro que sea tu protegido y no el mío. No sé qué piensas tú, pero yo encontraría repugnante tener un protegido que se encumbra sin mí.

No es mi protegido —le repliqué.

Escucha, ese primer libro suyo lo copió de tu bloc de notas. Todo el mundo lo sabe... y el más bobo, tú.

¿Por qué? ¿Por ayudarlo?

No, claro que no. Por esperar agradecimiento.

Me encogí de hombros, pero por dentro, donde él no podía verme, estaba que trinaba. Maldito sea, yo había esperado agradecimiento y si la

espera me había convertido en un bobo, el que nunca llegara me había convertido en una bestia furiosa.

Mintiendo a ojos vistas, le contesté:

—Nunca esperé nada.

Pero Asimov ya no se preocupaba de mí. Se había puesto a mirar al otro lado de la sala y no tuve que seguir sus ojos para darme cuenta que se trataba de una moza. Olvidé decir que en medio de su incapacidad general para ver el mundo que le rodeaba, poseía una extraña habilidad para detectar a todas las chicas que entraban en un radio de acción de doscientos pies.

11. SARAH VOSKOVEK, 7:20 de la tarde

Ella no era mi tipo. Sólo medía cinco pies como mucho. A mí me gustan las chicas de cinco pies con siete u ocho pulgadas. La norteamericana media mide cinco pies con cuatro, pechugas normales y caderas tres cuartos de lo mismo. Si alguien puede imaginárselo, que agarre a esa chica modelo por el cuello y los tobillos y le dé un soberbio tirón en ambas direcciones: obtendrá una chica de sesenta y ocho pulgadas, pechitos firmes y caderas estrechas. Pues ésa es la que me gusta.

Esta era justamente lo contrario. Una chica común había sido cogida por cuello y tobillos y había sido comprimida. Resultado, sesenta pulgadas, senos como palomas buchonas y culo que parecía un polisón. Era muy guapa; le concedo eso. Su cabello, casi negro, se alzaba en forma de colmena (colmena alta, habría que añadir, supongo) Poseía también unos ojos que eran igualmente oscuros, grandes y con el blanco azulado. Nariz escasamente curvada y pómulos altos y de tono rosado. El blanco vestido le llegaba a los tobillos, pero le quedaba bastante corto desde las clavículas al otro extremo.

Caminaba hacia nosotros y los ojos de Asimov no la abandonaron ni un instante. Me puse a mirar yo también, aunque menos absortamente, apostando para mí mismo al momento en que cambiaría de rumbo y se sumiría en la noche, tal vez para nunca más volver a verla. No estaba particularmente preocupado en cuándo tendría lugar dato semejante, pero el caso es que no sucedió.

Su trayectoria no cambió de rumbo. Finalizó, por el contrario, en nuestra mesa; ignorándome por completo, dijo ella:

—Perdón. ¿No es usted el doctor Isaac Asimov?

Tenía dejes de acento extranjero, eslavo quizá.

Como un perrito —dijo Asimov, con amplio gesto jovial de sus brazos—, mi fama me precede. Soy todo suyo, querida. Dígame tan sólo dónde, cuándo y cuántas veces.

Sí —dijo ella—, su fama le precede a usted. Usted me ha sido descrito y usted es el doctor Isaac Asimov.

Aquello no lo desanimó, nada hay en el mundo que pueda hacerlo. Mantuvo su sonrisa

y dijo:

Para repetirme a mí mismo, ¿qué puedo hacer por usted?

¿Puedo hablarle un momento?

Tantos momentos como caben en la eternidad —dijo Asimov, todavía hilando delgado.

Cinco o seis bastarán.

La combinación del acento y el inglés meticuloso era incitante. Me sorprendí, deseando que procediera de un cuerpo más atractivo. La chica se sentó y dijo:

Me llamo Sarah Voskovek y llevo las relaciones públicas en el hotel.

Por qué escogí aquel momento para meter baza, no puedo decirlo con exactitud. Quizá estuviera resentido por haber sido ignorado. Quizá la pulla de Asimov en torno a Giles me había dejado ansioso de golpear a cualquiera, aun absurdamente.

Así pues, dije:

¿Qué hace usted aquí un domingo por la noche? Estas no son horas de trabajo.

Me miró fríamente, como si temiera que sus ojos se posaran sobre mí por completo.

Estoy aquí —dijo-como invitada de la ALA, y trabajo cuando me da la gana.

Y se volvió de nuevo a Asimov como si yo sólo hubiera existido durante un momento tomado para despreciarme. Tragué una profunda bocanada de aire y aposté cinco mierdas contra tres a que obtendría una oportunidad con la pequeña puta antes que se marchara.

Tengo entendido, doctor Asimov —dijo ella—, que está usted planeando escribir una novela de crímenes sobre este hotel.

Ante esta repentina cala en sus asuntos, Asimov pareció frustrado.

Muchacha —dijo—, las noticias se difunden rápido. No sobre el hotel, señorita..., señorita...

Voskovek.

Bien, no sobre el hotel. Murder at the ABA es el título sugerido. Mis editores me lo han pedido así.

Pero la Convención de la Asociación de Libreros Americanos tiene

lugar en este hotel. ¿En qué medida pretende ser usted realista?

Tanto como sea necesario —dijo Asimov, repentinamente vuelto

escritor—. El meollo es darle ambiente.

No obstante, no tiene por qué ser necesario citar el nombre del hotel.

Puede que no.

Fue entonces cuando gané mi apuesta cinco-contra-tres... o, por un momento, así lo creí.

Me incliné sobre la mesa y le dije a ella:

Mire, hermanita. Este hombre va a escribir un libro. Cuanto tenga que aparecer en el libro es cosa que no le concierne a usted. Si usted considera que su vida privada ha sido invadida o la entidad del hotel difamada una vez el libro haya salido a la calle, entonces podrá abrir un proceso. Hasta ese momento no puede usted decir ni pío, y este conato de restricción anticipada es irritante. ¿Por qué no se va ahora y abandona las relaciones públicas para las que parece no tener el menor talento?

Me miró como si estuviera estudiando algún espécimen de género incierto, pero espécimen fuera de su interés. Fue una larga y ociosa mirada, una mirada tranquila y calma, y luego, sin ninguna expresión en el rostro, dijo:

Debe ser bastante raro en usted el encontrar una persona de menor estatura con la que ejercitar su masculinidad imaginaria.

¡Uuuuh! —exclamó Asimov.

Me quedé sin aliento. No por lo que había dicho, claro; he sido favorecido por comentarios de ese jaez durante toda una generación. Se trataba principalmente de la inesperada irrelevancia de ello. Cuando pude hablar, lo hice tartamudeando.

Señora —dije—, sus pulgadas y las mías...

Pero ella añadió:

Hablaré con usted en momento más apropiado, doctor Asimov. Se dio la vuelta y se

alejó sin la menor perturbación.

12. GILES DEVORE, 7:35 de la tarde

Tuve un incontenible deseo de correr tras ella y dejar caer mi

irascible bota contra el blanco tentador de sus nalgas, pero fui lo mínimamente dueño de mí mismo como para contenerme. iLa mierda de polvareda que le habría levantado de la coz! Pero el caso es que me contuve y sentí que las palmas de las manos se me humedecían de sudor y frustración.

De cuantas humillaciones había soportado ese día, ésta era la peor. Asimov no me alivió demasiado, diciendo:

¿Qué te preocupa, Darius? Ya conoces los efectos que provocas en las mujeres. Sedúcela la próxima vez que la veas y cuando se arroje a tus brazos, hazte a un lado y deja que se dé de narices contra el suelo.

Pensaba que era divertido. Yo, no. ¿Qué podía hacer sino ignorarlo y confinarme en mis adentros para echar pestes allí sólito?

Sólo deseaba poder recordar lo que iba a decir en el momento exacto de su partida. Iba a ser devastador. La habría machacado de arriba abajo si me hubiera dado tiempo y no se hubiera marchado. Pero no puedo recordarlo. Me dije que era normal, bajo las circunstancias, no poder..., pero deseaba hacerlo.

Entonces, dijo Asimov:

Hola, Giles. ¿Qué tal la celebridad?

Hola, Isaac —replicó la familiar y remilgada voz.

Me había olvidado de él. No estaba ya para buscarlo. Había llegado a un punto en que ya no estaba para él ni un ápice de mi ser. Si se hubiera mantenido en cualquier otra parte de la gran sala, jamás lo habría visto. Si hubiera llegado diez minutos antes -delante de la Pequeña Miss Bocazas-, yo me habría sentido con la calma suficiente para afrontar lo que durante todo el día me habían estado machacando. Si hubiera llegado diez minutos más tarde, muy bien yo podría haber estado ausente, pues los pocos instantes que siguieron a la partida de la mujer me convencieron de que nada había en la convención capaz de retenerme. Sobra lo que es demasiado.

Y Giles estaba allí, en el lugar preciso y en el preciso momento.

Alcé la mirada con sorpresa. Allí estaba él, ligeramente inclinado, los brazos colgándole, el rostro patibulario. Estaba notablemente más gordo que la última vez que lo vi; la prosperidad se le notaba en la cintura, como suele suceder. Sus gafas eran de montura negra y parecidas a las de Asimov, a quien se habría parecido un poco de no ser media cabeza más alto y de no estar dotado del poblado y negro mostacho. Su labio inferior, visible por sí mismo, le daba una apariencia de monstruoso mocoso

que hace pucheros. Combínese el mostacho con las gafas, hágase su nariz más curva y prominente y se obtendrá algo así como una mascarilla de Groucho Marx.

Me encontré abajo con Teresa Valier —dijo—, y me contó que me estabas buscando, Darius.

Luego, Teresa no tenía mucha confianza en mí. Había estado investigando por cuenta propia.

Siéntate, pues —dije, bruscamente.

En este punto, Asimov, decidiendo en apariencia que el papel de circunstante inocente era evidentemente demasiado peligroso para desempeñarlo, se levantó y dijo:

Si no os importa, hay por aquí cierta gente a la que tengo que ver.

Saludó vagamente con la mano y se largó. Su partida no me afectó.

Giles se sentó y colocó sus gordas manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo. Daba la impresión de estar aguardando a que le diera una galleta para perros.

Felicidades por el nuevo libro —dije.

Se encogió de hombros.

Gracias, aunque no irá demasiado lejos con la Prism Press.

Vas a dejarlos, tengo entendido.

Sí. Los escritores tienen que encontrar su nivel —añadió con su vocecita de tenor maricón, voz que subía constantemente dando la sensación de estar alegre, aunque no fuera así—, y Prism Press no está a mi nivel.

Pero sí al mío, ¿no? —pregunté.

Eres libre de irte también, Darius..., a no ser que sea así. ¡Insufrible hijo de puta!

¿Y qué pasa con Roseann Bronstein? Tengo entendido que has rechazado ir a firmar libros a su tienda.

¿También te ha hablado, Darius? No, no quiero hacerlo. No puedo soportarla.

No tienes por qué soportarla si vas a firmar libros a su establecimiento. Mira, Giles, si quieres un consejo... —estaba conteniendo mis humos todavía.

No, Darius.

Pues si no quieres, te lo daré de todos modos, Giles. Prism Press, aun siendo una casa pequeña, te lanzó tu primer libro y te lo llevó bastante bien.

Quizá cualquier otra lo hubiera hecho mejor, pero eso no lo sabes. Podrías quedarte con ella al menos el tiempo suficiente para ver cómo marcha el último. No puede dudarse que se lo debes. Y Roseann promocionó tu libro cuando no tenía por qué hacerlo y cuando nadie lo conocía. Tampoco puede dudarse que le debes un favor.

¿Favores? No existen los favores en este mundo, Darius. Prism Press lanzó mi primer libro. ¿Y qué? También sacaron dinero de ello. De hecho, sacaron más que yo y sacarán más todavía con mi nuevo libro. Ya han tenido su pago. Y también Roseann tuvo su pago. ¿Qué es lo que quieren, pues? Te lo diré. Quieren colgarse de mis faldones para sus propios beneficios financieros. ¿Es ésa la magnanimidad que dispensan? Lo que yo quiero es quitármelos de encima para mis propios beneficios financieros. ¿Por qué no tiene que ser ésa mi magnanimidad de respuesta? Todos andamos tras la pasta. ¿Por qué tiene que ser noble en ellos y villano en mí?

Mantuve la calma hasta entonces. Me sorprende que lo hiciera así cuando lo recuerdo.

¿Y tras qué ando yo, Giles? —pregunté.

Enrojeció visiblemente. Luego dijo:

Es diferente, Darius. Sé perfectamente que te debo algo. En cuanto me sitúe con una editora mejor, tendrás mi apoyo incondicional. Haré cualquier cosa que pueda hacer, Darius.

¿Quién mierda quería su apoyo incondicional? Me noté a punto de hervir. Todas las humillaciones del día se me estaban poniendo ante los ojos y no sólo la humillante observación de la hembra pigmea de relaciones públicas.

Estaba aguardando una respuesta, cualquier señal de mi parte que ratificara que se trataba de una persona leal y bondadosa y que iría al cielo cuando muriera por lo que me estaba ofreciendo. Pero yo estaba intentando escoger las palabras que lo mandarían al infierno, cuando hete aquí que suena un fino tip-top de altos tacones y se experimenta el febril aliento de una brisa que indican la presencia de una mujer que pasa.

Mister Devore —dijo ella—. Si no nos vamos ahora, llegaremos tarde.

El labio inferior de Giles pareció temblar, señal de que su habitual obstinación estaba haciendo presa en él. Quizá recordara que su deuda para conmigo estaba actuando sobre él mientras su maldita condescendencia estaba actuando sobre mí.

Y era ésa su forma de encararse al mundo cuando estaba irritado.

Nunca luchaba. Nunca lanzaba golpes. Meramente se volvía tozudo y se negaba a moverse. Podía tratarse igualmente de algo que sacudiera al mundo o que lo reventara a carcajadas; no importaba. El grado de tozudez era el mismo y jamás supe que se conmoviera. Por qué Teresa Valier y Roseann Bronstein no conocían el dato tan bien como yo, por qué creían que una palabra mía iba a cambiar las cosas, es algo que no puedo decir.

¿No pueden conseguir a ningún otro? —espetó, y yo aposté un sombrío diez contra uno a que cualquiera que fuese la cosa que se esperaba de él, no iba a hacerla.

Por entonces había ya reconocido a la mujer. Era la secretaria de entrevistas de la convención: Henrietta Corvass. Se había mantenido impertérrita cuando yo llegué demasiado tarde para participar en la conferencia de prensa apuesta peniques para la que estaba citado, pero pareció afectarse un poco más en relación a Giles Devore. Él valía más que yo, evidentemente.

Es una grabación de mayor envergadura —dijo ella—, un espectáculo para una cadena de televisión y no quieren a ningún otro. Estamos comprometidos en esto.

Yo no estoy comprometido con nada —dijo él, comenzando a arrugar la frente—. Me darán la lata durante horas y tengo que firmar libros para mañana por la mañana.

No llevará más de un par de horas. Se lo prometo. Haré lo posible para que sean rápidos. Está a sólo dos millas y un taxi nos llevará en poco tiempo.

Podía haberle dicho a la mujer que no insistiera. Ningún alud de razones lo conmovería. Y por una vez en su vida, debería haber seguido con su tozudez. La muerte le aguardaba entre bastidores y podía desaparecer si su terquedad persistía.

Pero dijo:

Tomen a Darius. Él irá.

Aquello me hizo explotar. Toda la ira, toda la rabia, toda la mala uva que había estado alimentando y acumulando en mi interior durante todo el día, emergió, fluyó, se agolpó en mi cabeza y estalló. En un dramático instante me sentí capaz de dar guantazos a todos cuantos habían contribuido al fracaso de la conferencia de prensa y a cuantos habían puesto su grano en el granero de mi irritación de ese día, desde el hombre que pisoteó la punta de mi pie hasta la canija culona que pisoteó mi ego.

Me puse en pie y al tope de mi voz, dije:

No quiero ir, torre de flojera. Miserable novelista a medio hacer, ¿no sabes cuáles son tus responsabilidades? Un libro, medio así y un segundo, no tan así y ya te crees libre de carga sobre los hombros y que los pequeños empujoncitos gratis que te han concedido los mantendrás eternamente. Pues no. Si a tus hombros les parece que sí, es que no. Te estás forjando enemigos, hombrecito, y tu alma se está marchitando más rápidamente que tu cabeza al engreírse, lo que ya sucede a velocidad astronómica. ¿Crees, acaso, que has llegado al punto en que puedes ignorar al mundo y recostarte sobre los laureles y sobre las bien engrasadas ruedas de tu gordo ego? Por Dios, te vendrás abajo con un estrépito que ensordecerá al mundo con el ruido de sus propias carcajadas. ¡Vete!

No, no es esto exactamente lo que le dije. En esencia, esto, pero sé que lo hice de modo más virulento y con una cantidad más considerable de interjecciones.

No importan los términos exactos. En conjunto, fue apenas lo que podría haberle dicho en réplica a la pequeña provocación que Giles me había concedido, fuera o no también por todo lo que se me había hecho padecer aquella interminable tarde.

Giles se había puesto mortalmente pálido y Henrietta de rojo subido. Estaba, a fin de cuentas, aullando al tope de mi voz y me habían oído con seguridad en la mayor parte de la sala: una sala en la que casi cualquier otro sonido habría sido amortiguado. No obstante, a pesar de la bruma de mi rabia, me di cuenta de que estaba gritando en un vacío, pero no me detuve.

Y lo que hice lo hice para incomodar a Giles de arriba abajo. Lo arranqué físicamente del pantano de terquedad en que había sumido su voluntad y lo volteé. No había pensado hasta dónde podía llegar ni dónde iba a detenerme, pero nada me relajó tanto de la inmensa furia que sentía contra él como descargársela en un lugar público. Era suficiente y con ello lo había situado en el sendero del crimen. Los mojones que señalaban su destino estaban colocados.

Giles tuvo de pronto veintiún años otra vez y se las arregló para mirarme desde arriba a una distancia de una cabeza y un cuello por encima de mí, con el mismo aspecto de canelo sufrido que tenía la primera vez que nos vimos.

No necesitas irritarte, Darius —dijo—. Voy a ir, pero tengo que hacer algo antes.

Oh, pero mister Devore —dijo Henrietta, con una mezcla de
desesperada zalamería y clara impaciencia—, llegaremos tarde.

Por mi parte, sentí que estaba volviendo al mundo real. Advertí un millar de ojos más o menos sobre mi persona. El runrún de las conversaciones estaba comenzando a elevarse otra vez mientras los mirones se percataban de que el ruido no había sido un preámbulo a una escena de puñetazos, aunque muchas de las conversaciones versarían sobre nosotros.

Me sentí avergonzado y culpable, sin caer en la cuenta de que aunque Giles lo había encajado, había contribuido sólo al empuje final. Pues todas las emociones que yo había sentido aquella tarde, tanto las insignificantes como las de envergadura, habían empujado en la misma dirección. Si creyera en un Dios vengador y pensara que somos dignos de su atención, diría que estaba pulsando las cuerdas. De cualquier modo, no tengo otra explicación que la infinita malignidad de todas las cosas.

¿Qué pasa? Lo haré por ti.

Caí en el papel que había cubierto nueve años atrás, haciendo por Giles lo que él no podía hacer por sí mismo, lo que empujó todo un grado más adelante.

Giles rebuscó en el bolsillo izquierdo de su pantalón y sacó un pequeño monedero transparente. Lo miró por un momento y luego extrajo un ticket rojo.

Dejé un pequeño paquete en el guardarropa de la segunda planta, la que está junto a...

Iré por él, iré por él —dije, y le cogí el ticket.

El guardarropa puede estar cerrado cuando vuelva y necesitaré su contenido para mañana por la mañana. Por favor, llévalo a mi habitación esta noche. Habitación 1511. Ten la llave.

¿Y cómo entrarás tú luego? —pregunté.

Puedes dejarla en la conserjería. O puedes dejarla allí mismo, junto al paquete. Tengo otra. Siempre pido dos llaves. —(¡Cauto! ¡Cauto! ¡Eso es nuestro Giles!)

Deja el paquete sobre el buró, en el centro, y pon la llave encima -estaba obedeciendo a la urgente presión del brazo de Henrietta contra su codo y hablaba por encima del hombro—, no te olvides.

Oí que Henrietta decía:

Ahora no lo dejaré ni un momento fuera de mi vista, mister Devore, y procuraré que regrese a su habitación lo antes posible. Yo misma lo acompañaré hasta su habitación.

La tipa estaba usando un tono que igual podría haber usado con un niño, a lo que pensé que estaba haciendo las cosas en su justa medida. En aquel momento desaparecieron de mi vista.

13. SHIRLEY JENNIFER, 7:50 de la tarde

—¡No te olvides!

Esas fueron las últimas palabras que Giles me dirigió.

Era un consejo innecesario. No tenía yo la menor intención de olvidarme. No suele ocurrirme.

Recuerden que yo conocía a Giles. En el fondo de mi corazón, yo estaba convencido de que no tendría la menor importancia si me olvidaba, y también eso pudo haber jugado su parte en lo que siguió. Estaba seguro de que en el paquete no había la más mínima puta cosa importante. Todo era su necesidad compulsiva de hiperprotección e hiperseguridad, como el asunto ese de tener dos llaves; dos llaves que guardaba, estoy seguro, en dos bolsillos diferentes de dos distintas prendas de vestir.

Incluso si en aquel momento yo hubiera sabido lo que había en el paquete que quería que yo recogiera, no habría forma por la que yo pudiera haber considerado que la misión era de algún modo vital. Excepto, claro, que la hubiera, lo que habría sido una amarga cadena de circunstancias que habría finalizado por poner la responsabilidad en mis manos.

La cuestión era: ¿Qué hago ahora?

Por un lado, no había necesidad de correr a retirar el paquete, aunque creyera que se

trataba de algo urgente. El guardarropa permanecería abierto hasta las once como mínimo. En esta época del año no era probable que hubiera mucha cola y sólo eran las ocho menos diez.

A este respecto, Giles podía haber estado de vuelta con tiempo de sobra para retirarlo, incluso si yo no me hubiera ofrecido, aunque, naturalmente, habría estado preocupado todo el tiempo, incapaz de apartar la mirada del reloj. A este mismo respecto, sin duda seguirá preocupado preguntándose si me habré olvidado. El hiperseguro nunca está seguro.

Pero, por otra parte, dejando de lado el paquete de Giles, lo que yo quería hacer realmente, lo que había deseado hacer en dos o tres ocasiones con anterioridad, era cortar por lo sano, irme a casa y olvidarme de la convención. Tenía el resguardo y la llave de Giles en el bolsillo derecho de mi chaqueta, de modo que podía retirar el paquete, subir a la 1511, dejar paquete y llave allí y estar en casa a eso de las ocho y media para ver quizá la televisión o hacer un pequeño esfuerzo en pro de mi próxima

novela.

Anteriormente había ocurrido siempre algo que me había impedido irme a casa y romper así la cadena de circunstancias, y, cómo no, ocurrió otra vez. Para ser exactos, nada ocurrió en esta ocasión, sino que fue. Ese algo fue una cuestión de estúpido orgullo.

Podía sentir el muro de silencio que me rodeaba. Podía advertir los ojos que me seguían y me horadaban. Podía sentirme a mí mismo como objeto de comentarios. Y todo esto alzó lo que de peor tengo.

Supongo que yo, como cualquier hijo de vecino, tengo también mi dosis de terquedad. Los críos, cuando yo era joven, no consiguieron que abandonara mi nombre. Ni esta recua de susurradores bobalicones iba a hacerme salir de la sala de baile por haber sido ofendidos gracias a mi inflamable temperamento: no hasta que no me diera la gana de irme.

¡Dios, si yo tenía ganas de irme! Pero ellos jamás podrían habérselo creído. Había que esperar un poco. De modo que me dirigí hacia el café lo más tranquilo e indiferente que pude, me serví otra taza, le añadí crema muy deliberadamente y volví a la mesa. Todo el mundo me dejó paso. Ni dios me dijo una palabra.

Me senté. Bebería mi café, lentamente, y luego me marcharía. Medio esperaba que algún amigo o similar, Asimov, por ejemplo, viniera a hacerme compañía. («Hola, Darius. ¿Qué pasó antes aquí? Te oí dar berridos a Giles») Nadie vino. Verdaderamente, yo era Paria por un Día.

Miré a mi alrededor mientras bebía, intentando conferir serenidad a mi mirada.

No conocía a cuantos estaban cerca de mí. Eran adinerados libreros y sus esposas, supongo, pero no encontré a nadie atractivo. Por una u otra razón, las mujeres me repelían, al menos las que estaba viendo. En lo que a mí respectaba, Sarah Vostavosta, o como narices se llamara, había dado a todo su sexo un pésimo renombre. Hice por imaginar a la fatibomba en la cama y fracasé rotundamente. Probablemente arreglaba cada movimiento por anticipado, de modo que no había comienzo hasta que uno no hubiera recitado todos los movimientos proyectados en el orden correcto. Ahora bien, si te equivocabas, te metía la rodilla en la ingle, te sacaba al vestíbulo y te arrojaba las ropas hechas un lío.

Una vez hube dado cuenta del café hasta la última gota y mirado a mi alrededor sólo para evidenciar a todo el mundo mi absoluta impasibilidad, me levanté. Con una gracia interna tan intensa que las rodillas se me doblaban bajo su peso, comencé a realizar los movimientos que me

llevarían a casa al cabo de media hora.

Pero no iba a ser así. La taza de café me había retrasado cinco minutos cruciales y justo antes de alcanzar la escalera mecánica, vi a Shirley Jennifer. Cinco minutos antes, dos minutos antes, y lo habría evitado.

No la había visto desde hacía lo menos medio año, cosa perfectamente normal. Podíamos vernos todos los días durante dos semanas y luego no vernos otra vez en un año. Este era el arreglo entre ambos. No era un «lío» Simplemente nos veíamos aquí o allá, nunca como resultado de ningún plan preconcebido, nos alegrábamos mutuamente, y el sexo

formaba parte usual de esta alegría, aunque no siempre, y ninguno de los dos se empeñó en ello.

¡Shirley! —dije con sincera alegría.

Y ella replicó:

¡Darius!

Y hétenos allí abrazándonos felizmente.

Sabía que tenía que venir por alguna razón —dijo ella—, pero no creí que fuera para caer entre los brazos del más guapo competidor que tengo.

¡Yo, un competidor! Sus libros marchan mucho mejor que los míos. Ella escribe sagas familiares, estelas de generaciones. He intentado leerlos, puesto que sentí de veras que cuando saboreas el cuerpo de un autor de manera realmente íntima, lo menos que puedes hacer es echar una ojeada a su espíritu también. Desgraciadamente -la verdad es la verdad-, sus libros me dejaron frío. Son para mujeres anteriores a la liberación de las mujeres, y yo soy un hombre parcialmente feminista.

Bueno, quizá fuera eso lo que hacía a Shirley tan agradable. Ella participaba de la opinión de que la verdadera felicidad de la mujer radica en complacer a un hombre, y aunque yo soy lo bastante feminista, en principio, como para creer que tal cosa es errónea, vaya, cuando ello tiene lugar es difícil no rectificar un poco.

De cualquier forma, nunca he conocido a nadie tan eficaz con el sexo como Shirley. Yace tendida en la cama, junto a ti y con sólo que le toques la cadera, se retuerce y exulta sonidos orgiásticos incluso después de haberlo tenido mucho antes... y fuma.

Bien, también tiene sus puntos malos. Fuma hasta muy tarde, lo que quiere decir que mis camisetas cogen el tufo. Si no fumara, quizá no permitiría que pasaran seis meses entre dos encuentros.

¿Tenías que venir aquí? —pregunté.

¡Claro! Sólo venir por lo de mi agente.

Tenía una forma de prolongar la sílaba final de cada frase y de darle un leve sonido musical que me ponía fuera de mí la primera vez que estuve con ella..., pero no era afectación. Nunca hablaba de otra manera, y después de un rato lo encontraba más bien astuto. Me refiero a que podía reconocerla al teléfono sin equivocarme por mucho que fuera el tiempo que hiciera que no escuchaba su voz, cosa que la complacía. También podía decir si estaba en una sala aun cuando no pudiera verla. Podía en ese caso echar a andar derecho hacia ella, cosa que me complacía a mí.

Prosiguió:

Y luego, cuando llegué aquí, no llevaba dinero encima, ni siquiera diecisiete dólares y medio, de modo que firmé un cheque y antes de que lo aceptaran ya había llenado un formulario que pedía detalles de todos los episodios de mi biografía.

¿Has comido, Shirley?

No, sólo unas pastas y alguna bebida. ¿Ha quedado algo para comer? Aún había gente cerca de los aparadores, de modo que le dije qué había y le ofrecí ir a buscarle alguna cosa.

Oh, espera aquí —dijo ella—. No sabes lo que me gusta.

Estaba deseando hacer apuestas con cualesquiera tantos de ventaja, pues siempre he creído en dejar a la mujer que adopte su propio estilo en las cosas que no cuentan. Les proporciona una gran dosis de placer y las convierte en más predispuestas en la dirección de las cosas que cuentan.

Shirley volvió, de todo punto fantástica. Medía cinco pies con ocho pulgadas, y de hecho, cuando describí la clase de chica que me gustaba algún tiempo atrás, estaba pensando en Shirley. Es perfecta, cada una de sus partes lo es, incluso el pelo teñido de rojo, pues no creo que se trate de su color auténtico, porque en otros sitios no lo es. Ella es la clase de chica que... Bueno, lo diré. Es la clase de chica que no usa perfume y siempre huele bien, exceptuando su aliento después de fumar.

¿No has cogido pastrami? —Yo sabía que el pastrami la volvía loca (y que alteraba su

aliento también)

¿Había pastrami? —sus ojos castaños se ensancharon y por un minuto creí que iba a dejar temblar su labio inferior, pero no fue así. Sólo pareció disgustarse—. Supongo que debe haberse acabado todo.

Quizá no en los otros aparadores. Un segundo que en seguida vuelvo. Me las arreglé para conseguir unos cuantos pedazos de pastrami y un poco de carne de vaca ahumada, lo último que quedaba en la sala, creo, y

regresé con ello..., lo que me convirtió en héroe en razón directamente proporcional al amor que sentía ella por lo que le traía, que era inmenso.

Eres un encanto, Darius —dijo.

Si tientas este encanto, dulzura, ya sabes lo que ocurrirá.

Ocurrirá con cualquiera que lo tiente, dulzura.

De ningún modo —le repliqué, haciendo la protesta ritual, ni creída ni significando que tenía que ser creída—. Nadie, Shirley, sino tú. Pongo un candado a la cremallera de mi pantalón cuando tú no andas por allí.

¿No lo tiene puesto ahora?

Harías bien creyendo que no.

La dejé comer durante un rato sin molestarla. Uno de sus aspectos buenos era que no se molestaba jamás haciendo creer que no se lo pasaba de cojón comiendo, y ¿por qué iba a hacerlo? Mi opinión es que nadie que no se regodee con algo tan intrínsecamente regodeable como la comida puede regodearse con las demás cosas buenas de la vida, el sexo verbigracia. Es más, tal persona intentaría reemplazar la comida por el sexo, con lo que los platos serían demasiado fuertes y zarandeantes para mí. Me gusta que el sexo sea relajado y juguetón y no que se convierta en una especie de pelea horizontal con los puños.

Después de un rato, tomé la palabra.

¿Vas a estar firmando libros?

No —dijo—. Ni lo pienses. Aunque los tipos de mi editora de bolsillo me han pedido que me esté mañana por la tarde por lo menos una hora en su puesto expositor para que firme cartelitos anunciadores de un juego empaquetado de la serie La familia Roswell, cosa que sí aceptaré. Luego pensé que podía dejarme caer por aquí esta noche y levantarme el ánimo, ya sabes. No está mal lo que hice porque mira lo que ha ocurrido: tú...

No estarás en este hotel, ¿verdad, Shirley?

¿Con esos precios, cuando tengo un maravilloso apartamento sobre el río?

¿El mismo sitio?

Claro que el mismo sitio.

¿Shirley?

No nos preguntamos sobre nuestras vidas privadas. Qué hicimos, cuándo y con quién, estaba fuera de lugar, pero había que asegurarse de que no iba uno a meter la pata. Sólo había dicho «¿Shirley?», y ella sabía lo que yo había querido decir, de modo que pudo responder sin obstáculos.

—Demasiado cansada esta noche —dijo.

Podía realmente estarlo o podía encontrarse con el período menstrual, o atareada con sus escritos, o en el momento ideal de un lío amoroso. ¿Quién podría decirlo? Alguien podía estar viviendo con ella.

Pero ninguna de estas cosas era cierta. Sonrió con su especial sonrisa de esplendoroso amanecer (el efecto que provocaba sobre mí era el de un amanecer, de todos modos), y dijo:

—Bien venido a la alcoba de Jennifer.

Tras un rato que empleó en acabar de comer, caminamos juntos, se encontró con un grupo de amigos y se enzarzó en animada conversación con ellos mientras yo esperaba pacientemente.

14. SHIRLEY JENNIFER, 9 de la noche

A las nueve en punto estábamos ya listos para irnos, y, por lo que a mí respectaba, no tenía intención de volver.

Shirley era el primer buen suceso que me había caído encima durante todo el aciago día, y, de hecho, lo compensaba con creces. Cuando salimos estaba de magnífico humor; me habría puesto a besar a todo el mundo, incluyendo al taxista que masticaba un puro mientras nos llevaba hacia el Este (bueno, le habría pedido que se quitara antes el puro)

Y no obstante, bueno o malo, todo empujaba en la misma errónea dirección ese día... hasta Shirley. Nadie pensaría que Shirley, que albergaba un deseo más genuino de complacer a la gente con su delicioso cuerpo que dos santos de la hagiología, clavaría un inmenso y gordo mojón por su cuenta.

El hecho era que, desde el momento en que Shirley había penetrado en mi campo de visión y entre mis brazos, absorto en la tarea me había olvidado por completo del resguardo y la llave que descansaban en el bolsillo de mi chaqueta. Giles y su recado dejaron de existir para mí.

No pensé en ello mientras nos llevaba el taxi. No pensé en ello cuando Shirley cerró la doble llave de su puerta, ni cuando preparó un pequeño cóctel (Nunca dije que fuera perfecta. Además de los cigarrillos postsexuales, hay que citar también sus cócteles.) Por mi parte, tomé un refresco hecho con jerez, que suele gustarme algunas raras ocasiones... como cuando hay a la vista una chica cuyo sostén sé que le va a saltar en quince minutos con los resultados más deleitables.

Tampoco pensé en ello cuando nos sentamos en un sofá con las luces disminuidas y ningún tocadiscos en marcha. (Ignoro quién afirmó que era

romántico escuchar música en tales ocasiones, pero ¿cómo puede ayudarle a uno en vez de interferir el camino? Recuerdo que una vez una chica insistió en escuchar el álbum de la película Camelot durante nuestro pequeño interludio romántico, y que Richard Burton se puso a cantar Cómo tratar a una mujer en tan apropiado momento que ambos reventamos de risa. Estábamos alegres, pero como aliciente sexual era cosa de segundo orden.)

Tampoco pensé en ello cuando la estaba besando en el sofá (besarla mientras estábamos de pie lo encontraba un poco chapucero... y una vez que lo intenté encima de una guía telefónica, resultó más chapucero aún), o cuando nos desnudamos, o cuando fuimos hacia la cama, o cuando yacía echado junto a ella una hora después, contemplando sus cigarrillos.

Me dormí pacíficamente, y, por lo que supe, dormí sin sueños el agradable sueño de los Justos... y de este Justo en particular (13)

De hecho, no hubo un solo momento durante la noche, desde que topé con Shirley, en que arrugara la frente y considerase: ¿He olvidado alguna cosa?

Ni uno solo.

Si Shirley no hubiera llegado tan a tiempo de cruzarse en mi camino con la cuidadosa preparación de una cabriola de trapecio... Pero el caso es que llegó a tiempo y habría sido exigir demasiado humanitarismo (por mi parte, claro) recordar algo tan estúpido como el paquete de Giles, cuando toda mi atención, cada una de sus partículas vibrátiles, tanto las sensoriales como las hormonales, estaban puestas en Shirley.

Así que dormí cojonuda y apaciblemente. Sólo que desde entonces ha habido noches en que no he podido dormir tan bien, sólo de pensar en lo bien que dormí aquella noche.

13 The good sleep of the Just... this particular Just. Nuevo juego de palabras con el apellido del personaje.

II

LUNES, 26 DE MAYO DE 1975
(Día de los Caídos)

1. SHIRLEY JENNIFER, 8:55 de la mañana

Desperté a eso de las nueve con tufo a tocino frito pegado a la nariz. Es la mejor forma de despertar -la segunda mejor forma- y no suele ocurrir cuando vives en un piso de soltero, bien amueblado, no obstante, aunque particularmente el mío no lo está.

Vamos, Shirley. Primero un baño y después una respuesta rápida. —Y di unas palmadas a su lado de la cama.

Pero ella dijo:

Nono. Comienza tú y no me digas cuánto vas a tardar: tengo que ir a firmar.

Eso es a la tarde.

Sí, pero hay antes un almuerzo de libro-y-autor y hablará Douglas Fairbanks, Jr., y a mí me rechifla.

Cuan rápidamente olvidan las mujeres —dije.

Mi amor es espiritual, y si vas a ir al baño, ve ya porque estoy a punto de freír los huevos.

De modo que corrí precipitadamente. Cuando salí, puso los huevos y dijo:

Me enamoré de él cuando hizo el papel de Rupert of Hentsau en El prisionero de Zenda.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo mientras los huevos se freían lentamente.

No eres tan vieja para recordar El prisionero de Zenda —le repliqué.

Soy misteriosamente más vieja de lo que parezco —dijo sacudiéndose el pelo hacia mí- y la vi tres veces en la televisión. Además, me enamoré de Rupert of Hentsau cuando leí el libro (14) a los diez años. Tenía miedo de que lo corrompieran en la película, pero no lo hicieron. Douglas Fairbanks, Jr., estuvo sólo bien. Sin moral al fin y al cabo.

He ahí el secreto —dije, suspirando—. Las mujeres se enamoran de los hombres sin moral.

la De Anthony Hope.

No es ningún secreto. No vale la pena casarse con un hombre sin moral, pero un hombre que la tenga no vale gran cosa en la cama.

Yo tengo moral —contesté.

Por aquí —dijo ella, lo tomé por un cumplido y la ayudé a servir el tocino y los huevos.

Apagó el cigarrillo y nos instalamos en el pequeño comedor.

¿Vas a ir hoy a la convención? —preguntó.

Nada en particular tengo que hacer allí —dije—, salvo que me gustaría reunirme contigo para comer.

Bueno, pues no puedes. Tengo que estar con mi editor y no quiero que nadie a la chita callando me acaricie el «entrepiernas» en la mesa. No casa con mi imagen.

Pero sí casa con mi imagen.

Pues sóbale las entrepiernas a tu editor e impresiónale. Así me dejarás el culo libre en público.

De acuerdo, pero no quiero ir contigo en esas condiciones. Manos que no soban coños jamás serán mías. A no ser que...

Por vez primera desde que me encontrara a Shirley la tarde anterior, algo vibró dentro de mí. Esto es, algo no relacionado con la glándula endocrina. No supe decir qué era; ni la más leve idea. Pero experimentaba una sensación de inquietud.

A no ser ¿qué? —dijo Shirley.

A no ser que deba ir para encontrar a Giles en su hora de firmas.

Cojonudo. Podía mencionar a Giles, recordarme gritándole, avergonzarme otra vez por ello ahora que estaba tranquilo, pero sin pensar un solo instante en el recado que me había olvidado de hacer... aunque, no conscientemente.

Me acerqué a la mesilla de noche para mirar la hora.

Puedo —dije—. Puedo apurar el café, darme una ducha rápida, no estar allí sino unos minutos para luego verte después de la comida y aprovechar la primera ocasión para una respuesta inmediata.

También pude haberlo hecho. Creo que fue mi última oportunidad. Si hubiera estado allí y Giles me hubiera visto, yo habría recordado lo que había olvidado porque habría abandonado el estrado y cargado sobre mí incluso con un millar de personas aguardando su firma. Y entonces...

Pero ¿qué ocurría? Mi atención no lo concretaba. Era sólo mi vaga ansiedad no analizable lo que me empujaba, y con seguridad que no habría ido -bueno, quizá no habría ido-, incluso si Shirley no hubiera puesto

ninguna objeción.

Oh, ir a una de esas sesiones de firmas es rastrero. Todo el mundo haciendo cola. Tú has firmado libros.

No muy a menudo. Hubo dos ocasiones en que firmé libros tras un almuerzo de autor-y-libro, y tres o cuatro veces después había dado alguna que otra charla de aquellas escasas ocasiones en que Prism Press había suministrado libros el día anterior a la charla en vez de suministrarlos al día siguiente. (También hay otras casas editoras que lo hacen tan mal, incluso entre las mejores.)

Firmar libros es bonito en cierto sentido. Cada libro es una venia y cada venta representa un buen pellizco en tu cuenta privada (antes de los impuestos, claro) Por otra parte, el esfuerzo. Siempre lo mismo. Con mis mejores deseos. Con mis mejores deseos. Con mis mejores de...

Y tú sonríes y sonríes. Gracias. Gracias. Me alegro mucho que le gusten a usted mis libros. Estoy tan contento. El placer es mío. Gracias.

Cuando acabas, sales y le pegas un mordisco al primero que encuentras para quitarte el fermentado sabor dulzón de la boca.

Algunas firmas son mejores que otras. Conocí a un autor que no quería firmar sino las tapas y cuando lo hacía estampaba un garabato que no lo entendía nadie.

Asimov se sitúa en el extremo opuesto, el increíble comicastro. Hoy por hoy, es el único autor de cuantos conozco que goza con ello. Lo vi en una sesión en cierta ocasión y no había límite para sus expansiones. Garabateaba: «con amor» y «con pasión», y «en un rapto de éxtasis», y esto al azar, pidiendo tan sólo que la persona que se situara ante él fuera vagamente femenina. Una vez preguntó a una joven su nombre de pila y a continuación escribió: «Para Sheila, en recuerdo de aquella noche en la playa en la que, como tan encantadoramente propuso ella, llegamos hasta el final» Jamás la había visto antes, por supuesto, pero la chica se puso a estrechar aquel inestimable recuerdo contra sus amplios senos... y seguro que lo mantendría así durante un buen rato.

Firmó de todo, libros de tapa dura, en rústica, libros de otros autores, pedazos de papel. Inevitablemente, alguien le extendió un cheque en blanco en aquella ocasión en que me encontraba allí, y él firmó sin pestañear y con su mejor sonrisa... sólo que firmó: «Harlan Ellison»

¿Quién es Harían Ellison (15)? —pregunté luego.

15 Célebre autor de ciencia ficción.

Un amiguete —dijo. Luego, como quien no quiere la cosa añadió—: Más o menos de tu estatura (16)

Pensé todo esto en conexión con la firma de libros, bostecé y dije:

Creo que tienes razón.

Adiós, postrera oportunidad.

No obstante, iré —dije. Era la intranquilidad citada, aunque parecía más sensato echar las culpas a mi pasión por Shirley—. Todavía quiero verte después del almuerzo. De hecho, es posible que vaya al almuerzo, te localice, avance furtivamente hacia ti cuando menos te lo esperes, te meta mano al conejo y grite: «¡A mirar todo el mundo! ¡A mirar todo el mundo!»

Si lo haces, contaré a todo quisque que eres un impotente.

Diré que sólo contigo.

Diré que nunca lo has intentado con nadie más.

Diré que porque crees todo cuanto te digo.

Diré...

Era un juego nuestro. El primero que no pudiera continuar con los «Diré...», se ganaba un trompazo sobre el hombro, lo que generalmente se convertía en otras cosas. Como en este

caso había fallado Shirley, la besé en el hombro y ella dijo:

Nono, idiota, tengo que arreglarme.

De modo que me di una ducha rápida, me vestí, me fui a casa a cambiarme de ropa interior, afeitarme y ponerme tan bello como una mañana de la tardía primavera. Luego me dejé caer por el hotel en aquella bella mañana primaveral del Día de los Caídos.

Mi conciencia todavía se mantenía lúcida.

2. MARY ANN LIPSKY, 10:45 de la mañana

Penetré en el hotel a eso de las once menos cuarto. Giles Devore e Isaac Asimov estaban citados para firmar libros hasta las once, de modo que tenían que estar aún allí, cosa que no me preocupó. No me di cuenta hasta los últimos minutos.

Descubrí más tarde qué eran los apaños para la firma. Se utilizaba una gran sala, la única sala que podía ser usada oficialmente en la convención para la firma de libros, aunque los objetos de menor cuantía,

16 Pienso que Asimov dedicó este libro a Harlan Ellison en virtud de loa cheques que firmó con ese nombre. -NOTA DE DARIUS JUST.

De ningún modo; se trata de sincera admiración. -NOTA DE ISAAC ASIMOV.

como los carteles publicitarios del libro, podían ser firmados en los quioscos expositores. A un extremo de la sala se erguía la tarima en la que ambos firmantes se sentaban, y la cola se movía primero hacia uno y luego hacia otro, cada persona con dos libros gratis garantizados.

No creo que ninguna de las doce mil personas que asistieron a la convención se marchara sin nada gratis. Si no un libro firmado, otro sin firma, folletos, catálogos o cachivaches publicitarios. No había puesto que no tuviera a alguien promocionando a cualquiera con cualquier cosa. Algunos regalaban bolsas de compra para poder meter los objetos que otros regalaban.

Me dirigí hacia el de la Prism Press, pero ni Tom ni Teresa estaban allí. Identifiqué a la aburrida damisela que lo atendía como Mary Ann Lipsky, secretaria de Teresa. En apariencia, su trabajo en el Día de los Caídos era convencional.

Mary Aun era una chica agradable, no muy bonita, con complexión que tendía al abigarramiento y voz que tendía al ceceo, aunque también podía decirse que bonita era la chica que se lo ganaba, y yo siempre contaba con ella en mis peleas con los Valier. Siempre es beneficioso tener un espía en el campo enemigo. De modo que le dije:

¿Qué tal está mi querida princesa de Prism?

Me miró de pronto y contestó:

Hola, mister Just.

¿Mucho trabajo?

Encogió la nariz.

No mucho.

¿Dónde están el zar y la zarina? —dije.

La zarina se encuentra con mister Devore en la sesión de firmas.

Ah, sí, dijo que estaría allí.

Y el zar está en alguna conferencia por ahí.

¿No sabes cuándo volverán?

La zarina puede regresar después de las firmas, aunque no lo sé seguro, como tampoco lo sé respecto del zar.

Muy bien, no esperaré, a menos que tú y yo... bajo la silla...

Nos vería todo el mundo, mister Just.

Esa es la mejor parte —dije gravemente.

Se rió y me sentí en forma tras haber desplegado mi habitual cariño por los demás.

¿Puedo dejarles una nota?

—Claro.

Escribí: «Intenté hablar a Giles, pero se mantuvo en sus trece»

Doblé el papel y se lo di a Mary Ann, que lo colocó a medias bajo un libro. Me sonrió con afectación y luego se giró para hablar, con animación, a alguien que preguntaba sobre algo.

Aposté un resignado nueve contra cinco a que los Valier habrían ya decidido que yo no había hablado con Giles al final o que le había vociferado (cosa que indudablemente habrían sabido) y arruinado todo precisamente cuando estaba a punto de ceder.

Bien, yo iba armado de la verdad y con el recuerdo de una pictórica noche, por lo que me importaba un rábano.

Busqué luego a Roseann por algunos lugares dentro de toda lógica, pero no pude dar con ella ni tampoco con ningún conocido. Yendo de aquí para allá, pasé por un puesto que promocionaba un libro de cocina y regalaba trozos de pastel. El viejo truco. Pasé una y otra vez hasta obtener cinco pedazos de pastel, todos con una especie de vainilla garrapiñada que no estaba nada mal. Me gustan los dulces; también los pasteles.

Proseguí mi deliberada expedición exploradora para ver qué más cosas regalaban en materia comestible y saqué una bebida a base de cola, gratis. Era una putada que tuviera que maquillarme el seso para ir a una comida y escuchar a Douglas of Hentsau, Jr., porque podía proseguir la ruta hasta darme una panzada gratis sin ofender mi digestión curada de espanto.

3. MARTIN WALTERS, 12:10 de la mañana

Serían poco después de las doce cuando llegué hasta la sala de banquetes y encontré las puertas cerradas con una nota que decía que se abriría a las doce y media. Era ésa la hora exacta en que comenzaba, así pues, ignoro por qué me quedé sorprendido. Cada diez segundos, grupos de dos o tres se acercaban a la puerta, murmuraban algo rápidamente con cualquier camarero y se largaban con aspecto de disgusto y consternación.

Un joven de unos veintidós años (digo yo), se me acercó y, supongo, impresionado por mi actitud distanciadamente superior (como si yo supiera demasiado sobre el intentar entrar por una puerta que no podía traspasar), me preguntó si era camarero.

Me confesé culpable de su frustración y quiso saber mi nombre. —Darius Just --dije.

Pareció desconcertado, pero yo sabía muy bien lo que había tras su máscara facial. Se estaba preguntando qué podía decirme que fuera cortés

y elegante y no diera la impresión de ignorar quién era yo y qué había escrito. Suspiré inaudiblemente.

Fue Martin Walters quien me rescató, detalle por el que olvidé lo del día anterior.

¡Darius! —llamó y me hizo enérgicos gestos para que me reuniera con él.

Así lo hice y me dijo:

¿Qué haces aquí con los civiles? Vente con la oficialidad al cóctel.

¿Qué cóctel?

Este cóctel de aquí.

Yo había seguido a Martin hasta una pequeña sala a cierta distancia del salón de banquetes y allí... Martin consiguió bebida antes de tener yo tiempo para respirar.

Agrupados en corrillos, cerca de cien personas charlaban entre sí, manteniéndose a una respetuosa distancia, con el corrillo más numeroso, de Douglas Fairbanks, Jr. Miré a ver si Shirley se encontraba por allí y cuando vi que no estaba supe que no estaría en ningún lugar de la sala. Probablemente llegaría demasiado tarde para otra cosa que comer y decidí que había hecho bien no diciéndole que o perdía su oportunidad de tocar a su héroe o se convertiría en algo demasiado miserable para tocarme más tarde a mí.

Anita Loos, la de Los caballeros las prefieren rubias, y Cathleen Nesbit, que había hecho de duquesa viuda en al menos cincuenta películas, también estaban por allí. Ambas sonrientes, ancianas y de aspecto feliz.

Asimov, que estaba siendo presentado, también se encontraba allí. Alargó su mano a Anita Loos con fatua sonrisa y dijo:

Siempre he deseado jugar a las cartas con usted y Howard Fast (17)

, miss Loos, pues en ese caso jugaría Fast y Loos (18)

Ella lo miró intrigada y yo me alejé rápidamente. No quería ser presentado después de aquello, me sentía incapaz de superar tamaña superimbecilidad (19)

Entonces se me ocurrió que puesto que Asimov estaba allí, Giles

17 "Escritor yanqui, autor de obras desiguales: Espartaco, La pasión de Sacco y Vanzetti, etc

18 Fast and Loos, juego de palabras con fast-and-ioose, que se refiere a cierto juego de trampas en las ferias y también significa "tira y afloja".

19 Darius Insistió en que este pasaje no fuera incluido, aunque ¿a qué diablos viene ese aire de desprecio? Fue algo espontáneo y no menos inteligente - NOTA DE ISAAC ASIMOV. Todavía cree que es inteligente. Abandono mi causa - DARIUS JUST.

Devore podría encontrarse también allí. Al menos debía haber acabado sus firmas hacía una hora.

Miré de nuevo a mi alrededor y Martin Walters, recordando mi pregunta de la tarde anterior (así lo supongo, pues la otra alternativa es la telepatía), torció la cabeza, me enfocó con la mirada que traspasaba sus gafas de pinza y dijo:

¿Buscando a Devore otra vez?

Pensé que podía estar por aquí —dije.

Pues yo no lo creo así. Probablemente salió a alguna parte a desahogar su cabreo. Ese hombre no es un profesional. Lo comprobé de nuevo esta mañana.

¿Qué ocurrió, Martin?

Armó un alboroto gratuito durante las firmas. Ignoro de qué se trataba. Yo estaba en la sala charlando con el personal de Hércules Books y todo cuanto supe es que las firmas se detuvieron en seco. Nellie... ¿Conoces a Nellie Griswold, de la Hércules?

Me lo pensé un momento.

Quizá de vista. El nombre no me suena.

Si la conoces de vista, ya tienes bastante. Alta y muy... —sus manos realizaron en el aire las apropiadas curvas, lo que le resultó más fácil ahora puesto que había reducido su bebida a un esqueleto de hielo. Miré a mi alrededor, no fuera que alguien se estuviera quedando con la gesticulación tan terriblemente obscena—. Es una chica preciosa.

Te creo. Conozco cantidad de chicas siluetables que se las arreglan para ser preciosas también. ¿Qué pasa con ella?

Ah, te refieres a ese chiflado de Devore. Ella tenía que llevarle alguna cosa. Fue espantoso. Puso la sordina al espectáculo. Habría hecho mejor el condenado loco en no estampar ninguna firma con tal de haber evitado aquello. No parecía borracho, pero algo había en él que no marchaba.

Hice un rutinario ruido de deprecación. Debo admitir que no estaba ni terriblemente sorprendido ni siquiera interesado. Devore había estado desplegando su temperamento y había llegado a ser insoportable. Tanto peor para aquellos que tenían que negociar con él, porque lo que es conmigo, nunca más pecar (lo juro solemnemente)

Martin dejó su vaso vacío sobre una mesa y dijo:

Comprendo que te pelearas con él la noche pasada, Darius. Me alegré de oírlo. ¿Supones que pudo tener que ver con el altercado de hoy?

Si esperaba que le contara algún chismorreo, iba apañado.

—Por supuesto que no —dije rápidamente—. Acabamos como buenos compañeros.

Me resulta increíble, ahora que vuelvo la cabeza atrás, que pudiera escuchar la referencia de Martin sobre el tenebroso espectáculo de Giles, que le hablara brevemente de lo de la noche anterior y que todavía no captara yo la onda. Aunque por entonces, claro, ya era cuarenta y cinco o cincuenta minutos demasiado tarde.

4. HAROLD SAYERS, 12:40 de la tarde

Algo después de las doce y media nos encaminamos a la sala contigua y nos instalamos en las mesas reservadas para nosotros, cerca de la mesa principal. Me encontraba junto a un hombre de pelo gris y aspecto agradable, que era uno de los responsables menores de la ALA. Se presentó a sí mismo como Harold Sayers y me contó que era propietario de una librería en Bangor, Maine. Junto a él se encontraba su esposa, Rosalind.

Sonreí, me presenté a mi vez, nos estrechamos las manos por encima de la mesa y dediqué mi atención a la comida.

Las inevitables compota de frutas picadas y ensalada mixta se encontraban ya sobre la mesa, junto con un panecillo y una tarrina de mantequilla. Después de un rato, se sirvió pollo asado, con guarnición de zanahorias y patatas. Como es mi costumbre en tales ocasiones, dejé estar las zanahorias y pedí ración doble de patatas.

—Zanahorias no, dos patatas —dije, y nada más haberlo dicho, me percaté y rectifiqué antes de que escapara el camarero—: Quiero decir doble ración de patatas.

Me sirvió la doble ración con aspecto desaprobador, por lo que me la trajo muy floja.

Está de moda conversar en torno a un circuito de pollos rustidos, pues, francamente, ¿qué puede hacerse para complacer a mil personas con un solo menú? Sirve algo desacostumbrado y dos tercios del personal rechazarán la comida. Pollo y rosbif son ideales para que todos coman (descontando al pequeño aunque creciente número de vegetarianos), de modo que eso es lo que hay.

Por fortuna, me gustan el pollo y el rosbif y también las patatas guisadas en un estilo siempre reinventado, de modo que los banquetes nunca suelen frustrarme.

Por un par de veces busqué con la mirada a Shirley, aunque no tenía

verdadera posibilidad de verla como no se hubiera sentado en alguna mesa cercana, cosa que no había hecho. No importaba. La vería inmediatamente después de la comida en el puesto donde estaría firmando libros... Confiaba bastante en semejante circunstancia, lo que

manifiesta la miseria de nuestro conocimiento.

Comenzaba a sentirme bastante bien. Buscaba de vez en cuando a Shirley con la mirada, esperaba divertirme escuchando a Douglas Fairbanks, Jr., y me reía con mister Sayers, de la ALA, que disponía de un sinfín de anécdotas y con el que intercambié algunas bromas.

Me preguntó por qué los polacos no se hacían farmacéuticos y yo dije:

¿Por qué?

Y él:

Porque no pueden meter los tarros de porcelana en las máquinas de escribir.

Entonces le pregunté por qué los polacos se especializaban en embutidos, y los árabes en petróleo, y él dijo:

¿Por qué?

Y yo:

Porque los polacos escogieron primero.

La señora Sayers pareció desconcertada las dos veces.

Personalmente, los chistes polacos me encariñan con los polacos El hecho es que nunca oyes un chiste polaco que muestre a los justamente cabreados polacos como gente segura, decente y de apacible naturaleza.

Me contó luego un chiste un poco largo y fue como sigue:

La señora de Alexander Chumley-Smythe, de Londres, llamó a su marido, que estaba en la ciudad, y le dijo: «Querido, hay un espantoso gorila subido al haya del jardín, haciendo muecas y burlándose de todo el mundo. No sé qué hacer» «Cálmate, querida —dijo Chumley-Smythe—, que ahora mismo voy para casa» De modo que va el tío, se queda observando al gorila y dice: «No te preocupes, querida, nos limitaremos a telefonear a alguna organización caza-gorilas» Coge la guía telefónica, busca en las páginas amarillas, busca la sección de «Organizaciones Caza-Gorilas» y llama a la firma Fortescue and Brown. Al instante descuelgan el teléfono: «Aquí Fortescue», responden. Chumley-Smythe le cuenta la historia y Fortescue dice: «Perfecto, estaré ahí en seguida. Manténgase alerta y no permita que escape el gorila» Al cabo de media hora llega el cazador de gorilas con una escalera, un enorme perro, un fusil y un par de grandes esposas. Dice: «Mi colega, Brown, está de vacaciones y me pregunto si

usted podría ayudarme» «Por supuesto —dice Chumley-Smythe—. ¿Qué tengo que hacer?» «Bueno, yo subiré al árbol con la escalera. Agitaré vigorosamente la rama sobre la que está sentado el gorila. Este perderá el equilibrio y caerá. Nada más toque tierra, este feroz sabueso gorilero saltará sobre la bestia y le pegará un soberbio mordisco en los testículos y no lo soltará. Sorprendido, inmóvil y medio seco, el gorila será inofensivo y usted no tendrá sino que ponerle las esposas tranquilamente. Yo bajaré del árbol y faena terminada» «Parece muy sencillo —dice Chumley-Smythe—, pero ¿para qué se ha traído el fusil?» Fortescue se rasca la frente con disgusto y dice: «Claro, claro, ¿dónde tengo la cabeza? Mire, el fusil es la parte más importante de la caza del gorila. Cuando yo esté agitando la rama, usted tiene que estar con el fusil preparado y si, por casualidad, resbalo y me caigo del árbol, no lo dude un momento: dispare al

perro»

La mesa entera estalló en carcajadas y yo reí con los demás. De hecho, me reí largo y tendido y he repetido textualmente el chiste para dar cuenta de la circunstancia siguiente: fue la última vez que pude sentirme despreocupado y a mis anchas en lo que quedaba de convención.

5. SARAH VOSKOVEK, 1:05 de la tarde

Estaba acabando mi pollo, royendo el último hueso que quedaba por pelar, cuando vi que una mujer se abría paso hacia nosotros entre las otras mesas. La sala estaba mal iluminada, a oscuras diría salvo por las lamparillas que adornaban las mesas (quizá se siguiera la teoría de que la comida de un banquete gratis parece más buena a media luz), y la mujer era

apenas un borrón ante mí. No obstante, podía ver su estatura y su pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y al instante supe que se trataba de como-se-llamara (ni siquiera ahora puedo recordar su nombre de pila), que tan grosera había estado la noche anterior.

Pero estábamos en la tarde del día siguiente. Había pasado una buena noche y una mañana razonable; había gozado comiendo y en torno a mí había reinado el buen humor. Así, no me sentía de humor para derrochar energías resentidas contra ella. Podía seguir su camino, podía ir donde le saliera de las narices, y podía hacerlo sin que se me pasase por la cabeza el ponerle la zancadilla mientras caminaba.

Puesto que la concurrencia era abundante y las mesas se habían colocado bastante juntas las unas de las otras, el avance de la mujer

era lento. Se estaba dirigiendo hacia la salida y miraba atentamente, con ansiedad, a los ocupantes de las mesas. Estaba a punto de hacer una pequeña apuesta mental sobre en qué mesa se detendría, cuando las apuestas se me desvanecieron porque estaba claro que se dirigía hacia nuestra mesa.

Hasta que, por fin, se detuvo justo enfrente de mí y me pareció que si yo estaba sorprendido, ella estaba confusa. La luz no era lo bastante buena como para afirmarlo con seguridad. Me cogió desprevenido y no me levanté. Tuve la vaga noción de que iba a renovar el ataque de la tarde anterior y mi rostro comenzó a fruncirse mientras intentaba acorazarme aguardando una escena de primera.

Pero cuando habló, ni el ruiseñor pudo haber hablado tan dulcemente. Con su inglés tan hermosamente preciso y su acento eslavo, me dijo:

Mister Just, me alegro de haberlo encontrado. Soy Sarah Voskovek. Nos vimos anoche.

Lo recuerdo. Recuerdo su nombre —dije austeramente; sólo dos de mis cinco palabras fueron verdaderas. Luego añadí—: No sabía que supiera usted mi nombre.

Me temo que no lo sabía anoche. Pero, claro, lo conocía a usted. He leído sus libros. Me gusta en particular Cuidado con el lucero de la tarde.

Se dirigía a mí en voz baja, con voz precipitada, como si experimentara la urgencia de lo privado, mientras que yo me expresaba con voz normal, como si no estuviera de humor para correspondería. Pero incluso bajo las peores condiciones, un escritor tiene que derretirse un poco al menos bajo los voraces rayos del cálido sol de un elogio a su libro. De modo que me levanté y le hice una seña para que me hiciera compañía, situándonos junto a la mesa, en el abierto espacio que mediaba entre ésta y la mesa principal.

Hasta bajé el volumen de la voz cuando dije:

¿Tuvo ocasión de ver el filme que sacaron del libro? Se le llamó Caída de la tarde.

Sí, lo he visto. Espero que no le importe, pero fue una interpretación muy pobre de su libro. Se quedó corto.

No me importaba en absoluto, puesto que así pensaba yo también. Me derretí un poco más ante la abrumadora evidencia de su acertado juicio. Paseando, llegamos hasta una pared, decidimos no traspasarla y cambiamos de dirección. Caminaba a mi lado, todavía con aspecto que no desechaba la ansiedad.

Ahora que ya sabe quién soy, ¿querría desdecirse de lo que dijo la

pasada noche? —me sentía un tanto torpe, pero reprimí el impulso de agregar «queridita» o «diablesa» al final de la pregunta.

Más que desdecirme, mister Just, quiero borrarlo y disculparme. Fue inexcusable violentarlo de aquella manera.

¿Porque soy Darius Just, autor de Cuidado con el lucero de la tarde?

No le estaba dando facilidades y la mujer respiró profundamente. No se las daba aunque advertía las cosas interesantes que la resquebrajaban. Llevaba un vestido escotado, como el día anterior, y en esta ocasión yo estaba de pie. Encontraba más bien placentero ser capaz de mirar hacia abajo hacia un par de senos. Había una suave delicia en ello.

Bien —dije, para darle prisa.

No —dijo por último—, no es eso, mister Just. Tiene usted razón al decirme que cuanto

le dije estuvo fuera de lugar. Fue ridículo y desagradable. Ya me he excusado brevemente ante el Dr. Asimov antes de su sesión de firmas y me aseguró que jamás tuvo la intención de citar el nombre del hotel o de identificarlo de cualquier otra manera. Pero no pude excusarme ante usted hasta que no supe su nombre, y, la verdad, cuando se lo pregunté y me dijo que usted era Darius Just, bueno, yo...

Por entonces ya estaba hecho una pasta de tanto derretirme y tenía ya decidido que no era tan mala criatura al fin y al cabo, sobre todo si a uno le gusta sobarlas por abajo.

Olvídelo —dije—, creo que me gustaría modificar algunas de las cosas que dije la pasada noche.

¿Cómo que debería despedirme de las relaciones públicas? ¿Tenía algún significado impropio?

De ningún modo —mentí—, aunque tal vez sonara como si lo tuviera. Lo siento.

No me ofendió —dijo gravemente. Sonaba bastante a ligue en una reunión y comencé a considerar si, para olvidar lo pasado, debía pasarle el brazo en torno a la cintura como gesto de amistad. Pero dijo—: No es ésa la única razón por la que he estado buscándolo, mister Just.

Si vamos a ser amigos —dije, sonriendo—, llámeme Darius; así podré llamarla Sarah. No puedo pronunciar su apellido.

Voskovek —dijo, pronunciando claramente. El acento prosódico recaía sobre la segunda sílaba, una o larga, en este plan: «Vos-KOH-vek—. Sin embargo, puede llamarme Sarah.

Se le formaba un hoyuelo en el lado izquierdo cuando sonreía, mas no

en el derecho.

Perfecto, entonces. ¿Qué es lo otro que quería decirme?

Es sobre mister Giles Devore. ¿Es amigo suyo?

En cierto modo —dije secamente. Y luego añadí—: ¿Por qué? ¿Por qué lo pregunta?

Hubo un curioso incidente en la sesión de firmas de esta mañana. Tenía pensado ir a la sesión puesto que sabía que estaría allí el Dr. Asimov y quería reparar lo de anoche. Me demoré un rato por... por curiosidad y se produjo un... un alboroto. Mister Devore parecía muy desgraciado. Me molestó, pues para el hotel es muy importante que nada tenga apariencia desagradable sin ninguna necesidad...

Entiendo.

Había pasado, sin embargo. Había sido afectado por algo muy serio. Más tarde le oí murmurar: «iEse Darius! iEse Darius Just!» Y lo decía con odio. Tenía que encontrarlo a usted... Esperaba que estuviera en el almuerzo, pues no sabía cómo localizarlo de otro modo... así que podía disculparme ante usted y avisarle. Mister Devore es un hombre corpulento y alto y usted no... no muy alto... y...

Es un hombre tan blando como un acerico —dije desdeñosamente-al que se le han sacado los alfileres, Sarah. No me desvalorice, sin embargo. Con una sola mano, con la palma abierta, puedo darle un sopapo y darle las gracias por el favor. Puedo...

Creo que fue la palabra «favor» la que realizó la conexión. En cualquier caso, a la una y cuarto de la tarde del lunes 26 de mayo de 1975, recordé, de golpe, lo que había olvidado aproximadamente dieciocho horas antes.

iDios mío! —exclamé, medio ahogado—. iDios mío!

Me golpeé rudamente los bolsillos de mi chaqueta preso de agónico aturdimiento. Me había cambiado de camisa, de calcetines y ropa interior aquella mañana, pero vestía aún los mismos pantalones y la misma chaqueta que la noche anterior. La llave de la habitación estaba en el bolsillo de mi chaqueta; podía notarla. El resguardo también tenía que estar allí.

Perdóneme —dije con voz entrecortada—. Tengo que hacer algo.

Pero ¿qué es? —dijo ella con voz asustada.

Harold Sayers, mi compañero de mesa, debía haberme estado observando desde una distancia de veinte pies. Se levantó preocupado; diversos pares de ojos me miraban desde otras direcciones. Había atraído

la atención de la mesa principal, pero no me importó. Ni siquiera me importó que en aquel momento estuvieran sirviendo un magnífico helado como postre y que podía perdérmelo... por no decir nada del café.

Eché a correr, buscando el resguardo con la mano.

6. HILDA, 1:20 de la tarde

¿Por qué diablos estaba tan sobrecogido por el pánico?

Hecho o no hecho, el asunto no podía ser tan importante, salvo para la meticulosa mente de Giles. Lo sabía desde el principio. Sabía eso mientras me dejaba deslizar por una escalera mecánica demasiado lenta para mi prisa, sorteando a la gente que se irritaba al ser empujada y cuyas expresiones no me dejaban lugar a dudas.

El olvido es humano. ¿Qué podía hacerme él?

Además, habría vuelto por la noche, y una vez visto que el paquete no estaba sobre el buró podía haber ido al guardarropa. Lo habría pedido, con resguardo o sin él, y acudido a quien fuese a aquellas horas de la noche y armado el ruido necesario para forzar la recuperación del paquete o para que el hotel en pleno se enterase del problema.

Puesto que nadie parecía enterado de lo ocurrido la última noche, el paquete lo tenía Giles y no debía estar en el guardarropa. Había murmurado contra mí frente a Sarah a causa de cualquier pequeña inconveniencia durante las firmas que sin duda le había hecho pensar en toda una serie de inconveniencias que durante un tiempo le habían venido zahiriendo, yo incluido. (¿Acaso no me había ocurrido a mí lo mismo ayer?)

El problema era que yo no lo creía.

Atravesé el vestíbulo hasta el guardarropa señalado en el resguardo. ¿Cómo podía remediarlo cuando en comparación con cien millones había sido batido en reflejos condicionados desde los diez años? ¿Nadie olvidó nunca un recado de la madre? ¿Nadie olvidó nunca llevar los deberes a clase? Hubo asaltos físicos (¿de qué otro modo llamar al miedo?) y castigos de copiar cien veces «No olvidaré mis deberes» Humillaciones sin fin.

Otra vez me apuraba inútilmente. La cabeza me decía, con bastante tranquilidad que el asunto no tenía importancia. Y el corazón me susurraba: «Señor, me he olvidado... Señor, me he olvidado...»

Jadeaba cuando alcancé el mostrador del guardarropa. Nadie había allí a la 1.20 de la tarde de un cálido Día de los Caídos, lo que afortunadamente eliminó cualquier retraso.

Silbé para llamar la atención de una mujer entrada en años, vestida

con un vestido verde sin forma. Pareció indignarse por ser interpelada de aquella manera y caminó hacia mí con actitud de reencarnación de reina del pasado... de un pasado reciente. Llevaba una pequeña insignia que informaba se trataba de Hilda, gafas oscuras y pelo tratado con algún amarillo de corte químico.

Le tendí el resguardo y dije:

¿Está aquí todavía esto? —no podía explicarle lo que «esto» quería decir porque no lo sabía.

Miró el resguardo con ojo experto como si hubiera algún número con tinta simpática que sólo la habilidad de la empleada del guardarropa podía descifrar. Me lo devolvió y dijo:

Si lo tiene es porque aún está aquí.

¿Puede dármelo, entonces?

Eso serán otros cincuenta centavos.

¿Qué?

Es un resguardo de ayer. Usted pagó cincuenta centavos por anticipado, pero válidos solamente para ayer. Por hoy, cincuenta centavos más.

Saqué dos monedas de veinticinco.

Tenga.

Se dirigió hacia un sector del local mientras yo apostaba un desalentador cinco contra dos a que volvía con la noticia de que el paquete había desaparecido, y arraigué más

profundamente el cinco.

Perdí. Me vino al cabo de veinte segundos con un paquete de unas nueve pulgadas de longitud, dos de alto y dos de ancho. Pesaba tal vez cuatro onzas.

¿Era para esto el resguardo?

Corresponde a su resguardo, señor.

Hilda era completamente indiferente a todo.

No podía ser verdad. ¿Quién mierda pagaría cincuenta centavos por facturar un objeto de ese tamaño?

Mire —dije—, ¿vino alguien la pasada noche a retirar un objeto sin resguardo?

¿A qué hora? Porque si fue después de las cuatro de la tarde, yo ya no estaba.

Me di la vuelta.

Sin embargo, alguien pretendió hacerlo esta mañana —dijo ella.

¿Cuándo? —dije volviéndome.

Poco antes de las diez, creo. Le dije que sin resguardo no podía llevarse nada y ella comenzó a darle tirones, Little Pepper (20); decía que iba a llegar tarde para no sé qué.

Apenas me enteraba de lo que decía Hilda. Había entrado en razón demasiado tarde y lo mismo que la noche anterior respecto de la grabación para TV, Henrietta tenía que meterle prisa. Casi sentía pena por el hijo de puta bobalicón.

Entonces, ¿se lo dio? —dije.

Claro que no. Sin resguardo, no.

Iba a marcharme cuando pensé en otra cosa. ¿Había sido Giles realmente?

¿Un tipo corpulento? ¿Con bigote? ¿Con bigote negro y espeso?

Sí, el mismo —dijo asintiendo con la cabeza.

¿El paquete que quería era éste?

¿Cómo podía saber yo lo que quería? No llevaba resguardo alguno y no hago caso a quienes vienen sin resguardo.

Me di la vuelta otra vez y me dirigí hacia los ascensores. Por alguna razón, Giles no había advertido la pasada noche que mi entrega no había sido hecha. Por alguna razón, nada había hecho al respecto hasta bien entrada la mañana, cuando ya era demasiado tarde. Tenia que salir a escape para la sesión de firmas. No me maravillaba que hubiera murmurado contra mí. Lo tenía bien presente.

¿En qué habitación estaba? Busqué la llave mientras me acercaba a los ascensores. Era la 1511, de modo que me introduje en el ascensor apropiado y apreté el botón 15. Tenía poco más o menos veinte segundos para preparar una excusa y evitar -bueno, minimizar- recriminaciones.

Nada se me ocurrió. Podría decir: «Algo imprevisto, Giles, y no pude hacerme cargo hasta ahora» Era casi la verdad, y ¿qué mierda iba a hacer él contra mi argumento? Mi mente decía: nanái. Mi corazón decía: Escribe cien veces: «No me olvidaré recoger paquetes de los amigos»

7. GILES DEVORE, 1:30 de la tarde

Me detuve ante la puerta señalada como 1511 y puesto que ningún moro habitaba la costa del pasillo ni, principalmente, ninguno ante quien tuviera que representar un drama banal de brío y resolución, pegué el oído a la puerta durante unos segundos. Tal vez escuchara que hablaba con

20 Pepper, se aplica aquí a una persona de carácter irritable.

cualquiera, ya que, cosa natural, no iba a cabrearse ante testigos (pensamiento ávido el mío), lo que me daría ocasión para largarme rápidamente. O quizá estuviera dando un pequeño paseo por su alcoba, a tenor de cuyos pasos yo podría adivinar si estaba tranquilo o no.

Sin embargo, no oí ninguna de ambas cosas, por lo qué golpeé la puerta, a lo que no hubo respuesta; ningún ruido de pasos dirigiéndose hacía la puerta; de hecho, ningún ruido de

ninguna clase.

Llamé de nuevo. Nada.

Empleé unos cuantos minutos más intentando conjeturar el significado de aquello... sólo para demorar una confrontación que no deseaba.

Quizá había acudido al almuerzo, en cuyo caso podía usar la llave, dejar el paquete y la llave sobre el buró y jurar ante el cadáver de mi santa madre que lo había dejado allí la noche anterior. Podía decirle que si no lo había visto era porque estaba ciego, o borracho, o porque había abusado de su peculiar idiotez. ¿Qué podía replicarme?

¡Pero no! No podía haber estado en el almuerzo, pues de haber sido así me habría buscado y capturado, y se habría plantado amenazadoramente junto a mi asiento frente a la mesa con cara de pesadilla y me habría espetado con voz entrecortada, con cierta rabia controlada y autodesprecio. «¿Qué hiciste con mi paquete, Darius?» (Lo conocía tan bien que podía oír la entonación precisa de cada sílaba que penetraba por mis oídos.) La chiquitaja, Sarah Vostokev -oh, cielos, recuerdo su nombre- había dado conmigo, de modo que también él podía.

Claro, podía estar en cualquier otra parte del hotel, o fuera, para el caso es lo mismo. Incluso podía haberse quedado hecho un calzonazos por lo que le ocurrió durante las firmas, y en consecuencia haber corrido a su habitación, cogido sus pertenencias, salido del hotel y haberse largado a Nueva Jersey.

En tal caso, cuando abriera la puerta nada encontraría aparte de una cama deshecha y toallas húmedas en el baño. En tal caso, me dirigiría a cualquier parte donde pudiera escribir una nota, embalar el paquete, ponerle la dirección y expedirlo por correo, junto con un contrito pésame por la muerte de mi memoria, tras lo cual me dejaría caer por la sala de exposiciones y contemplaría a Shirley estampar su nombre. Con suerte, no vería a Giles durante algunos meses y para entonces ya se habría enfriado lo suficiente, quedando apenas un leve recuerdo del hecho cuando volviéramos a encontrarnos... ¡Leve recuerdo que me deleitaba por anticipado!

Así pues, hice uso de la llave y abrí la puerta, atravesé el umbral y me

quedé atónito. La habitación no estaba vacía; a las claras se veía que estaba ocupada. Había una camisa arrojada desdeñosamente sobre el respaldo de una silla y un par de pantalones sobre un brazo con la pretina barriendo el suelo. En el suelo se veían también dos calcetines, próximos aunque no encima de dos zapatos, como si alguien los hubiera arrojado contra los zapatos y fallado. Sobre el otro brazo de la silla podían verse una camiseta y unos calzoncillos y una corbata sobresaliendo bajo la camiseta.

No podía ser la habitación de Giles, así que miré la llave. Era absurdo. La llave había abierto la puerta, ¿no? ¿Podía Giles poseer dos llaves diferentes, habiéndole dado la equivocada algún botones y entregándomela luego él a mí, por algún error?

No, era ridículo. La delgada cartera sobre el escritorio era suya. La habría reconocido aun sin las iniciales G. D. sobre ella. Además, había también una de sus desvencijadas plumas con monograma.

Cerré la puerta tras de mí, eché la llave, caminé hasta el centro de la habitación y permanecí allí desconcertado. Todo era un laberinto para mí, una incongruencia. La habitación era la de Giles, puesto que allí estaban su cartera, su pluma y posiblemente le pertenecían también las ropas. Sin embargo, podían no ser las suyas.

Lo que había que hacer era dejar la llave y el paquete, encogerme de hombros ante la incongruencia y largarme. Coloqué ambos objetos sobre la mesa escritorio y me quedé mirando la pluma que allí había. Al lado podía ver una fina película de polvo de talco con algo que parecía ser señales de dedos, como si alguien hubiera intentado limpiarlo. Automáticamente y sin pensarlo, puse un dedo sobre el polvo. Lo lamenté casi al instante y me llevé el dedo a la nariz para ver si había dejado yo algún olor indeseable encima.

No lo había, aunque había estado toqueteando huesos de pollo. Instintivamente, lamí el dedo con su sabor a pollo y me quedé de piedra. ¡Santo Dios! ¡Era imposible!

Me senté en una de las sillas -no sobre la que estaban desparramadas las ropas- y contemplé las prendas de vestir y luego mi dedo. A mi derecha estaba la mesa con la pluma, la cartera, la llave y el paquete, y automáticamente alcancé la pluma, aun teniendo que levantarme de la silla para hacerlo. Un escritor coge una pluma para estimular su proceso de pensamiento, al igual que un no-escritor puede rascarse la cabeza, aun cuando la pluma no sirva sino para ser meneada ociosamente. Tuve cuidado, sin embargo, de no tocar el polvo de talco.

No tenía más intención que manosear la pluma, pero sobre el escritorio estaba también el bloc del hotel, de modo que lo cogí no menos automáticamente. Con papel y pluma en la mano no tenía más remedio que escribir algo, y dibujé un amplio y firme interrogante y luego diversas líneas que brotaban desde él en todas direcciones. La pluma estaba seca y no tenía sino un poco de tinta que se había escurrido hasta la plumilla mientras permaneció insensible.

Lo que la interrogante quería decir era sólo esto: ¿Cómo las ropas de Giles -asumiendo que pertenecieran a Giles- habían llegado a desparramarse de aquella manera? No era capaz de imaginar la urgencia que habría hecho necesario tal desorden, ni siquiera los achuchones de una incontenible diarrea. Aunque en tal caso, uno corre al baño y se baja los pantalones y los calzoncillos; no necesita desnudarse.

Lo que me recordó que no había mirado en el baño. Sin duda, si se encontraba en el baño, me había oído entrar, y si el ruido de la ducha o del depósito de agua de la cisterna lo habían amortiguado, era cosa que yo había tenido que oír.

Escuché atentamente, la oreja orientada hacia el baño, pero nada oí. Oí el tráfico de la ciudad, y pasos en el pasillo -no muy ruidosos- que parecieron detenerse frente a la puerta, o cerca de ella. Por un momento, esperé el ruido de una llave que se desliza en la cerradura y ver entrar a Giles, pero no ocurrió así; entonces, los pasos, o tal vez otros pasos, volvieron a oírse y desaparecieron. En la habitación propiamente dicha no había nada que oír.

No obstante, habiendo pensado en el baño, me pareció lógico echar un vistazo en él. Tal vez hubiera allí algo que explicara la incongruencia de la habitación. Me dirigí hacia la puerta del baño, que estaba levemente entreabierta, y la empujé.

Allí estaba Giles, sonriéndome silenciosamente, metido en la bañera, una pierna sobre el borde, la cabeza acunada contra el metal de los grifos, en apariencia bastante, bastante desnudo, y, también en apariencia, bastante, bastante muerto.

Aunque he gastado mucho tiempo intentando describir lo que vi y lo que pensé desde que penetré en la habitación, no duró tanto el hecho de ver y de pensar como el de describir. Dudo que permaneciera más de tres minutos sin saber qué hacer en la habitación antes de encaminarme hacia el baño.

Eran las dos menos veintisiete minutos del Día de los Caídos, 26 de

mayo de 1975, cuando descubrí el cuerpo de Giles. No consulté el reloj en aquel preciso momento, pues en mi mente no había lugar para nada que no fuera absorbido por la vista, aunque lo hice un par de minutos después. No pude equivocarme en más de un minuto.

¿Cómo supe que estaba muerto? Desde el punto de vista médico, no lo sabía. No hice nada por tornarle el pulso o probar con un espejo el aliento. Ni siquiera comprobé si el cuerpo estaba frío o no. Quizá algún otro hubiera tenido la entereza de hacer tales cosas, pero yo no la tuve. Era el primer cadáver que veía sin previo aviso y me dejó preso de la inmovilidad y la ausencia de pensamiento. Durante un minuto me pareció que mi corazón ya no latía. No recuerdo si grité o lancé algún sonido, porque mis cuerdas vocales debían estar paralizadas; aunque en seguida tragué aire por vez primera, entrecortada por cierto, segundos después lo solté y de nuevo alcancé el dominio de mí mismo... muy agitadamente.

Sin embargo, ninguna duda poblaba mi mente, ni una molécula, ni un átomo, respecto de la certeza de su mente. La pétrea inmovilidad del cuerpo, los ojos abiertos mirándome derechamente con vidriosidad y fijeza propias del que no ve, los labios torcidos en una inalterable mueca que no podía calificarse propiamente de sonrisa. Si hubiera visto con anterioridad algún ser humano muerto, habría sabido que lo que veía era un cuerpo del que se

había despedido la vida.

Detalles adicionales bailotearon en mi cerebro durante lo que me pareció un largo período de tiempo y que sin duda no fueron sino segundos. La pierna -la pierna izquierda- colocada sobre el borde de la bañera, era muy peluda y los pelos se encontraban en parte pegados a la piel como si la pierna se hubiera mojado muy recientemente. La misma bañera mostraba rastros de humedad.

La cortina de la ducha estaba parcialmente desprendida pero ninguna mano muerta la estaba sujetando. Uno de los brazos de Giles corría plenamente extendido sobre el piso del baño, mientras que el otro permanecía cruzado sobre su pecho. La cortina, por su parte, colgaba sobre la ingle como si protegiera la pudicia del cadáver. El único pensamiento nítido que puedo recordar de aquel largo y tenso instante concierne al irracional alivio producido por los genitales ocultos de Giles.

Recuperé la respiración, sentí que el corazón me impelía a cumplir mi deber y salí nerviosamente del baño. Debería en teoría haber informado del hecho en aquel momento, pero el caso es que no podía. Tenía que sentarme... o desplomarme. Lo hice sobre la silla desde la que momentos

antes había permanecido atento a los posibles ruidos del baño.

Durante medio minuto seguí luchando por recuperar el control. Consulté mi reloj y vi que eran las dos menos veinticinco. Era un «Accutron» y sabía que coincidía con la hora oficial con un margen de error de diez segundos. Pensé, incongruentemente, que Douglas Fairbanks, Jr., estaba a punto de ponerse a hablar y que yo no debía faltar. En la desorientación del momento, se me ocurrió que también podía perderme el encuentro con Shirley.

Por último, me dirigí a la cama, me senté y alcancé el teléfono. Era uno de esos teléfonos con todos los agujeros del disco señalados con iniciales y con combinaciones para esto y aquello. No tenía tiempo ni tampoco ganas de ponerme a descifrar el código. Marqué a la centralilla y siguió la usual espera enloquecedora antes de que la musical voz femenina dijera:

Central. ¿En qué puedo servirle?

Tan enteramente como me cupo, dije:

Operadora, llamo para informar que hay un hombre muerto en esta habitación.

Le di tiempo. No hubo ni gritos ni exclamaciones, sino una insonora calma.

¿Cuál es el número de su habitación, por favor?

Habitación 1511 —contesté.

Un momento —dijo. Fue realmente un momento. Debió hacer alguna señal que evitara cualquier pérdida de tiempo.

Una voz masculina dijo en el auricular:

Aquí Jonathan Turbeville, ayudante de dirección. ¿Qué ocurre, por favor?

Esta es la habitación 1511 y lo que ocurre es que hay un hombre muerto en el cuarto de baño.

El nombre de la persona registrada para la habitación citada debió haberle sido pasado, porque en seguida dijo:

¿Habla Giles Devore?

No, señor —dije—. Giles Devore no volverá a hablar nunca más. Él es el hombre muerto.

No me hizo ninguna otra pregunta.

Por favor, permanezca donde está, señor. En menos de cinco minutos estará un hombre con usted.

Colgué y esperé. Con dificultad, recuperé el don del pensamiento.

8. MICHAEL STRONG, 1:40 de la tarde

El prometido período menor a los cinco minutos fue interminable antes de que acudiera nadie. No obstante, ocupó menos de veinte segundos.

Cuando sonó un golpe en la puerta, por un momento me creí totalmente desligado de la llamada. Presumí que era alguien que buscaba a Giles. Si otra voz que no fuera la de Giles, la mía propia, tuviera que pedir identificación a través de una puerta cerrada, la propiedad de aquel golpe podría haber desaparecido.

Quise saber quién era, de modo que abrí la puerta tan prontamente como fui capaz.

Un hombre penetró y exclamó con inflexiones del más puro asombro:

iMister Just!

Me lo quedé mirando, incapaz de ir más allá, y luego recordé. Era el guardia de la puerta de la sala de expositores. Habíamos charlado el día anterior por la tarde y pude recordar su nombre, Michael Strong. Incluso recordaba que se encontraba también la inicial P.

Sin intención de ser gracioso, dije:

¿Cómo ha venido tan rápido?

No me molesté en identificarme. Me conocía y yo aún portaba mi insignia.

Radioteléfono —dijo, señalando un objeto suspendido de su cintura—. Yo era el más cercano. ¿Dice usted que hay un hombre muerto aquí?

En el cuarto de baño —dije, y lo seguí.

Strong podía ser un miembro de la Seguridad del Hotel, pero eso no significaba que estuviera acostumbrado a los cadáveres. La presteza de camareros y huéspedes habría puesto en entredicho la suya, sin duda.

Se tambaleó un tanto cuando abrió la puerta del baño y miró dentro. Yo más bien me alegré. Era consciente de no haber sido muy eficaz a la hora de descubrir el cadáver y no quería que aquel tipo me cubriera de vergüenza haciéndolo mejor. No lo hizo mejor. Considerando que ya tenía noción de la existencia de un cadáver en el baño, lo hizo ciertamente lo más pobre que pudo

Salió pálido, el rostro contraído, y dijo:

Todavía está un poco caliente, pero totalmente muerto —tragó saliva con audible ruido—. Creo que ya no escribirá...

Y le falló la voz.

Recordé. Él era un fanático de Giles; había estado intentando obtener un autógrafo suyo. Quizá lo había conseguido. Lo despojé de un poco del desprecio que le había adjudicado. Si no hubiera recordado a tiempo, se lo habría comunicado antes.

Strong se aclaró la garganta e intentó recuperar su aplomo profesional.

Me da la impresión de que acabó su ducha, pegó un patinazo y cayó.

Se agarró a la cortina, se retorció y se golpeó la cabeza contra los grifos,

resultando muerto. ¿No le parece?

Me encogí de hombros. Ni por un minuto creí que hubiera ocurrido así, pero me limité a decir:

Yo no estaba aquí.

¿Quiere usted decir que vino cuando ya estaba muerto?

Eso mismo.

Strong me miró extrañado.

¿Cómo entró, pues? ¿O se dejaba la puerta abierta cuando tomaba una ducha?

Yo tenía una llave —dije—. Hela ahí —y se la señalé encima de la mesa.

¿Cómo la obtuvo?

Mister Devore me la dio. Éramos amigos. No le viene de nuevas, usted dijo que era mi protegido.

Pronuncié la palabra correctamente, sin darme cuenta y esperé, demasiado tarde, que lo entendiera.

Supongo que lo hizo, pero se salió por la tangente.

¿A qué se refiere con eso de amigos?

Mis labios se contrajeron y me contuve la ira. Supongo que fue una reacción legítima.

Amigos —dije—, según la definición del diccionario. Yo soy heterosexual.

¿Qué?

Que soy normal —dije alzando la voz—. Me gustan las tías. ¿Entiende?

Sí, sí. Pero ¿cómo obtuvo una llave?

Tenía que buscarle una cosa y luego traérsela. Es lo que está en el escritorio, junto a la llave.

Sonó otro golpe en ese momento, un golpe de órdago. Me dirigí a la puerta pero Strong se me adelantó. La abrió un poco, miró al exterior, y luego:

Hola, mister Marsogliani —dijo, acabándola de abrir.

9. ANTHONY MARSOGLIANI, 1:50 de la tarde

Entró un hombre alto y gordo. Era un poco más alto que Strong y un poco más ancho. Tenía una considerable panza, una nariz grande, y un oscuro rastro de barba en la roja faz. Le colgaba de la boca un puro a medio consumir, apagado y terriblemente pestilente.

Dijo con voz entre bajo y barítono:

¿Dónde está el cuerpo, Strong?

Strong indicó con el pulgar por encima del hombro.

En el baño, patrón.

Marsogliani (con el tiempo supe cómo se decía su nombre) se coló en el cuarto de baño, salió al cabo de medio minuto y me dijo:

¿Es usted el tío que encontró el cuerpo?

Sí, yo soy el tío.

Echó un vistazo a la habitación con lo que me pareció un ojo práctico. Su mirada recayó sobre la silla de brazos con las ropas encima y me pareció que estaba, a punto de encaminarse hacia ella.

No toque nada —dije con apremio.

Volvió lentamente la cabeza y me miró.

No voy a tocar nada. Voy a llamar a la policía —tras haberse quitado el puro de la boca para hablar, lo volvió a su sitio.

Perfecto —dije—. Llame a la policía. Dígales que hay aquí un hombre asesinado.

Había pensado en un crimen desde el minuto en que encontré el cadáver y me había estado preguntando si llegaría a ser capaz de anunciarlo. Ahora lo había hecho y sin ninguna dificultad.

¿Asesinado?

Marsogliani, que se había acercado al teléfono, se detuvo, se giró y me miró fríamente. Su apariencia de conjunto, su vulgar traje oscuro tocado con chaleco, su puro apagado, le conferían las cualidades del estereotipado «abogado hortera» Su mirada, empero, no casaba con ese canon.

¿Lo mató usted? —dijo imperturbablemente.

No. Lo encontré exactamente tal y como usted lo ha visto. Pero no murió en la bañera. Murió con la ropa puesta. Es una hipótesis.

Strong pareció a ponto de brotar de su propia piel cuando acabé de decir esto, pero a su jefe no se le alteró ni la mota de un cabello.

¿Por qué se lo imagina así?

Conocía al hombre asesinado, Giles Devore —dije—, lo conocía

bien. Conviví con él durante un tiempo. He estado presente cuando iba a tomar una ducha o cuando se desnudaba por lo menos cincuenta veces. Siempre doblaba sus ropas. Las colgaba en perchas. Estiraba sus calcetines y los doblaba varias veces. Jamás los arrojaba por ahí de esa manera. Cuando entré en esta habitación y vi el panorama, pensé que me había equivocado de sitio.

Pero las ropas están desperdigadas. ¿Cómo se lo explica?

Fue asesinado. El porqué, lo ignoro. El asesino lo desvistió, luego

desperdigó las ropas, pensando que daría la sensación de que Giles había

ido a ducharse...

--Así pues, el asesino no era alguien que conocía los hábitos de este hombre.

En efecto, no los conocía —dije—. Luego lo arrastró hasta el baño... Marsogliani prosiguió la reconstrucción:

—...dejó caer concienzudamente su cabeza contra los grifos, lo enjabonó un poco, le quitó el jabón, arrancó un poco la cortina y se largó.

Sí —dije.

Y todo porque sus ropas están esparcidas.

Sí —repetí.

Marsogliani me contempló desde cada lado de su gran nariz.

El muerto es escritor, creo saber. ¿Lo es usted también?

Sí —dije por tercera vez.

¿Escribe usted relatos policíacos?

(Pronunció «puliciacos», pero no estaba para corregir particularidades lingüísticas.)

Me sentí aliviado al ser capaz de decir:

No —haciéndolo con énfasis.

Pero ha leído algunas, ¿no?

A veces.

Bien. Mire, pues. La vida no es como un relato policíaco. En ellos las personas siempre hacen lo mismo. Entonces, cuando algún pequeño detalle se sale de madre, algún chico listo y aprendiz de detective hace grandes deducciones. En la vida real, la gente no hace siempre las mismas cosas. Hacen cosas variadas en variadas ocasiones. En la vida real, la gente está como un choto.

Se dirigió otra vez hacia el teléfono.

Voy a llamar ahora a la policía. En lo que a mí respecta, se trata de

un accidente, pero que sea un accidente o un asesinato no es de mi incumbencia. Me limitaré a llamar a la policía y que ella decida. Si usted quiere decirles que es un crimen, hágalo, pero si lo hace, señor mío, recuerde tan sólo que usted descubrió el cadáver, que usted tenía la llave, así lo dijo Strong, y que quizá usted tuviera un motivo. Piénselo dos veces.

Su mano estaba sobre el teléfono y yo puse la mía sobre la suya. La mía era la mitad de la suya en tamaño y no se me ocurrió que estuviera muy preocupado por mí, pero dijo:

¿Y bien?

Usted no quiere que se trate de un asesinato, ¿cierto? —dije—. ¿Mala publicidad?

Si es un asesinato, es un asesinato —dijo—. Pero no quiero que nadie llore que es un asesinato si no lo es. Nada tiene que ver con la publicidad. A la policía no le gustará tampoco.

Y alzó el auricular como si mi mano no hubiera surtido el menor peso sobre la suya; aguardó un momento y dijo:

Marque el 911, Myrtle.

Aguardé hasta que hubo acabado y dije:

Hay heroína en esta habitación.

Lo que quería era impresionarlo porque estaba enfadado con el tipo; por un minuto pensé que había dado en el blanco porque sus párpados se alzaron y sus ojos parecieron removerse. Pero cuando habló, lo hizo con tenaz indiferencia.

¿Dónde?

Sobre el escritorio. Justo al lado de donde puse la llave. Parece como si fueran polvos de talco, pero uno de mis libros tocó el tema de la cultura de la droga y estoy al tanto de lo que hay que saber sobre la heroína. Lo que pensé que eran polvos de talco tenía un sabor arenoso y amargo y apuesto ocho contra cinco a que es heroína.

Ocho contra cinco, ¿eh? —caminó hacia el escritorio y dijo—: Ni siquiera veo el polvo de talco. Venga e indíquemelo.

Medio corrí hacia el escritorio. Estaba limpio.

Dijo Marsogliani:

¿Me está diciendo que el muerto era un adicto?

No, en la medida que lo conozco —murmuré.

No tenía marcas de aguja en el cuerpo; al menos no en una parte visible de su cuerpo. La policía estará en mejores condiciones de afirmarlo cuando le hagan la autopsia. Sin embargo, señor, si usted les dice que vio

heroína y no la hay, no encuentro palabras para describirle la cantidad de problemas con que se topará. No voy a decirles nada sobre la heroína porque no la he visto; y no voy a decirles que usted dijo nada sobre la heroína porque me traen sin cuidado las cosas que usted me diga. Empero, usted estará allí y si quiere decirles lo que sea, será problema suyo. Asunto suyo y de nadie más.

10. HERMAN BROWN, 2:05 de la tarde

La policía llegó al cabo de diez minutos, lo que me dio tiempo para pensar.

Había cometido un error. Había abierto la boca sin nada que respaldara mis declaraciones que no fuera trivial. Debería haber señalado el polvo antes de decir nada al respecto.

Marsogliani estaba en lo cierto. Si me ponía a gritar que era un asesinato y no podía probarlo, las consecuencias caerían sobre mí. Yo había tenido la llave, yo fui el primero en entrar en escena. Podía hasta haber personas que creyeran que estaba celoso de Giles... que yo era el profesor despechado que odiaba a su pupilo díscolo pero listillo por haberse distanciado de mí. No parecía muy probable, en apariencia, que un hombre de mi tamaño levantara un cuerpo muerto de doscientas libras de peso, lo arrastrara hasta el baño y lo metiera en la bañera, pero no era ningún secreto el que yo era más fuerte de lo que aparentaba.

De modo que cuando vino la policía, era ya un tipo diferente. Si Marsogliani y Strong nada decían voluntariamente, tampoco lo haría yo. Nada hasta que obtuviera algo digno de crédito. (¿Lo conseguiría? ¿Lo conseguiría al cabo? No me hice esta pregunta entonces.)

La policía tomó el camino del sótano y usó el ascensor de servicio, evitando la convención. Eran dos. El más joven llevaba uniforme, pelo largo y bigote, artículos inevitables entre la nueva generación de polizontes. El mayor, cara redonda y nariz respingona, iba de paisano.

Se identificaron. El de uniforme era Joseph Olsen y el de paisano era el teniente Herman Brown. El teniente parecía fastidiado. Supongo que los cadáveres eran una vieja historia para él.

Penetró en la habitación silenciosamente, miró en el armario, se arrodilló para mirar bajo la cama, penetró en el baño y salió como si hubiera estado vacío. Preguntó a Marsogliani y a Strong cómo habían llegado hasta allí, me colgaron el mochuelo, contaron sus relatos brevemente y se largaron. Strong me lanzó una furtiva mirada con el

rabillo del ojo como si se preguntara qué iba a decir yo y esperando que no causara problemas. Marsogliani se marchó sin la menor señal al respecto. Ni movió la nariz.

Si Strong se hubiera rezagado me habría oído declarar lo mínimo sin causar el menor problema.

Brown me tomó el nombre, la dirección, la ocupación y dijo:

¿Cuándo encontró el cuerpo?

A la una y treinta y tres. Miré mi reloj un minuto después más o menos.

¿Cómo entró?

Tenía una llave. Giles Devore, el muerto, me la dio la pasada noche para poder entregarle un paquete. Lo retiré hace una media hora. Está sobre el escritorio, junto a la llave.

¿Qué hay en el paquete?

Lo ignoro.

¿Por qué se lo pidió a usted y no a ningún otro?

Éramos buenos amigos —dije.

No me lanzó ninguna mirada de oh-¿eran-ustedes-de-ésos? Se limitó a apuntarlo en su libreta.

¿Tocó usted algo, movió alguna cosa, cuando entró? —dijo.

Sí —contesté—. No sabía que estaba muerto en el baño. Entré, me pregunté dónde estaría, cogí la pluma que hay en el escritorio, me senté en la silla... en ésa. Luego miré en el baño y lo encontré allí.

¿Por qué miró en el baño?

Quería mear.

¿Lo hizo?

Aún no.

Vaya, pues.

Fue maravilloso por parte del polizonte. Me sentí un poco menos tenso cuando salí.

¿Trazó usted este signo de interrogación en este papel o estaba ya así cuando entró usted?

Lo tracé yo.

¿Para qué?

Me estaba preguntando dónde estaría Giles. Había esperado que estuviera aquí, pero no fue así. Se me formó en la mente un signo de interrogación, imagino.

No escarbaba muy profundamente. Supongo que con un claro caso de

muerte accidental, ¿quién necesitaba más?

¿Sabe si el muerto tenía familia? —preguntó.

Esposa, Eunice.

¿Sabe su dirección?

Se la di y añadió:

Muy bien. ¿Tiene pensado hacer algún viaje fuera de la ciudad?

No.

Perfecto. Manténgase al alcance en caso de exigir más información por nuestra parte. Dudo que haya necesidad, pero manténgase por aquí. Puede irse.

¿Qué le ocurrirá a mi... amigo? —señalé hacia el baño.

Llamaremos a los de Investigación Médica, que enviarán el cuerpo al depósito para efectuar una autopsia. Luego será devuelto a su viuda —dijo Brown.

¿Qué hago si la gente pregunta...?

Por un minuto creí que iba a sonreír, pero no estaba para sonrisas rutinarias.

¿Se refiere a si es un secreto de estado? No. Hable cuanto quiera. ¿Formaba el hombre muerto parte de la convención que tiene lugar aquí?

Sí, de la Asociación de Libreros Americanos.

Es escritor y usted también. ¿Qué tenían que hacer ustedes en una convención de libreros?

A los escritores les interesa promocionar sus libros, ya sabe. Giles estaba firmando libros esta mañana.

El teniente sacó de nuevo su libreta de notas

¿A qué hora de la mañana?

De diez a once.

¿Estuvo usted allí?

No, pero debe haber como mil testigos.

Brown volvió a guardar la libreta y se encogió de hombros.

Bien —dijo—, nada más tenemos que hacer en esta convención. Lo

mejor que puede hacer usted es decir al personal de la convención que

este hombre está muerto. ¿Es conocido?

Sí, al menos entre los de la convención.

Malo, malo, pero ¿qué puede hacer usted? Procúrese alguno que haga algún tipo de anuncio —me sostuvo la puerta abierta—. Hasta luego. Acudiremos al instante si pasa alguna cosa.

Me marché.

11. HENRIETTA CORVASS, 2:30 de la tarde

Crucé el pasillo y bajé por el ascensor rodeado de una niebla de irrealidad. La gente se movía a mi alrededor como si nada ocurriera, portando sus insignias, atendiendo a los adminículos de la convención... que todavía proseguía, claro. No puedes detenerla con tragedias individuales. Las conversaciones tienen que haber proseguido en todas partes por igual el día que asesinaron al presidente Kennedy. Once atletas fueron muertos en las Olimpíadas de 1972 y los juegos prosiguieron.

Para mí, sin embargo, era difícil proseguir. Todo se había vuelto irreal. Fui hasta la quinta planta para encontrar la sala de entrevistas y su aspecto no difería mucho de lo que había sido el día anterior. Los mismos apelotonamientos, los mismos ruidos, yo en cambio distinto.

Empujé a Henrietta a un lado, saliendo juntos de la sala.

¿Qué pasa contigo? —objetó—. ¿Qué ocurre?

Emergencia —dije en voz baja—. Emergencia auténtica. ¿Quieres que te la explique?

Aquello la puso nerviosa y dejó de forcejear ante el apretón que imprimía a su brazo. Quizá recordara que había sido yo quien había hecho posible la entrevista con Giles la noche anterior. Fuimos hasta el rincón del vestíbulo más alejado de los ascensores y dije:

Escucha. Giles Devore está muerto.

¿Qué? —dijo ella, y su boca quedó abierta.

Muerto. En la bañera... muerto. Lo encontré hace una hora y la policía se encuentra allí en estos momentos.

Si estuve con él hace sólo... —dijo.

Eso no altera en nada el hecho. Prácticamente, todos los que mueren son vistos poco antes por alguien.

¿Cómo fue?

Yo no estuve allí. Todo cuanto puedo decir es que yace muerto en la bañera con la cabeza contra los grifos. La policía dice que es un accidente. Escucha, tú eres el único miembro de la ALA que conozco y quiero que eso me secunde. Si hay algún compromiso para la convención, cancélalo. Si hay que hacer algún anuncio, hazlo, o haz que lo hagan. Si tiene que guardarse un minuto de silencio fúnebre, o algún cóctel para celebrarlo, o lo que sea, encárgate de ello.

Aquello era todo. Me alejé, con la mirada en el suelo porque no podía

soportar ver a nadie conocido. A nadie. Al menos durante un rato. Hasta que tuviese algunas cosas clasificadas.

12. MICHAEL STRONG, 3:00 de la tarde

No podía irme a casa. Tenía que permanecer en el hotel. Tenía que permanecer en el escenario del crimen hasta que hubiera despejado al menos un poco de mi confusión.

Había sido asesinado. Nada había ocurrido que me cambiara de idea. El firmamento se habría derrumbado antes que Giles desparramara su ropa de aquella forma, y ¿cómo iba a saber eso el asesino?

No podía dejarlo. Maldición, se lo debía a Giles y tenía que cumplimentar mi deuda. No es que tuviéramos la amistad de David y Jonatán (21), ni que el tipo me hubiera gustado mucho. Es que yo sentía cierta culpa.

Se me había pedido que hiciera un pequeño recado y me había olvidado. Me había pedido el último favor de su vida y no lo había cumplido. ¿Cómo podía decir yo que mi demora en la entrega del paquete no había contribuido a su muerte?

Tenía que compensar mi error.

Vagué sin rumbo durante un rato y luego, a las 3, me dirigí al bar... a uno de los bares, claro. Había buen número de ellos en el hotel y, como hombre abstemio, ninguno significaba nada para mí. Esta era una de esas ocasiones, en que yo deseaba ser un bebedor, aunque sólo

fuera por tener algo que hacer y para ablandar el nudo que sentía en mis adentros.

A aquella hora del día, el bar no estaba precisamente lleno. Ocupé una mesa arrinconada y cuando la guapa camarera se me acercó con una camisa casi abierta, murmuré la única combinación de sonidos que podía producir a tenor del ambiente.

—Virgin Mary, puro —dije. No estoy muy seguro del significado exacto de «puro»; creo que significa sin hielo, porque siempre que digo «Un Virgin Mary», el camarero replica invariablemente: «WOn the rock, señor?», y sé que eso significa hielo.

No se me ocurrió que Shirley Jennifer estaba tres plantas más arriba, firmando esto o aquello en uno de los puestos de exposición. Podía subir y aguardarla con rostro de hastío y ella me preguntaría qué ocurre y yo se lo diría y ella se pondría sumamente maternal y nos iríamos a casa y...

21 Jonatan, el hijo de Saúl. Vid. I Samuel, 18, 1.

ino podía!

¡Por Dios, no podía!

No puedo explicarlo fácilmente, pero si tuviera que reunirme con ella, habría permanecido frígido. Tenía que haber recogido el maldito paquete y tenía que haberlo entregado la pasada noche. No tenía que haberlo entregado al mediodía de hoy; no habría descubierto el cuerpo; no permanecería ahora bajo la humillación de haber frustrado la última voluntad de un amigo y, posiblemente, tal vez de alguna manera, propiciado la catástrofe.

De haber entregado el paquete la pasada noche, Giles podía haberse roto el cuello o podían habérselo roto, y tal cosa habría estado fuera de mi ámbito. Me habría sumido en la misma tristeza de circunstancias que todos los miles de la convención.

No me vería envuelto en esta desesperanza... si no hubiera sido por Shirley.

Naturalmente, podía ver los mojones que habían sido depositados para indicar el camino. Si aquella mujer no se hubiera decidido a ponerse un vestido con agujeros, si no me hubiera sentido como un gilipollas en el momento de mi llegada (veinticuatro horas atrás, más o menos), y nadie se hubiera mezclado para provocar mi ira y estallar contra Giles... nunca le habría graznado como una hembra, humillándolo en público (Dios, qué conversación la última que sostuve con él), ni forzado a abandonar el hotel para que pudiera cederme la tarea de recoger el paquete...

Sin embargo, póngase todo junto y todavía habría salido yo ileso de no haberme encontrado con Shirley. Pues por haberme encontrado con ella como pasó, estaba sentado en el bar, próximo al deseo de emborracharme como nunca lo había deseado y sin saber cómo hacerlo.

No era culpa de Shirley; ella nada sabía. Pero no podía verla sin pensar... De modo que no hice nada por verla.

Tenía que permanecer sentado allí y cavilar.

Si Giles había sido asesinado, ¿quién lo había hecho?

Giles había dejado de firmar a las 11 de la mañana. Yo lo descubrí a la 1:33 de la tarde. Estaba ya muerto hacía rato, pongamos desde la 1 de la tarde. Eso significaba que quienquiera que lo hubiera asesinado tenía que haberlo hecho entre las 11:15 de la mañana y la 1 de la tarde. ¿Cuánta gente de la convención podía dar cuenta del empleo de su tiempo entre ambas horas? Probablemente mucha, pero también habría una buena cantidad que no podría.

¿Quién pudo tener algún motivo?

Cantidad de gente habría tenido motivos para jugarle una mala pasada, soltarle alguna palabrota, o negarse a ayudarlo en cualquier momento importante. Martin Walters estaba enfadado con él por no haberse presentado a una charla; Tom y Teresa Valier se sentían enfermos por el aparente abandono de Giles; Roseann Bronstein quizá estuviera resentida de una manera más íntima. Hasta Henrietta podía haberse irritado por su desgana en cooperar. En cuanto a Asimov, podía sentir celos del éxito de Giles. ¿Por qué un tipo con 163 libros no iba a fruncir el entrecejo ante alguien que había causado impacto sin pasar del segundo? (¿Y por qué iba a repetir continuamente que yo estaba celoso si no se sentía él mismo un tanto

también?)

Sin embargo, ninguno de tales motivos era lo bastante profundo para provocar un asesinato.

¿O me equivocaba? ¿Conocía yo acaso todos los recodos de las emociones? ¿Sabía yo con exactitud si Giles no había causado con su comportamiento alguna exasperación en algún espíritu sensible? ¿Sabía yo la medida de reacción de un tipo de personalidad en particular? ¿Acaso estaba al tanto de todos los factores que podían haber contribuido? Contemplando los diferenciados sucesos que, combinados, me habían reducido a un brote de rabia que por lo común no suelo sufrir, y siguiendo su curso hasta tropezar con Giles, me hace pensar que en superficie ninguna razón válida pudo justificar mis arrebatos.

¿Y quién pudo haber entrado en la habitación de Giles sin tener, como Giles o como yo mismo, una llave? Ciertamente, cualquiera.

Si un escritor está en una convención de algún sector anejo a la literatura, se convierte particularmente vulnerable. Cualquiera, cualquiera puede golpear la puerta, y ante la pregunta de «¿Quién es?», responder a través de la hermética barrera: «Un admirador, señor. ¿Podría firmarme un libro suyo que traigo aquí?»

En teoría, el escritor puede responder: «iLárgate, pesada! Tengo trabajo», pero apostaría cien contra uno a que jamás, cualquiera que sea el escritor, a no ser que se trate de un escritor joven, resistiría el halago implícito.

¿Y cómo pudo hacerse? Podría utilizarse un contundente objeto contra la base del cráneo, algo que fingiera un golpe contra los grifos de la bañera. ¿Qué podía ser? ¿Qué pudo haber sido? ¿Un golpe de karate?

Pero a continuación estaba lo de arrastrar a Giles hasta la bañera.

Roseann Bronstein podía haber sido capaz de hacerlo, pero apostaría a que Teresa Valier no. Pero ¿y si se trataba del trabajo conjunto de dos personas?

¿Y qué pasaba con la heroína? Estaba convencido de que la heroína había estado allí y que era heroína aunque no pudiera demostrarlo, pero si podía, ¿qué conexión tenía con el crimen? Alguna conexión, estoy seguro, pero ¿cuál?

Cualquiera que fuese la dirección a que se volviera mi mente, retornaba siempre sin nada. No podía de ningún modo construir un margen de posibilidades ni confeccionar una lista de sospechosos. El asunto necesitaba investigación, pero yo carecía de talento y facilidades para emprenderla y no veía la forma de convencer a la policía para que me dejara emprender ninguna.

En aquel momento escuché que alguien se aclaraba la garganta. Alcé la mirada y vi que se trataba de Michael Strong, el tipo de la seguridad, que me contemplaba intranquilo y desconfiado.

¿Puedo hablar con usted, mister Just? —dijo.

¿No se espera que esté usted en su puesto? —dije, torpemente.

Uno me ha relevado. Sólo unos minutos, señor.

Bien, siéntese, pues. Si se le permite beber de servicio, tómese un trago a mi cuenta.

No, gracias —dijo, y durante un rato permaneció allí sentado.

¿Bien? —dije yo.

Me alegro de haberlo encontrado, señor. Pensé que estaría en uno de los bares. Me pareció natural.

Soy abstemio —dije—, pero me encontró usted, de modo que tres

vivas por su poder de raciocinio. ¿Qué puedo hacer por usted?

Quiero... —dijo—, quiero que sepa que siento lo que ha ocurrido. Se frotó las manos contra la chaqueta color tostado como si se las

secara de sudor. Su rostro, más bien cómico (o que habría sido cómico de

haberme encontrado con ganas para sonreír), estaba torcido en una

mueca que no lo hacía menos cómico.

Me mordí el labio superior y agité la mano en un gesto ambiguo y resignado que

significaba algo así como ¿qué-le-vamos-a-hacer?

¿Cree usted que fue asesinado? —pregunté.

¿Yo? No. ¿Lo dijo a la policía?

No. Nada dije a la policía. No me hubieran creído. Pero usted sí.

¿Sólo a causa de las ropas desperdigadas? Eso no es mucho.

¿Y la heroína?

Allí no había nada.

No después de entrar ustedes. Pero un momento antes sí la había. No estoy loco. Usted o su patrón, o ambos, la quitaron.

Movió la cabeza. Luego dijo:

¿Por qué íbamos a hacerlo?

Ustedes no querían un asesinato, ¿cierto? Sería malo para el hotel.

Ni querrían un escándalo con drogas. Eso sería peor para el hotel. Strong pareció pensarlo. Sus cejas se unieron y realizó un visible

esfuerzo.

Supongamos que había droga allí —dijo—. Eso iría contra la hipótesis del crimen.

¿Usted cree?

Claro. Si mister Devore hubiera sido un adicto, podía haber estado de colocón, con lo que se invalida su argumento de las ropas desordenadas. Quizá pudiera ser muy cuidadoso con sus ropas cuando se encontraba lúcido, pero cuando se encontraba arriba podía muy bien comportarse como un adán. También pudiera ser que fuera incapaz de tenerse en pie y probablemente cayera en la bañera, ¿no? Y eso es probablemente lo que ocurrió si realmente había heroína en la habitación.

Era mi turno para pensar. Lo que Strong había dicho no sonaba precisamente a estúpido. Aunque, ¿en qué medida no era estúpido si le había gustado Encrucijada? Pero no era éste el libro de un hombre estúpido. ¿Podía estar en lo cierto? ¿Estaba yo empecinado emocionalmente en la teoría de que Giles había sido asesinado sólo a fin de intensificar mi sentimiento de culpa por mi fracaso para con la entrega del paquete?

¿Cuándo es la autopsia? —dije.

No se hará hasta mañana. Los del departamento médico ni siquiera han llegado todavía. Probablemente no llegarán hasta la hora de la cena.

¿Por qué esa demora?

Siempre ocurre así. Esto lleva tiempo. Hay muchos cadáveres en la ciudad y hay que dar tiempo a los del cuerpo médico para que puedan verlos por orden.

No creo que Giles se pinchara; ni creo que estuviera ciego. Creo que habría sido ordenado con sus ropas de haber tenido oportunidad, y si no están ordenadas es que no las desordenó él. Y la heroína tiene algo que ver con esto. No permitiré que me discuta que estaba allí.

Si estaba allí —dijo él-y mister Devore no tomaba drogas, la heroína

puede no tener ninguna relación con el asunto. Podía estar allí y pertenecer al ocupante anterior. Podía haber permanecido allí desde hace semanas. Los empleados no siempre hacen la limpieza muy a fondo. ¿Entiende lo que quiero decir?

Lo entendía. Me parecía enteramente improbable, pero podía ser así. De cuanto creía saber, sabía de la misa la mitad y mis pensamientos se retrotrajeron y conformaron silencioso muro.

Entonces dijo Strong:

Mister Just, si no le importa, tengo que estar pronto de vuelta. ¿Puedo explicarle una cosa?

Adelante —le contesté.

Esto no forma parte de mi trabajo. Suelo leer bastante; como le dije ayer, me gustó el libro de mister Devore. Conseguí que me lo firmara esta mañana, no con la firma que impartía en la sesión. Cuanto quiero hacer es expresarle mis sentimientos personales.

Sacó una edición de bolsillo de Encrucijada y me la alargó. Abrí el libro por la página de la portadilla y vi allí la firma de Giles, y encima un «Con mis mejores deseos», y debajo: «26 de mayo 75» El «Con mis mejores deseos» parecía desmayado y la s final casi inexistente, pero la firma estaba considerablemente más marcada, como si Giles hubiera puesto el alma en ella. Es un fenómeno que a menudo he advertido en los escritores. No importa lo que escriban, además de su firma, pues donde ponen sus músculos y su espíritu es en la firma.

Strong dijo:

¿Podría usted firmar también y poner la fecha?

Pero si no es mi libro —dije.

Ya lo sé, señor, pero he leído dos obras suyas y he visto la película.

No me conmovió precisamente. Mi sensibilidad al elogio no iba por esos derroteros; y si iban, no era el momento más apropiado. Me pareció perfectamente claro que una firma hecha por Giles, fechada el día de su muerte y acompañada por la firma del que había descubierto el cadáver, con fecha del mismo día, haría del libro un ejemplar de mérito.

Pero entonces pensé: «Mierda, ninguno de nosotros es Abraham Lincoln. La mejor de nuestras firmas iba a valer no más de cinco dólares para cualquier coleccionista y yo tenía la certeza de que Strong no tenía intención de vender el libro» De modo que le dejé que tuviera algo valioso y que a mí no me costaba nada.

Firmé. No puse «Con mis mejores deseos» por parecerme inapropiado.

Sólo mi nombre y la fecha bajo la escritura de Giles. Absorto, admiré mi firma, pequeña, nítida, bonita, cada una de sus letras perfectamente delineadas, y para añadir carácter, una rúbrica triangularmente redonda a partir de la 3 mayúscula de Just, de manera que el resto del nombre pareciera estar suspendido de una pelota J.

Le devolví el libro.

Aquí tiene.

Lo devolvió al bolsillo de su chaqueta y dijo:

Sólo quiero manifestarle cuánto admiro a mister Devore y por qué esperaba que usted no dijera nada sobre asesinatos y drogas sin tener ninguna prueba. Provocaría un impacto nefasto y arruinaría su reputación. Aun cuando se demostrara que fue un accidente y que no tomaba drogas, si una teoría como la suya llega hasta el público, tendrá por doquier espabilados que afirmarán que murió a causa de una sobredosis, o que fue asesinado, y sería recordado por eso y no por sus libros. Eso no sería justo.

No lo sería, imaldita sea!

Lo sé —dije, y volví a morderme el labio superior. De una u otra forma, me estaba poniendo muchas trabas a que yo insistiera en lo del asesinato.

Eh —dije entonces—, ¿tenía usted ese libro firmado esta mañana?

Sí, mister Just.

Bien, pues, entonces estuvo usted allí. ¿No armó mister Devore un alboroto mientras estuvo firmando? ¿Qué fue?

¿Alboroto? —Strong parecía confuso.

Oí que armó un alboroto —dije.

Negó lentamente con la cabeza.

No sé nada de eso. Llegué muy temprano y estaba al principio de la cola, el tercero o el cuarto, quizá. Luego tuve que regresar a mi puesto fuera de la sala de expositores. Quizá hubo algún problema después de irme yo. No podría decirle. No tuvo que ser mucho o me habría enterado, digo yo

Se levantó y movió la cabeza como si dijera adiós, pero exclamó repentinamente:

¿Conoce usted a la señora Devore?

La he visto una o dos veces —contesté.

Creo que a ella le gustaría verlo a usted.

¿Quiere decir que está aquí? ¿La ha visto usted?

Intentamos comunicarnos con ella en su casa, pero nadie contestaba y lo dejamos estar. Exactamente entonces, ella intentaba comunicarse con mister Devore por teléfono. Naturalmente, la operadora le pidió que se identificara y... —agitó las manos en el aire.

¿Dónde está?

No lo sé con seguridad. Lo último que oí es que estaba en Relaciones Públicas. Pero puede haberse marchado ya.

¿Dónde se encuentra eso?

En la sexta planta, 622. Sólo una cosa, mister Just... —y luego vaciló.

-¿Sí?

No creo que reporte nada bueno hablarle acerca de sus teorías particulares. La pobre mujer debe haber recibido un gran golpe, quedarse viuda tan joven...

No se preocupe por eso —dije—. Nada he contado a la policía y no se lo contaré a ella. ¿De acuerdo?

De acuerdo —sonrió con alivio—. Y, mister Just, prosiga las buenas obras. Me refiero a sus libros. Debería usted escribir más.

Lo haré —dije-si me las arreglo para no resbalar en el cuarto de baño.

Pareció un poco sorprendido por mi fino humor y se marchó.

13. SARAH VOSKOVEK, 3:30 de la tarde

Unos minutos más tarde me levanté y me fui.

Me había encontrado con Eunice Devore una o dos veces más a menudo de lo que yo había admitido, pero nunca la había tomado con ella. Tenía de despreciativo algo más que una ventajosa estatura para ser mujer; cinco pies con cinco pulgadas es lo que yo le echaría, pero se las arreglaba para mirar hacia abajo desde su estatura. No me prodigaba el tratamiento de «pequeño camarada» de Roseann y supongo que debería agregarlo a su parte virtuosa, pero se las arreglaba para inclinar la cabeza despreciativamente hacia atrás siempre que se dirigía a mí, con lo que sus ojos miraban inconfundiblemente hacia abajo.

Una minucia que yo, no obstante, encontraba irritante.

También ella era protoliberacionista. Esto es, mucho antes que el Movimiento de Liberación de las Mujeres llegara a convertirse en una fuerza sobre la tierra, ella se mantenía luchando en el mundo de los hombres con uñas largas y sostén relleno. Era abogado, no más acicalada que

cualquiera, pelo castaño mantenido corto, sus ropas de trabajo hombrunas, la voz áspera y su rudo caminar a base de balanceos. Cuando la vi por vez primera, aposté doce contra uno a que era lesbiana y quedé completamente desconcertado cuando Giles anunció modestamente que iban a casarse.

No podía imaginar qué había visto en ella... o ella en él.

Nunca vi ningún despliegue de afecto entre ambos más allá de lo común una vez que se casaron... ni posteriormente tampoco. Tampoco me esforcé en particular por imaginar qué clase de apego podría mediar entre ellos. Él con su constante caminar con los hombros caídos, ella con su férrea ausencia de todas aquellas cualidades que para mí he considerado siempre como femeninas.

i Por favor!

Y ahora, llorar con ella por una muerte que había descubierto yo era más de lo que podía arrostrar sin intranquilidad.

Pero tenía que hacerlo. Aparte los requerimientos de la caridad humana, ella era la que mejor podía decirme si Giles había cambiado sus costumbres y si estaba equivocado al deducir el asesinato por la situación de sus ropas.

Helo aquí, investigaría, aunque no tenía miedo, absolutamente ninguno, de que se probara la falsedad de mis deducciones. Sería sólo que la gente cambia sus más arraigados hábitos sin el menor problema. Y así ocurre. Los comunistas pueden convertirse en fascistas en un día de entreacto y los conservadores pueden meterse en la cama de los liberales (o

viceversa) con apenas una cortina de aire entre sí; los hombres pueden cambiar de esposa y las mujeres enanas pueden hacerse liberacionistas..., pero muéstrame a un tío que apriete el tubo de dentífrico con la mano izquierda y yo te mostraré otro tío que jamás lo hará con la derecha, a no ser por apuesta y aun así tendrá problemas.

Preguntaría. El salvaje Juego de las Personas no se gana sobre las generalidades, como quiera que suene.

Tomé el ascensor apropiado para subir a la sexta planta y me encontré frente a una flecha que decía «Oficinas» Giré a la izquierda y vi una puerta de cristal. Entré y al tiempo escuché el preciso y nítido inglés acentuado de la pequeña Sarah.

Lo seguí y me llevó a la 622. Eran dos estancias sin embargo, la exterior con un escritorio que presumiblemente debería haber sido ocupado por alguien que servía de intermediario entre Sarah y el mundo. Estaba vacío en el momento en que penetré en la estancia interior.

Lo hice suave y quedamente, seguramente porque no quería llamar la

atención de Eunice y afrontarla en consecuencia sin el máximo de preparación posible. (Nunca me topé con una mujer que tenía más nombre que apariencia: pero esto es reacción puramente subjetiva, pues ¿quién sabe el aspecto exigido a una Eunice en la imaginación ajena?) Si mi intención fue evitar llamar su atención, resultó un derroche de esfuerzo, pues Eunice no se encontraba allí.

Realicé el propósito de otra manera, sin embargo, pues Sarah Voskovek (¡Muchacho, estás dando con el nombre!) no me oyó. Me daba la espalda y estaba mirando una serie de carteles de cartón. De frente a ella y de lado hacia mí, había un hombre más bien grandote, gordo, de pelo cano y claramente intranquilo, que me lanzó una breve ojeada mientras yo avanzaba, perdiendo en seguida su interés por mí.

Me senté calmosamente y escuché. La única razón para interrumpirlos habría sido preguntar por el paradero de Eunice, pero no tenía ninguna prisa. Esto podía ser más interesante.

Sarah estaba diciendo:

—Pero ¿por qué cuatro composiciones sobre lo mismo? Todas destacan el vestíbulo -las sostenía como si fueran grandes cartas de baraja.

Podía ver rótulos en la parte superior, otros («¿titulares al pie?», me pregunté) al fondo, y fotografías al medio. Entre ellas podía ver líneas onduladas que se suponía indicaciones para la imprenta. Los detalles seguirían más tarde, supongo.

Uno de los encabezamientos era «El Hotel de Vestíbulo que Viste» (22), lo que consideré una frase que arrebataba a cualquiera por sus profundas implicaciones metafísicas (23) Otro era: «Desde el Vestíbulo al Salón, latirá "su corazón» (24), que me pareció mejor, aunque sólo marginalmente. Desvié la mirada de los otros dos, de modo que nunca sabré sus cimas alcanzadas.

—Me he tirado aquí en la oficina todo el puente del Día de los Caídos -dijo Sarah—, pero no voy a permitir esto. ¿Por qué el vestíbulo? ¿A quién interesan los vestíbulos? El vestíbulo es sólo una prolongación de la calle, con aire fresco en verano y cálido en invierno, pero ahí acaba todo. Siempre atestado de gente, siempre ocupado por carreras, siempre extraño y frío.

22 En el original The Lobby-Lovely Hotel, "El Hotel del Vestíbulo Adorable".

23 Se altera el comentario por haber sido alterados los términos del juego de palabras. Dice aquí el original: "lo que consideré una frase apropiada para hacer que cualquiera aullara y vomitara en los brazos de su niñera".

24 From Lobby to Living, You'll Love it, "Lo amará desde el Vestíbulo al Salón"

Nosotros alquilamos habitaciones, camas, ventanas, comedores, salas de baile, salones de actos, todas estas benditas cosas, excepto vestíbulos, y después de todas nuestras discusiones me viene con cuatro vestíbulos.

El hombre se las arregló para hablar en lo que pensé que él imaginaba ser un tono

obsequioso.

Creo que captaron la idea de usted, Sarah. Cuando asistimos a esa conferencia, dijeron que usted dijo que podía calificarse un hotel por su vestíbulo.

Jamás dije cosa tal —dijo Sarah, mirando hacia abajo al hombre—. Me gustaría saber quién dijo que yo lo dije. Quién exactamente. Encuéntremelo. Pregunte y descubra exactamente quién está dispuesto a jurar que lo dije así. Incluso si lo hubiera dicho, ¿estarían justificadas cuatro composiciones sobre vestíbulos, sin la menor frase de reserva en caso de que la idea del vestíbulo se fuese a pique?

Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

Trabajará usted toda la noche, si es preciso. Si lo hubieran tenido en esta semana pasada, según se esperaba...

Vamos, Sarah, no tiene que tomárselo tan a pecho.

Me lo tomo según corresponde, creo yo. De cualquier modo, eso no sirve. Recuerde a todos que sigue habiendo un receso y que no haremos nada sin algo que valga la pena... y estas cosas son una porquería.

Alargó los carteles al hombre que estaba frente a ella y se sentó compungida. No podía ver su rostro, y si alguna vez pareció cariacontecido un peinado tipo colmena visto desde atrás, el suyo lo parecía.

El hombre se levantó, recogió los carteles y dijo:

Bien, la llamaré mañana por la mañana. Creo que alguien la está esperando.

Se dio la vuelta velozmente y cuando vio quién era, se sonrojó. Creo que se sonrojaba con facilidad; su piel era muy blanca, tanto, que casi violentaba el contraste que conformaba con sus ojos y cabellos oscuros. Perfecta también..., al menos las partes que podía ver yo. Era una pena que no pudiera ser estirada para alcanzar una estatura mayor.

Lo siento, Darius —dijo—. No sabía que estaba usted aquí.

El empleo del nombre de pila me cogió por sorpresa hasta que recordé que habíamos acordado el uso de nuestros nombres de pila como requisito básico en nuestro encuentro anterior. De todos modos, me gustó su forma de pronunciarlo.

Tranquila —dije—. Fue un placer observarla mientras trabajaba.

Lo siento nuevamente —dijo ella—. Sin duda debo haberle parecido engreída.

Me parecieron unos anuncios piojosos.

¿Verdad que sí? Mi trabajo no es exactamente censurar diseños,
pero hacen cosas así de estúpidas cuando se les deja solos. Imagínese
que han dicho que yo dije que se puede juzgar un hotel por su vestíbulo.

¿Sería usted capaz?

Jamás. El nuestro es horrible. Parece un supermercado. Incluso hay un escaparate con pornografía.

¿Dónde? ¿Dónde?

Bueno, casi pornografía y nunca me importó dónde. Pero estoy diciendo cosas sin sentido. He estado tan atareada que he olvidado lo que usted ha pasado desde la última vez que nos vimos. Tengo entendido que subió a la habitación y se encontró a su amigo muerto. He estado pensando que usted debe haber sospechado la tragedia, de lo contrario no se habría marchado corriendo tan... —(por vez primera se equivocó con una palabra inglesa)-pleplejo.

Perplejo —dije.

Perplejo. ¿Esperaba encontrarlo muerto?

No, ni pensarlo. Todo menos eso. Sus comentarios me hicieron
recordar que le había prometido cumplir un recado y el caso es que lo
había olvidado hasta entonces. Pero cuando llegué a su habitación...

Estaba muerto —dijo ella—. Espero que no existiera conexión.

No veo cuál —dije ásperamente, pero había puesto su dedo muy
eficientemente sobre mi llaga particular—. ¿Le contó a alguien que salí
corriendo de aquella forma?

Oh, no —dijo—. Pensé que tenía algún problema y mi intención no era de ningún modo empeorarlo. Claro, si hubiera sido interrogada directamente, no habría sabido mentir muy bien —sonrió, cosa que no le había visto hacer antes, y me pareció bonita, hasta los dientes me lo parecieron: los incisivos, en última instancia—. Procedo de una tierra donde se aprende en seguida a no informar voluntariamente. Sin embargo, no fui la única que lo vio salir corriendo.

Lo sé, pero usted es la única que sabe exactamente lo que usted me dijo y que motivó mi salida precipitada. Volviendo a Giles, tengo entendido que su mujer estaba aquí, en este lugar, y que quería verme.

Sí, pero ¿cómo lo supo?

Ah —y sonreí también, constituyendo un alivio poder hacerlo—, ya ve, tampoco yo doy información voluntariamente.

Pero yo se lo pregunté. No se trata de nada voluntario.

Pero ¿no se trata de algo que usted no sabe?

Siempre hay cosas que una mujer no sabe.

¡Absurdo feminista! —dije, regocijándome (y de ningún modo por vez primera) con el arma que el movimiento de liberación había cedido ocasionalmente al chauvinismo masculino. (Lo repito, soy feminista..., aunque no siempre.)

Perfecto, pues —dijo, acercándose peligrosamente a la mala uva—. Pues sí, la señora Devore dijo que le gustaría verlo a usted. Es una mujer muy extraña. ¿La conoce bien?

No.

¿Le gusta?

No.

Me pareció preocupada sólo por si misma, aunque su marido yaciera muerto escaleras arriba.

Su carrera femenina es un fracaso; se graduó a sí misma para tomar las cosas como venían —dije—. Forjó su camino en medio de una sociedad masculina antes que el movimiento de liberación acudiera a socorrerla, y eso requiere huevos.

Creí que había dicho que no le gustaba.

Y no me gusta. Pero de alguna manera la admiro. ¿Dónde está?

Arriba. Esperando en la habitación a que lleguen los del cuerpo médico. En la 1511.

Consulté el reloj. Pasaba un poco de las 3:40... Todavía no hacía veinticuatro horas que había llegado a la convención.

¿Y cuándo, mierda, llegará? —murmuré.

Hay muchos.

Sí, sí; muchos cadáveres que esperan. Pero uno siempre ha creído que esa gente desea hacer la autopsia en caliente.

La mujer se sobresaltó.

Lo siento —dije—. Ha sido una estupidez. Sólo que ya me estoy poniendo enfermo y cabreado.

Entiendo.

Hice un pequeño casi saludo y me marché.

14. EUNICE DEVORE, 3:45 de la tarde

Llegué a la 1511. No era precisamente lo que tenía ganas de hacer.

Golpeé la puerta, y tras un rato de espera se abrió ligeramente, dando paso al ojo del oficial Olsen. Supongo que si eres un polizonte y llevas una pistola en la mano, no te hace mucha falta ser tan cortés de preguntar quién es, como suele hacer la gente educada.

Hola. ¿Me recuerda? —dije.

Me recordaba.

Si está ahí dentro la señora Devore, ¿puedo pasar a verla? Dígale que soy Darius Just.

Sin duda me oyó, porque escuché la bronca voz de Eunice que decía:

Déjenlo entrar. Quiero verlo.

Olsen abrió la puerta y la cerró tras de mí. La habitación había sido puesta en orden. Eunice estaba sentada en una silla y el polizonte ocupó la otra. Medité el viejo truco de sentarse en la cama, lo rechacé y acabé sentándome en una baja banqueta que había junto al escritorio.

Eunice estaba particularmente fea y con aspecto ordinario, aparentando algo más de los cuarenta y cuatro años que yo sabía pesaban sobre sus ancas. Era doce años mayor que Giles, por si alguno quiere otro factor que contribuya al matrimonio desigual.

Debió haber visto ella la rápida mirada que lancé contra la puerta del baño justo antes de sentarme y leyó mi mente con presteza, aunque pudiera considerarse uno de los trucos telepáticos más facilones.

Está aún así —dijo—, con una manta encima. Supongo que el cuerpo médico llegará uno de estos días. Es absurdo practicar una autopsia en un caso como éste, aunque sea necesario. Seguir la rutina para evitar problemas. Si se pasa por alto una autopsia, puede haber complicaciones legales de todas clases, de modo que es mejor un millar de autopsias que el resaltado de una serie de complicaciones.

Era casi como si se estuviera anestesiando a base de hablar en plan abogado que era.

Siento el retraso —dije—, pero me dijeron que estabas en la 622.

Estuve, pero ya no estoy —le brillaba la nariz y tenía el pelo apelmazado—. Si hubiera permanecido más rato con esa tiquismiquis, habría acabado por romper la puerta para salir.

¿Qué tiquismiquis? —pregunté, aunque sabía muy bien a qué tiquismiquis se refería.

Esa pavisosa de la pronunciación. Con el moño alto, la boca tiesa, sus agobiantes muecas hacia delante y hacia arriba, el culo en pompa y las

palabras que le brotan medidas al milímetro... Eso no es un ser humano. Debe emplear dos horas cada mañana para componerse y tres horas cada noche para relajarse y dejar por ahí las piezas sueltas.

Supongo que no le gustaba Sarah ni más ni menos que ella a Sarah. Menos, quizá.

Seis horas atrás me habría divertido con el pequeño discurso, e incluso ahora tenía que admitir que no era un mal retrato de la parte perjudicada. Sin embargo, Sarah se me había excusado virilmente (¿femenilmente?) y ella estaba haciéndolo también en un mundo de hombres. Para el caso, cualquiera que fuese la artificialidad de Sarah, la prefería al supernaturalismo de Eunice. No estaba tan cerca de Eunice para comprobar el tufo de su sobaco, pero aposté (esta vez hasta dinero) a que el tufo estaba allí.

Sin embargo, no salí en defensa de Sarah. Lo dejé correr. Mi tarea ahora era mantener a Eunice en el ánimo necesario para que me contestara algunas preguntas.

Eunice —dije—, estoy terriblemente apenado por... por la tragedia. Estuvimos muy unidos Giles y yo en un tiempo.

Muy unidos verdaderamente y todavía hoy, Just, puesto que tenías una llave suya —dijo, secamente—. De eso es de lo que quería hablar contigo. Pero no aquí. Lo he identificado y es cuanto tenía que hacer aquí.

¿Puedo utilizar el teléfono? —pregunté al policía.

¿Para qué?

Para conseguir otra habitación en la que hablar sin tanta compañía.

El tío se encogió de hombros.

¿A quién llamas? —preguntó Eunice.

A la pavisosa de la pronunciación —dije.

No costó mucho. Sabía que podía contar con Sarah. En un momento nos subieron una llave y nos trasladamos a la 1524, ocupada por un par de personas. Nos dijeron que teníamos de tiempo hasta las seis. Estaba tan seguro como la mierda que no quería gastar tanto tiempo..., si es que era mucho. No obstante, había sus amenidades.

¿Estás segura de que quieres que hablemos aquí? ¿Quieres que vayamos a tomar un trago? ¿Tienes hambre?

No —dijo ella, agriamente—. Aquí estamos bien. Sirve para lo que quiero. Y lo que quiero de ti es que me cuentes lo que ha ocurrido. ¿Cómo se las arregló para morir?

No lo sé, Eunice —dije—. Cuando entré en la habitación estaba ya muerto.

Sí, eso es lo que contaste a la policía, creo.

Y es lo que realmente ocurrió. Y porque se trata de la verdad, no te cuento nada diferente.

De acuerdo, entonces; cuéntame lo de la llave. Giles no se había vuelto homosexual, ¿verdad?

Por cuanto sé, pudo muy bien haberse vuelto —dije, fríamente, cuidando de no señalar que la homosexualidad podía considerarse una mejoría si se comparaba con su matrimonio con ella—, pero yo no. Me dio la llave la pasada noche para que cumpliera un recado, y me olvidé. Lo llevé a efecto hoy durante la comida y estaba ya muerto cuando entré en su habitación.

¿Y hay alguna conexión?

Post hoc, ¿ergo propter hoc?

Ya veo que sabes latín —dijo sin admirarme.

Bastante. Tú crees que porque fue asesinado después de haberme olvidado del recado, fue asesinado a causa de mi olvido.

Se encogió de hombros.

¿Por qué te olvidaste?

Irrelevante, inmaterial e incompetente.

Mucho Perry Mason has visto tú —dijo—. Bien, puesto que niegas tu homosexualidad, debo suponer que hay una chica por medio.

Me mantuve a la que pudiera caer. Era una bruja formidable, con una forma absolutamente siniestra de insinuar lo que se le metía en la cabeza. Lo había experimentado antes y supongo que le era de gran utilidad en su carrera de abogado. ¿Cómo tuvo Giles los santos cojones de casarse con ella, aun aceptando que carecía de cerebro para advertirlo?

Bien, es eso entonces —dijo—. Se cayó en la bañera. Le harán la autopsia y me lo entregarán. Lo veré enterrado, se abrirá el testamento, si es que hizo alguno, te juro que no sé si hizo alguno, y eso será todo. ¿Sabes si tenía familia?

¿No lo sabes tú? —pregunté.

Nunca lo mencionó. Y yo jamás le pregunté.

Me encogí de hombros.

Hace tiempo tenía un padre que le enviaba dinero, pero no puedo decir dónde se encuentra, ni siquiera si aún está vivo. Y no sé nada de cualesquiera otros parientes.

Te aseguro que irán saliendo, y aparecerán hasta los primos terceros, todos esperando haber sido recordados en el testamento y confiando en que Giles sea más rico de lo que era realmente.

Puso sus manos sobre las rodillas, se levantó con un gruñido y dijo:

Eso es todo, Darius. Puedes irte ahora.

Encontré la gracia de sus palabras poco menos que adorable y se la habría devuelto en mi forma inimitable, de no ser porque todavía estaba jugando a la cooperación. Me quedé donde estaba y dije:

No es todo. ¿No te importa si te hago algunas preguntas, Eunice? Te prometo que es por una buena razón,

Vaciló, consultó su reloj, se sentó de nuevo y dijo:

Bueno, hasta que no llegue el forense no hay nada que hacer, de modo que puedes proseguir. —Pero en seguida, como si considerase que sus palabras habían sido demasiado generosas, agregó—: Pero no te extiendas demasiado.

¿Cómo se encontraba Giles últimamente? —pregunté.

Era el mismo hijo de puta empedernido de siempre.

No era tal vez el recuerdo más hermoso del difunto esposo todavía con el cuerpo

Librodot

caliente, pero no estaba yo para dictar la naturaleza de sus sentimientos.

¿Sabes si tomaba drogas? —dije.

No, por lo que sé... y creo que lo habría sabido.

¿Consultó alguna vez con algún psiquiatra?

No, por lo que sé... y creo que lo habría sabido.

¿Cambió alguna de sus pequeñas costumbres?

Lanzó un áspero émulo de carcajada.

¿Él? Debiste haber conocido algunas de sus pequeñas costumbres. Jamás se alteraban.

Asentí.

Esa es la cuestión —dije—. Cuando entraste en la habitación, ¿se encontraba de la misma manera que cuando entré yo hace poco?

Sí, esencialmente.

¿Estaban a la vista las ropas de Giles?

Estaban en el armario. Todo lo de la habitación estaba siendo señalado y registrado.

¿Nada había sobre la cama o en las sillas?

¿Ropas? No.

Tú sabes cuan cuidadoso era con su ropa.

Nadie lo sabe mejor que yo —dijo ella—. Extendía los calcetines, los doblaba y doblaba todas las otras cosas, levantando una impecable pila, como cuentan que hace la momia. Tú viviste con él una vez; debes saberlo.

Pero ¿no cambió esa costumbre?

Puedes apostar lo que quieras a que no.

Muy bien, pues. ¿Cómo puede ser eso? Cuando yo entré y lo encontré, sus ropas estaban desparramadas sobre el suelo y la silla. Sabes que jamás lo habría hecho él.

Jamás. ¿Y...?

Que algún otro debe haberlo hecho. Algún otro que estuvo allí. ¿Y por qué iba ese algún otro a desparramar las ropas de aquella forma, excepto para dar la impresión de que Giles estaba duchándose cuando ese alguien se marchara?

Dijo Eunice:

¿Quieres decir que estamos frente a un crimen preparado para que parezca un accidente?

Por una vez resultó ociosa su habilidad para leer mis pensamientos. No tenía ya que explicarlo.

¿Bien? —dije—. ¿No te parece así a ti?

¿Porque las ropas estaban esparcidas? Eso no es suficiente. Ningún jurado lo aceptaría.

A la mierda con los jurados; no seas abogado. Estamos hablando tú y yo, de modo que sé persona. ¿Aceptarías tú la posibilidad de asesinato sobre la base de las ropas esparcidas?

Es una consideración interesante —dijo—. Es posible. Pero debería haber más evidencias.

Por un momento pensé en contarle lo de la heroína, pero decidí no hacerlo. Nada, excepto su presencia física, la conectaba con Giles y la presencia física había dejado de existir. De hecho, al fin y al cabo, ni siquiera era yo capaz de jurar que se trataba de heroína.

¿Qué hay con la ducha? —dije—. No sabía que Giles se duchara al mediodía.

Hay muchas cosas que no sabes —dijo Eunice—. Se duchaba siempre que había estado con una mujer.

Hice una pausa.

¿Sugieres que estuvo con una mujer, se duchó después, resbaló y resultó muerto de esa manera?

¿Por qué no? Y la mujer, no deseando verse envuelta, cosa por la que no se le puede maldecir, se largó tranquilamente y dejó que algún otro lo encontrara.

Las ropas —dije—. ¿Las habría esparcido después que él las hubo plegado cuidadosamente? ¿Por qué mejorarlo?

Porque la pobre putuela puede haber creído que Giles plegaba todo para impresionarla y que si se hubiera decidido a tomar una ducha, estando solo, las habría desparramado por todas partes. De modo que las desperdigó para hacer como que nadie había estado en la habitación sino Giles.

Estaba desconcertado. Por Dios, aquello sonaba a sensato.

¿Crees que ocurrió así?

Realmente, no. Cualquier mujer que conociera a Giles sabría que las ropas habían sido dejadas como debían dejarse, y cualquier mujer que no lo conociera habría estado tan asustada que no se habría entretenido en desparramar la ropa. Se habría limitado a salir a escape de la habitación.

Luego la suposición de una mujer no nos aporta nada. ¿Por qué lo trajiste a colación? —dije, irritado.

Porque cualquier abogado lo habría hecho, logrando que tu prueba de las ropas desperdigadas perdiera toda consistencia. Me limito a mostrártelo. Aparte...

Sí.

Pareció perderse en sus pensamientos por un rato. Luego dijo:

Aparte, no creo que el pobre Giles estuviera con ninguna chica. Le era muy difícil dar con alguna que quisiera estar con él. Exceptuándome a mí, claro.

La pregunta más natural habría sido: «¿Por qué no?» Me la contuve, sin embargo, y no la formulé. Por un lado, habría sido imprudente introducirme en la vida sexual de nadie, y por el otro, no estaba seguro de importarme el conocerla.

Pero Eunice se echó a reír y ejercitó su atemorizante habilidad para ver lo que yo estaba pensando.

Claro —dijo—, quieres saber más detalles al respecto, pero consideras que no es propio de caballeros el preguntarlo. No vaciles. Me importa un rábano tanto si lo sabes como si no. En medio de esta ola de corrupción que nos invade, no importa si lo sabe todo el mundo. Escucha: cuando encontré a Giles, era virgen. Estaba incapacitado para

el sexo en el sentido más rutinario del término... y uso la palabra «rutinario» porque cubre un amplio espectro; pues bien, todavía está incapacitado. Hay que conducirlo paso a paso, como a un niño, y lo digo textualmente. Llegábamos a hacerlo a trompicones, más o menos accidentalmente, como resultado de lo que los adolescentes llamarían «una forma de perder el tiempo», y nos salía tan bien que nos casamos. Tenía que ser desvestido mientras agitaba brazos y piernas, como niño con pataleta, y soltando sonidos que parecían gorjeos. (No era fácil, pero se movía hacia aquí y hacia allá para ayudarme, aunque pretendiendo que no lo hacía. Tenía que prodigarle ruidos tranquilizantes, llevarlo al baño y lavarlo cuidadosamente, a veces bajo la ducha, a veces en la bañera, según el tiempo que tuviéramos. Después tenía que secarlo, ponerle polvos y tapones para los oídos. Tenía que hacer que le daba de mamar, y luego, finalmente, estaba listo para el acto en el sentido ordinario de la palabra. Podía estar en buena forma si todos los preliminares iban bien.

Me sentí sacudido por el asco. El tipo había ocupado una habitación contigua a la mía durante más de dos meses... y lo había criado también a mi modo. Había venido pidiendo ayuda, como un muchacho acude a su padre, e intelectualmente le había hecho de padre al igual que Eunice, de una forma más física, le había hecho de madre.

¡Un gorila como él, con su bigote negro como un bosque! Dios, alto, pesado, grande, corpulento, podía resultar una carga tan grande como si hubiera carecido de sus atributos. ¿Era aquello para mirar por encima de las cabezas del mundo y para rechazar el papel que el tamaño de adulto le había confiado?

Por el amor de Dios, Just —dijo Eunice—, no te quedes con esa cara de censura. Por si quieres saberlo, a mí me gustaba. Me gustaba punto por punto; también a mí me ponía a cien. Aunque no lo estuviera, al final compensaba. Puesto que ocurría entre adultos que lo aceptaban de grado, ¿a quién perjudicábamos? ¿Tu sentido de la propiedad? ¿Cómo llegas tú a excitarte? ¿Con un trago, un pellizco, un beso sobre el hombro, una caricia en el muslo?

Yo no bebo —dije—. Escucha, ¿sería éste su comportamiento con cualquiera?

El único comportamiento. Nada más le interesaba. Nada más habría

podido excitarlo —sonrió, agriamente—. Si sabes a lo que me refiero.

Bien, mira: si tú lo desnudabas, ¿qué hacías con las ropas?

Sabía que lo preguntarías. Las plegaba y hacía con ellas una pila

impecable. De lo contrario, lloraba. Quiero decir que lloraba. Supongo que todo se remonta hasta su madre verdadera, a la clase de persona excesivamente limpia que ella era, y a los juegos que siempre jugaban -suspiró—. A la mierda con todo esto.

¿Nunca fue a un psiquiatra?

¿Por qué tendría que haberlo hecho? Le producía placer y no le perjudicaba ni se interfería en su vida, tanto profesional como personal. ¿Irías a un psiquiatra para curarte el vil impulso de comer cuando tienes hambre?

¿Y a ti te gustaba todo eso?

¿Quién puede saber lo que a uno le gusta?

Tenia razón. Tenia que dejar de jugar al puritano.

Pero ¿qué marchó mal? —dije—. Si tú participabas y a él le gustaba el juego, ¿por qué era tan hijo de puta? ¿Cambió?

Claro que cambió. Descubrió que le gustaban las variedades. Tú posiblemente tengas la misma rutina cada vez, pero a él le gustaba tener diferentes madres para experimentar tactos diferentes, diferentes olores bucales, diferentes pezones, ¿quién sabe qué? Estaba la propietaria de la librería esa en la parte baja de la ciudad, la pechugona.

Mira quién se pone a juzgar, pensé. Entonces se me ocurrió que Eunice y Roseann se parecían en muchos aspectos. Si a Giles le gustaba una, ¿por qué no la otra?

¿Quieres decir —dije-que también incidías en el juego?

No tomé fotos, Just, pero digamos que era así. Bronstein, ése es su nombre. Sí, incidían. Estoy satisfecha con la evidencia, aunque un jurado no lo estaría.

¿Piensas que Roseann Bronstein pudo haber estado en la habitación con él?

¿Asiste a la convención? Es librera; tiene que estar.

Me encontré ayer con ella en el hotel —admití.

Luego puede haber estado.

Pero sería ya lo bastante ducha en el oficio como para no desperdigar las ropas, tamo si él murió por accidente como si lo mató ella.

Sí, supongo que lo sería —dijo Eunice, con agria resistencia.

Luego dijo:

Bueno, nada importa ya. Una vez Giles descubrió el placer de la variedad, la Bronstein no duró mucho. La dejó y corrió tras otro objeto femenino, supongo. Sólo después de sentirse frustrado por un buen número

de rechazos volvió a mí.

¿Siempre fue rechazado?

Casi siempre. Eventualmente, sin embargo, podía comprar cooperación y durante los últimos seis meses no me frecuentó en absoluto. El hijo de...

Dejó la frase a medio terminar y se quedó sacudiendo la cabeza.

¿Juega siempre el mismo juego, de la misma manera, con todo el mundo? —pregunté.

¿Qué quieres decir?

Supongamos que se encuentra a alguna en la convención. Hay mucha gente a quien no le importa saltarse cualquier límite de vez en cuando.

Sí —dijo ella—, hay muchos locos como nosotros, sí.

Muy bien. Consiguió alguna chica a última hora, pero no le había aclarado del todo la situación; incluso pudo haberse llevado a una prostituta. ¿Estaría tan desesperado que habría aceptado cualquier atajo? Quiero decir, ¿estaría todo correcto en el asunto de desvestirlo, pero no en lo de plegar sus ropas, por ejemplo?

Nunca presencié el juego con nadie más —dijo Eunice—, de modo que no puedo

aportar ninguna fuerte evidencia. Pero estoy casi segura de que no lo habría aceptado. Se habría echado a llorar y se habría negado a ir al baño, y no se le puede conducir al baño si no quiere ir.

De modo que no pudo ser una mujer —dije—. Cualquier mujer que lo conociera tendría que jugar del principio al fin; y cualquier mujer que no lo conociera tendría que jugarlo adecuadamente o no habría juego. En cualquier caso, las ropas tenían que ser plegadas. Si éstas fueron plegadas y Giles murió de la forma que fuese, ¿por qué iba nadie a tomarse el trabajo de desparramarlas? ¿No lo ves? Esto nos conduce a un punto: que Giles tuvo que morir vestido y alguien que estaba allí no conocía las peculiaridades de Giles, de modo que le quitó la ropa cuando ya estaba muerto, las desperdigó y lo condujo al cuarto de baño. ¿Y por qué hacer eso bajo el sol sino para dar la sensación de que se trataba de un accidente?

Excepción hecha —dijo Eunice-de que hace ya seis meses que no jugábamos y por lo que sé pudo haber un cambio.

¿Lo crees así?

No, no lo creo. Ni por un momento. Pero un abogado lo resaltaría.

A la mierda con los abogados —dije, exasperado—. Dime qué opinas. Asesinato o no.

No opino nada, Just. Que se vayan a la mierda los abogados, pero soy uno de ellos y lo que me parece más importante es lo que el jurado opine. El jurado decidirá sobre el accidente después de atender a las evidencias.

¿No te importa que los jurados se equivoquen? ¿No te preocupa que pueda ser un asesinato, pese a lo que ellos dictaminen?

¿Por qué? Suponte que digo: es un asesinato. ¿Devolverá eso a Giles a la vida?

¿Quieres que el asesino escape?

¿Qué asesino? Ese es otro asunto. Si te pones de parte del asesinato, tienes que ponerte a pensar en quién lo mató. ¿Quién tenía motivos? ¿Y quién era lo bastante fuerte como para arrastrar el cadáver hasta el baño? Pesaba doscientas veinte libras (25)

La observé pensativamente, ella apartó la mirada y arrugó los labios.

Te estás preguntando si pudo haber sido Eunice Devore. El primer

sospechoso de la muerte del marido es siempre la esposa, ¿no? Me sentí incómodo y me encogí de hombros.

No he dicho nada —dije.

Dilo y déjate llevar por la evidencia. Primero, ¿tengo algún motivo? Frustración sexual, matrimonio desgraciado, él solía hablar de divorcio. Estoy segura de que se refería a consultar a un abogado una vez fuera publicado su nuevo libro y se convirtiera en un best-seller. Si lo mato y hago como que es un accidente, me ahorro humillaciones, aplaco mi sed de venganza, heredo probablemente la mayor parte de sus propiedades y derechos, lo que debe ser un buen pellizco si de su nuevo libro se hace una película taquillera, como puede ocurrir. Contra esto hay que oponer que no soy una mujer muy exigente en materia sexual, que no tengo nada que oponer al divorcio y que me gusta vivir mi propia vida. Segundo, los medios. ¿Pude haberlo asesinado? ¿Por qué no? Soy tan fuerte como un hombre y él era un tipo delicado. Pude haber utilizado cualquier cosa contundente, romperle la nuca y llevarme el arma conmigo. O pude haberle propinado un golpe de karate...

¿Karate? —dije con repentino interés.

Sí, he tomado lecciones de karate. Trabajo hasta tarde en la ciudad y me dije, a veces una mujer necesita conocer el arte de la autodefensa,

25 Noventa y nueve kilos con ochocientos gramos.

aunque el hecho es que jamás he sido atacada. La idea del karate me vino en cierta ocasión en que Giles me dijo que tú eras un experto en la materia. Yo, no. Ignoro si podría romperle el espinazo a Giles justo bajo el cráneo con sólo un rápido golpe dado con el canto de la mano. Imagino que tú sí podrías.

¿Y cómo podría transportar el cuerpo hacia el baño? —pregunté.

No tienes que transportarlo, hijito. Lo arrastras —observó mis hombros

apreciativamente—. Creo que hubieras podido.

Arrastrarlo hubiera dejado señales, supongo —dije—. O quizá no. No lo sé. De cualquier modo, ¿cuál es mi motivo?

¿A quién le importa? —dijo ella—. Es absurdo pensar en los motivos. Cualquiera pudo tener un motivo y cualquier cosa pudo constituir ese motivo. Pudo haberte llamado renacuajo, o pudo haberte dicho que eras un escritor piojoso, o pudo haberte mentado a tu santa madre. ¿Cuál es la diferencia? Fue algo que te hizo saltar. Vayamos, pues, al tercer punto, la oportunidad. Yo estuve en la ciudad todo el día. No tengo coartada; pude haber estado allí. De modo que tengo motivos, medios y oportunidad. Lo que ocurre es que no lo hice. ¿Lo hiciste tú?

No, no lo hice —dije, ventilando el asunto como si fuera un absurdo, cosa que era cierta—. Pero dime: ¿cómo es que estabas en la ciudad? ¿Cuánto hace que estabas aquí?

Eunice alzó las cejas.

Desde las cuatro de la tarde de ayer. ¿Quieres una explicación?

No puedo obligarte a que me la des. ¿Quieres ofrecerme una?

Nada más fácil que la verdad. Me llamó. Se había dejado un

paquete en casa...

¿Un paquete?

Tuve la sensación de que mis ojos se habían agrandado de golpe, pues Eunice me observó divertida.

Sí, un paquete —dijo—. ¿Me he delatado con eso? ¿Soy culpable?

No. Prosigue.

Me llamó, me dijo dónde estaba el paquete, me preguntó si podía traérselo. Le dije que lo intentaría. La cosa era si serviría como excusa posible una visita a mi hermano, a quien no había visto hacía más de un año cuando sólo vivimos separados por cuarenta millas. Lo llamé, estaba en casa, no se iba fuera el fin de semana y me dijo: «Puedes venir.» Lo hice. Traje el paquete conmigo. Llamé a la habitación de Giles, pero no estaba. No esperaba que estuviera... a menos que fuera con una mujer, en

cuyo caso no creo que hubiera contestado. De modo que dejé el paquete en el guardarropa y llevé el resguardo a la conserjería. Lo metieron en un sobre y le dejaron un aviso en su habitación; al menos es lo que me dijeron que harían. Fui luego a ver a mi hermano (vive a unas diez millas de aquí) y pasé la noche en su casa.

Sacudí la cabeza.

Habría preferido que hubieras enviado el paquete a la habitación y que el camarero lo hubiera llevado.

¿Por qué? Lo recogió, ¿no? Lo vi en el escritorio cuando entré, poco antes de que lo pusieran en un maletín de lona junto con sus otras pertenencias. Dentro de pocas horas lo recuperaré. Para eso lo traje ayer.

Ese es el recado que yo tenía que hacerle, Eunice —dije, medio disgustado—. El recogió el resguardo la pasada noche y no tuvo ocasión de retirar el paquete del guardarropa. Me dio el resguardo y la llave y me pidió que se lo retirase. Lo hice, pero no hasta la hora de la comida de hoy y ya estaba muerto por entonces.

Oh, vaya. ¡Qué gran negocio!

Cuando dije al principio que había olvidado hacerle un recado, me preguntaste si estaba en conexión con su muerte. Ahora lo relegas como algo sin importancia. ¿Por qué? Sabes por casualidad lo que contenía el paquete?

Claro que lo sé. Las gasta en todo momento. Plumas. Sus plumas especiales, azules y triangulares, con su nombre grabado en ellas. No podía servirse de los bolígrafos comunes.

Lo sé —dije—, les sacaba los muelles.

Ya veo que también estuviste casado con él —dijo con cierto sarcasmo.

En cierto modo —dije.

Bien, eran sus chicas: confortables entre los dedos, confortables para su yo, baratas,

siempre a su disposición. Por lo que sé, sólo tenían dos desventajas. No duraban mucho, pues se secaban rápidamente. La otra desventaja es que se las metía en el bolsillo cuando se secaban y yo tenía que buscarlas en sus bolsillos y restituirlas.

Asentí. Podía ahora conjeturar la naturaleza del altercado frente a la mesa de las firmas. Giles había estado firmando libros con una pluma a punto de secarse (la que había estado sobre el escritorio, sin duda, la que yo había utilizado para trazar la interrogación, usando los últimos residuos de tinta que habían permanecido en el plumín después que se le quedara

seca a él). No llevaba plumas de repuesto, ya que yo no le había entregado el paquete y se había visto obligado a usar cualquier pluma sin monograma, difícil de encajar entre sus dedos.

Tal circunstancia lo habría hecho enfadarse conmigo en demasía; de hecho, aún reconociendo su neurosis respecto de las plumas, apenas me atrevía a culparlo. Pero ¿cómo contribuiría una pluma seca a un asesinato? Podía haberlo conducido a matarme a mí, modestia aparte, pero nada había en ello que forzara a matarlo a él.

Sin embargo, significaba todavía que yo había contribuido a su malestar, su frustración y su rabia durante la última mañana de su vida, lo que dejaba un amargo recuerdo en mi memoria.

En apariencia —dije—, no estuviste con tu hermano. Saliste esta mañana.

Así fue, Just. No puedo aguantar a sus críos, y su esposa tampoco es santo de mi devoción. Lo tenía olvidado, pero cuando llegué me di cuenta de por qué había estado tanto tiempo sin visitarlo.

¿A qué hora saliste esta mañana?

Justo después del desayuno.

¿Y viniste aquí?

No. No estaba en este lugar en las horas cruciales en que la muerte tuvo lugar. Algunas tiendas estaban abiertas y fui de compras.

¿Compraste algo?

No, ni lo intenté seriamente. No me vio ningún conocido. Te lo dije: no tengo coartada.

Pero ¿por qué viniste?

Y por vez primera vez, Eunice pareció intranquila. Sus ojos, que me habían sostenido la mirada casi con insolencia, bajaron. Su voz hízose menos audible.

Pensé que podía ver a Giles. La última noche había sido turbulenta. Sabía que estaría firmando libros esta mañana y pensé que podía devolverle el buen humor. Pensé que podía querer que... Si yo pasaba la noche aquí,

yo

Me quedé atónito. El sólido bloque de mujer se estaba derritiendo sin previo aviso y yo no quería tener que solidificarla de ninguna manera.

Pero instintivamente él sabía que yo iba a venir —dijo—. Y en vez de hacer cualquier cosa conmigo, encogió la cabeza o hizo como que la encogía y me dijo adiós de una vez por todas. El muy hijo de... —y dos gruesas lágrimas temblaron y se deslizaron por sus mejillas.

La contemplé desvalidamente.

—¿Vas a estar ahí sentado viéndome llorar? —dijo—. Pues chínchate, hijito, porque no voy a llorar. —Tragó una profunda bocanada de aire, se pasó el dorso de la mano por los ojos y dijo—: Vuelvo a su habitación. Quizá ya esté allí el forense. Tengo que preparar el funeral.

Se dirigió a la puerta, la abrió, la traspasó y se volvió hacia la habitación 1511. No se despidió, lo que no me molestó. Miré mi reloj. Pasaban de las cinco.

15. ROSEANN BRONSTEIN, 5:15 de la tarde

No tenía muchas ganas de dejar la habitación. Ni pizca. Tenía de tiempo hasta las seis antes de ser forzado a irme y lo que me molestaba era que no tenía dónde ir ni qué hacer.

Dondequiera que fuese, o lo que sea que hiciese, estaría encaminado a resolver el maldito rompecabezas. Dentro de dos o tres días, probablemente, Giles sería enterrado y yo

tendría que asistir a alguna clase de servicio funeral, lo sabía. Y debía, por el sólito esfuerzo de mi mente, saber ya algo por entonces. (¿Me estaba fijando un plazo, como acostumbraba a hacer en relación a este capítulo, o en mis novelas, a fin de forzarme a mi mismo a terminarlas?)

Bueno, ¿por qué fue asesinado? Por lo pronto, yo había provocado una complicación trivial en su vida, y era seria. La trivialidad consistía en lo de la pluma seca a causa de mi fallo en la entrega del paquete. No veía cómo las plumas podían tener algo que ver con ello. (¿O estaba sólo evadiéndome de las responsabilidades?)

Había también una seria complicación que envolvía la vida sexual de dos mujeres, Eunice y Roseann. (¿Quién habría creído a Giles un-homme-fatal, capaz de manejarse a dos mujeres para distraerse?)

De las dos, estaba seguro que no había sido Eunice. Había visto demasiado rápidamente que me estaba refiriendo a un asesinato. Seguramente, de haberlo cometido ella, habría sido más cuidadosa en advertirlo. Se habría empeñado en hacerse la sueca frente a la palabra y el concepto. (¿O me estoy poniendo romántico?)

¿Y qué pasaba con Roseann?

¿Dónde podía encontrarla? Podía intentarlo vagabundeando por el hotel, buscándola, pero el caso era que yo podía recorrerme el hotel de arriba abajo por toda la eternidad y no toparme con ella aun cuando estuviera en el interior... que era tan grande como una ciudad pequeña.

Aunque, en primer término, ella podía muy bien no estar en el hotel. No sabía de nadie a quien poder preguntar o a quien pudiera saber dónde se encontraba la mujer.

Estuve pensando un rato, contemplando la ventana y una desagradable sección de paredes y ventanas vistas neblinosamente a través de una cortina de blanco transparente.

Roseann podía saber ya algo de la muerte de Giles. Henrietta se lo habría comunicado e incluso la radio y la televisión podían estar transmitiendo a estas horas la noticia. Y si se había enterado, y si había participado en aquel horrible juego que Giles jugaba con mujeres sumisas, de seguro que su reacción sería desesperada. ¿Iría a un bar y se emborracharía? ¿Se arrojaría desde la azotea, lanzando imprecaciones al destino? ¿Se iría a casa y se echaría a dormir?

No podía recorrer todos los bares de la ciudad, y si se había arrojado desde la azotea, tenía el presentimiento de que tenía que haber oído algo al respecto ya. En cuanto a irse a casa, eso era muy fácil de comprobar. Requería sólo una llamada telefónica y en la habitación en que me encontraba había un teléfono. Naturalmente, no era mío y el importe sería cargado en la factura del tipo que tenía que tomar posesión del cuarto esta tarde. Rechacé preocuparme por detalles tan sutiles y me dije a mí mismo que arreglaría este asunto con Sarah.

El teléfono era de los que marcando el 9 te da línea exterior automática. Lo que era magnífico porque así evitaba la operadora, quien podía objetar, a fin de cuentas, que se hiciera una llamada desde una habitación aún no ocupada (aunque ¿sabría ella este último detalle?).

Marqué el 9 y luego el número de la librería, que la telefónica había sido tan amable de procurarme. La librería no estaría abierta el Día de los Caídos, supuse, pero ella vivía en las diversas dependencias de encima. Probablemente tenía alguna extensión del teléfono de abajo.

Permití que sonara durante quince veces, con la teoría de que podía no tener ninguna extensión y tenía que precipitarse escaleras abajo para acudir a la llamada. Aposté quince contra cuatro a que nadie respondería. Perdí la apuesta por la mínima cuando el teléfono fue descolgado a la decimoquinta llamada.

La voz fue un graznido bajo, absolutamente irreconocible, y sospeché que me había equivocado de número.

¿Roseann? —pregunté, probando.

¿Qué mierda quieres? —dijo la voz, de algún modo más fuerte. La reconocía ahora.

Soy Darius Just.

Ya lo sé. ¿Qué mierda quieres?

No me llamó enano camarada. Estaba realmente en baja forma.

Lo siento, Roseann, pero ¿has oído algo sobre Giles?

Sí, he oído algo sobre él. Cualquiera habría creído que el jodido bastardo podía tenerse en pie en la bañera.

Eran ya dos las mujeres que ponían calificativos cariñosos al amante por haberse muerto.

Roseann, ¿viste a Giles después que tú y yo hablamos ayer?

No, no lo vi. ¿Qué te traes entre manos? ¿Lo viste tú?

Pude haberle dicho que sí, pero ¿con qué fin? No tenía sentido repetir lo que él había dicho. Por ahora, no.

Roseann, estoy metido en un rompecabezas.

¿De qué estás hablando?

Escucha, cuando entré en su habitación...

Lo encontraste. Sí. Quizá lo empujaste tú.

Estaba siendo completamente irracional.

Escucha —dije—, escucha, Roseann; cuando entré en su habitación, estaba ya muerto. Estaba en la bañera como si hubiera estado tomando una ducha, y sus ropas estaban desparramadas por la habitación. Era como si se las hubiera quitado y arrojado una a una en diversas direcciones al azar, mientras se preparaba para la ducha.

Hubo silencio al otro extremo de la línea, tan prolongado que estuve a punto de manipular el contacto ; pero entonces, con voz más normal de cuantas le había oído, dijo:

Pero eso es imposible. El siempre plegaba...

Se detuvo, pero ya tenía yo dos cosas. Estaba seguro ahora de que Roseann había participado en el juego de Giles, y segundo: ella estaba claramente de acuerdo en que las ropas no podían haber sido desparramadas por Giles.

¿Quieres decir que algún otro arrojó esas ropas por todas partes? -dijo—. Alguna mujer... No, él no hubiera permitido que sucediera eso. -(Luego también ella hacía la cabriola que me parecía a mí la declaraba inocente)—. ¿Quieres decir que alguien lo mató y luego desparramó las ropas para dar la impresión de que había sufrido un accidente mientras se duchaba?

¿Lo crees posible?

No lo sé... Yo... Sí, claro que es posible —luego explotó repentinamente—: Fue Eunice.

¿Eunice?

Claro. Si no pudo hacerlo ella, nadie pudo.

Eso no puede ser, Roseann —dije deliberadamente, dejando que me mostrara sus razones, si las tenía, o viendo si se trataba de simple despecho—. Eunice tiene una rígida y sólida coartada.

Roseann hizo un sonido gutural que podía haberse entendido como risa.

¿Supones que iba a hacerlo ella personalmente? Contrató a alguien. No tienes que buscar mucho en estos tiempos para encontrar a alguien capaz de matar.

¿Tienes alguna evidencia de ello, Roseann?

No necesito evidencias.

Legalmente necesitas pruebas, si es que vas a declarar cosas de ese estilo. Aparte, puede ocurrírsele a alguien que tú pudiste tener motivos tan fuertes como los de Eunice.

¿Yo?

Si no los tuviste, entonces nadie los tuvo.

Oh, no seas borrico, cabrón —exclamó, y dejó caer el teléfono en la horquilla.

Mucho más despacio y cortés, colgué.

Bien, ¿qué había conseguido? Ambas habían apuntado y aceptado la idea del crimen sin alteración, lo que me hacía propenso a eliminarlas de entre los sospechosos. Sin duda, Eunice no estaba dispuesta a aceptar la posibilidad, ni siquiera para poder acusar a Roseann, cosa que ésta había demostrado ser capaz de hacer. Roseann, por otra parte, podía y había acusado a

Eunice de golpe. Eso, sin embargo, podía deberse meramente al hecho de que Eunice era abogado y Roseann no.

Y en cambio, Roseann había sacado a colación la posibilidad de un asesino a sueldo. ¿Por qué no? No era probable, pero ¿por qué no? Eso significaría que las coartadas nada significaban. Y quizá, el rastro de heroína que había encontrado era algo que el asesino a sueldo pudo haberse dejado. (¿Por qué? No podía decir el porqué.)

Esto era anormal. En las últimas cinco horas había estado pensando con más ahínco, profundidad, constancia y monotonía que en ningún otro período de igual duración en toda mi vida. Ni siquiera cuando me ponía a tramar mis novelas y tenía que pensar tenaz y prolongadamente...,

aunque esto, hablando con exactitud, no me había reportado nada. No era más sabio ahora que al principio... Menos sabio, en todo caso, pues la crítica había sugerido complicaciones y líos que jamás pensé que estuvieran allí.

Pero eran casi las seis y el cliente llegaría de un momento a otro. Dejé la llave sobre el escritorio, salí de la habitación 1524 y cerré de un tirón tras de mí. Todavía iba pensativo.

16. GWYNETH JONES, 5:55 de la tarde

El ascensor se tomó su tiempo, pero mientras tanto, no experimenté ninguna urgencia.

Puesto que no podía creer (ni quería creer) que el asesinato dependiera de la trivialidad de las plumas y de mi fallo, y puesto que no me parecía que implicara ni a Eunice ni a Roseann, el motivo tenía que estar en otro lugar..., alguna mujer insospechada, la heroína, un maníaco homicida (no, ¿se molestaría un maníaco homicida en preparar un accidente?)

Para buscar el motivo en cuestión, podía servirme la tarea de saber todas las cosas que Giles había hecho desde que me dejó veinticuatro horas atrás hasta la hora de su muerte.

El ascensor todavía sin venir. Se acercaba la hora de la cena y la gente estaría subiendo y bajando con una frecuencia hipernormal. La vida proseguía. La gente tenía hambre.

Yo, no.

La última vez que vi a Giles, estaba con Henrietta Corvass. Si comenzara por ella.

El ascensor llegó a mi piso, procedente de arriba. Estaba repleto y tuve que abrirme paso a codazos para hallar un sitio. Aunque no ocupo mucho espacio.

Lancé una mirada sobre los ocupantes para ver si reconocía a alguien. No estaba de humor para hablar. Afortunadamente, no hubo necesidad de ello. Entre los miles que había en la convención, no había mucha oportunidad de conocer a nadie en un grupo de doce tomados al azar

Di la cara al frente. Los otros eran todos de la convención. Todos portaban insignias. Suspiré e intenté no ser intruso quitándome la mía.

Salí en la planta quinta y encontré la sala de entrevistas todavía abierta. Me sorprendió; había creído que estaría cerrada a las cinco y me

había dirigido hasta allí para estar seguro de ello.

En el interior había sólo una persona, una joven con el pelo alborotado, pechos que no alborotaban y zapatos de lona. Estaba sentada hacia atrás, las piernas abiertas, mirando pensativamente lo que supuse eran permisos de venta. Tenía una hoja de papel en la máquina de escribir y comenzaría a darle a la tecla de un momento a otro. Miré sus piernas, lo que no compensó, de modo que observé su placa con su nombre que decía: «Gwyneth Jones.»

iGwyneth! —dije para mí, sin creérmelo.

Lo dije ligeramente alto, pues la joven hizo como si yo lo hubiera hecho para llamar su atención (cosa que yo pretendía hacer después), alzó la vista y dijo:

¿Sí?

¿Sabría decirme dónde se encuentra Henrietta?

La chica me miró pensativa y dijo:

¿Henrietta Corvass?

Curioso, dije:

¿Hay alguna otra Henrietta en este lugar?

No, es la única Henrietta que hay aquí.

Entonces, ¿por qué me lo pregunta?

Tenemos que estar seguros.

Comenzaré otra vez. ¿Sabría decirme dónde se encuentra Henrietta?

Para comenzar nuevamente, ¿quién es usted?

Me quité la placa, se la puse ante los ojos y obtuve una mirada en blanco.

Soy escritor —expliqué—. Ahora, ¿dónde está Henrietta? ¿Sabe usted dónde está?

Al cabo de un rato, con indiferencia, dijo Gwyneth:

No.

Escuche —dije—, dulce corazoncito, es una emergencia. Suponga que se le ha roto el sostén y que Henrietta tiene el único imperdible del hotel. ¿Dónde la buscaría? Haga cábalas, si es que puede. Deme una pista.

No llevo sostén —dijo.

Creo que luego añadió algo sobre la reunión de esta noche de Sewall, Broom. Quizá estuviera allí.

Gracias, dulce corazoncito. ¿Dónde será la reunión?

Lo ignoro, pero creo que lo pone en un programa que tiene que estar en algún sitio.

Miró encima de su escritorio con indiferencia y dijo:

Tengo que seguir con mi trabajo, ¿sabe?

Lo sé —dije—. Pero puede emplear cinco minutos más en buscarlo, ¿no?

Aposté ocho contra cinco a que no iba a buscarlo y perdí. Lo encontró en menos de un minuto. Era una chica bajita y sin interés, pero le besé la casta mejilla y le di las gracias. No pareció pletórica de agradecimiento.

Salí para ir al encuentro de cualquier lavabo de caballeros. Satisfice mis necesidades biológicas, me lavé las manos y cara, me miré al espejo para comprobar si estaba tan desaseado como había sentido y decidido que estaba, pues iqué mierda! No soy tortuosamente guapo, pero tampoco un adefesio. Podía colocarme entre diversos tonos de voz cuando se dice «atractivo», y es lo mejor que puedo hacer por describirme (26)

Me apoyé contra el aparato de las toallas de papel y observé el programa. La reunión no tendría lugar en el hotel, sino en un restaurante de las cercanías y estaba programado que comenzaría a las seis y media.

Tenía unos veinte minutos, de modo que me procuré un asiento en un rincón del vestíbulo y cerré los ojos. Recuerdo que me pregunté si el escaparate de libros pornográficos referidos por Sarah estaría a mano. Me faltaba energía para buscarlo, de modo que pensé en Sarah durante un desapasionado momento y al cabo de quince minutos desapareció entre dos tics de un reloj de pared que podía oír sobre mi cabeza.

Abrí los ojos más bien violentamente y eché mano a los bolsillos para ver si algún simpático ratero había aligerado de peso a un hombre evidentemente débil. Las tenía todas conmigo, y sintiéndome mejor tras aquellos momentos de inconsciencia, abandoné el hotel.

17. THOMAS VALIER, 6:40 de la tarde

Sospecho que apenas habrá una hora al día o un día a la semana sin una reunión en cualquier parte, con camareros, bebida gratis y pródigos aparadores con comida.

Y con bastantes conjeturas imperfectamente aseguradas, se hacía posible para cualquiera colarse en esas reuniones sólo con mantener un

26 Es lo mejor que Asimov puede hacer, o lo mejor que se preocupa de hacer. Cualquier razonable consenso me calificaría de "tortuosamente guapo". -NOTA DE DARIUS JUST. Me atrevería a sugerir, gentil lector, que corriéramos un tupido velo sobre este asunto. Justo ante mí tengo un libro con foto de Darius Just. -NOTA DE ISAAC ASIMOV.

porte de cuidadoso autocomedimiento y saludar, en cualquier momento, a cualquier persona que hipotéticamente estaría en la otra punta de la sala

Estoy seguro que hay cantidad de gente que se ahorra la comida asistiendo a tales reuniones, aunque, claro, a cierto precio. Hay ruido, tufo a tabaco, gentío, una gradual acumulación de embriaguez, comida indiferente, obligándose, además, a ver cómo, ad nauseam, la gente se esfuerza por mantener una imagen de sí misma, liga o habla de negocios o apuñala a un enemigo.

Por lo general, ese precio es demasiado alto para mí, aunque he notado que cuando asisto a tales reuniones me vuelvo tan malo como los demás. Por lo que sé, todos los individuos que asisten están convencidos de que ellos (o ellas) solos (o solas) son los únicos seres humanos verdaderos y decentes, y que todos los demás tienen que ser condenados por farsantes o cosa peor.

No tenía invitación, pero sí mi insignia de la ALA y, si me preguntaban, podía demostrar mi condición de escritor, ya que no de librero. No obstante, no fui interrogado ni se me ocurrió que el hecho de haberme quitado la insignia molestara a nadie. Presumiblemente, la firma editora Sewall, Broom y Compañía costeaba la reunión con la esperanza de ganarse la buena voluntad de los libreros, y cualquier desvergonzado detalle, como el prohibir la entrada a alguien, aun estando justificado, introduciría un adverso clima que repercutiría al cabo sobre la firma. Mejor permitir algunos gorrones que fracasar en los propósitos de la reunión.

Había bebidas, claro, pero no me interesaban, y las dejé pasar, aunque permitiéndome un pequeño momento de observación por si Henrietta estaba a la vista. No estaba a la vista. Tenía la horrible sensación de que si la veía no la reconocería, pues no podía recordar cómo era. Si la oyera hablar, sin embargo, no habría problema. Mi memoria auditiva era mejor que la visual.

Me dejé caer junto al aparador, que consistía en una montaña de pollo frito, y me sobrecogió un sentimiento de algo deja vu, de haber hecho todo esto con anterioridad. Excepto que no se trataba de la ilusión que habitualmente describe la expresión francesa, sino la cosa real. Yo había hecho todo esto antes. La noche anterior yo había entrado en una habitación con bebidas, deteniéndome ante ellas sólo para ver si conocía a alguien, y luego había pasado a contemplar el aparador. La última

noche había estado buscando a Giles; esta noche era a Henrietta. Y al igual que no lo había visto a él la última noche, tampoco ahora vería a la mujer.

Me concentré con ganas en el pollo frito. Tenía buen aspecto y olía bien y el apetito se me abrió. (Puedo tener problemas con mi apetito de tarde en tarde, pero tal estado de nervios perdura sólo hasta que considero que soy un ser humano saludable, y para que conste así, lo declaro.) Me serví un muslo y una pechuga porque odio tener que escoger entre carne blanca y carne roja, los rocié con un par de salsas y cogí luego algunas frituras francesas. Eso, mas ensalada, y más tarde una taza de café y un trozo de pastel, representaría todo cuanto un hombre exige para cenar. Luego podía dedicarme a buscar a Henrietta si es que estaba a mano.

Deslizándome en busca de una mesa vacía, me crucé con unos cuantos editores veteranos de la Sewall Broom, uno de los cuales era una mujer que dirigía una sucursal de la casa y a la que había conocido cuando la sucursal era independiente. La saludé con la jeta llena de sonrisas y las manos ahítas de comida, y me incliné para besarla procurando no empringar nada, pasando seguidamente a la otra estancia. El beso significaba mi credencial, pues mi existencia a la reunión era plenamente explosiva y evidente... sin que lo lamentara, claro.

Sewall Broom no era una mala firma. No me importaría trabajar con ellos si estuviera seguro de que me dejarían ir a la mía. Prism Press, al menos, no se interfiere en mis asuntos, lo que es una ventaja que evita derroche pecuniario.

Sospecho que idea tal me cruzó la mente porque por el rabillo del ojo advertí la presencia de Tom Valier, mi superestimado editor y príncipe de la Prism Press. También él me vio, mucho más claramente que yo a él, y aún no había comenzado con el primer ínfimo

bocadito al muslo de pollo (y recuerden que igual me ocurrió en la comida) cuando se me acercó.

Hola, Darius. Algo terrible, chico —dijo, y sacudió la cabeza solemnemente.

Sabía a lo que se refería, no obstante.

Sí, algo terrible —dije, y me puse a comer.

He oído que tú encontraste el cuerpo —dijo.

Soy un tipo con suerte.

¿Se cayó en la bañera y se mató?

Así parece.

Algo terrible —dijo.

Terrible.

Sacudió la cabeza.

Ocurre un montón de veces. Resbalar en la bañera, quiero decir. Debe haber miles de personas que se hieren de esa forma. La bañera es un arma mortal. Pobre Giles.

Algo terrible —añadí.

Terrible.

Ni por un momento se me ocurrió que se me había acercado sólo para decirme cuan terrible había sido la muerte de Giles y para aleccionarme sobre los peligros que la bañera encerraba.

¿Espiando a la competencia? —pregunté.

Tengo buenos amigos en la Sewall Broom —dijo débilmente, todavía meditando en lo terrible que había sido lo anterior.

Acabé con mi muslo de pollo y tomé algunas frituras francesas antes de arremeter con la ensalada.

¿Sabes, Darius? —dijo.

Ya empezaba.

¿Sí?

¿Lo que hablamos ayer?

¿Sobre que Giles iba a dejar Prism Press?

No iba a dejarnos. El hablaba de dejarnos. Pero no lo había hecho todavía —sonrió acomodaticiamente—. Bajo las actuales circunstancias, no creo que debiéramos mencionar eso sin necesidad. Está muerto, ya sabes.

Sí, lo sé. Algo terrible.

Me miró suspicazmente, pero supongo que lo que estaba tramando era demasiado importante para abandonar el tema de la editorial.

Quiero decir, dejemos que los muertos descansen en paz. ¿Por qué molestar a nadie con escándalos innecesarios?

No hay ningún escándalo en cambiar de editores —dije. (Quizá los
editores pensaran que sí, claro, si resultaban los perdedores al final.)

Ya, ya, pero nada ganamos con ello, de modo que ¿por qué
mencionarlo?

Claro —dije—. No hay ninguna razón para hablar de ello, Tom. Lo consideraré confidencial.

Gracias, Darius.

Como si lo hubiera aliviado lo bastante como para permitirle pensar en comer, dijo:

Creo que cogeré algo para llevarme a la boca.

Estuvo de vuelta unos minutos más tarde con un trozo de pollo sobre una bandeja y por entonces ya había tenido ocasión de pensar un poco.

Tenemos que mirar la parte buena, Tom —dije-Su libro se venderá más que nunca. No todos los escritores se mueren en plena campaña de promoción.

Oh, no —dijo intranquilo—, no vamos a capitalizar una cosa de tal envergadura.

¿Por qué no? ¿Qué hay de los libros firmados que ibas a repartir como si fueran joyas?

¿Ya están repartidos?

Arrugó la frente y pareció quedar impresionado, como si deplorase mi mal gusto.

Oh, no. Tengo que recogerlos. No podemos repartirlos ahora. No sería conveniente hacerlo.

Tienes razón —dije—. Si los retienes hasta que Adiós para siempre se convierta claramente en un best-seller, podrás subastarlos. Me sorprendería, considerando que son las últimas firmas que el mundo puede recoger, que no te reporten un par de cientos por unidad.

No —dijo—, no quiero ni pensarlo. (Pero lo estaba pensando, estaba seguro de ello, y aposté cinco contra dos a que lo haría con el tiempo.)

Vamos —dije—, aprovéchate de los titulares de !os periódicos. Ocurrió en la Convención de la ALA. Significará mucho para los libreros y promocionarán el libro. Ya sabes, Muerte en la Convención.

Por un minuto recordé el cri de coeur de Asimov la noche pasada, de su obligación de escribir un libro titulado Murder at the ABA. Y le juro a usted que estuve rabiando por descifrar el sentido de haberme figurado a Asimov manipulando el asunto entero para obtener su trama deseada... o dar

publicidad a su libro (27).

Supongo que las ventas se incrementarían —dijo Tom, con resistencia—, pero no me preocupa eso.

27 Observación absolutamente enfermiza. Le dije a Darius que sería ridículo incluir tal comentario, pero él lo quiere así porque dice que ocurrió tal cual. Si lo que desea es mostrar su habilidad para las gansadas, que sobre su cerviz caiga - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

Ignoro por qué Asimov ha tenido que picarse. El lector interesado podría preguntarse si estaba escribiendo este libro desde la cárcel - NOTA DE DARIUS JUST.

Muy bien, aunque se eche a perder el suspense, no estoy escribiendo en la cárcel. Estoy ni más ni menos que en mi casa. -NOTA DE ISAAC ASIMOV.

Las comisuras de mis labios se crisparon un poco, como para constatar la ridícula declaración de que ningún editor (no Tom, ciertamente) podía ser capaz de decir cosa tal sin cometer perjurio en el acto. Me compuse y dije a continuación:

Para el caso, puedes subir los precios de los derechos para la película sobre Adiós para siempre, y volver a sacar la primera novela de Giles a un precio más alto, con lo que probablemente venderás tantos ejemplares como la primera vez, si no más. La desgracia tiene el forro de plata, literalmente.

Oh, bien —dijo Tom—. No es materia apropiada para una discusión. La pérdida de los libros que pudo haber escrito no pueden ser compensadas.

Y se llenó la boca de pollo.

Comimos tranquilamente y me fui a buscar mí café y el pastel, mostrándome lo bastante obsequioso como para coger también para Tom.

Los libros que Giles «pudo haber escrito» no habrían sido libros publicados por Prism Press. No representaba ninguna pérdida para Tom. Una ganancia en todo caso.

¿Pudo haberlo hecho él? Como motivo, estaba el cabreo por el deseo de Giles de dejar la Prism Press y la frustración por las pérdidas financieras que tal cosa habrían representado; y añádase a esto las ganancias que la muerte le traería. ¿Fue la culpabilidad lo que le forzó a no decir nada de sus problemas con Giles, para ocultar el motivo? ¿Fue la culpabilidad lo que le hizo rechazar constantemente el cebo de la codicia que yo le había ofrecido, para ocultar su motivo? ¿Se debía a eso el que me hubiera hablado con tanto cotilleo sobre los accidentes en las bañeras? ¿Estaba ansioso por asegurarse de que no flotaba en el aire ninguna sospecha de asesinato?

Sin embargo, todo, eran conjeturas. Podía pensar realmente que se trató de un accidente; podía realmente estar confuso ante la idea de aprovecharse de la tragedia. Si Eunice hubiera estado allí, y si hubiera leído mis pensamientos, como parecía era su costumbre, probablemente habría hecho trizas mis conjeturas en torno a la posible culpabilidad de Tom.

Bueno, vaya. Cambié de conversación.

¿Has visto a Henrietta? —le pregunté.

Tom contestó preguntándome cortésmente:

¿Henrietta?

La secretaria para entrevistas de la ALA. Una chica gorda. Cara alargada.

Tom sacudió la cabeza.

Me temo que no la conozca. Teresa tal vez sí. Ella arregló lo de las firmas con el personal de la Hercules Books. La sesión de firmas de Devore —explicó, y su voz decayendo mientras lo decía, como si un fantasma se hubiera posado sobre su alma—. Supongo que Teresa tuvo que tener algún contacto con la secretaria para entrevistas.

Parece razonable. ¿Dónde está Teresa?

Se fue a casa. Se le presentó una fuerte jaqueca tras oír lo de Giles.

Bueno, si Tom era un Macbeth, Teresa no era lady Macbeth. Esto es, si realmente se había ido a casa con jaqueca. (¡Santo Dios!, estaba empezando a sospechar de todo.)

Yo no vendré mañana —dijo Tom—. Dejaré que las chicas me lleven al puesto. Ese asunto de Giles me ha echado a perder la convención.

Algo terrible —asentí, y al cabo de un momento se levantó y se marchó.

Al cabo de un momento me levanté yo también para ver si Henrietta estaba allí.

18. HENRIETTA CORVASS, 7:45 de la tarde

La reunión bullía, llenando dos amplias estancias, abriéndose un pasillo por la mitad. Y no es que se estuvieran quietos, colocados en grupos, para que yo pudiera ir fácilmente de uno en uno revisando caras, sino que iban de aquí para allá, hacían eses a mi alrededor y me empujaban.

Ni tampoco era como si yo fuera invisible y pudiera llevar a cabo mi tarea sin el menor problema. Conocía a uno de cada diez, quizá, y ese uno de cada diez, invariablemente, según me pareció, me saludaba.

Yo era una celebridad, recibiendo más agasajos por haber descubierto el cadáver que por todos mis cuatro (y un quinto en prensa) libros juntos.

Ni tampoco se imponía, como podía ver, una disminución de la alegría que podía haberse esperado de haber marchado todo bien; no había el menor rastro de la solemnidad que podía haberse volcado sobre la momentánea dificultad al querer ir al bar o sobre cualquier comentario acerca de la pérdida de un trabajo, un libro o unos dólares. La vida proseguía.

He ahí el caso de un hombre que, apenas nueve horas antes, había sido una de las estrellas de la convención. Y seis o siete horas antes se

había topado con la muerte, violenta e inesperada. Era una pena, una vergüenza, una conmoción, era terrible, y luego la vida continuaba. Giles era devorado por el inexorable curso del tiempo y era como si nunca hubiera existido. He ahí lo que aguardaba al siguiente que muriera.

Y si hubiera sido algún otro el que hubiera encontrado el cuerpo; si yo no hubiera estado envuelto de ninguna forma; si no hubiera llegado tarde con el paquete de plumas, ¿habría sido diferente para mí? No tuve que hacer ninguna apuesta para mis adentros. Era una muerte que no me habría hecho sentirme diferente. La vida proseguía.

Si todos los seres humanos que poblaban el planeta tuvieran que morir de forma sangrienta, el resto de la vida estaría dispuesta a proseguir, sin sentirse aludida, y nada más en todo lo ancho del universo le importaría un comino. ¿Acaso no? El universo también proseguía.

Me iba volviendo más y más enfermizo a medida que avanzaba de grupo en grupo, reservándome unas veces, estallando otras, llegando a la conclusión de que la aguja que estaba buscando no estaba en aquel pajar y pensando que la vería mañana de cualquier modo...

Y entonces, aproximadamente a las ocho menos cuarto, escuché su voz. No la vi al primer momento. Me volví siguiendo la dirección de la voz y la reconocí al instante.

Me uní al grupo donde estaba y escuché tranquilamente, intentando comportarme por el momento como un miembro más. Quería apartarla del grupo, pero sin que fuera de forma ostentosa. Siendo discreto, es más fácil para mí que para los demás. No ocupo mucho espacio, no soy uno de esos caracteres que sufren por darse a conocer, ni en el sentido de la corpulencia de Giles ni en el de la visible autosatisfacción de hacerlo como Asimov.

Cuando estuve el tiempo suficiente como para ser tratado con indiferencia, me las arreglé para aproximarme a Henrietta. El reconocimiento por su parte fue instantáneo, pero tras un segundo o dos, desvió la mirada deliberadamente.

Me abrí paso hasta colocarme a su lado y la rocé muy suavemente con el codo. Cuando se volvió, dije:

Quiero hablar con usted —haciéndolo tan bajo que prácticamente no existió sonido alguno.

¿Para qué? —dijo ella, con voz corriente.

Es importante —dije yo, todavía en voz baja.

¿ Sobre...?

No acabó la frase, no porque la interrumpiera yo o cualquier otra cosa.

Sólo que no quiso acabarla y aquella laguna de sonido fue tan elocuente como cualquier palabra lo hubiera sido.

Sí,

¿Puede esperar? —parecía irritada.

Por favor —insistí.

Se puso a mirar a los otros cara por cara, como si esperase de los demás alguna suerte de rescate, pero su momentáneo desliz de la conversación general había significado que había sido eliminada, tal como si jamás hubiera estado allí.

¿Bien? —dijo.

Aquí, no. Por favor. Venga conmigo.

He experimentado brazos resistentes en mis tiempos. He conducido a chicas por direcciones que no estaban muy seguras de querer seguir. Por lo general, yo esperaba ser capaz de hacerles cambiar de idea y ponerlas alegres. Esta vez era diferente. El brazo de Henrietta era cabezón como él solo y yo no poseía la autoseguridad de los venideros placeres para darme fuerzas en mis dotes de conquista.

Vayamos fuera —dije—. No podemos hablar aquí. Sólo fuera. Sólo cinco escalones del exterior —dije con apremio—. Nada más.

Vino.

Fuera reinaba la mitad más oscura del entreluces, el cielo sombríamente gris y el aire inmóvil. El tráfico tenía puestas las luces delanteras y traseras. La calle era ancha, no demasiado llena de gente. Una valla de hormigón rodeaba al edificio en que estaba el restaurante. Interrumpiendo el curso de la valla descendía una escalera bastante ancha que daba a un patio inferior.

Mi intención había sido bajar hasta el patio, pero conducía a la hornada de gente de la reunión que se había instalado en las pequeñas mesas exteriores, de modo que la insté, en su lugar, a sentarse en la valla. Puse las manos en ella y me aupé para sentarme encima de la valla dejando los pies colgando.

Fue algo terrible —dijo ella—. Hablo de la publicidad equívoca. Saldrá en todos los periódicos.

Nada sé de eso, Henrietta. El hotel hará lo que pueda por acallar la noticia, ¿y qué es, a fin de cuentas, un fulano que se mata en una bañera? No era muy casero que digamos. Pero pudo haberlo sido después de esto.

Pretendía calmarla, que se relajase. Removí los pies y proseguí:

Recuérdelo —dije—. Cuando James Dean, el actor de cine, murió en accidente de

carretera, hace unos veinte años, ocupó en los periódicos apenas dos pulgadas. Me di cuenta en el momento porque lo había visto en un espectáculo de televisión y me había gustado. Luego aparecieron sus últimas películas y se convirtió en el ídolo de la adolescencia amargada. Si dos años después .de su muerte hubiera regresado a la vida y muerto de nuevo, la noticia habría sobrepasado las medidas de cualquier imprenta de cualquier periódico estadounidense. La hipótesis podría aplicarse a Giles dentro de dos años, pero por ahora no habrá sino dos pulgadas..., quizá una pulgada tan sólo.

Yo tendré que dar la noticia.

Es su trabajo.

Eso no significa que me guste.

No le gusta. Lo que usted hace, empero, me disgusta a mí, porque soy yo quien le ha traído la noticia. Tampoco a mí me gusta. ¿Le habría gustado a usted haber estado allí y...?

¡Cállese! —Para mi sorpresa, la mujer estaba al borde de las lágrimas.

Me callé y esperé para ver si acababa llorando o si optaba por mantener los lacrimales indelebles.

Optó por lo último y dijo:

¿Qué estamos haciendo aquí?

Mire, era amigo mío —dije—. Usted estuvo allí la pasada noche y él no quería ir con usted. ¿Recuerda? Yo conseguí que fuera, y porque lo hice, no pudo recoger un paquete que quería recoger y me pidió que yo lo hiciera y... vaya, no tuve oportunidad de hacerlo. En este momento es muy importante para mí establecer que mi fallo en la entrega del paquete no lo precipitó a la muerte. Podría significar mucho para mí. Quiero que vea que estoy a solas con mi sentimiento de culpa sólo porque le hice un favor a usted la pasada noche. Al respecto, estoy intentando descubrir cuanto puedo y usted puede devolverme el favor y ayudarme.

No lo captaba la hembra, por más que estaba volcando en mis palabras mi tono más convincente.

¿Cómo puede tener que ver el paquete en ese asunto? —preguntó. Me encogí de hombros.

Contenía plumas. Siempre utiliza plumas monogramadas y se había olvidado su suministro en casa. No pude proporcionárselo y tuvo que firmar libros con plumas que derrapaban y que le molestaban. Si no se

hubiera sentido molesto, habría acudido a la comida que se dio a continuación. Puesto que se sintió molesto, subió a su habitación en un arrebato, decidió darse una ducha para refrescarse y entonces, supongo, se dio el batacazo. En ese sentido pesa sobre mí cierta culpa.

En ese sentido, pues, ¿qué puedo hacer yo?

Puede ayudarme a demostrarme a mí mismo que estoy equivocado, que pudo haber mil otras razones para que él subiera a su habitación, mil otras razones para que se sintiera molesto, y mil otras razones para que resbalara y cayera. Si puedo evitarlo, no quiero tener que pensar que colaboré en la muerte de mi amigo. Y usted puede ayudarme.

Pero ¿cómo?

Tan sólo quiero saber todo lo que ocurrió después de la última vez que lo vi vivo la pasada noche y usted estuvo con él.

Como vacilara, añadí:

No soy policía, Henrietta. No puedo obligarla a que me lo cuente. Simplemente le pido que me lo diga por humanidad.

Pero es que no hay nada que contar. Fuimos a los estudios de televisión y grabamos un programa.

¿Cómo marcharon hasta allí? ¿Dónde fue? ¿Quién intervino en la grabación?

Fuimos en taxi. Cogimos uno al salir del hotel y nos llevó hasta los estudios. Se trataba de un programa de charlas con no-sé-quién. —Agitó la mano en el aire—. Sandra y algo. —(Yo sabía a quién se refería)—. Hicimos la grabación y eso fue todo.

¿Hubo que esperar mucho antes de que comenzara?

Cinco o diez minutos. Ya sabe cómo son esas cosas. Siempre te hacen esperar para que te enteres de quiénes son los que mandan.

¿Cómo se tomó eso Giles?

Se quedó sentado, mirando fijamente frente a sí, tocándose el bigote. Estaba un poco nervioso porque le había insistido que viniera, y en una o dos ocasiones consultó su reloj y luego me miró, pero sin decir una sola palabra.

¿Y cómo se comportó durante la grabación?

Correctamente. Estuvo muy bien. Iban a pasarlo tres semanas después para que coincidiera con el día de la publicación. Pero si tienen un poco de idea, no lo dejarán correr. No me sorprendería —añadió amargamente-que lo pasaran mañana por la mañana mientras dura

todavía la convención.

Tal vez no —dije tranquilizadoramente—. También ellos tienen sus compromisos. ¿De qué hablaron?

De lo que uno ya se esperaba. Ella quería saber cómo era su libro y qué tal iba y si iba a ser contratado para filmar una película. Luego se volcó sobre sus costumbres como escritor. Puesto que él había declarado que su libro fue planeado durante el asunto Watergate, ella le preguntó si no habría infiltradas en el libro algunas facetas fantásticas relacionadas con el caso. El afirmó: «Sí, surrealismo», y explicó lo que había querido decir. Estuvo muy bien. Un buen programa.

Tendré que verlo —dije—. ¿Le preguntó ella algo sobre sus editores? ¿Aunque fuera de pasada?

No —dijo Henrietta, con cierta sorpresa—. ¿Debería haberlo hecho?

Lo ignoro —dije con ingenuidad—. Se lo pregunto porque Prism Press

es también mi editora y me estaba preguntando si ellos no habrían

intervenido para dar alguna publicidad.

Oh, por supuesto. Cuando ambos mencionaron el título del libro al principio y final del programa, también sacaron a relucir el nombre de la editorial.

¿En ninguna otra ocasión? ¿Y nada más?

No, que yo recuerde.

¿Y qué ocurrió una vez terminada la grabación?

Nada. Nos marchamos.

Se había hecho ya bastante de noche y no podía distinguir su rostro bajo las luces de la calle.

¿Quiere decir que lo acompañó hasta su habitación? —pregunté. Su voz cobró un súbito cariz afilado.

¿Por qué pregunta si lo acompañé hasta su habitación?

Lo hizo, ¿verdad? Lo último que usted dijo cuando se lo llevó fue que haría lo posible por devolverlo sano y salvo a su habitación.

Ya veo a lo que se refiere —dijo, con repentino aire de indiferencia, como si todo le importara muy poco—. Tomé el ascensor con él hasta su piso.

Habría estado completamente convencido en cualquier caso, pero desde que había hablado con Eunice sabía qué suelo pisábamos y no iba a pegármela.

Por supuesto —dije—, él le pidió a usted que entrara en su habitación.

No, no —dijo ella, débilmente.

Henrietta, sea razonable —dije—. El pide a todos las mujeres que entren en su habitación. —(No lo sabía con seguridad, pero no me cabía la menor duda)—. Y usted tuvo que haber entrado, o no estaría donde está.

No replicó y volvió el rostro. Estaba seguro que se iba a poner a llorar.

Le prometo —dije-que no diré nada de cuanto me diga. No tiene por qué entrar en detalles. Sólo lo suficiente para que sepa con certeza si entró usted.

Miró a su alrededor para comprobar si había alguien más cerca de nosotros. Pero nadie

había. Los humanos suelen estar poseídos por cierto sentimiento francmasónico consistente en mantenerse siempre alejados de todo hombre o mujer sumidos en una conversación en apariencia íntima.

Nada hay de lo que tenga que avergonzarme —dijo ella—. Aunque es todo tan desagradable...

Henrietta —dije—, conocía a Giles mejor de lo que usted cree. Tengo mis nociones de lo que era capaz de hacer. ¿No... no la ofendió? -(Aun cuando estaba esforzándome por utilizar palabras que no la sobresaltaran y la mantuvieran tranquila, me molestó tener que utilizar la pausa victoriana y a continuación el eufemismo no menos Victoriano.)

Oh, no —dijo ella, agradeciéndome el eufemismo, seguro estaba—. Se limitó a pedirme que entrara y lo arropara, sólo porque yo había dicho, de broma, claro, que después de la grabación lo llevaría hasta el hotel y me cuidaría de que ello ocurriese. Me reí cuando dijo aquello porque supuse que estaba también bromeando, y dije que esperaba que pasara una buena noche. Pero entonces me cogió por la muñeca y dijo: «Vamos, quédese un rato.» Bien, no quería armar una escena y realmente yo no creía que él fuera a... ya me entiende... —Se detuvo confusa.

¿Quiere decir que no creía que fuera a usar la fuerza con usted? -dije.

Bien, pensé que podía intentar convencerme para que me acostara con él —dijo, volviéndose más mundana, como si temiera que su dignidad fuera a perder si se mostraba demasiado mojigata—, pero yo estaba completamente segura de que no iba a lograrlo. No me lo pidió, sin embargo, y es más, tengo un amante que es bastante satisfactorio. De modo que me dejé conducir y con la puerta cerrada a mis espaldas, le dije: «Tengo muchas cosas que hacer, mister Devore», y entonces cambió su

voz.

¿Que cambió su voz?

Se hizo aguda y chillona... ¿Tengo que proseguir?

Me gustaría que lo hiciera. Por favor. Sólo por encima. No tiene por qué decirlo con todas las palabras.

Quería que lo desvistiese. Me llamó mamá.

¿Qué hizo usted? ¿Lo desvistió?

No sabía qué hacía. No quería ponerme a gritar; no quería organizar un escándalo estúpido. Pensé que podía seguirle la corriente un poco y que quizá así se calmaría. Quiero decir que no soy virgen y que no me asustan los hombres. Le quité la chaqueta, la corbata, la camisa y luego los zapatos y los calcetines. Pero de ahí no pensaba pasar. Y él dijo... dijo que quería que lo bañase. Es decir, me dijo: «Báñame, mamá», lo que ya era demasiado. Me lancé hacia la puerta y me largué.

¿No intentó detenerla?

No. Se limitó a berrear. Una vez que cerré la puerta pude oír su llanto, igual que un niño pequeño. Así que bajé al bar y me tomé un par de tragos, sin que, gracias a Dios, me encontrara con nadie conocido. Luego fui a mi habitación y me tomé un somnífero.

Esperé un rato mientras ella se recuperaba y entonces dije:

Cuando le quitó la ropa..., las prendas que usted llegó a quitarle..., ¿qué hizo con ellas?

iAh, eso! Otra cosa bien rara. Se puso a darme órdenes. Hizo que colocara sus zapatos en el armario con las punteras hacia dentro. Me hizo colgar la chaqueta con la botonadura hacia la izquierda, y tuve que plegar su camisa de la forma más impecable.

¿Cómo se lo pidió?

Bueno, puso voz infantil, gimoteante. Así pues, lo hice... ya le dije que estaba intentando controlarlo. Quería que soplara dentro sus calcetines antes de plegarlos. Eso no lo hice, se volvió estúpido y dijo que quería que lo bañase, y entonces me marché.

De modo que así había sido. Tenía io que había estado buscando. Hasta la noche última había persistido en plegar ordenadamente sus ropas.

Interfiriendo mis pensamientos, dijo Henrietta:

Ya tiene lo que quería.

¿Qué? —dije, lanzándole una rápida mirada.

¿Otra que me leía la mente?

Su enfado era por mí, no por las plumas olvidadas.

¿Lo sugiere o se lo dijo él esta mañana?

Bajó de su asiento en la valla.

Oh, no. No lo vi esta mañana. No tenía intención de verlo. Cuando me levanté esta mañana, tomé el desayuno en mi habitación, llamé abajo a las nueve y cinco y dije que no estaría hasta después de las diez. Estaría firmando en ese momento y no habría oportunidad para encontrarnos.

¿Luego no estuvo usted en la sesión de firmas?

¡Claro que no!

¿No fue nadie a buscarlo por la mañana?

No sabría decirle, pero en todo caso no fui yo. Estuve tratando de evitarlo todo el tiempo.

Sin embargo, tenía yo la impresión de que había estado con una mujer antes de las diez. Alguien me lo había dicho así. Había hasta un nombre...

Mire, Henrietta —dije—, no se ponga a pensar que ocurrió por

causa suya. Pudo haber ocurrido algo más. ¿Le dijo Giles la pasada

noche cualquier cosa que indicara que estaba molesto por algo?

Nada.

Bien, pensemos en ello un momento. ¿Ocurrió algo fuera de lo normal? ¿Se encontraron a alguien en algún momento? ¿Habló alguien con Giles? ¿Dijo algo Giles que sonara extraño? ¿Pareció alterarse por algo en algún momento, fuera de los asuntos sexuales, quiero decir? ¿Hay alguna cosa, ahora que su mente retrocede, que le llame la atención al respecto?

¡Nada! ¡Ni la menor cosa!

Bueno, tenía que aceptarlo. No podía forzar su memoria. Eso, si es que había algo que recordar. Aunque sospechaba que si hubiera algo, no se esforzaría lo más mínimo por recordarlo, y ello para acabar de una vez. De hecho, no creía poder retener a Henrietta mucho más tiempo. Toda ella evidenciaba señales de querer marcharse. Bruscamente, dije:

¿Cuándo lo dejó la pasada noche?

No miré mi reloj. Me pareció que eran como las once, aunque no lo sé. Escuche, no tengo más ganas de hablar de esto..., y ya sabe, es confidencial.

Absolutamente. Gracias.

Se volvió y se precipitó por las escaleras; yo marché en otra dirección y caminé calle abajo hacia el hotel.

19. SHIRLEY JENNIFER, 9:10 de la noche

¿Qué tenía que hacer a continuación? Sabía que existía la posibilidad de que Giles hubiera vuelto a las once la noche anterior. A las diez de la mañana ya estaba firmando libros. Nadie dijo que llegara tarde, pues de ser así habría sido notado. ¿Qué había ocurrido en aquel intervalo de once horas que podía informar sobre lo sucedido más o menos al mediodía?

Al final de ese período hubo una mujer con él. De eso estaba seguro aun cuando no pudiera recordar lo que me había proporcionado la certeza. La cuestión era: ¿Quién era ella? Y, ¿había pasado ella toda la noche con él?

Intenté ponerme en el lugar de Giles. Por lo que concernía a su estancia con Henrietta y su compromiso respecto de su juego, estaba seguro de que en ningún momento se le había ocurrido mirar al escritorio y comprobar que no estaban allí ni el paquete ni la llave. Una vez se marchó ella, ¿encontró otra, mujer con la que continuar el juego, no advirtiendo la ausencia de ambos objetos hasta la mañana? ¿Se dispuso a dormir, frustrado, cuando Henrietta se marchó, demasiado embargado el niñito con sus fantasías sexuales para darse cuenta? ¿O lo advirtió aunque pensando que el guardarropa estaría cerrado después de las once, sintiéndose demasiado frustrado y demasiado infantil para hacerse cargo del asunto?

Como era mi costumbre, tras formularme toda una serie de preguntas, no me respondí.

Estaba entrando en el vestíbulo del hotel cuando escuché un grito que, supongo, había estado temiendo yo, inconscientemente, incluso desde la comida.

¡Dariiiius! Te he estado buscando todo el día.

No lo creí, pero sonaba muy bien.

Hola, Shirley —dije, apagadamente—. Lo siento. He tenido un día terrible.

Lo sé. Todo el mundo habla de eso. ¡Qué espantoso! ,Y has tenido que ser tú quien lo encontrara. Supongo que ésa es la razón por la que no viniste a mi puesto mientras estaba firmando.

Aprovechó el momento para encenderse un cigarrillo. Sabía que yo detestaba eso y pensé que, a pesar de su llamada a la conciliación, me estaba haciendo frente.

Dije a la defensiva:

Se me ha ido el tiempo con los polizontes, lo que no fue muy

divertido.

Pobre muchachito —dijo.

Era extraño cuan distante e inmune me sentía.

Después de todo esto, me siento realmente enfermo, y creo que voy a irme a casa para concederme una oportunidad de recuperarme. Me alejé un poco.

Ella pareció sorprendida y un tanto molesta.

¿A casa?

Un minuto antes, ni se me hubiera ocurrido, pero en aquel instante me pareció lo que realmente tenía que hacer. No se me ocurría otra cosa para evitar pasar otra noche con Shirley, y tenía, que evitarlo. Quizá después pudiera volver a estar con ella, pero no aquella noche, no mientras tuviera sobre mí la noción de que si no hubiera sido por la noche pasada con Shirley, no habría descubierto el cadáver de Giles. Si me pongo a pensarlo ahora, mi actitud se me aparece no muy sensata, pero entonces era diferente. Me parecía más sensato que cualquiera de las otras cosas que me habían sucedido en todo el día.

-Es mejor que lo haga, Shirley. Me he consumido con la tarde que he pasado. —Me las apañé para bostezar y descubrí que no era difícil—. ¿Estarás aquí mañana?

Shirley pareció indiferente.

No lo sé.

Yo sí estaré. Tal vez nos veamos.

Le hice un saludo y me dirigí hacia la salida. Diez horas antes habría rabiado por apostar cien contra ocho -más- a que iba a pasar otra noche con Shirley, pero hasta las apuestas con menos ventaja ganan en ocasiones.

Ahora me hacía la misma apuesta, cien contra ocho, a que no iba a dirigirme nunca más la palabra. No mentiré al respecto. Lo sentía de veras, muy de veras.

Caminé hacia casa. Un amable paseo hasta el parque y luego a lo largo de su acera, pero no tenía prisa por meterme en la cama. Caminaba sumido en mis pensamientos, mi mente realizando siempre los mismos círculos y sin llegar nunca a ninguna parte.

Cuando me encontré en mi apartamento con el cerrojo de la puerta echado tras de mí (los tres cerrojos) y con mi máquina de escribir mirándome con reproche a través de la puerta del dormitorio (como solía hacer cuando estaba tapada y sin haber sido usada durante un período

superior a dos días), no podía recordar nada del paseo desde el hotel hasta mi apartamento. Había sido una caminata de algo más de una milla y no podía recordar ni un solo paso. Mi traslado desde el hotel hasta mi casa podía haber sido realizado por transferencia instantánea de masa, como esas cosas estrambóticas que aparecen en las historias de ciencia ficción de

Asimov (28)

Apenas eran más de las diez y media, demasiado pronto para meterse en la cama, realmente, y sin embargo, no tenía el menor deseo de permanecer en vela. Comencé a hacer

Librodot

los preparativos para acostarme, lavándome los dientes y todo lo demás, a medias esperanzado de que mis preparativos me despejaran, pero no fue así.

Claro, era posible que si iba demasiado temprano a la cama, me despertara a las tres de la madrugada. Pensé en Henrietta tomándose un somnífero, y aunque lo desaprobaba en mi fuero interno no dudo que hubiera tomado algo parecido de haber tenido en la casa.

Apagué la luz, me metí en la cama y dejé la ventana abierta para poder escuchar los hipnóticos ruidos del tráfico y la vida de la ciudad siguiendo su curso doce pisos más abajo. (Por supuesto, es hipnótico para los que han crecido y vivido en la ciudad.)

Justo antes de quedarme dormido, tuve un último pensamiento. Isaac Asimov había sido el otro autor que había estado firmando libros en la sesión de la mañana, en compañía de Giles. Tal vez hubiera visto a Giles entrar acompañado de alguien. Más aún, Asimov estaba inscrito como participante en una mesa redonda que se celebraría a la mañana siguiente - aproximadamente a las once, creía-, de modo que haría por verlo por la mañana..., era algo que había pensado podía ser... in...interesante... de alguna manera... Y me dormí.

28 MI opinión sobre la ciencia ficción no difiere de lo que generalmente se opina. Pero Asimov se ha citado a sí mismo como si se tratara del único escritor de relatos de ciencia ficción que existe en el mundo - NOTA DE DARIUS JUST.

Una de mis mejores historias, "Erase un hermoso día", tiene un argumento donde aparece la transferencia de masa. Puesto que Darius, después de tediosos careos investigadores, admitió haber leído el relato, mantengo que mi intrusión se aproxima a la verdad en la medida en que se necesita - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

3 MARTES, 27 DE MAYO DE 1975

1. DARIUS JUST, 6 de la mañana

No dormí lo que se dice bien. Tuve pesadillas de las que no puedo recordar los detalles. No me había despertado a las tres, pero los ojos se me abrieron a las seis y sentí mal sabor de boca y que mi cabeza estaba descansando sobre un almohadón húmedo de sudor.

Durante un rato me quedé mirando el techo, jugando con las pesadillas que mi imaginación había construido con la pesadilla de las realidades del día anterior y me di cuenta de que no iba a ser capaz de dormir un minuto más esa mañana. Así que me levanté, me aseguré de si era uno de los días en que necesitaba laxantes, me duché, me afeité y a continuación me dispuse a enfrentarme con el desayuno.

El contraste con el desayuno de la mañana anterior resultaba demasiado extremo, por lo que decidí no liarme a hacerme huevos, platos ingleses, ni siquiera café. Ni siquiera quería estar solo. Era una mañana radiante, la temperatura alcanzaba los 59 (29), lo que suponía poder pasear en chaqueta, de modo que me fui al hotel.

Aceleré el paso porque me sentía culpable de haber descuidado mi gimnasia desde que comenzara la convención.

La cafetería del hotel estaba respetablemente llena, aunque apenas eran las siete y media de la mañana, y después de pedir un bocadillo de jamón (por pedir algo que no suelo tomar en casa) me dispuse a escuchar las conversaciones que me rodeaban.

Muhammad Alí, al parecer, era el gran golpe de la convención. Había estado desmedido y respondón y sospecho que hay algo excitante para la audiencia cuando se tiene enfrente a un tipo capaz de barrerlo a uno de un soplo con poco esfuerzo: algo así como estar en un mismo recinto con un león domesticado, aunque sin barrotes de por medio.

También oí comentarios sobre la madre de Joe Namath. Había dado también el golpe promocionando la biografía que había escrito de su hijo.

Un librero (alcancé a ver lo bastante de su insignia para saber que era de Dallas) explicaba que ningún editor había estado jamás en su establecimiento, por lo que ¿cómo iban a conocer los problemas del librero? Y los distribuidores, prosiguió, lo único que querían era deshacerse de los libros, sin preocuparse de si el establecimiento quebraba o no.

29 Fahrenheit (= 15 grados centígrados)

Me tracé un circuito después de haber terminado el bocadillo, deseando

deliberadamente escuchar las conversaciones. Había quejas por los descuentos de los libros de texto (no lo bastante altos), por la naturaleza del embalaje de los libros (difíciles de abrir), por la calidad de los libros que recibían (sin apenas precintar), todo ello acompañado de un sinfín de puterías sobre el servicio postal (insuficiente de todos modos).

En una mesa se desarrollaba una discusión sobre los méritos relativos de los libros de religión y ocultismo y cómo ambas especies se vendían bien; con lo que me sentí impulsado a intervenir y decir: «Los libros sobre religión son libros sobre ocultismo», sólo para que se enzarzase una disputa, pero no lo hice. Sólo capté un comentario respecto de Giles.

Un tipo de Puoghkeepsie decía:

Alguien se pegó un batacazo ayer en la ducha y se mató. ¿No lo han oído decir? —ni siquiera utilizó su nombre.

La respuesta fue:

Lo que yo digo es que hay que acabar con las duchas. Un primo mío...

Y se enfrascó en una aburrida historia que no tenía ganas de oír. La vida proseguía.

2. SARAH VOSKOVEK, 8:45 de la mañana

Eran aproximadamente las nueve menos cuarto cuando tomé el ascensor y apreté el botón correspondiente a la subida. No estaba seguro de si el jefe de seguridad del hotel estaría en su despacho ya, aunque de todos modos no tenía ni idea de dónde se encontraba el despacho. Sabía dónde estaba Sarah, de modo que subí hasta la sexta planta. Indudablemente no estaba aún, aunque podía esperarla durante un ratito razonable.

Me había equivocado. Sarah estaba dentro. La chica del despacho

exterior no estaba todavía, pero pude ver a Sarah en la estancia del

fondo. Llamé con los nudillos en el marco de la puerta y dije:

Hola.

Se volvió, me vio y dijo:

Pase.

No me sonrió; de cualquier modo, sentí que sonreír no era cosa fácil para ella; aunque tampoco me arrugó la frente. Vestía un traje verde oscuro con la parte trasera alzada (desconozco los tecnicismos apropiados y rehúso aprenderlos). Era de corte estrecho y bajo por delante, lo

bastante bajo para entrever una placentera hendidura entre los pechos de apetitosa carne. Constituía una agradable vista por la mañana.

¿Cómo está, Darius? —dijo--. Parece un poco cansado.

A un mal día le siguió una mala noche. Por lo demás, todo bien. Cambió su fría expresión por otra de más subida simpatía.

Por la muerte de mister Devore, claro.

Sí.

Si no hubiera ido a verlo durante la comida...

fue recordar Y si no hubiera

de las siete y inedia de anoche
sido así. ¿Qué pasó con Eunice? Quiero
se fue a su casa. ¿Le gustaría que le

Lo que realmente me gustaría hacer, ¿sabe?, es conseguir seis horas en las que mi cerebro se apagara y no hiciera nada sino descansar..., preferiblemente entre sus brazos.

Por qué dije aquello, lo ignoro, porque ella no se me había insinuado,

pero cuando has alcanzado la madurez y posees una respetable experiencia

con las mujeres, esas cosas te salen sin planearlas, como partir pan. Incluso mientras me escuchaba decirlo, esperaba que se pusiera rígida,

pero no lo hizo. En vez de aturdiría, me sonrió y se echó atrás en su silla,

Bueno —dijo—, no lo haga o me excitará.

Aquello me cogió por sorpresa, aunque se me pasó al momento. Sus músculos se tensaron y de nuevo se enderezó sobre la silla, situándose en posición excelente.

Pero ¿hay alguna cosa dentro del trabajo en que pueda serle útil? —dijo ella.

¿Cuándo viene el jefe de Seguridad? Su nombre es más difícil aún que el suyo, de lo contrario lo habría buscado.

Consultó su reloj.

El nombre es Marsogliani —(lo pronunció Mahrsoh-LYAH-nee (30), que es como intenté reproducir más tarde)—. Por lo común llega temprano, pero

3o Como en castellano, sólo que acentuando las dos aes y pronunciando el grupo gil como nuestra elle palatal.

¿Dónde está la diferencia? La causa

sido usted habría sido cualquier otra cosa.

¿Sabe? —dijo—. El forense llegó a eso

y se llevó el cuerpo.

Ya imaginaba que habría decir, la señora Devore.

Eso no lo sé. Presumo que preparara café?

No, ya he tomado un poco.

no sé si estará ya a estas horas. Si ha llegado puede estar en su despacho. ¿Acaso quiere verlo?

Desde luego —dije.

Se encogió de hombros.

Lo llamaré, pero, ¿sabe?, parece que ayer se molestó con usted.

¿Le dijo por qué?

Dijo que era usted un metelíos. No dio detalles.

Soy un metelíos —dije—. Al menos lo soy ahora. Por ejemplo, ¿podría decirme algo antes de llamar?

Depende.

¿Tiene el hotel algún problema relacionado con las drogas?

¿Drogas?

Quiero decir sí el hotel está implicado de alguna manera en la venta o distribución de drogas..., pinchazos, heroína.

¡Claro que no!

Perfecto. El hotel, no. Pero ¿ha tenido lugar aquí sin la intervención del hotel? A eso me refería,

¿Por qué me lo pregunta?

Ya le dije que era un buscalíos.

Lo es, ciertamente. No le concierne preguntar algo de ese calibre, ni yo soy la indicada para responder. Si tiene que preguntar, tendrá que preguntar a mister Marsogliani, aunque no veo por qué tiene que contestarle él tampoco.

¿No iba a llamarlo?

Lo hizo. Hubo respuesta. Al menos supuse que respondió, puesto que ella habló como si alguien hubiera al otro extremo del hilo. Explicó que yo quería verlo y dijo, con lisonjero tono de voz:

Será un momento tan sólo —cosa que tuvo que conjeturar porque no se desprendía de nada de cuanto yo había dicho.

Recibí la impresión de que el otro no habría estado de acuerdo en verme de no haber intercedido a través de Sarah. Me apunté un tanto por la buena decisión de haber ido a verla antes que nada y concedí otro a la pequeña hembra.

Gracias, Sarah —dije—. No haría nada que le hiciera perder su trabajo, pero lo que haría requiere contención por mi parte.

Sonrió levemente.

Mientras me dirigía hacia la puerta entró la recepcionista. Se colocó tras el escritorio de la oficina exterior, dejó encima su bolso, me miró y miró

luego a Sarah con un brillo de sapiente tolerancia en la mirada. Era una guapa negra, cerca de los treinta, me atrevería a decir.

Extendí las manos como mostrando el panorama, y dije:

Negocios. Estrictamente negocios.

La negra se rió con humor. No pensé que a ella le importara si había sido así o no.

3. ANTHONY MARSOGLIANI, 9:20 de la mañana

Marsogliani no sonreía cuando entré en su oficina, que también se encontraba en la sexta planta. Me hizo esperar mientras se sumergía en un fardo de papeles, mostrándome a las claras que estaba atareado. Me senté, con la mente alerta, preparado para no manifestar el menor síntoma de impaciencia, aunque permitiendo que mi mirada siguiera todos los movimientos de aquel tipo. No fumaba ningún puro, pero apestaba igualmente a tabaco. Conjeturé que siempre era así. Y tenía el aspecto más acorde con su tufo, agrio y arisco.

Era ya bastante más de las nueve cuando se decidió a abandonar el juego de no hacer nada bajo mi impasible mirada, y dijo:

¿Qué puedo hacer por usted?

¿Sería capaz de descubrirme si ha habido algo en la autopsia de mister Devore que revele que había sido un consumidor de drogas?

No —dijo—. Llame a la policía o pregúntele a su esposa. ¿Puedo hacer por usted alguna otra cosa?

La policía no me lo dirá y tiene que ser muy molesto para su mujer ir preguntándole estas cosas en estas circunstancias. ¿Por qué no puede hacerlo usted?

Tampoco me lo dirá a mí la policía. No es asunto mío.

¿No lo es? Había heroína en la habitación del hotel.

No vi nada.

Estaba allí. Alguien la limpió.

Se sonrojó visiblemente.

¿Quién es ese alguien? ¿Yo?

No estoy acusando a nadie, pero el caso es que allí estaba y al cabo de un rato había desaparecido. Me parece importante saber si guardaba alguna relación con mister Devore. Si éste no era un consumidor, puede haber sido abandonada por el anterior ocupante de la habitación.

(No dije de dónde había sacado tal conclusión; supuse que Marsogliani no aceptaría que un subordinado suyo me sugiriera tales cosas y no

quería hacer nada que pusiera en peligro el trabajo de Strong en mayor medida que el de Sarah.)

Y si así fue, ¿qué pasa?

Que podría ser un incidente aislado ¿O es que el hotel está envuelto en problemas de drogas?

No sé a qué se refiere con eso de problemas de drogas.

Yo tampoco. Algo quizá que hiciera indeseable que alguien encontrara heroína en una habitación del hotel.

Eso sería indeseable en cualquier ocasión y bajo cualesquiera circunstancias.

Si usted la encontrara, ¿informaría a la policía?

Claro.

¿O se trata de algo que usted trataría de afrontar por su cuenta,

hasta el punto, quizá, de evitar que se informase a la policía?

Marsogliani se me quedó mirando largo rato desde ambos lados de su

gorda y majestuosa nariz. Luego dijo:

En estos días, el problema de las drogas está en todas partes. Sería imposible no tener

Librodot

incidentes en un hotel. Si hay algo que pueda ser llamado problema, se refiere a otra cosa. Si la hubo, esté seguro de que habría llamado y esté también seguro de que no se lo habría contado a usted

¿No se le ocurrió, por ejemplo, recoger la heroína dentro de un sobre?

No, no se me ocurrió, y supongo que es usted un tipo de suerte al ser tan canijo y despreciable, pues, por haber sugerido tal cosa, tendría que haberlo partido en dos y desparramado luego sus pedazos por la oficina

Me alegro de ser pequeño, entonces —dije educadamente, y me levanté.

Un minuto. ¿Cómo se llama usted?

Darius Just —contesté.

Mister Just, imagino que todo esto es a causa de su creencia de que el hombre de la 1511 fue asesinado. ¿Ha hecho partícipe a la policía de su hipótesis?

No. Después de la reacción observada en usted, pensé que era mejor buscar campos más fértiles para abonar.

Claro. Bueno, mister Just, permítame ponérselo de esta forma. El hombre de la 1511 fue asesinado o no lo fue. Si no lo fue, sus investigaciones no le llevarán a nada pero pueden causar perjuicios al hotel,

lo que puede conducirme a no poder resistir el impulso de romperle la cabeza. Pero si fue asesinado, entonces su investigación chapucera y sin autorización puede cabrear a quienquiera lo asesinara y llevarlo a intentar lo mismo con usted para evitarse molestias. Piense en eso.

En otras palabras: no quepo en este mundo, ¿no?

Piénseselo... pero lejos de aquí —alcanzó un puro, se lo llevó a la boca y aquello acabó de sulfurarme. Me disgusta el humo de los cigarrillos, pero detesto los puros con apasionamiento.

De modo que me largué sin haber llegado a nada. Antes de hablar con Marsogliani, yo estaba razonablemente convencido de que había sido él el responsable de la desaparición de la heroína y de que, si había sido así, lo había hecho para proteger al hotel. Después de hablar con él, nada había venido a cambiar mis convicciones ni a incrementar mis certezas. Statu quo.

4. SARAH VOSKOVEK, 9:35 de la mañana

Me apoyé contra el muro exterior de la oficina de Marsogliani, pensando durante un rato y sin obtener nada en claro. Consulté mi reloj, vi que pasaba de las nueve y media, lo que me dejaba una hora antes de que tuviera lugar la mesa redonda a la que quería asistir. ¿Qué hacer? No tenía habitación en el hotel, de modo que no podía ir a ninguna ni quedarme mirando el paisaje a través de la ventana. Los puestos de los expositores no se abrirían hasta las diez, aunque nada había en ellos que me interesase.

Caminé hasta los ascensores, sintiéndome sumido en el más completo fracaso. A mi derecha quedaba ahora la puerta de vidrio de la 622, pero ninguna excusa tenía para entrar, como tampoco nada que hacer una vez dentro.

El asunto me lo quitaron de las manos. Sarah estaba allí, de pie, sus espigados tacones elevando sus ojos a la altura de los míos.

Acaba de llamarme mister Marsogliani. Dijo que no quiere volver a verlo bajo ningún pretexto. Supuse que bajaría al vestíbulo a continuación, de modo que me puse a esperarlo para ver si no le había pasado a usted nada. Parecía furioso.

Enormemente furioso. Pero no me atizó porque soy bajito.

Tiene sus ventajas, pues.

Era lo que le había dicho a Marsogliani más o menos, pero lo que yo digo y lo que permito decir a otras personas son dos cosas distintas.

Gracias —dije, pero más bien con irritación.

Me contempló como inspeccionándome; la clase de mirada, creo, que suelo lanzar a

cierta clase de chicas.

Si hubiera en el mundo tan sólo una persona que lo despreciara a usted por su estatura en la medida en que usted mismo lo hace, tendría entonces motivo para quejarse.

Hace dos noches —dije—, usted...

Ah, ah —agregó juntando las manos—, pero yo me excusé. No es lo mismo.

Tiene razón —dije con bastante sinceridad—. Me ha llegado el turno. Le pido disculpas.

Me sentí tan caballero por aquello que, si hubiera tenido sombrero, me lo hubiera quitado. En su lugar, alcé dos dedos de la mano derecha y le hice un gesto de ligereza a la altura de los ojos. Me alejé.

Pero espere —dijo—. Quiero hablar con usted.

Desande lo andado y esperé.

Si es que tiene tiempo —agregó.

Miré mi reloj automáticamente, aunque sabía la hora.

.—Sí, tengo un poco de tiempo —dije.

Hay una habitación que a veces uso. ¿Quiere que vayamos allí? Aquí podríamos ser interrumpidos. Estoy esperando al director artístico.

¿No se largará si no la encuentra aquí?

Sus labios se curvaron peligrosamente.

No. Me esperará.

Entró en la oficina lo justo para decir a la recepcionista:

Ginger, si alguien viene a buscarme, que espere. No dejes que se vaya nadie. Volveré en seguida... ¿Vamos a la habitación, Darius?

Me pareció nada más que natural, casi inevitable, sonreír con conocimiento de causa y esperar que la habitación tuviera una cama. Pero no lo dije. El problema era que jamás había visto a una mujer que pareciera tan... no, no inocente, pues estaba muy seguro de que no era nada inocente en el anticuado sentido de la palabra, y que había dejado de serlo hacía bastantes años..., sino más bien tan alejada de la seducción.

Encantado —dije, aunque nada había de seductor en ello, tampoco.

Cogimos el ascensor hasta la décima planta. Otros entraron en el ascensor y ella se apartó permitiendo que nos separase la gente. No me miraba ni evitaba mirarme tampoco. Se encontró con mi mirada ocasionalmente, pero sin ningún interés particular. Era una mujer protegida

por el sentido común. Sentí que empezaba a gustarme por pulgadas más que cualquier otra mujer, aunque eso no hacía el total del gusto muy elevado, desgraciadamente.

Salió del ascensor en el piso décimo, convencida de que yo la seguía, como ocurrió. Una tercera persona salió también, un joven, aunque se fue en otra dirección. No llevaba insignia de la convención.

Abrió rápidamente la puerta de una habitación y la seguí con idéntico apresuramiento. Colocó en el exterior el cartel de «No molesten» y cerró la puerta.

¿Qué pensarán cuando vean el cartel? —pregunté señalando hacia la puerta.

Que piensen lo que quieran —dijo ella.

Se sentó.

Esta es una habitación para el personal. Hay varias de éstas. Se usan cuando un miembro del personal tiene que pasar aquí la noche, o se siente mal y quiere echarse un rato. Se utilizan para emergencias, pero no ordinariamente... ni siquiera con una convención como ésta.

Muy conveniente y agradable.

Ahora, dígame —dijo—. Usted preguntaba por problemas de drogas. ¿También se lo preguntó a mister Marsogliani?

Usted dijo que debería hacerlo.

Dije que era la persona a quien tenía que preguntar. No pensé que lo hiciera o que debiera hacerlo.

Pues bien, lo hice.

Pero ¿por qué? ¿Por qué pregunta sobre drogas?

¿Por qué tendría usted que saberlo, Sarah?

Porque puedo darle información a cambio.

Eso es un pago, pero no una razón. ¿Por qué le interesa saberlo?

Porque me temo que usted piensa que mister Devore fue asesinado —contestó.

Me detuve y consideré, aunque nada había que considerar. No tenía ni la más remota idea de si mi investigación (aunque, quizá, dado el fracaso general que me acompañaba en todas las cosas, debiera ponerle comillas y llamarla «investigación») servía para admitirlo u ocultarlo. Todo era igual, de modo que me decidí por la verdad.

Sí —dije—, tengo la seguridad de que así fue.

Por el amor de Dios —replicó, más compungida de lo que la exclamación permitía justificar.

Lo sé —dije como cansado—, puede ser perjudicial para el hotel.

Sí, puede serlo. Estoy pensando en el doctor Asimov y su libro sobre un asesinato en la convención de la ALA.

Lo había olvidado por completo.

Oh, mi niña —dije.

¿Se lo ha contado a él?

No, no lo he hecho, pero si es un asesinato se hará público y entonces Asimov podrá utilizarlo si quiere. No se preocupe. Lo conozco bien y sé que se las arreglará para traducirlo a su estilo aguachirlado y cambiar los personajes para investirlos con sus ideas pseudorrománticas, de manera que nadie pueda ser reconocido tras ellos. Se lo digo en serio. Personalmente le garantizo que no mencionará el hotel ni dará la menor pista que pueda identificarlo.

Pero eso es censura previa, ¿no? —dijo, pareciendo que tenía dos
opciones en la mano, si sonreír o no. Al final acabó por no sonreír.

He cambiado de idea. Ahora, ¿qué es lo que iba a decirme?

Que todo el asunto pueda ser más complicado de lo que usted
piensa. Apenas me atrevo a decírselo —y su voz se tornó suave como un
susurro.

Si piensa que la habitación tiene micrófonos ocultos —dije—, pondré la radio a todo volumen y podrá susurrármelo al oído. O podemos ir a cualquier otra parte.

Oh, no hay micrófonos ocultos. Es sólo que no me atrevo a decir... Es tan miserable todo esto y se supone que no tengo que saberlo..., Darius.

¿Sí?

Darius, hay realmente un problema de drogas. He oído hablar de ello.

¿Es una conjetura o una información en regla?

No muy en regla, pero apostaría a que sí.

¿Tanto como once contra cinco? —dije.

(Nunca juego, aunque me hago apuestas mentales. Llevo ganados ya trescientos cincuenta dólares, si la memoria no me falla.)

Más —dijo—. Tres contra uno.

No pareció tener problemas en aceptar mi juego de apuestas.

De acuerdo. ¿Qué es lo que pasa?

Este hotel puede ser un centro de distribución de drogas.

¿Este hotel?

¿Por qué no? Miles de personas entran y salen. Cualquier cosa puede
suceder en pleno anonimato. Si mister Devore fue asesinado, ¿quién puede dar con el asesino entre la multitud? ¿Quién podría identificar a nadie que entrara en su habitación? ¿Quién se mantendría alerta para ver algo? ¿Quién estaría interesado en una observación tal? Nada hay tan anónimo y a salvo de miradas indiscretas como un gran hotel.

¿Que puede ser usado como cámara de compensación? ¿Alguien la introduce y alguien la distribuye desde aquí?

Así lo supongo. Sé muy poco al respecto.

Bien, entonces ¿por qué no informa el hotel a la policía? ¿O lo han hecho ya?

No creo que lo hayan hecho. La evidencia, quizá, no está muy clara, y mister Marsogliani...

—...¿quiere salvar la reputación del hotel?

Sacudió la cabeza.

No sólo eso. Si puede obtener mayores evidencias y presentarlas enteramente a la policía, entonces no sólo la policía intervendrá al mínimo, sino que se deshará en elogios del trabajo del hotel. Lo que es mala publicidad puede convertirse en menos mala, incluso en casi buena.

Y yo estoy haciendo peligrar el plan de ataque por una cosa tan nimia como un asesinato.

Usted no sabe con certeza que sea un asesinato. Y suponiendo que lo fuera, ¿cómo puede estar seguro de que está en conexión con el tráfico de drogas?

Había heroína en la habitación —dije.

¿Está seguro? —me replicó, como aturdida.

No, no estoy seguro en el sentido ordinario de la palabra. No hubo tiempo de analizarla porque desapareció... y la desaparición es un análisis suficiente para mí.

¿Era mister Devore adicto a las drogas?

Estoy seguro de que no. Intenté que Marsogliani me lo investigara, pero ni por ésas.

Incluso si no era adicto, ¿encaja en su teoría que pudiera tener contacto con la cadena de distribución? ¿Explicaría eso su asesinato? ¿Por esa razón se comportaba de una forma que no complacía al... al...

¿Sindicato?

Sí, así..., así se lo...

¿Cepillaron?

Exacto. ¿Es eso lo que usted cree?

No —dije... aunque no era la pura verdad. De nuevo alguien me ponía al alcance algo en lo que no había pensado y ese algo me parecía problemáticamente plausible.

Pero si mister Devore era un eslabón, ¿no sería más importante afrontar la cadena entera que encontrar a un asesino de ocasión, dejando que los principales responsables escapen? ¿No debería dejar la investigación en manos de profesionales?

No creo que un profesional aceptara la muerte de Giles como un asesinato.

Pero ¿no se da cuenta de que si fue asesinado y si las drogas se encuentran implicadas, hay envuelta con seguridad gente dispuesta a todo y usted correrá peligro si se aproxima demasiado a la verdad?

Aquello sonaba demasiado a advertencia de Marsogliani y la mayor mierda es que sonaba a cosa sensata. Y no soy un héroe.

Dije de forma agitada (puesto que me sentía agitado, ¿de qué otra forma decirlo?):

No quiero acabar muerto. Tendré cuidado.

Bueno. Dejemos que mister Marsogliani lo lleve a cabo. El sabrá cuándo acudir a la policía —dijo ella, sonriendo súbitamente.

Me pareció que ella había reaccionado demasiado precipitada y no menos risueñamente. Marsogliani me había advertido y luego había llamado a Sarah y utilizado su puesto para presionar. Era todo un juego, y Sarah me estaba utilizando para cooperar y que rindiera fruto mi cobardía. ¿Qué mierda la hizo estar tan segura de que yo iba a ceder?

Debo irme —dije con frialdad—. Tengo que asistir a una mesa redonda.

Y salí precipitadamente.

Sin duda ella debió quedarse atónita por mi repentino cambio de modales y mi marcha exabrupta, pero se me había ocurrido, pensándolo bien, que la tía había escogido el camino de

la persuasión porque estaba segura de que un tipo tan pequeño como yo tenía que tener miedo de la violencia.

¡Mierda para ella! ¡Y mierda para mí por haber sentido miedo!

5. MICHAEL STRONG, 10:40 de la mañana

Bajé hasta la tercera planta y, embargado por una rabia inconsolable, tomé asiento en una parte de la sala de baile vacía. Eran más o menos las once menos cuarto antes de que la audiencia comenzara a reunirse para

asistir a la mesa redonda que recibía por título «Explicar lo inexplicable». Tenía tiempo de acudir, pues una moderada experiencia con las audiencias me autorizaban a decir que podía ser interesante. No se llenaría la sala y estaba bastante claro que la sala de entrevistas, en la que se celebraban las mesas redondas, se llevaría un chasco.

Pero me importaba un rábano. Emocionalmente, estaba en otra parte.

Respecto a la mesa redonda, aunque no respecto de Sarah Voskovek. La conversación anterior se mantenía en mi cabeza. Había habido su intriga... la habitación especial, el «no molesten», el secreto a intercambiar. Era una cuestión de atmósfera, destinada a jugar un papel en el afloramiento de mis temores. Lo que más me constaba, sin embargo, era que todo había sido planeado para mantenerme con la boca cerrada.

Y eso me molestaba porque había comenzado a pensar que Sarah era una agradable persona. Estaba comenzando a hacerme planes respecto a ella, a confiarle algunas pequeñas cosas, como conseguirme una habitación vacía o una charla con Marsogliani. Y todo había sido para...

Aquello me hacía sentirme con un humor de perros.

Mister Just.

Alcé la mirada y parpadeé para enfocar la voz. Era Michael Strong, el guardia de Segundad, plantado ante mí.

Hola —le dije—. ¿Otra vez fuera de servicio?

Hasta la hora de la comida —me contestó—. Quiero asistir a la mesa redonda —añadió para entablar conversación—. Es la convención más interesante de cuantas he visto desde que estoy en el hotel. ¿Puedo sentarme con usted, mister Just?

¿Por qué no? —dije—. No irán a tirarlo por no llevar insignia, ¿verdad?

Rió débilmente y se sentó en el asiento más cercano al mío. Considerando la circunstancia de, que había por lo menos varios centenares de asientos vacíos en la sala, tal ansiedad por acompañarme presagiaba una fuerte atracción hacia mí o una orden de su jefe de que no me quitara ojo de encima. Yo había dicho a Sarah que me iba porque quería asistir a la mesa redonda y mesas redondas no se celebraban más que una a aquella hora. Así pues, Strong no había tenido dificultad alguna en encontrarme.

Strong sacó una libreta amarilla del bolsillo de su chaqueta, luego escogió cuidadosamente una pluma de su bolsillo interior, preparándose claramente para tomar notas. Se dispuso a desenroscar la tapa.

¿Qué tal el patrón? —dije.

Strong volvió hacia mí un par de redondos ojos.

De muy mal humor, mister Just.

¿Por mi causa?

Lo ignoro. ¿Por qué supone eso?

Porque formulé una hipótesis sobre la heroína aquella.

¿Qué heroína? ¿De qué me habla usted? —dejó caer la voz hasta el borde del murmullo aunque no había nadie a veinticinco pies a la redonda.

No quise provocar ningún ataque de apoplejía al tipo, de modo que bajé la voz a mi vez.

Le conté a Marsogliani —dije, mintiendo un poco para ver qué había ocurrido—, que estaba completamente seguro de que el hotel era un centro distribuidor de drogas y que el mismo personal del hotel se hallaba implicado, lo que motivaba el que no pudiera hacer

ningún informe por su parte.

Conseguí lo que quería, pues una sombra que cualquiera habría interpretado como del más puro asombro cruzó su rostro.

Era así en la medida en que la propia Sarah estaba implicada en mi agenda particular. Strong podía estar in albis y seguro que no era un hombre en el que Marsogliani (que, a causa de su temperamento, me había cabreado a más y mejor) confiaría. Es más, podía ver que ni siquiera se había molestado en contarle que su cabreo estaba relacionado conmigo.

Aunque si no había cabreo, si realmente existía un problema de drogas, era más probable que Strong hubiera oído los rumores que no Sarah. De modo que, puesto que Sarah me lo había contado y Strong casi se había cagado encima por lo que acababa de decirle, se trataba de un cabreo.

Por una vez me sentí orgulloso de mi capacidad para tender un lazo lógico.

¿Cuánto hace que está usted trabajando como guardia, Mike?

Esto... dos años y medio —tartamudeó de mala manera.

Y en todo ese tiempo, ¿no ha advertido nada parecido... ni drogas ni nada por el estilo?

No, no —dijo precipitadamente, mirándome con horror—. Debe usted haberse vuelto loco para decir una cosa así a mister Marsogliani.

No, si es la verdad.

Pero no es la verdad. Me sorprende que no le soltara una trompada.

Soy demasiado pequeño para hacer de blanco.

Strong siguió mirándome con el mismo horror.

No habrá estado contándolo a nadie más, ¿no?

Sólo a Marsogliani esta mañana, a eso de las nueve, y ahora a usted —lo que era bastante cierto. No se lo había dicho a Sarah. Yo le había preguntado a ella y ella me lo había dicho a mí,

Yo, en su caso, no diría nada.

¿Perjuicio para el hotel?

Claro. Especialmente cuando no es verdad.

¡Muy bien! —dije indiferente y me retrepé en el asiento.

Strong, nerviosa y abruptamente, dijo:

No cuente a mister Marsogliani que yo he dicho que los polvos podían pertenecer al ocupante anterior, como si... —le falló la voz-como si fuera algo corriente andar por este hotel con heroína.

Lo sentí por él. Estaba bastante claro (las apuestas eran de cien contra uno, lo menos) que Marsogliani despediría a Strong del hotel si se enteraba de semejante observación. Yo no tenía la menor intención de que el pobre tipo perdiera su empleo; con la crisis de la Ford era difícil encontrar otro trabajo.

De modo que dije, fiel a la verdad en la medida que me era posible:

Le sugerí que el polvo podía haber estado allí hacía tiempo, pero no le dije que el origen de la sugerencia estaba en usted. No le dije ni una palabra acerca de usted. Ni una sola.

Me miró sin creérselo del todo, molesto, y como si intentara calcular a ojo mi integridad. Se lo permití. No había manera por la que pudiera convencerlo de que yo era un tipo honrado. Tendría, pues, que abandonarme en manos de su tal vez defectuoso juicio respecto de tales materias.

6. ISAAC ASIMOV, 10:50 de la mañana

Una nueva voz me sacó de mis meditaciones y alcé la vista. Era Asimov, que llegaba diez minutos temprano.

¡Darius! —dijo—. Has venido a oírme, ¿eh? Estoy tocado.

Pensé que lo estaba realmente. ¿Por qué si no se habría reprimido de llamarme Darius Dust y de sonrojarse a continuación para celebrar su agudeza? No obstante, pongamos las cosas claras. No iba a permitir que el que en cierta ocasión me bautizara Darius Dust me fuera

Librodot

a cohibir hasta el punto de no acudir a la sala.

Puedo contar contigo para que sea interesante, Isaac —dije. Aparentando que meramente se rendía homenaje a su humor filantrópico (lo que no pareció enturbiar la clara ausencia de expectativa),

dijo:

¿Te gustaría conocer a los otros participantes?

¿Por qué no? —dije.

Me volví a Strong y me excusé:

Si me lo permite...

Murmuró lo que creí era una afirmación (¿qué otra cosa podía haber sido en tales circunstancias?) y me alejé. Más tarde, cuando miré hacia atrás, ya no lo vi. Obviamente, se había ido a informar a Marsogliani. Lamentaba vagamente el haber tenido que confundirlo por mi deseo de contrainvestigar la duplicidad de Sarah Voskovek.

Por entonces, los asistentes eran más bien un grupo impresionante. Con aire de estar en su medio, Asimov me presentó a Cari Sagan, astrónomo en Cornell, alto y delgado, pelo oscuro, ojos oscuros y rapidez en el hablar. Asimov me presentó como «auténtico escritor», observación, presumo, destinada a volver lícita la seguridad de que también él era un escritor auténtico (31)

Sagan asintió amablemente, pero yo poseía un seguro instinto para la gente que había oído hablar de mí. Sagan no había oído hablar de mí.

Walter Sullivan, del New York Times, era el moderador. Era incluso más alto que Sagan, y más delgado; pelo cano, de complexión robusta y tan propenso a agradar que cuando le fui presentado como escritor, dijo: «Por supuesto», como si me leyera todas las noches para poder conciliar el sueño. Yo estaba haciendo el imbécil.

Asimov no conocía personalmente a los otros dos, pero no requerían presentaciones ad hoc. Uno era Charles Berlitz, que sólo había escrito un libro sobre el «triángulo de las Bermudas», alto, de cara redonda, pelo gris, y el otro era Uri Geller, el israelita medio místico que decía jorobar llaves mediante telekinesia, leer pensamientos, etc. Geller era joven y muy atractivo tanto en porte como en conversación.

El asunto era: Asimov y Sagan contra Berlitz y Geller, con Sullivan intentando ser imparcial, pero incapaz de resistir el llegar al máximo de la racionalidad. La discusión, sin embargo, carecía de excitación. No sé si fue que la pobre concurrencia desalentó el espíritu de los contrincantes, o si alguna premonición de la ausencia de alboroto había desanimado a la posible concurrencia. El caso es que fue una hora tranquila.

31 Innecesario es decirlo, no fue ésa la intención - NOTA DE ISAAC ASIMOV. ¿Además modesto? ¡Por favor! - NOTA DE DARIUS JUST.

O lo fue en su mayor parte. Hacia el final, hubo un desafío procedente del hemiciclo cuando uno retó a Geller a que se sometiera a una investigación de magos, expresándolo en lenguaje provocador. Geller, que estaba preparado para esta clase de cosas, se cuidó de no traicionarse perdiendo los estribos. Declaró simplemente que jamás hacía demostraciones ante magos porque era improcedente hacerlo así; nunca creerían que cuantas cosas hiciera fueran otra cosa que mero truco, a despecho de las circunstancias.

Aquello pareció pinchar a Asimov. Se inclinó para susurrar algo a Sullivan y fue debidamente aceptado.

—No creo —dijo-que el problema del rechazo-a-creer por parte de los magos sea un problema serio.

Ello corre parejo al mucho más grande, mucho más grande, y mucho más intenso rechazo-a-no-creer por parte de casi todos los demás.

»No hablo específicamente de mister Geller, aunque puede aplicarse a él, pues es cierto de cualquiera que invade el área que se sitúa más allá de la estrecha y comprimida frontera de lo que los científicos, sin serios argumentos, aceptarían.

»Lo que rodea los hechos paracientíficos es intrínsecamente fascinador, es excitante y

agradable, y pide ser creído. Millones garantizarían esa creencia y no serían detenidos por lo que los científicos dijeran, especialmente desde que los científicos no pueden contar con nada igualmente evocador, sino sólo murmurar rutinariamente: "ieso no es así!

»De hecho, la gente es tan propensa a creer en lo increíble que se resentirían, incluso con violencia, ante cualquier esfuerzo que demostrara cualquier cosa en favor de la no creencia. Si los místicos, con amplio y ardiente séquito, tuvieran que rechazar todas las manifestaciones anteriores, si tuvieran que declarar sus milagrosos fraudes y sus creencias y su charlatanería, apenas perderían un discípulo, pues todos convendrían en afirmar que sus retractaciones habían sido resultado de alguna extraña compulsión o cualquier ataque de locura. El mundo aceptará todo lo que un místico quiera decir, aun cuando sea absurdo, salvo la admisión de un fraude. Rehúsa activamente a perder la fe.

»¿Hay algo, no obstante, que tenga que ser llevado a cabo por los que argumentan contra los místicos o por los que intentan analizar racionalmente sus creencias? Sí, ciertamente: ejercitar y demostrar y fortalecer la propia racionalidad. Pero no el deseo de reformar chiflados.

»No es esto lo que importa, sin embargo. Mi actitud es una oferta al mundo: icreed! iCreed todos! Creed cuanto queráis, pues haciéndolo así, cualquiera que sea la miseria que caiga sobre cada cual, no afectará a lo real. Aunque los cuatro billones de la Tierra juren del principio al fin que la Tierra es plana, y aunque maten a cualquiera que se atreva a sospechar que tal vez sea un esferoide con algunas irregularidades, la Tierra seguirá siendo un esferoide con algunas irregularidades.

Hubo una cortés salva de aplausos y la hora tocó a su fin. Yo no aplaudí -aunque me maravillé nuevamente de cuan fácilmente (y sospechaba que inconscientemente) podía Asimov desembarazarse de la trivialidad esencial de su personalidad social para acometer la inteligente intensidad de su profesionalidad, retomando aquélla de nuevo- puesto que la leve charla de Asimov tuvo el don de sacudir dolorosamente todo el conjunto de suposiciones reunidas en pro de una supuesta certeza, lo que me sentó como un tiro.

Yo creía en el asesinato de Giles Devore y había rehusado al máximo aceptar cualquier razón que llevara a sostener lo contrario. ¿Había razones concebibles que debiera aceptar, o era yo un auténtico fanático, dedicado a mi creencia aunque los cielos se precipitaran sobre la tierra? Si el mismo Giles se levantara de la tumba y jurase que no había sido asesinado sino que había resbalado en la bañera, ¿habría rechazado también su declaración? ¿No replicaría, por el contrario, que cualquiera que fuese lo ocurrido, cualquiera que hubiese sido el ataque, había sido tan repentino y procedido de un origen tan digno de confianza que el mismo Giles estaba equivocado y había tomado su propio asesinato por accidente?

Y si era yo un fanático de tres al cuarto, ¿podría mi fanatismo, no obstante ser firme e inalienable, cambiar un poco la realidad?

7. ISAAC ASIMOV, 12:15 de la mañana

Alcé la vista y allí estaba otra vez Asimov ante mí.

—Fue una intervención muy elocuente —le dije-la que hiciste al final.

(Tenía que haberme quedado meditabundo durante un tiempo mayor que el supuesto, pues la audiencia se había dispersado y sólo quedaba un asistente, hablando con Charles Berlitz en la puerta.)

Asimov sonrió bonachonamente, como siempre hace ante cualquier cumplido, proceda de quien proceda y trate de lo que trate, que se suavizó lo bastante como para:

—Bueno, ven a comer conmigo, si no tienes nada mejor que hacer.

Puesto que comer con él había sido mi objetivo al asistir a la charla, afirmé:

iSí, claro! —la educación, sin embargo, me forzó a decir—: ¿Qué hay de tus compañeros de mesa?

Se han largado —dijo—. Sólo vinieron por la mesa redonda.

En ese caso, a falta de alguien mejor que te acompañe, voy contigo a la comida.

Vamos —dijo—. No seas falsamente humilde —(esta observación era difícil de aceptar, viniendo de él, pero lo hice).

Al parecer, todavía no había perdido su sentido del humor, pues añadió:

La comida la pago yo.

Pude haber replicado, pero, francamente, la oferta era tan desacostumbrada y alucinantemente extraña en él que contuve el aliento todo lo que pude: así, a falta de objeción por mi parte, la comida seguía pagándola él (32).

Asimov quería que dejáramos el hotel y fuéramos a un restaurante chino. Yo estaba complacido. Estaba ya hasta el moño del pollo frito y me encontraba de humor para pedir pato y agridulce carne de cerdo. Fuimos allí, pues.

Durante el paseo a lo largo de cinco manzanas, Asimov dijo:

Dime, ¿recuerdas a la chica pequeñaja de las tetas gordas que se encabritó contigo la noche del sábado?

Recuerdo —dije agriamente.

No sabía quién eras cuando te zarandeó, ¿sabes? Se me acercó cuando estaba yo ayer firmando libros y se disculpó muy humildemente... lo que fue un detalle precioso. Luego preguntó quién eras tú y tendrías que haber visto su carita de pena cuando le dije que eras Darius Just, —¿No Darius Dust?

32 Esta frase fue admitida después de un prolongado argumento. Desafío a cualquiera que me conozca que afirme honestamente si alguna vez he dejado que un muerto de hambre sacara su libreta de cheques, salvo en circunstancias atenuantes. Las posteriores observaciones sobre mis costumbres respecto de las comidas también han sido groseramente exageradas - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

Perfecto, admito que mi observación sobre la parsimonia de Asimov es hiperbólica. No obstante, en cuanto a sus costumbres respecto de las comidas... En una nota a pie de página, Asimov remitía a una foto mía para establecer una distinción. En la misma nota, yo sugería que había que comer con Asimov. Si alguien es capaz de sacarle algo más que un monosílabo cuando tiene a Asimov comiendo frente a sí, pago yo la cuenta. Si alguien es capaz de terminar antes que él, sin peligro de atragantarse, pago la comida de los dos - NOTA DE DARIUS JUST.

Asimov rió mientras reconocía una vez más su incidencia en los juegos de palabras.

No seas tan jodidamente hipersensible —dijo—. De cualquier modo, búscala y dale la oportunidad de reparar lo que te hizo.

Ya lo ha hecho —dije—, de modo que podemos olvidarlo.

Asimov pareció desconcertarse ante mi tono de voz, pero nada lo desconcertaba durante más de un segundo y medio y rápidamente se puso a hablar otra vez. Mientras salvábamos la caminata obligada, habló de los artículos que había escrito denunciando la astrología y otras imbecilidades y las cartas que habían provocado. Le respondí deshilvanadamente, prefiriendo concentrarme en mis propias meditaciones, hasta que por último llegamos al restaurante, que, más que lugar chino, me pareció un pequeño refugio lleno de tranquilidad, cosa que agradecí.

Una vez hubimos tomado asiento, Asimov se puso a estudiar el menú e insistió en pedir la comida de ambos, lo que me pareció extraordinario porque pidió pato y carne de cerdo que yo había sugerido sutilmente mientras nos sentábamos, más algo de sopa y entremeses. El camarero lo anotó, tras lanzarnos una mirada de contención cuando su invitación que nos hubiera sumergido en una variedad de brebajes alcohólicos fue estridentemente rechazada.

Pareces estar en forma, Isaac —dije.

Bueno, cumplí con mis firmas ayer y con mi charla hoy, así que, después de la comida, podré irme a casa a revisar la correspondencia y a trabajar en un artículo que me han pedido.

¿Qué pasa con Murder at the ABA? ¿Has obtenido el color local que necesitabas?

Lo suficiente —dijo airosamente—. Tampoco necesitaba mucho, supongo.

¿Tienes ya toda la trama?

No. Pero tengo lo bastante como para comenzar, tengo mi adminículo mágico, y lo

demás saldrá sobre la marcha.

¿Qué pasa si te lías en mitad y no puedes desliarte?

Jamás ocurre eso —dijo taxativamente—. Siempre se aclara todo. Suspiré inaudiblemente. Me pregunté si algunos de nosotros no le servíamos de piquete.

Por entonces llegaba el camarero y llenaba la mesa con un montón de utensilios, lo que me indujo a considerar que a continuación vendría la sopa y los platos mayores con intervalos (muy eficientes los camareros en

estos restaurantes) regados de té, de modo que no teníamos por qué proseguir la conversación. Una vez la comida en la mesa, Asimov anula su fuerza en lo relativo al palique protocolario. Su universo se torna un círculo cerrado en torno a él y su comida. Comí tranquilamente, sin hacer el menor intento por apartarlo de sus costumbres.

Mientras masticaba y devoraba el último pedazo de pato, dije:

¿Y quién resulta muerto en tu versión de la convención de la ALA? ¿Giles?

Fue como si tirase del cordón y encendiera sus luces. Incluso el calorcillo resultante de una buena comida pareció desvanecerse.

¿Sabes? —dijo—. Me siento mal por lo de Giles. Me siento mal por lo suyo porque no me siento mal. ¿Sabes lo que quiero decir?

No —dije.

Bueno, yo tomo espantosamente el pelo en cantidad a una espantosa cantidad de personas. A ti, por ejemplo. No puedo decir realmente lo que las personas significan para mí; me limito a sumergirlas en mis payasadas. Entonces, cuando la gente se muere, tú desearías que regresaran, de modo que puedes decir lo que realmente sientes. Si tú, por ejemplo...

Ya sé, ya sé --dije—, tú querrías que yo regresara para decirme que después de todo nunca advertiste realmente lo canijo que soy y que todas tus gansadas no iban dirigidas a mí, sino a algún otro... a tu amigo Ellison, si no recuerdo mal.

Se sonrojó.

Quizá sea algo así, Darius. Pero en el caso de Giles no es así. Nada hay que quiera yo decirle ahora que está muerto. Darius, a mí no me gustaba Giles más que un poquito —lo estaba descargando como si estuviera confesando un delito.

No sufras por eso. Tampoco a mí me gustaba.

Pero no me gusta que no me guste la gente.

No siempre puedes tener todas las cosas que te gustan... ¿Significa eso que no vas a utilizar a Giles en el libro?

Con su nombre, no, claro. Ni con cualquier cosa que lo identifique. ¿Quién quiere, problemas con Eunice? Sin embargo, si logro todos los cambios necesarios, es posible que permita que Giles me inspire. Naturalmente, sería un asesinato, no un accidente.

Pensé: Bien, intentémoslo una vez más. Y en voz alta:

Yo creo que aquello fue un crimen y no un accidente.

Uno creería que el «aquello» utilizado en la frase se refería a algo obvio, pero la gente busca las cosquillas a cualquier cosa y Asimov cometió una extorsión conversacional al decir:

¿Qué fue un asesinato y no un accidente?

La muerte de Giles —dije.

Me observó largamente durante un rato y a continuación, en un tono de voz una octava más alto que lo normal, me dijo:

¿Dice la policía que fue asesinado?

No, no lo dice la policía —dije—. Ella cree que es un accidente, por lo que me han dicho. Y así opina el resto. Soy yo quien cree que es un asesinato. Por lo que sé, sólo yo pienso tal cosa. Y estoy tratando de reunir pruebas que apoyen mi opinión: de eso quiero hablar contigo.

¿Conmigo?

¿Por qué no? Me debes una pequeña ayuda. Maldita sea, tu charla final en la mesa redonda me redujo a la inseguridad respecto de mi convicción de que era un crimen. Me

hiciste pensar que tal vez Giles no fue asesinado.

Asimov pareció aliviado.

Bueno. Yo estoy seguro de que no lo fue. Déjalo estar, Darius.

No puedo. Fracasé la otra noche y tengo que descubrir que aquello no contribuyó a su muerte. Y aunque lograra esa certeza, tengo que reparar el fracaso.

Eso no lo devolverá a la vida.

Sobra lo que dices, Isaac, ya lo sé. Pero si consigo algo, al menos me ayudará a continuar viviendo conmigo mismo. Sólo un poco, en cualquier caso.

Muy bien. ¿Qué pinto yo? ¿El papel de Watson?

No, a menos que y hasta que yo pueda ser Holmes, y, a juzgar por lo ocurrido durante las últimas veinticuatro horas, eso no ocurrirá nunca. No, lo único que quiero es que me ayudes a llenar el tiempo transcurrido entre la última vez que vi a Giles vivo y la primera vez que lo vi muerto.

¿Cómo puedo ayudarte? Lo vi brevemente hace un par de noches y luego en ninguna otra ocasión... salvo en la sesión de firmas. Y aparte... —se puso pensativo—, no me gustaría verme enredado en esto. Una vez te pones a jugar de testigo, sólo el cielo sabe cuántas horas te harán perder entre la policía y los tribunales... y yo tengo programas que cumplir.

Al mencionar los programas, recordé que tenía como máximo un plazo para escribir su novela de misterio y fue eso lo que me indujo a intentarlo

con un truco.

Míralo de esta otra forma. Si resulta un asesinato, como yo creo que es, te caerá en las manos una trama en bandeja que podrás utilizar para tu condenada novela.

Pero entonces querrías escribirla tú.

¿Yo? Jamás. Tengo mejores cosas que hacer que escribir rompecabezas estúpidos (33). Escríbela tú.

Pude ver a Asimov pensando con calma en la dirección que rápidamente pensó era su especialidad: parir libros.

Podría escribirla —dijo—, situándote a ti como personaje que habla en primera persona y a mí como otro que habla en tercera.

A condición de que no me calumnies —repuse.

Tendré que describirte con cinco pies y dos pulgadas de estatura. Eso será lo más interesante de todo.

Cinco pies y cinco pulgadas, imaldito seas!

Con plantillas especiales en los zapatos.

Escucha. Haz lo que mejor te parezca dentro del buen gusto y luego me dejas que lea el manuscrito para discutirlo y tal vez también para añadir alguna que otra nota a pie de página que clarifique esto y aquello. Y lo pasaremos a limpio, a medias.

De acuerdo. Pero primero déjame llamar a mi editor en Doubleday. No quiero meterme en ello si la idea no le gusta a Larry Ashmead.

Adelante.

Empleó más o menos tres minutos... que yo aproveché para preguntarme si debía meterme en esto y esperar que Asimov dijera que no. Dudaba que Asimov pensara nada malo de mis triquiñuelas, pues probablemente habría sido todo lo gentil que hubiera podido sin ellas (aunque sí con un poco de coacción), de manera que ¿por qué mierda había tenido que ofrecerle aquello?

Y luego pensé: bueno, icondenación!, si es un asesinato y puedo demostrar que lo es, y reunir los detalles, ¿por qué no debería obtener un poco de prestigio por ello? El mismo Asimov me había preguntado si no quería que él fuese mi Watson: ¿por qué no tendría que serlo?

Una vez me convencí de que estaba conduciéndolo todo en una

33 Es la excusa habitual de los escritores que no son capaces de escribir una buena novela de misterio por pretender que tales producciones están por debajo de su altura - NOTA

DE ISAAC ASIMOV.

Ni siquiera me molestaré en contestar tan ridícula afirmación - NOTA DE DARIUS JUST.

conveniente dirección que apuntase al autoengrandecimiento, me quedé tranquilo y satisfecho y comencé a desear que Asimov me trajera un sí.

Lo hizo. Pude saberlo a tenor de la sonrisa que ostentaba Asimov cuando aún se encontraba en la otra punta de la sala.

Larry se había ido a comer —dijo—, pero Cathleen dice que puedo hacerlo de la forma que quiera y que está segura de que Larry lo sentirá de la misma manera. De modo que dame ahora todos los detalles y vayamos a...

¡No! —exclamé cortantemente—. Ahora, no. Primero tenemos que ver cómo se resuelve (34). Por lo pronto sólo quiero discutir lo de la sesión de firmas.

Tiene que estar escrito para agosto, Darius.

Eso es problema tuyo. Si no sale nada de esto, tendrás que resolver

la trama que ya habías planeado. No estarás peor que hace diez minutos.

Bien, adelante. ¿Qué quieres saber de la sesión de firmas?

¿Cuándo llegó Giles a la sesión?

A eso de las once menos cinco. Yo ya estaba allí, sentado y esperando. Yo creo en la puntualidad, maldita sea. Imagínate, mierda, si la gente no fuera tan paciente para...

Lo sé —dije—. Pero el caso es que él no llegó tarde, ¿no?

Cinco minutos antes, como te he dicho.

¿Quién lo llevó allí?

¿Llevarlo allí? —Asimov pareció desconcertado.

Una mujer lo llevó hasta allí para asegurarse de que era puntual. Me dijeron eso.

(Todavía no lograba recordar quién me lo había dicho, pero estaba seguro del hecho.) Sacudió la cabeza.

No me di cuenta de eso. No advertí a nadie.

Bien, entonces, ¿en qué clase de humor se encontraba? —dije impaciente—. ¿Estaba muy enfadado? ¿Hablador?

Asimov pareció nuevamente desconcertado.

Nada oí. Escucha, había cien personas pululando por allí y yo tenía que ponerme a firmar. A última hora vino la mujercita aquella y se me disculpó.

Lo recuerdo —dije molesto—. Sigue.

3' La cosa se resolvió mejor de lo que yo esperaba y, en su mayor parte, Asimov lo logró bastante bien con el libro - NOTA DE DARIUS JUST. ¡Ajajál - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

Giles no tenía mucho interés para mí. Me di cuenta de su presencia cuando ya estaba sentado al otro extremo de la estancia, a unos diez pies de donde yo estaba. Le dije: «Hola, Giles», y él me miró con una de sus miradas perrunas. Me dio la impresión de que estaba cabreado pero no tenía tiempo de ponerme a analizar su expresión ni mis impresiones. Me esperaban para las firmas y tenía doscientos cincuenta ejemplares de Antes de la Edad de Oro, volumen segundo, para repartir.

Pero hubo un altercado en torno a Giles, ¿no?

Oh, sí, eso no se me escapó. En un momento, dejó de firmar y eso

significó embotellamiento. Una vez obtenían mi firma, se ponían en cola

para la de Giles. Cuando Giles dejó de firmar, la cola dejó de avanzar.

¿Te enteraste de lo que pasaba?

No muy bien. Dije: «¿Qué pasa?», y alguien de la cola me contó que la pluma de míster Devore se había quedado sin tinta y yo dije que tenía una de sobra, pero alguien más se me adelantó y le dio una pluma, pero también a ésa se le acabó la tinta...

¿Otra vez?

Oh, sí, dos veces en cinco minutos. Entonces Nellie Griswold, de Hércules Books corrió

con una pluma, hubo un pequeño alboroto y luego todo se calmó, y ahí acabó la cosa.

¿Qué pasó mientras con Giles? Imagino que estaría cagándose en mí.

No. No le oí cagarse en ti. ¿Por qué tendría que cagarse en ti?

Maldita sea, Isaac. El me dio un resguardo para retirar un paquete
suyo del guardarropa, paquete que contenía un suministro de plumas,
y nunca se lo entregué. Ese es el recado y la razón de mi fracaso. He ahí
por qué lo eché a perder todo. ¿Y no dijo una palabra al respecto?

No, que yo sepa. Pero ahora veo por qué te sientes tan mal. ¿Por qué
no le dio el resguardo a alguien que fuera de fiar?

Recuerda que te alejaste airosamente, si es que estás hablando de ti mismo... Pero a la mierda con eso. Lo que estás diciendo, Isaac, es que el alboroto fue a causa de las plumas que se quedaban sin tinta. ¿No hubo nada más que pudiera considerarse implicado? ¿Nada?

No, que yo sepa.

Quiero que haya algo más. Algo más de lo que yo no sea responsable.

No puedo servirte en eso. Te he dicho cuanto sé. —Asimov había firmado el talón, firmado la tarjeta de crédito y guardándose su tarjeta de crédito.

A las claras estaba listo para largarse. Dijo—: Me gustaría poder hacerlo dramático. Desearía que en el último minuto pudiera recordar algo que te sirviese, algún pequeño hecho aparentemente sin importancia que diera al traste con el caso entero, pero no puedo hacerlo. Aunque, ¿por qué debería molestarte eso? Yo estaba a diez pies de distancia y completamente atareado con mis propias firmas. No soy tu mejor testigo. ¿Por qué no preguntas a la como-se-llame?

¿Nellie Griswold?

No. Puedes preguntarle también a ella, pero no me refiero a ésta -chasqueó los dedos—. Detesto olvidarme de todo. Siempre temo que se trate del primer síntoma de senilidad.

Intenté ayudarlo.

¿Eunice? ¿Qué podría saber ella?

¡No es Eunice! Porras, la tipa que también es tu editor. La de la Prism Press.

¿Teresa?

Teresa Valier. Eso es.

Yo estaba sorprendido.

¿Qué tiene que ver ella con esto?

Asimov se levantó.

Ella estaba sentada a su lado, abriéndole la página del título de los libros para que él firmara más cómodamente —parecía resentido—. A mí no me vino nadie a hacérmelo. Tuve que manosear las páginas de doscientos cincuenta libros y también firmarlos.

Dije lo más natural de este mundo:

¿Por qué mierda no me contaste eso desde el principio?

El me contestó lo más lógico que había bajo el sol:

Creí que lo sabías.

¿Cómo podía él creer que yo lo sabía si yo no había estado allí? No íbamos a pelearnos por eso, sin embargo. Miré mi reloj y vi que pasaba un buen trozo de las dos.

¿Vas a ir a verla? —dijo Asimov—. ¿Te hago falta para algo más?

Tal vez vaya a verla. Si lo hago, entonces... no, no me haces falta. Se encogió de hombros. Conjeturé que no quería realmente verse
envuelto y que su momentáneo apremio por representar el papel de Watson
se había abatido.

De modo que nos fuimos cada cual por nuestro lado y no volví a verlo durante lo que quedaba de convención.

8. TERESA VALIER, 2:20 de la tarde

Eran las dos y veinte, hora fronteriza. Teresa podía haber vuelto de comer, o tal vez no... o podía no haber ido hoy al trabajo... o podía estar en la convención, cosa que dudaba

poderosamente, aunque no sé si había ido a casa con dolor de cabeza tras enterarse de la muerte de Giles

Pero me encontraba apenas a dos manzanas de las oficinas de la Prism Press, que me quedaba camino de mi casa. ¿Por qué no dejarme caer por allí?

Lo hice y me descubrí a mí mismo tentando la suerte. La puerta del ascensor estaba cerrándose cuando entré en el edificio, pero como el ascensorista me conocía bastante y me había visto en el último momento, la abrió de nuevo. Cuando penetré, me encontré allí a Teresa.

Su ruidoso y alegre saludo fue un poco menos alto y bastante menos alegre que lo usual cuando le dije:

Sólo diez minutos, Terry... Es sobre Giles.

Cosa esta última que la puso todavía menos alegre. De hecho, cuando salimos a la planta decimoctava, estaba llorando mientras se cruzaba con una sobrecogida recepcionista.

Yo la seguí rápidamente.

Vamos, Terry, la gente pensará que te he hecho una mala jugada.

No lloro por malas jugadas —dijo—, y no quiero hablar sobre Giles, Darius.

Por favor, sólo un poco —dije.

Estábamos ya en la oficina de ella, pero no habíamos entrado tan

rápidamente que no tuviera tiempo de percatarme de que Tom no estaba

en la suya, lo que era magnífico. No quería que él se metiera por medio. Cerré la puerta de la oficina.

Vamos, Teresa. Tengo que saber qué pasó.

¿Qué hay que saber? Se cayó, se mató y odio a los conocidos que se mueren..., sobre todo cuando he estado detestándolos antes que murieran. Eso me hace sentirme... jodidamente responsable.

Las lágrimas todavía le caían mientras se sonaba con pañuelos de papel que sacaba de una caja de su escritorio.

Me sentía apenado por su estado.

Me refiero a lo que ocurrió durante la sesión de firmas. Eso es lo que

quiero saber. —Luego, desesperadamente—: No llores, Teresa, no llores. Si me lo cuentas, en seguida verás que fue culpa mía y no tuya.

¿Culpa tuya? Nada tienes que ver con esto.

Oíste que Giles decía que era culpa mía, ¿no?

Me estaba mirando sospechosamente ahora, los ojos aún brillantes, aunque ya sin lágrimas.

No dijo nada parecido en ningún momento sobre ti. ¿De qué estás hablando? A menos que ocurriera mientras no estuve allí.

Suspiré.

Por favor, Teresa, dime lo que pasó, luego te explicaré por qué no fue culpa tuya y me marcharé.

Consultó su reloj.

Espero a una persona...

Esperará, quienquiera que sea —dije apremiantemente—. Más de una vez te he esperado un buen rato. Vamos. Comienza por el principio.

El principio se remonta a dos meses atrás, cuando hice los arreglos necesarios para que Giles firmara su nuevo libro en la convención y le prometí que le abriría los libros para que pudiera firmar más cómodamente. Aquello lo contentó y me ayudó a persuadirlo para dar su consentimiento a las firmas. Ya sabes la clase de hombre que es..., que era. Le hacía sentirse importante el que su editor le abriera los libros. Claro, luego vino el asunto de que nos dejaba y durante un tiempo pensé que podía irse perfectamente a la mierda, pero Tom quería continuar. Ya sabes, sonreír por entre las lágrimas, dejando que todo pareciera normal hasta el último minuto posible.

Hizo un débil gesto con el brazo derecho y prosiguió:

De modo que llegué quince minutos antes y allí estaba el otro individuo que también iba a firmar, gastando bromas, pellizcando a las chicas y haciendo que me pusiera más y más nerviosa respecto de Giles. Ya sabes, ¿por qué no podía llegar temprano? Y entonces, hete aquí que aparece...

Tengo entendido —la interrumpí-que llegó más o menos conducido por una mujer. ¿No fue así?

Me miró.

¿De veras? No vi a nadie con él.

Bueno, ¿estaba cabreado?

No lo sé. Yo sí lo estaba, porque había tenido una pelea con Tom respecto de todo el asunto. Estaba segura de que Giles no iba a cambiar de idea y dije que a la mierda con todo. Tom dijo que quizá si le llevaba la

corriente tuviéramos una buena sesión de firmas, lo que me daba una nueva oportunidad para intentarlo. Y le dije: «¿Qué quieres decir con llevarle la corriente?» Y él... Bueno, él estaba podrido. De modo que no lo miré particularmente, sólo lo bastante para saber que estaba allí y entonces me preparé para abrirle los libros. Pero yo no tenía ninguna pluma.

¿Hay que creer que debías tener alguna?

Por rutina. Algunos autores van sin pluma (demasiado etéreos para pensar en detalles tan mundanos), o se llevan sus plumas especiales que no funcionan. Giles es diferente, sin embargo. Siempre insiste en usar sus propias plumas, esas especiales que llevan su nombre, ya sabes, y no quiere utilizar ninguna otra. Bueno, por lo común, yo suelo llevar plumas conmigo, por lo que pueda ocurrir, pero en esa ocasión pensé... Bueno, que se chinche. Tenía que mostrar mi hostilidad de algún modo, de modo que no me llevé ninguna pluma.

Hasta entonces había dejado atrás todos los mojones que señalaban la ruta que había seguido yo hasta mi fracaso, pero hete aquí que existía otro plantado después de los que había plantado yo.

¿Es eso lo que te hace sentirte responsable de su muerte? -pregunté.

En cierto sentido, supongo que sí —dijo, aunque no estaba llorando ahora—. Si hubiera tenido plumas, el alboroto pudo no haber tenido lugar y no habría estado tan cabreado como para...

¿Como para ir a mitigar la tormenta con una ducha y estar tan cegado por la furia que no pudo menos de resbalar, caer y matarse?

Pudo ser eso.

Supongo que sí, pero el hecho es que se suponía que yo tenía que llevarle un montón de plumas la noche anterior y yo me había olvidado de hacerlo. De modo que ya ves, la culpa inicial es mía y no tuya. Ahora, por favor, dime qué ocurrió. Dame detalles del altercado.

No sé qué puedo decir. Durante media hora no ocurrió nada. Firmaba de la misma forma todos los libros que yo le iba poniendo delante: con mis mejores deseos, su nombre, la fecha. No decía una palabra, no sonreía, no alzaba la vista. Podía oír al otro fulano, como-se-llame, ese que escribe tantos libros...

Isaac Asimov.

Sí, podía oírlo parlotear constantemente, hablando a todo quisque, flirteando con las chicas...

Lo sé —dije—. Sé cómo se lo monta.

Bien. La gente se divertía. Lo dejaban y se venían donde Giles, esperando que hubiera más ración de lo mismo, y todo cuanto obtenían era un silencio espectral.

Estaba cabreado por no haberle entregado las plumas —dije—.

Pequeños fallos de acostumbradas rutinas que me cabrean a mí.

Si lo que hiciste lo tenía cabreado, ¿por qué la tomó con el público?

«Por qué» es una palabra con cuernos, decía mi padre.

Se quedó parada un momento.

¿Y eso qué quiere decir? —preguntó.

No estoy seguro, pero suena muy bien. Por favor, continúa.

Al fin, su pluma se gastó y se limitó a echarse hacia atrás. «¿Qué pasa?», le pregunté, y él contestó: «Se me ha acabado la tinta», y lo dijo con una vocecita fina y el labio inferior salido. Allí se las dieran todas, porque no se movió. Naturalmente, el movimiento de la cola se detuvo y Asimov se levantó, queriendo saber qué pasaba. Yo estaba justamente allí, demasiado ofuscada para hacer nada. Asimov le ofreció una pluma y lo mismo hizo uno que estaba esperando una firma. Se la alcanzó a Giles y el tipo cogió la que Giles sostenía, como recuerdo, supongo. Giles tenía que conmoverse para llegar al punto de utilizar la otra pluma, y el caso es que durante diez minutos todo fue de perlas hasta que de pronto la nueva pluma se quedó sin tinta. Fue como una pesadilla. Fue como si Giles me estuviera haciendo culpable por no haber llevado plumas de repuesto.

Boqueaba para respirar, y su voz desapareció como si estuviera revelando una experiencia muy íntima.

¿Qué hiciste tú? —pregunté.

Me levanté y fui a buscar nuevas plumas. Me olvidé de que Asimov había ofrecido una y lo dejé atrás. No pensaba en nada mejor que bajar por las escaleras mecánicas hasta la conserjería. Estaba completamente fuera de mí, eso es todo. Cuando regresé, vi que una chica de Hércules Books le había dado ya una pluma. Al parecer hubo un pequeño lío por todo aquello también, pero me lo había perdido, gracias a Dios, ya que no quería saber nada de nada. Las firmas prosiguieron hasta el final sin ninguna otra interrupción. Te lo digo: fue la hora más larga que he pasado en mi vida, descontando mi estancia en la maternidad. Cuando se acabó, me fui. No hablé con Giles ni lo miré. De hecho, no volví a verlo y cuando me enteré de que había muerto, la noticia me conmocionó. Yo sabía que aquel asunto de las plumas le había afectado profundamente. Tuve que irme a casa con

migraña.

Pero ¿estás ya mejor? —dije.

Un poco —dijo con tristeza—. Gracias a Dios, Tom es indulgente.

Oh, sí, es indulgente —dije—. ¿Y dices que mientras duró el altercado no me mencionó para nada?

No, a menos que ocurriera mientras no estuve allí.

¿Cuánto tiempo te alejaste?

Lo ignoro. Cinco minutos, tal vez.

Qué cachondo.

¿Qué diferencia puede haber entre si dijo algo o no dijo nada?

Bien —dije un poco en abstracto—, si nada dijo sobre mí, quizá es que algo más lo tuviera molesto. Escucha, Teresa, ¿hay algo que hiciera Giles, cualquier cosa que pueda ocurrírsete, lo que sea que pueda indicar que estaba preocupado por otra cosa aparte de las plumas?

No —dijo.

Extendí los brazos.

Oí decir que se quejó de mí.

Quizá la chica de Hércules Books oyera algo —dijo ella—. Ella permaneció allí mientras yo estuve alejada.

Quizá tengas razón. En ese caso, ¿puedo utilizar el teléfono de la sala de conferencias por un rato?

Ve, pero a condición de que nadie más lo esté utilizando. Cierra la puerta si quieres que nadie te oiga.

Gracias —dije, y me marché.

9. HENRIETTA CORVASS, 3:15 de la tarde

No quería tanto intimismo. No es que nada de cuanto pretendía hacer por el momento

fuera privado, sino que quería pensar. Fui al lavabo de caballeros, pensé allí un momentito, luego fui hasta la sala de conferencias y allí pensé durante un momento más largo.

A menudo necesitaba meditar, como si algo fuera a ocurrir si lo hacía, como si algo fuera a irrumpir, y en el centro de aquel algo, pudiera dar con la respuesta. Pero no fue así. No importa cuan detenidamente examinara los sucesos ocurridos en torno a Giles en el período inferior a un día transcurrido después de haberlo visto vivo: nada encontré que sirviera como preludio razonable que me guiara al crimen.

Bien, al menos podía llenar un poco la vacía laguna de la sesión de

firmas, de modo que llamé a Hércules Books. Me tomaría demasiado tiempo ir y volver andando hasta su ubicación, y demasiado dinero en un taxi para hacer lo mismo, si Nellie Griswold no se encontraba allí. Si estaba, podía servir perfectamente una charla por talé...

Hércules —dijo una voz.

Pregunté por Nellie Griswold y la operadora fue muy amable, pero la voz que contestó en la extensión adecuada negó la identidad. Me dijo en semiinfantil semiatiplamiento que la señorita Griswold se encontraba en la convención de la ALA.

¿Está segura? —dije, lo que era una pregunta de bobos. ¿Cómo iba nadie a estar seguro?

La propietaria de la voz no era tan semiinfantil como para no darse cuenta de lo mismo.

Se supone que tiene que estar.

De acuerdo. Me acercaré por allí. Gracias —y colgué.

Consulté el reloj. Pasaba de las tres. Si la tía estaba allí, aún permanecería en el lugar durante dos horas, tal vez.

Fui al hotel, todavía pensando, vigorizado por el hecho de tratarse de una tarde soleada, suave y completamente agradable.

Había dos cosas..., no, tres, que me intrigaban.

Primera: ¿había alguna relación con las drogas? Dios sabe que no poseo el don de penetrar a fondo en el alma de los hombres, pero Giles había convivido conmigo y lo conocía muy bien. Aborrecía el café porque contenía cafeína; le molestaban los alimentos enriquecidos; al borde estaba del desmayo por su manía de los alimentos naturales.

Claro, un hombre puede dividir su vida. Conocía cantidad de fenómenos tipo alimentación natural que lanzaban invectivas contra la amenaza de los químicos y miraban a través del humo de un cigarrillo tras otro con ojos cuyos párpados estaban cubiertos con colorantes sintéticos.

Estaban sus escritos. Los había conocido bien en sus prematuros intentos y había numerosas secciones que podía considerar como puntos de vista representativos de la incompatibilidad con el consumo de drogas. No obstante, ¿podía haber sido tomado al revés? Cada puntal señalaba dos direcciones, la una opuesta a la otra.

Segunda: la cuestión de su queja contra mí. Había permanecido molesto durante las firmas y Sarah lo había oído murmurar irritadamente mi nombre. Me gustaría corroborarlo y quizá ampliar detalles, cosa que tal vez me suministrara Nellie Griswold.

Por último: la cuestión de la mujer que lo había conducido hasta allí por la mañana. ¿Nadie la había visto? Por más que pensaba en ello, más me parecía que la mujer podía haber pasado con él toda la mañana y toda la noche anterior, pudiendo representar la auténtica clave del enigma.

Como remate, mientras ponía virtualmente el pie en la escalera mecánica que llevaba hasta la planta de los expositores, pensé que la mujer desconocida estaba ganando puntos y decidí posponer a Nellie... por sólo un pequeño momento.

Tomé el ascensor hasta la quinta planta.

La sala de entrevistas parecía tan agitada como siempre. Leo Durocher acababa de ser entrevistado sobre su autobiografía y apenas alcancé vislumbrar su figura cuando se marchaba. Durante un minuto me quedé mirando su espalda, recordando el tiempo en que veinte o más años atrás, yo había sido un ardiente seguidor del béisbol y el tipo uno de mis jugadores más odiados.

El relámpago pasó; pudo haber durado cinco segundos, no más; y se lo agradecí entonces por haberme concedido cinco segundos durante los que había olvidado por completo la convención y sus miserias.

Pero fueron sólo cinco segundos. Desaparecieron y seguí buscando a Henrietta Corvass. Ella me vio, supongo, antes que yo la viera a ella, pues cuando detecté su presencia, me estaba dando la espalda y estaba atravesando la puerta.

Me moví rápidamente y la alcancé en el vestíbulo más o menos tres puertas más abajo, cogiéndola por el codo. Se desprendió.

Espere —dije.

Se volvió, los ojos encogidos y amargos.

¿Qué mierda quiere?

A las claras, estaba enfadada por haber hablado conmigo la tarde anterior; estaba resentida por la presión que me había permitido infligirle, acabando por saber demasiado de su intimidad. Extendí las palmas de las manos y dije en voz baja:

Nada sobre la pasada noche. Nada.

¿Entonces?

La mañana.

¿Qué pasa con la mañana?

Usted dijo que no pasó a recoger a Giles ayer por la mañana. Por favor, piénselo otra vez y no retuerza las cosas. Si usted pasó a recogerlo...

Se volvió de cara a mí por completo y se puso con los puños en las caderas, en el consabido gesto de exasperación. Hacía años que no lo veía.

Usted debe estar como una cabra —dijo—. Su cabeza desvaría. ¿Cree que después de lo que ocurrió iba a acercarme a él?

Pero usted no querría que él llegase con retraso a la sesión de firmas, ¿no?

Me importaba un c... (35) la sesión de firmas —dijo tan alto como pudo, y no me impresioné porque el peso de la emoción lo descargó sobre la mot juste.

Pero alguien lo condujo hasta allí. Eso lo sé. ¿Quién fue?

Yo no envié a nadie. Se lo digo, ni siquiera estuve allí. Si alguien fue por propia iniciativa, ése es asunto de quien sea.

—.Quién pudo haber sido?

No lo sé. Ni me importa.

—.Podría descubrirlo usted por mí?

No, no lo haré. Encuéntrelo por sus propios medios.

Y se alejó, produciendo sus tacones un blando sonido sobre la alfombra del pasillo.

Contemplé su partida sin ánimo de seguirla y luego volví a la sala de entrevistas.

10. GORDON HAMMER, 3:40 de la tarde

Era difícil afirmar cuáles de los individuos que allí había eran funcionarios del departamento de entrevistas, pero me lancé sobre un joven mofletudo, pelo amarillo pálido y delgado y nervioso.

Oiga —dije—, ¿trabaja usted en la sala de entrevistas?

¿Qué pasa? —preguntó suspicazmente.

Soy Darius Just, soy escritor.

Se relajó visiblemente. Hasta sonrió.

Oh, claro, he oído hablar de usted. Me llamo Gordon Hammer.

Gracias, Gordon —dije—. ¿Podría usted decirme una cosa?

Puedo intentarlo.

¿Cuántas mujeres trabajan aquí para la convención, aparte de Henrietta?

35 F..., en el original, evidentemente fanny, "coño" coloquial-mente. Los puntos suspensivos están en función del carácter del personaje.

Es difícil de decir. Algunas son sólo voluntarias que llevan y traen recados.

Ah, pues yo ando tras las portadoras de recados. ¿Cuál fue la que ayer por la mañana fue a comprobar si Giles Devore estaba a punto para la sesión de firmas?

Pareció confuso.

No creo que nadie hiciera eso. No es trabajo nuestro.

No, no, escuche: alguien lo hizo —dije, firmemente—. ¿Podría usted encontrármela?

No veo cómo —dijo débilmente.

Pero se acercó a una de las chicas y le dijo algo en voz baja. Luego hizo lo mismo con otra. Yo no le quitaba ojo y esperaba.

Cuando volvió junto a mí, se rascó la cabeza.

No creo que nadie lo hiciera.

¿Las ha eliminado a todas por completo? Piénselo, por favor.

Pudo haber sido Stephanie —dijo.

Stephanie, ¿qué más?

No sé su apellido.

¿Dónde se encuentra?

No está aquí hoy. Trabajó sólo domingo y lunes. Ahora está en la escuela.

¿Sabe la dirección de su casa?

No, pero Henrietta puede saberlo.

Perfecto.

Pero cuando ya me volvía para irme, el otro me rozó gentilmente el hombro.

¿Míster Just?

¿Sí?

¿Hizo algo malo Stephanie? Quiero decir que tiene sólo catorce años.

No, no —dije, irritado—. Es que estoy buscando datos. Giles Devore era amigo mío y estoy tratando de saber el máximo de cosas que ocurrieron en su último día, para... para... para un elogio fúnebre que estoy escribiendo.

Aquello pareció convincente a tenor de la expresión de alivio que cruzó la cara del otro.

Entiendo. De acuerdo.

Naturalmente, nada estaba de acuerdo. No me sabía nada bien tener que preguntar a una niña de catorce años lo que había ocurrido aquella

mañana, considerando lo que podía haber ocurrido. No me molestaba mucho más el pensar en la posible futilidad de las respuestas al uso que me esperaba, como la posibilidad de provocar un ataque de histeria que los padres descargarían sobre mis oídos.

No obstante, algunas catorceañeras de estos días... y quizá de todos los tiempos. A fin de cuentas, Julieta tenía catorce años...

No, era algo absurdo y no tenía tiempo para seguir por ahí por el momento. Eran casi las cuatro y ya era hora de encontrar a Nellie, de Hércules Books.

11. NELLIE GRISWOLD, 3:55 de la tarde

Aunque no la conocía, no tendría problema en localizarla en el puesto de Hércules. Había sido descrita como «agradable» con esa peculiar entonación masculina que concede a la palabra un sentido inconfundible, y lo que vi correspondía con eso a la perfección.

Medía cinco pies y diez u once pulgadas de estatura, el pelo castaño hasta los hombros, cintura estrecha, más bien enfatizada por el efecto de furgón de cola que prodigaba el culo. Sus pechos estaban perfectamente moldeados, encajonados en un tipo de sostén escogido por las mujeres que sospechan sin error que poseen unos pechos perfectamente moldeados. Su nariz era un poco larga y sus ojos un poco pequeños, lo que significaba que no era precisamente una beldad, pero la combinación proporcionaba a su rostro una abierta expresión de buena naturaleza que compensaba sorprendentemente bien.

Señorita Griswold —dije.

Me había colocado la insignia para entrar en la zona de los expositores y ella se la quedó mirando. Luego, dijo excitadamente:

¡Míster Just! Admiro muchísimo sus libros.

Nada hay mejor que esto para que todo empiece bien, y ella prosiguió inmediatamente para demostrarlo.

¿Sabe que la Hércules está interesada en lanzar en bolsillo su nuevo libro? —inquirió.

No, no lo sé —dije.

Los Valier nos han mostrado algunos de los que ha producido usted y han causado muy buena impresión a nuestro editor jefe. Los he leído también yo y los adoro.

Y yo te adoro a ti, paloma. Estaba tan rebuena que habría dado mi máquina de escribir de segunda mano por ser capaz de olvidarme de Giles y

poder invitar a Nellie a cenar, y quizá morir por no hacerlo correctamente junto a nuestra Nell, si es que lo estaba deseando.

Pero Giles estaba delante en aquel momento y el Proyecto Nellie tenía que ser pospuesto.

Eso es maravilloso, pero si no le importa, prefiero no contar mis polluelos antes de poner los huevos. Cuando salga veremos cuánto le gusta a usted y a la Hércules.

¿Será pronto?

Si pudiera quedarme a solas con mi máquina de escribir, quizá dos meses. En las actuales circunstancias, probablemente cuatro. Pero, escuche: ¿podría responderme algunas preguntas?

¿De qué clase? —Pareció tan sólo interesada, de ningún modo suspicaz.

Bien, usted estuvo en la sesión de firmas de ayer con Devore y Asimov...

Sí. Asimov es uno de nuestros autores sobresalientes, ya sabe (36).

Ya lo sé —dije—. Pero es Devore el que me interesa. Tengo entendido que usted le llevó una pluma.

Oh, sí, y qué vago era el tío. ¿Estaba usted allí?

No, no estaba.

Bien, déjeme contarle lo que ocurrió.

Era la primera persona de cuantas había preguntado al respecto que parecía dispuesta a hablar voluntariamente.

Por favor —dije.

Yo estaba mayormente con Asimov, procurando que tuviera bastantes libros y que las cosas marcharan fetén.

Se molestó un poco con usted porque no le abrió los libros para que

firmase cómodamente —dije, pinchando un poco a favor de Isaac. Se desentendió del asunto haciendo un gesto con la mano.

Estaba más ocupada poniendo orden en la fila. Aparte, diga Isaac lo

que diga, a él le gusta. Usted lo conoce. Puede pasarse firmando libros

doce horas seguidas, sonriendo y bromeando. De modo que mi atención

recayó también en Giles Devore, y, muchacho, qué tipo tan diferente.

36 Ella no utilizó tal adjetivo. Es una clara intrusión de Isaac - NOTA DE DARIUS JUST. Suele utilizarlo conmigo bastante a menudo, la muchachita. Aunque no debe tomarse al pie de la letra - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

El término utilizado es outstandmg, "sobresaliente", "prominente" que, aparte la denotación escatológica que sugiere Asimov, significa también "que no cobra" y "que no paga". N. del T.

Parecía como si estuviera sufriendo.

Lo estaba —murmuré.

No prestó atención a mi comentario.

Su pluma se vació y por alguna razón, Teresa Valier, que estaba a su lado, no tenía ninguna de repuesto, cosa que consideré totalmente irresponsable, pero entonces cambió la pluma por otra con el tipo que estaba frente a él. Pareció que la crisis se había desvanecido cuando sobrevino la crisis número dos cuando la segunda pluma se quedó seca. Devore

pareció quedar en trance. Se limitó a quedarse con la cara en Babia, y Teresa, por su parte, se largó corriendo. Bueno, la fila se había detenido y yo pude ver a Asimov levantarse de su asiento y comenzar a ponerse nervioso... y yo estaba allí para cuidar de él. De modo que llevé a Devore otra pluma. La mía estaba llena. La cogió automáticamente, como si él no estuviera realmente allí. Ni siquiera miró cuando comenzó a escribir con ella. Después de uno o dos segundos, aproximadamente, se detuvo y dijo en un delgado susurro: «Es tinta roja.» Le había dado una pluma de tinta roja, fíjese. Fue la crisis número tres. Yo dije: «No pasa nada. A la gente le gusta el rojo.» De modo que se puso otra vez a firmar. Luego volvió Teresa y trajo una pluma, pero ya no era necesaria. Devore continuaba firmando en rojo y no hubo ningún problema más. Claro, cuando acabó la sesión, arrojó mi pluma de tinta roja contra la pared y se largó sin hablar a nadie, pareciendo claramente enfadado. Supongo que fue una suerte que no la arrojara contra mí. Y luego, dos horas más tarde, murió y yo... toma, pero ¿no fue usted quien lo encontró?

Asentí.

Sí, pero no importa eso ahora. ¿Qué iba a decir a continuación?

Sólo que me pregunté si no estaría tan molesto que perdiera pie en la bañera y que quizá hubiera contribuido a aquello mi pluma de tinta roja.

Todo el mundo tiene derecho a creerse culpable. El hecho es que yo tenía su juego de plumas y no se lo había dado. Si se lo hubiera entregado no habría habido ningún problema, de modo que, de haber culpabilidad por medio, es toda mía.

Pareció agradecida (de veras era una chica llena de candidez, y yo le dediqué otra silenciosa inspección para ratificarlo), y dijo luego:

Malo, malo.

No importa. Escuche, Nellie, dígame: ¿hubo algo en lo que hizo, o dijo, o pareció, o lo que fuere, que pudiera darle a usted la impresión de que había alguna otra cosa aparte de las plumas secas y la tinta roja capaz de

molestarlo?

Se lo pensó un rato y luego sacudió la cabeza tristemente:

Si hubo algo más, no puedo recordarlo.

Perfecto, otra pregunta. ¿Vio usted si fue conducido por alguien hasta la sala?

¿Se refiere al comienzo de las firmas?

Sí.

De nuevo sacudió la cabeza.

Ni siquiera lo vi entrar.

Permanecí un rato con el entrecejo fruncido. Nadie lo había visto entrar con una mujer y, sin embargo, la distinta y superpoderosa impresión de que había sido así continuaba. ¿Quién me lo había dicho?

¡Lo recordé! Fue muy repentino. Vi su cara; oí la voz. La mujer del guardarropa. Cuando Giles había ido a preguntarle sobre el paquete para el que no tenía resguardo, había sido apremiado por la mujer que lo acompañaba. Incluso la llamó por un nombre.

Era como si el techo se hundiera y cada pedazo de yeso me cayera sobre la cabeza.

Escuche, Nellie —dije—, cuando usted se acercó a Giles, ¿le oyó usted en alguna ocasión algún comentario sobre mí, expresando rabia de alguna forma contra mí?

No. Por lo que puedo recordar, no dijo ninguna palabra que yo pudiera oír, salvo «Es tinta roja».

Gracias, gracias —dije—. Creo que estoy enamorado de usted, de modo que la conservaré en el recuerdo.

Y salí del área de expositores, en la medida que supe esquivar a la gente.

12. GORDON HAMMER, 4:15 de la tarde

Se estaba haciendo tarde, pero tenía que tomar mi tiempo para atar los cabos sueltos. Mientras no obtuviera la rotunda certeza, no haría nada por irme a casa.

Me llevó un rato salir del área de los expositores y otro rato mientras venía el ascensor. Me pareció un rato más largo mientras el ascensor me conducía, pero con el tiempo llegué a la quinta planta.

Lo encontré —a Gordon Hammer, el joven mofletudo—, lo cogí por el hombro y se lo sacudí suavemente. Pareció asustarse.

La catorceañera de la que me habló, ¿qué nombre dijo que tenía? —

pregunté.

¿Stephanie?

Sí, sí. Es una chica pequeña, ¿no? Usted dijo sólo catorce.

Alcé el brazo al nivel del hombro..., al nivel de mi hombro, lo que la haría mucho más pequeña, aunque no quizá para una catorceañera.

Pero los labios de Hammer se contrajeron y farfullaron por un par de segundos.

No —dijo por último—. Es más alta que usted, si no le molesta mi observación personal.

Supongo que debí parecer cabreado, lo bastante para demostrarle que sí me importaba, con lo que su ocasional sonrisita de complicidad se desvaneció para volver a la mueca ansiosa anterior. Luego, añadió:

Y es gorda, realmente gorda. Nadie la llamaría pequeña.

13. DOROTHY, 4:25 de la tarde

Aquello desplazaba la última posible fuente de confusión, la última de la que podía pensar que había aceptado un factor desconocido. Se encontraba abajo, en la segunda planta y mi reloj me indicaba que faltaba poco para las cuatro y media. Tenía una vaga noción de que era demasiado tarde para encontrar a la persona que a continuación necesitaba: la única que había visto a la mujer. Cuando el ascensor tardó más de quince segundos en aparecer, me cagué en él en voz bastante alta y me lancé por ias escaleras abajo.

Probablemente el ascensor se quedaría igual, pero no veía por qué tenía que quedarme allí, ni siquiera para ganar tiempo. Atravesé el vestíbulo hasta el guardarropa, dando codazos a la gente, y luego empujando a los dos o tres que se encontraban en el lugar.

Escuche —dije sin aliento—, ¿dónde está la dependienta?

Yo soy la dependienta —dijo una señora mayor, todavía guapa, con cabello blanco, gafas de montura metálica y refinada forma de hablar que sin duda ensayaba cuidadosamente. El nombre de su placa decía: Dorothy.

Usted, no. La otra. Pelo rubio, brazos gruesos, gafas oscuras, nariz torcida. No recuerdo su nombre. Perdóneme, perdóneme... Esto es importante. No molestaré más que unos segundos.

Esto último iba para los que estaban esperando, que parecían aumentar en exasperación.

La anciana dependienta -Dorothy- sonrió como si reconociera la

descripción sin esfuerzo.

Hilda —dijo—. Sale a las cuatro.

¿Sabe usted dónde vive?

No —dijo brevemente y con desaprobación.

(Vamos, pensé con impaciencia, piensa algo y no te quedes como un pasmarote.) Se volvió hacia los otros, evidentemente con afán de olvidarme.

Muy bien —dije—, aguarde un momento, déjeme preguntarle una cosa nada más. ¿Hay aquí alguna mujer a la que usted y Hilda llamen Little Pepper?

De nuevo sonrió.

Oh, claro, es... —Entonces se detuvo y dijo adustamente—: No sé de qué está hablando, y yo tengo mucho trabajo.

Pero ya me había ido y corría de nuevo. Era alguien familiar, alguien que tanto Dorothy como Hilda conocían, alguien que no era mayor, que era irascible y bien conocido por ellas. Tenía que subir ahora hasta el piso sexto y faltaba aún bastante para las cinco.

Librodot

14. GINGER, 4:35 de la tarde

La sala interior parecía vacía. No tuve que entrar para comprobar sus rincones; tenía el inconfundible aspecto del abandono y mi corazón daba tumbos. Estaba ya desbordando resentimiento y quería poner las cosas en su sitio de una vez.

La guapa recepcionista negra, o secretaria, o lo que fuese, estaba tras su escritorio. Recordaba su nombre. Sarah la había llamado Ginger. Me miraba con controlada diversión y yo estaba bastante seguro de que ella me recordaba.

¿Puedo ayudarlo? —me preguntó.

No lo sé. ¿Puede decirme dónde está la señorita Vosto... Vostovek? En mi impaciencia, todavía me equivocaba con el nombre. Advertí que era tonto preguntar. Se había ido.

Pero Ginger dijo:

No sé dónde pueda estar, pero sé que volverá. ¿Quiere esperarla?

Su voz era amistosa y continuaba al parecer divertida. No estaba muy seguro de cuál era la causa de su diversión, pero me hizo sentirme intranquilo. Me senté bruscamente y sin poder estarme quieto. No tenía nada para leer, y aunque consultaba mi reloj bastante a menudo, su

capacidad de consuelo y distracción me estaba agudamente limitada. La ecuanimidad de Ginger, su aparente calidez y su no menos aparente aceptación de la confidencia de que Sarah tenía que volver, fue todo lo que me mantuvo en el asiento después de un rato.

15. SARAH VOSKOVEK, 5:00 de la tarde

Eran justamente las cinco en punto cuando escuché pasos en el exterior. No tuve la menor duda de que era ella: pasos cortos, alborotados pero firmes, con sus altos tacones produciendo agudos impactos sonoros. Me levanté.

Penetró, me miró, se detuvo con clara consternación y dijo:

¿Ocurre algo malo, Darius?

Quiero hablar con usted —dije.

¿Puede esperar un poco hasta que solucione unas cosas? —dijo.

¿Tendrá prisa por irse a casa luego?

No —dijo dubitativamente—, si es algo importante.

Es importante.

Espere entonces, por favor.

No pareció muy preocupada.

Me senté de nuevo y volví a mis meneos. Después de un momento, Ginger ordenó en un montón algunos papeles a un lado de su escritorio, hizo algunos ruidos bajo el escritorio que yo interpreté como los que se producen cuando alguien se pone los zapatos, y luego sacó un bolso de uno de los cajones.

Me voy, Sarah —dijo con voz animada.

Pero yo lo tomé como un claro aviso de que íbamos a quedarnos solos. Me sonrió al marcharse: deseándome suerte, pienso, lo que fue un bello detalle, aunque inapropiado para la ocasión.

La voz de Sarah se escuchó a continuación, clara y serena:

Muy bien, Ginger. Que pases una noche agradable.

Pasaron más de dos minutos. Sarah entró en la estancia exterior, lanzó una mirada casual hacia el vestíbulo y a continuación cerró la puerta suavemente, bajó una cortina y me condujo a la estancia interior.

Si quiere hablar preferentemente sobre nuestros últimos lugares comunes de conversación —dijo—, no tenemos por qué hacerlo con nadie más aquí, comprenda.

Me senté sobre un sillón. Ella quedó en pie.

¿Sabe que los empleados de por aquí la llaman a usted Little

Pepper?

He oído el apodo —dijo con indiferencia—. ¿Dónde lo oyó? Ignoré la pregunta.

Usted oyó a Giles Devore pronunciar mi nombre con rabia —dije—. Entre dientes, imagino.

Entre dientes o no, lo hizo.

Estoy seguro de ello. No, sin embargo, durante la sesión de firmas. Tres personas estuvieron junto a él todo el tiempo o la mayor parte. Isaac Asimov, Teresa Valier y Nellie Griswold, y ninguno de ellos le escuchó decir nada sobre mí.

Yo no dije que fuera en la sesión de firmas. Creo que dije: «Más tarde.»

No recuerdo sus palabras con exactitud —dije—. Tengo la impresión, no obstante, de que fue en la sesión de firmas. Supongo que me equivoqué. Y no me sorprendo, puesto que soy un mal detective. Aceptaré su declaración de ahora de que fue más tarde..., aunque ¿no pudo haber sido antes?

¿Por qué antes?

Usted estuvo allí al comienzo, ¿no?, cuando se excusó ante Asimov y preguntó luego por mí.

Ya le hablé sobre eso.

Sí, y más o menos cuando Asimov estaba hablando con usted, se dio cuenta de que Giles estaba presente, de modo que yo sospecho que ambos entraron juntos.

Sospeche lo que quiera.

Es algo más que una sospecha. Ninguno de los componentes del personal de prensa admitirá haber escoltado a Giles hasta la sesión de firmas, y, sin embargo, alguien lo hizo, porque la empleada del guardarropa lo vio esa mañana. El intentó recoger un paquete del que no tenía resguardo, y según declaración de la empleada, Little Pipper lo apremió para que no llegara tarde. ¿Qué me dice de Little Pipper?

Sarah tomó asiento tras su escritorio, interponiendo tres pies de acero entre nosotros.

No le he mentido —dijo—. El manifestó claramente que estaba furioso con usted, hubo cosas desagradables en la sesión, me excusé ante Asimov y descubrí quién era usted. Fui a advertirle a usted de la ira de míster Devore y esto es todo.

No voy a pelearme por eso, pero usted no me dijo toda la verdad,

¿cierto? Usted no me dijo que había estado con él antes de la sesión de firmas. —Me detuve un momento, luego decidí decirlo—; O, posiblemente, también la noche anterior.

Estaba preparado para la tormenta, pero ella se limitó a ruborizarse un poco; juntó las manos, las apretó con fuerza y los nudillos se le pusieron blancos mientras descansaban sobre el escritorio.

Si estuve —dijo—, no sería asunto suyo, aunque, mire por dónde, no estuve. Estuve en casa esa noche, en mi propia cama y sola. Y si no se lo cree, no hay necesidad de que continúe sentado ahí preguntándome más cosas

Pero si nada hay que ocultar, ¿por qué no me contó que había estado con Devore antes de la sesión de firmas?

¿Por qué debería habérselo dicho? Le conté lo que supuse era apropiado que supiera. No sabía que había muerto en aquel momento y que usted iba a sospechar más tarde que se trataba de un asesinato. Y aunque lo hubiera sabido, no habría habido todavía razón ninguna para decírselo, puesto que usted no es de la policía. Ni lo era ni lo es ahora, de modo que no tengo por qué contarle nada.

No. No soy de la policía —dije—. Sin embargo, si usted se molestó por mi intromisión en el asunto de las drogas, no interfiera y déjeme correr el riesgo de afrontar el problema sin ignorancia ni errores.

La muerte de Devore nada tiene que ver con las drogas.

No acepto eso, pero si puede decirme algo que me demuestre que está usted en lo cierto, me lo quitaré de la cabeza. Dígamelo, por favor. Dígame todo lo que ocurrió desde el primer momento en que lo vio usted ayer por la mañana.

Se removió intranquila en la silla.

Muy bien —dijo—. Esto es lo que ocurrió. Más o menos a las nueve de la mañana de

ayer, no mucho después de que yo entrara a trabajar.

A propósito —dije—, ¿cómo es que trabajó usted el Día de los Caídos?

Se lo dije, ¿no? Estamos trabajando en una gran campaña de publicidad y el departamento de arte se encuentra rezagado, de modo que me pasé aquí el fin de semana y lo mismo hicieron los demás.

Y el jefe de seguridad, como-se-llame... Marsogliani. También él estuvo aquí. ¿También está relacionado con la campaña de publicidad?

No, no lo está —dijo, con un leve toque de acidez—, pero se queda siempre que hay una convención de importancia en el hotel. ¿Por qué? ¿Piensa que nos pasamos aquí todo un día de descanso para conspirar

contra su amigo?

Me sentí un poco bobo bajo el látigo de su contención.

No —dije—. Simplemente, me limito a formularme todas las preguntas

que puedo pensar. —Añadí humildemente—: Ya sé que no soy muy bueno.

De acuerdo —se ablandó-Pero no se preocupe por nosotros.

Recuperaremos las fiestas trabajadas.

Bien, entonces, ¿qué ocurrió a eso de las nueve, no mucho después que usted entrara al trabajo?

Me dijeron desde la conserjería que había una llamada telefónica muy peculiar de la habitación 1511.

¿Por qué le pasaron a usted la nota? ¿Por qué no a Marsogliani?

Marsogliani no había llegado aún, y cuando ocurren problemas de poca monta se recurre a mí. Quizá tenga una exagerada reputación en el hotel como ajustadora de misceláneos desajustes.

Bien, ¿qué hizo usted?

Me enteré de que el ocupante de la habitación era Giles Devore. Aquello me concernía porque era un personaje importante en esta convención y si algo iba mal con él, podía conllevar publicidad negativa. Decidí subir a la planta decimoquinta.

¿Sobre qué era la llamada telefónica? —pregunté, sin la menor duda de lo que sería.

El funcionario de la recepción que había recibido el aviso no estaba seguro. Dijo que era incompleto e incomprensible, y, en un punto, parecía como si el comunicante estuviera llorando. El empleado sugirió que llamara a un médico.

Quizá debiera haberlo hecho.

De ningún modo. Si un residente del hotel pide un médico, es una cosa. Pero usted no puede llevarle un médico a la fuerza, sin su consentimiento, a menos que se considere que el otro no se encuentra en situación de dar su consentimiento. Subí, pues, a investigar. Contestó a la llamada de la puerta, completamente vestido, pero con el pelo grotescamente despeinado y con una extraña expresión febril en su mirada. La habitación estaba completamente desordenada. Dijo: «¿Es usted la empleada del guardarropa?» Le dije quién era y él replicó: «Por favor, pase y ayúdeme.» Entré. Me sentí preocupada por sus nervios. He leído su libro, ¿sabe?, y lo admiraba; y aquél era el autor...

Sí, sí —dije—. ¿Qué ocurrió una vez entró usted?

Se sentó en la cama con la cara compungida, como si estuviera a

punto de llorar. Dijo: «Lo he buscado por todas partes. No está aquí.» Pregunté: «¿Qué es lo que no está aquí?» Respondió: «El paquete. No está aquí. Creí que tenía que estar aquí anoche, pero me olvidé. Estoy apurado.»

La interrumpí entonces:

Dijo que estaba apurado. ¿Dijo al respecto de qué?

Sarah sacudió la cabeza.

No puedo repetir lo que dijo exactamente. Fue todo muy confuso y tautológico y no tenía precisamente un magnetófono a mano.

Dígame entonces lo que pueda decirme.

Le diré la impresión que tuve. Había llegado a su habitación bastante tarde la noche anterior, después de la grabación del programa de televisión y no se había encontrado del todo bien. Hubo una mujer con él y él tenía necesidad de ayuda a toda costa, pero ella era una mujer mala...

¿Una mujer mala?

Eso es lo que dijo una y otra vez.

¿No mencionó su nombre?

No. Ni yo se lo pregunté.

Claro, claro. Prosiga, por favor.

El tenía necesidad de ayuda y ella no le ayudó, o no suficiente, aunque él le había rogado y suplicado, y cuando le pregunté con lo que yo esperé que fuera una voz fría y rutinaria si quería un médico, dijo que no, muy enfáticamente. Se puso entonces a explicar, repitiéndose bastante, que había necesitado ayuda y ella no lo había ayudado. Estaba muy apenado por sí mismo, casi con pena. Estaba destruyendo mi respeto hacia él y comencé a sentirme molesta por estar allí.

¿Encajaría en su impresión que se encontrara bajo efecto de alguna droga?

Eso no se me ocurrió, pero si era como usted dice, ¿cómo puedo asegurarlo?

Vaciló por un rato largo, luego me pareció que estaba tratando de decirme algo, de modo que me mantuve mudo y la dejé que forcejeara con su indecisión.

No debería decirle esto —dijo por último—. Es confidencial. La autopsia ha sido llevada a cabo y el departamento de seguridad recibió una copia hace un par de horas. Yo la vi... y no se describe allí que hubiera signos de droga.

Me alegré de oír aquello.

Entonces eso podemos eliminarlo.

Como le dije, las drogas nada tenían que ver con la muerte de míster Devore.

Sí, pero no me dijo por qué. Aunque, claro, Giles no tenía que ser un adicto. Las drogas podían haber estado relacionadas con su muerte si él hubiera sido un distribuidor.

Ella hizo una mueca.

¿Piensa que esa pobre, débil y pequeña criatura podía ser un distribuidor?

¡Pequeña criatura! ¡Pero si era un bestiazo!

¿Y qué? Las pequeñas criaturas frecuentan todos los tamaños. Puedo imaginármelo un adicto, pero no un distribuidor.

Yo tampoco para ser sincero, pero tiene que haber algo, ¿no le parece?, que contacte con el crimen.

No necesariamente. Su muerte pudo ser un accidente. Todo el mundo, excepto usted, está seguro de ello.

Me encogí de hombros.

Bueno, siga.

Siguió contándome que se había sentido tan enfermo después que aquella mujer tan poco complaciente (él siguió llamándola «mala») lo abandonó, de manera que se echó a dormir sin pensar siquiera en el paquete.

¿Cree usted que le estaba contando la verdad?

¿Por qué tendría que haberme mentido?

No lo sé. ¿Cree usted que le estaba contando la verdad?

¿Cómo puedo saberlo?

¿Cuál fue su impresión?

Creí que estaba diciendo la verdad. Cuándo lo recuerdo, estoy razonablemente segura de ello. Se encontraba demasiado alterado y demasiado fuera de control para mentir. A menos que uno se comporte patológicamente, es difícil ocultar una mentira. ¿Era él un mentiroso patológico?

No —dije tras pensarlo un momento—. No puedo decir que lo recuerde mintiéndome, ni siquiera bajo provocación.

Lo conocía usted bien, ¿no?

Vivimos juntos durante un tiempo considerable —dije, secamente—, en el sentido asexual del término.

Entonces le diré que me estaba contando la verdad.

Aceptémoslo así. Así que, después de irse la mujer, él se echó a dormir, con lo que podemos aceptar también que no despertó sino poco antes de su llegada, ¿no?

Algún tiempo antes. Había una taza de café sobre la mesita del teléfono, la taza estaba medio vacía y probablemente había sido hecho con la cafetera eléctrica.

¿Quiere decir que no llamó al servicio de habitación para tomarse el desayuno?

No, no creo que lo hiciera. Sin embargo, es fácil de comprobar si lo hizo.

Bien, lo haremos si tiene importancia. Pero si durmió toda la noche, eso significaría que no dejó la habitación, ni posiblemente el hotel, a la caza de una mujer que pudiera ser complaciente. Y si no hizo eso, entonces perdemos una inmensa fuente posible de motivaciones criminales.

¿Está todavía convencido de que fue un asesinato?

Sí. Y si la noche acabó ahí, eso nos deja con el paquete olvidado como la única cosa inusual que puede explicar la tragedia de arriba abajo. No me gusta eso.

¿Por qué no es un motivo suficiente?

No veo cómo puede serlo, pero me disgusta mayormente porque se suponía que yo tenía que llevárselo a su habitación la pasada noche y no lo hice. Ese fue el recado que le dije había olvidado yo ayer por la tarde. A menos, naturalmente, que haya algo que todavía no sepamos. En todo el tiempo que estuvo usted con él, Sarán, ¿dijo algo, hizo algo, le dio a usted alguna impresión como fuere, de que le estuviera fastidiando alguna cosa aparte del paquete?

La mujer de la noche anterior, quienquiera que fuese, lo estaba fastidiando —dijo, con firmeza—, pero excepción hecha de ese dato, el paquete se lleva todo el peso.

Muy bien, prosiga, pues.

Una vez se levantó, recordó el paquete y se puso a buscarlo. Estaba furioso, supongo, y eso hizo que se comportase irracionalmente, pues deshizo las camas, las toallas estaban por el suelo, las mantas fuera del armario, etc. Pudo haber tenido la vaga idea de que usted había escondido el paquete a fin de fastidiarlo.

Sacudí la cabeza.

Jamás se me hubiera ocurrido una cosa así.

Entonces llamó a la conserjería. Supuse que estuvo intentando preguntar si la dependienta del guardarropa tenía todavía el paquete o, en su defecto, a quién se lo había dado ella.

Escuche, cuando él regresó la noche anterior, pudo haber retirado el paquete, ¿no? ¿Hasta qué hora está abierto el guardarropa?

Hasta medianoche.

¿Y si no hubiera tenido resguardo?

Eso habría podido ser complicado. No obstante, si hubiera sido capaz de identificar el paquete, lo habría podido abrir en presencia del jefe de personal.

¿Le dijo qué había en el paquete?

No. ¿Lo sabe usted?

Sí, lo sé. Plumas. Plumas monogramadas. Valor total, quizá diez dólares. Y si lo hubiera abierto, su nombre grabado sobre las plumas habría demostrado que él era el propietario. ¡Qué idiota! Muerto o no, tengo que llamarlo idiota. Si se hubiera quedado el jodido resguardo, habría podido retirar el paquete a su vuelta.

Hay mucha gente así —dijo Sarah—. Toman precauciones. Les molesta el azar. Supongo que pensó que si no le pedía que retirase usted el paquete por él, estaría preocupado toda la noche pensando que el guardarropa estaría cerrado cuando volviera.

Y eso habría afectado la grabación de televisión. Sí, supongo que fue así. Por favor, prosiga.

Eran más o menos las nueve y media y dijo que tenía una sesión de firmas a las diez. De modo que le dije: «Bien, ordenemos su habitación y vayamos. Haré lo posible para que pueda recuperar el paquete si es que aún está en el, guardarropa.» Estaba intentando calmarlo, entiéndame, porque me parecía que estaba peligrosamente a punto de saltar. ¿Está seguro, Darius, de que el paquete contenía sólo plumas?

No muy seguro —dije con precaución—, en el sentido de haberlo comprobado, pero la señora Devore dijo que había plumas en él, y yo estoy seguro de que es así. Tiene que comprender que Giles es un impulsivo. Cuando las cosas no salen como ha preparado, se vuelve loco. Aparte de esto, estaba intentando cambiar de casa editora y entre el miedo a perder una gran oportunidad y el miedo a un comportamiento que pudiera calificarse de poco ético, su situación nerviosa no debía resultar envidiable. Y además...

Quería continuar y decir que puesto que había fracasado a jugar al niño con Henrietta la noche anterior, todavía se encontraba como un niño... la

misma Sarah lo había descrito de esa manera. Ciertamente, su comportamiento para con las plumas que se secaban no difería del de un niño. Pero me lo guardé para mi coleto. No iba a proporcionarle nada que la condujera en lo que se había dejado por decir.

Entonces, ¿hicieron limpieza en la habitación?

Sí —contestó—. No la limpié, entiéndame, pero puse en su sitio mantas y toallas, e hice las camas. El no me ayudó mucho.

¿Fueron sus ropas colgadas en su sitio o amontonadas en algún lugar?

Oh, sí. Fue lo que primero hubo que hacer.

¿No dejó ninguna prenda tirada por ahí, sobre las sillas o sobre la cama?

No —respondió con firmeza—. Cuando hube terminado, vi que eran las diez menos diez (37) y me sentí responsable de que llegara a tiempo para la sesión de firmas. No era demasiado difícil conducirlo; pensando que era un robot, lo agarré por el codo, considerando que no se detendría mientras alguien lo empujara. Una vez en el ascensor, sin embargo, él insistió en ir al guardarropa. Yo no estaba en situación de organizar una escena, puesto que el ascensor, se lo aseguro, no estaba vacío. De modo que nos detuvimos y salimos en la segunda planta. Sabía que sería difícil negociar cualquier cosa urgente con Hilda -es una hembra con una cachaza impresionante- y teníamos pocos minutos ya. Cuando ella insistió en que le fuera entregado un resguardo, apremié a Devore, diciéndole que yo obtendría el paquete en pocos minutos, tan pronto como él llegara a tiempo a la sesión.

Pero usted no retiró el paquete, ¿no?

No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Simplemente quería tranquilizarlo. Aparte, no creía que hiciera falta retirarlo hasta que hubiera concluido con las firmas; y él nunca me dijo lo que había en él. Aun cuando yo hubiera sabido que se trataba de plumas, me habría parecido, vamos, que el mundo estaba lleno de plumas y que cualquiera puede servirse de la de cualquiera.

No es el caso para con una pluma con el monograma de Devore con la que se manufactura un libro con el monograma de Devore.

Bien, el caso es que yo no sabía eso.

3' Anteriormente, Asimov declaró que Giles Devore llegó a las once menos cinco. Sin duda se trata de un error.

De acuerdo, siga.

Entramos en la sala de firmas y él se alejó de mí como si de nuevo volviera a la vida. Lo dejé ir, figurándome que había encontrado su ambiente. Después de un momento, lo vi en su asiento.

¿Y nadie la vio a usted entrar con él?

Hubo personas que lo vieron y personas que me vieron, pero ignoro si hubo alguien que nos viera juntos. El lugar estaba atestado de gente cuando penetramos en él porque estaba acabando otra sesión de firmas, y Devore se separó de mí en el umbral de la puerta.

Usted permaneció allí, sin embargo. Porque usted sabía lo del alboroto que Giles armó.

¿O alguien se lo contó?

No. Me quedé. Advertí que Asimov estaba allí y me sentí impelida a ir hasta él y excusarme por mi actitud de la noche anterior. Yo había estado un poco brusca, pero, ya lo sabe, tenía problemas con el personal artístico y se me presionaba un poco intensamente. El no le dio importancia alguna y entonces le pregunté que quién era usted y él me lo dijo y me quedé estupefacta.

Pero no se lanzó corriendo a buscarme y excusarse —dije, con lo que debió ser un molesto tono de ironía.

Fingió no advertirlo (cosa que me alivió, porque me salió a pesar mío).

No, no habría sabido dónde encontrarlo, aunque se me ocurrió que podría verlo durante la comida, como ocurrió, ya lo sabe. Mientras tanto, permanecí allí porque Asimov me entretuvo y me divertía. ¿Lo ha visto alguna vez firmando?

Sí —dije sin el menor entusiasmo.

Ella sonrió.

¡Qué libertino de tres al cuarto! Perseguía indiscriminadamente a todas las chicas que veía. Un absoluto demócrata, que no presta atención a raza, credo, color, edad...

O pura condición servil —dije—. Lo sé. Supongo que es divertido la primera vez que se le ve en acción.

Sí, lo es. Todas las declaraciones que hacía las deslizaba en un terreno de doble sentido y se las arreglaba para convertirlo todo en algo tan inofensivo que nada parecía importar. Es como un perrazo juguetón que da saltos de aquí para allá...

Hice que siguiera con lo anterior.

¿Y permaneció usted allí hasta que se armó el pequeño altercado de

Giles?

Sí. Y permanecí hasta el fin porque me sentía todavía responsable de él y porque temía que le pudiera pasar algo desagradable que provocara mala publicidad al hotel.

¿No le oyó decir nada sobre mí en todo ese tiempo?

No. Entonces, no.

¿Cuándo se lo oyó decir?

Cuando acabó la sesión de firmas y arrojó la pluma que había estado usando contra la pared. Rebotó y cayó al suelo.

¿La pluma de tinta roja?

No sé qué clase de pluma era, pero a las claras estaba furioso y quizá fuera de sí. Se puso en pie y se fue hacia la puerta. Algunas personas intentaron detenerlo y hablar con él, pero no prestó atención. Me pareció que estaba sudando y yo temía que se hallara al borde de un colapso. Mi sentimiento de responsabilidad venció de nuevo, de modo que fui tras él tranquilamente, lo cogí por el brazo y lo conduje hasta los ascensores.

¿Y qué ocurrió entonces?

Mientras nos dirigíamos hacia los ascensores, le pregunté si quería detenerse en el guardarropa para retirar su paquete y dijo: «Demasiado tarde.» Y entonces, con una especie de susurro, añadió: «Ese Darius... Ese Darius Just.» Lo dijo con tal tono de odio que me asustó. Había un deje homicida en su voz, y aun cuando se comportaba conmigo como si fuera un niño, era un hombre físicamente grande y usted tan...

¿Pequeñajo? —sugerí cuando su vacilación se hizo evidente.

Se evadió.

Creí que era mi deber ponerlo en guardia.

Pero no corrió a avisarme entonces, ¿eh?

Como le dije, no sabía de qué manera podía encontrarlo entonces. Además de eso, tenía que llevarlo a su habitación.

¿Y qué ocurrió cuando lo hizo? ¿Lo dejó allí? ¿Entró con él? ¿Qué hizo?

Ahora se había puesto visiblemente nerviosa. Tomó unos cuantos papeles de su escritorio para manosearlos. Entonces alzó la vista y dijo en voz baja:

Le he dicho todo cuanto puede ser importante.

¿Por qué no me miente y me cuenta que lo llevó hasta su habitación y se marchó después sin entrar?

¿Cómo sabe que eso seria mentir?

Porque he descubierto cosas sobre Giles. Podemos estar razonablemente seguros de que se sentía frustrado por los sucesos de la noche anterior y que ningún alivio había encontrado después. El fallo en retirar el paquete, el lío de la sesión de firmas pueden haber acentuado sus necesidades. Estoy bastante seguro de que aun cuando usted hubiera querido dejarlo en su habitación y marcharse, no habría sido capaz de ello. El la cogió a usted por el brazo, ¿no?, y la arrastró hacia dentro. ¿Qué podía usted hacer? Era un tío tan grande y yo tan... pequeñajo.

Dijo humildemente:

Sí, me arrastró hacia dentro.

Y una vez hubo usted entrado, él se puso a llorar y luego le pidió que lo desvistiera y que le diera un baño.

Me miró fijamente a los ojos y dijo amargamente:

Lo sabe, entonces. Usted ha vivido con él. ¿Lo hacía siempre así? ¿Y nunca intentó conseguir ayuda?

Me encogí de hombros.

Mi vida con él nada tenía que ver con eso. Descubrí esa faceta suya ayer mismo. ¿Y por qué debería haber conseguido ayuda? Si se topa con una chica a la que no le importa cooperar, ¿a quién perjudica?

Durante un rato no replicó, y al cabo de unos minutos, pregunté, en voz baja:

¿Cooperó usted?

Se levantó de la silla para poder inclinarse sobre mí y por vez primera me pareció evidentemente irritada:

No —dijo—, no lo hice. Cuando me dijo lo que quería, me fui.

No pudo haberse marchado si intentó detenerla.

No intentó detenerme. Me fui rápidamente, en un arrebato. Estaba cerca de la puerta... y salí. No podía moverse tan rápido como para detenerme.

Ya veo.

Supongo —dijo pensativamente-que la mujer de la noche anterior lo rechazó también.

Sí, así fue.

Y eso es todo.

¿De veras? —dije—. Usted subió a su habitación después de las firmas. ¿A las once y diez?

Más o menos.

Y usted fue a la comida y me avisó de la irritación de Giles,

aproximadamente a la una en punto, cerca de dos horas más tarde.

No pude encontrarlo inmediatamente. ¿O esperaba que me pusiera a

dar vueltas por todo el hotel a ver si lo encontraba por casualidad?

¿Qué hizo durante esas dos horas?

Estuve en mi oficina. Tenía cosas que hacer.

¿Quién la vio?

Nadie. Mi recepcionista estaba fuera. Era el Día de los Caídos, recuerde.

No tiene usted coartada.

¿Para qué la necesito? —sus ojos se clavaron en los míos y pude ver que la rabia le iba emergiendo otra vez.

Su relato es inconsistente —dije—. Giles dijo que había dormido toda la noche y sin ninguna mujer, y si él dijo eso, según usted ha informado, tengo que creerle. Pero sólo tengo su informe al efecto. Tengo sólo su informe para saber lo que ocurrió antes y después de la sesión. Usted puede estar mintiendo.

¿Mintiendo? ¿Qué se imagina que ocurrió?

Usted es una mujer bajita —dije con soltura, retrepándome en el asiento—, pero dominante. Lleva aquí un departamento con autoridad y está habituada a manejar a tipos grandotes. Puede que hasta le guste. Ahora bien, allí tenía usted un tipo que quería ser doblegado. Usted pudo haber pasado con él toda la noche. Y si no fue así... —hice un gesto con la mano, conteniendo el comienzo de una irritada réplica de Sarah—, cosa que admito que es improbable, entonces pudo muy bien haberlo ayudado el lunes por la mañana, especialmente a última hora.

Sarah estaba perdiendo el dominio de sí.

Prosiga —dijo con los labios tensos.

Usted dijo que se había estado sintiendo responsable de él toda la mañana. Lo condujo del brazo hasta su habitación, se preocupó por él y pudo haberse distraído desnudándolo y bañándolo. Nada malo hay en ello. Dos adultos que lo aceptan y nada más.

Ya veo. Y si fue así, ¿qué pretende con eso?

Vaya, que si fue así, usted pudo haber estado allí cuando él la

palmó —me levanté súbitamente y dije con intención—: ¿Qué ocurrió? Entonces fue como si su rabia desapareciera de golpe. Se rió llena

de buen humor y dijo:

¡Qué divertido! —y rió de nuevo.

Comencé a sentirme un bobo.

¿Qué es lo divertido?

La forma como lo ha hecho. Levantarse repentinamente como un maestro de escuela que va a inducirme a decir algo que yo no quiero decir

Pero no me ha respondido.

Porque —dijo de forma bastante natural-nada hay que decir. Usted no cree realmente que yo esté mintiendo. Simplemente me está probando, y, se lo aseguro, paso de eso. Lo llevé a su habitación a eso de las once y diez y no pudo ser mucho después de las once y cuarto cuando lo dejé, las once y veinte cuando salí al exterior. Lo dejé llorando, ¡pobre tipo!, pero le aseguro que no tuve que ver con él más que lo que le he contado. Claro...

¿Sí?

Me embargaba una leve tristeza por no haber sido, quizá, un poco más amable. Cuando intentara darse una ducha en aquellas condiciones...

Todo el mundo intenta ser responsable —repliqué—. Ahora, escuche: ¿está usted completamente segura de que cuando abandonó la habitación no había ropas esparcidas por cualquier parte?

Le digo —y su acostumbrada precisión fonética se hizo más pronunciada-que cuando me marché tenía las ropas puestas. Ninguna prenda se había quitado todavía.

Perfecto. Ahora bien, cuando usted salió, ¿había alguien en el pasillo?

No.

¿Está segura?

Muy segura. Mire, Darius, he hecho el amor, ¿comprende?, y con una razonable variedad de técnicas también, pero aquélla era más bien nueva y bastante repelente, propuesta, además, por alguien a quien yo encontraba sin interés, sexualmente, y me sentí impresionada, aunque hasta entonces había pensado que nada sexual podía impresionarme. ¿Por qué me mira así, Darius? No creerá que soy virgen, ¿verdad? Tengo treinta y dos años y un hijo de siete.

Extendí las manos.

Lo siento. No había pensado realmente nada de eso. Excepto que su nombre encaja en su acento, así que pensé que no estaba usted casada. Claro, pudo haberse casado con algún tipo de su tierra y el

apellido de su marido...

O pude haberme divorciado y estar trabajando aquí bajo mi nombre de soltera. ¿No es posible también?

¡Oh! ¿Es así?

¿Qué importa? ¿Tiene algún interés?

No sabía realmente qué decir, de modo que opté por la verdad.

No, no importa, pero creo que me pica un poco la curiosidad.

Estoy divorciada —dijo—. ¿Y cuál es su estado civil?

Solo en la vida —dije muy rápidamente.

Siempre.

Nunca estuve casado, aunque creo que no le impresionará si le digo que tampoco soy virgen.

Si me hubiera dicho que lo era no me lo habría creído —dijo irónicamente—. Pero déjeme explicarle cómo supe que el pasillo estaba vacío. Cuando salí de la habitación de Devore, me sentía un poco vil y poseída por un intenso deseo de que nadie me viera salir de la habitación. Sentí que muchas cosas, demasiadas, quizá todas, podían haber sido supuestas por mi aparición.

¿Estaban desordenadas sus ropas?

No sea tonto. Era un sentimiento neurótico y nada más. En cualquier caso no quería que nadie me viese y tomé un especial cuidado en que nadie lo hiciera. Nadie había en el pasillo.

¿Nadie, nadie?

Vaciló.

Bueno, tuve la vaga impresión de que hubo un movimiento instantáneo en dirección a su habitación cuando doblé el recodo que daba al ascensor. Pudo haber sido una falsa impresión provocada por el temor.

¿Ninguna cosa más específica que una simple impresión de movimiento?

No. Puesto que no quería ser vista, o peor aún, ser atrapada por Devore en caso de que me estuviera siguiendo, tomé las escaleras hasta el piso inmediatamente inferior y cogí el ascensor allí.

Malo, malo —dije—. ¿Hubo allí alguna otra impresión de cualquier clase que no fuera precisamente esa sensación de movimiento instantáneo? ¿Podría decir si lo que fuera que usted vio era alto o bajo, hombre o mujer?

No. Nada.

Muy malo. Y si usted se marchó a las once y veinte y yo la

encontré dos horas más tarde, hora en la que Giles llevaba muerto algún rato, ¿no es posible que el movimiento que usted vio perteneciera al asesino que iba a ver a Giles?

¡Por Dios!

Me quedé inmóvil por un rato, incapaz de pensar en ninguna otra pregunta que hacerle. Pasaban de las seis.

¿Tiene que ir a casa?

Suelo hacerlo.

Quiero decir si se supone que tiene que estar de regreso junto a su hijo.

No, el niño está con su abuela, con mi ex suegra. Tienen los derechos sobre él también, aunque el divorcio no se efectuó en términos desamigables. No pudo ser así, puesto que no pedí ninguna pensión.

Vaya. Bien, pues —me sentí repentinamente animado—. ¿Le importaría cenar conmigo?

¿Vamos a seguir hablando de míster Devore?

Decidí ser honrado.

Podemos hacerlo, un poco, porque es lo único en que me he sentido capaz de pensar durante hace poco más de treinta horas. Pero le prometo que haré un sincero esfuerzo por hablar de otras cosas.

En ese caso, de acuerdo. Acepto su invitación, Darius.

16. SARAH VOSKOVEK, 6:20 de la tarde

Tomamos el tiempo necesario para asearnos, tanto literal como eufemísticamente, y hubo a continuación una leve discusión sobre dónde ir a cenar. Decidimos ir a un local armenio, pequeño, que yo conocía, con reservados, y que probablemente no estaría muy lleno un martes por la tarde. Estaba lo bastante cerca como para ir andando, y de algún modo sentí que me gustaba pasear.

Era una de esas agradables tardes en que uno no advierte la existencia de la atmósfera, tan perfectamente requerida por los humanos. El tiempo no era ni demasiado cálido ni demasiado fresco, ni demasiado húmedo ni demasiado seco. El aire no estaba tan inmóvil que provocara exudaciones en la piel, ni tan azotador que molestara. Hasta había un suave aroma procedente del aparcamiento que podía detectarse en los intersticios dejados por los automóviles en reposo.

El sol nos daba en la espalda mientras caminábamos, agradablemente cálido, dotando de cierto brillo a las calles. Ni siquiera nos molestaba el

tráfico.

Sarah parecía estar de buen humor, casi resplandeciente. Si hubiera llevado zapatos apropiados, se habría puesto a dar saltos. Creo que se sentía aliviada por haberme contado los detalles y haberse desembarazado así de sus demonios internos.

En cuanto a mí, tenía que agradecer un poco menos. Tenía ya recorrida la ruta de Giles desde el momento en que lo dejé la noche del domingo hasta un momento dos horas antes de que lo encontrara. Y a este respecto, no tenía nada.

Nada había con lo que poder llenar aquel intervalo de dos horas. No podía decir quién lo había asesinado ni por qué. Peor todavía, no tenía ni idea de qué hacer para proseguir.

Sí, la tenía... iba a cenar con Sarah Voskovek, algo que habría considerado altamente improbable poco antes.

Nuestras sombras se estiraron ante nosotros cuando cruzamos la avenida, el semáforo en verde, con un despreocupado trotecillo. Por un momento me parecieron extrañas, distorsionadas, innaturales... y luego me di cuenta de por qué. Mi sombra era más larga que la suya. Para el caso, su brazo estaba sobre mi codo, ejerciendo su leve presión hacia abajo en vez de hacía arriba. Era una sensación extraña, y más bien excitante.

¿Sabe? —dijo ella cuando por último nos instalamos frente a frente en torno a una mesa de madera de uno de los reservados del fondo del restaurante—. Le estoy muy agradecida por haberme invitado a venir aquí y haberme alejado de la campaña de publicidad. Quiero que sepa eso. Estoy cansada. Mañana tomamos las decisiones finales, no importa cuáles, y luego descansaré durante una semana, lo que será un placer.

¿Dónde irá?

No estoy segura. Aunque puedo quedarme en casa, dormir todo el día cada día o ver la televisión. ¿Por qué tendría que ir a alguna parte?

Supongo que usted no tiene que hacerlo... aunque todo quisque lo hace.

Entiendo. Es la marca de la sociedad móvil —dijo—. Todos vamos a alguna parte, en coches o aviones, o barcas tal vez, quemando gasolina y con jaleo, con jaleo. Nosotros vamos allí y ellos vienen aquí.

Los hoteles no podrían sobrevivir de otra forma.

Ya sé... y eso me molesta a veces. ¡Vivimos tantos de malgastar energía! ¿Qué ocurrirá cuando se acabe la energía para derrochar?

De modo que hablamos del día del juicio durante un rato. Luego, junto a uva abundante y ensalada, hablamos de alimentación natural. He perdido la noción de las cosas que hablamos, pero no de que nos mantuvimos lanzándonos la pelota el uno al otro, hacia delante, hacia atrás, jamás escapándose fuera del campo, jamás encajada entre las redes, jamás perdida en la maleza.

Descubrí cosas de su antigua vida. Su padre era un oficial del gobierno allá en su tierra natal y cayó en desgracia bajo condiciones tales que significaban la cárcel o algo peor. Afortunadamente, pudo salir con su hija y se dirigieron a los Estados Unidos.

Eso había sido hacía diez años y él había muerto después. Ella se casó nada más llegar aquí... demasiado pronto, y no le fue bien, excepto para producir un hijo.

Sabía inglés cuando vine —dijo—. Tenía que ser mi profesión, profesora de inglés. Me gusta el idioma; me parece que me sienta bien. Solía pensar que lo hablaba a la perfección, pero aquí todo el mundo sabe en seguida que soy europea.

Usted lo habla demasiado a la perfección —dije—. ¿Todavía puede hablar su idioma de origen?

Se rió y habló rápidamente en algo que sonó a eslavo. Intenté repetir unas pocas palabras.

No es usted políglota —dijo.

Claro que no —contesté—. Todo lo que puedo manejar es el inglés.

Mis lectores de manuscritos lloran sobre sus páginas. ¿Qué es lo que yo

trataba de repetir en esa jerigonza que usted me hizo repetir?

Hace demasiadas preguntas.

Oh, vamos. Es natural que quiera saberlo.

No, no, ésa era la frase. Las palabras que usted repitió significaban: «Hace demasiadas preguntas.»

También ella hizo preguntas, más o menos las mismas, y le hablé con increíble desenvoltura sobre los postres y el café y de cómo me había iniciado como escritor.

Y entonces, de modo imprevisto, sus fuegos parecieron apagarse, y algo sombrío, como una nube, se cogió a su rostro.

¿Qué ocurre, querida? —dije.

El «querida» se me escapó sin ninguna doble intención. Me estaba sintiendo amable.

Se estremeció levemente.

No sé. Estoy comenzando a ver cosas.

¿Qué cosas?

Pienso que es porque le dije que había visto aquella instantánea de movimiento cuando salí de la habitación de míster Devore. Parece que me pone de un humor melodramático.

Era la primera vez, desde que entramos en el restaurante, que Giles salía a colación, y sentí que su invisible presencia se nos aproximaba por encima del delicado crepúsculo que había acompañado nuestra cena.

Bueno, ¿y qué? Diga lo que sea.

Cuando paseábamos hacia aquí, me pareció que alguien nos seguía.

¿Nos seguía? Yo no vi a nadie.

Usted no estaba observando. Bueno, ni yo tampoco, pero vi un hombre.

Miles de hombres se cruzaron con nosotros.

A éste lo vi varias veces, siempre de alguna forma cerca de nosotros, aunque no demasiado cerca. Y ahora, en este momento preciso, ha entrado en el restaurante.

Me volví, claro, pues la puerta quedaba a mi espalda.

Acaba de irse —dijo ella—. Entró sólo un momento, como para estar seguro de que todavía estábamos aquí.

¿Lo conoce?

Me es completamente extraño.

¿Era el mismo hombre que vio en la calle?

No estoy muy segura. Fue sólo una sospecha. Pero ¿por qué iba nadie a entrar y salir en seguida? El hombre se limitó a entrar, a lanzar una mirada en derredor y a irse.

Miré el reloj de pared que estaba sobre nuestras cabezas. Lo señalé y dije:

Entró para comprobar la hora y no era el mismo hombre que estaba en la calle, y el hombre de la calle no nos estaba siguiendo. Y aparte, no necesita tener usted miedo mientras esté conmigo. No se deje engañar por mi estatura. Le diré qué vamos a hacer: dar un paseo. No es tan tarde.

Sonrió.

¿Hacia dónde pasearemos? Déjeme adivinarlo. ¿Hacia su apartamento?

Me sentí confuso, claro, porque mi apartamento se encontraba en la dirección del paseo hipotético.

Soy inocente, ipor su honor! Si usted me suplicara venir a mi apartamento, no tendría valor para negarme, pero, le doy mi palabra, nada malo tengo en la cabeza.

Depende de cómo Darius Just define el mal —murmuró ella.

En la cabeza tengo un paseo —dije—, un paseo honrado y sin tacha por la acera del parque bajo la tenue luz del atardecer. Le estoy sugiriendo un paseo por entre la belleza. Hace apenas dos días que comenzó la luna llena y en la claridad del aire crepuscular de este atardecer, contemplaremos cómo se alza, gruesa y esplendorosa, poseída por tintes anaranjados, por encima del parque. Y cuando lo hayamos visto, si usted vive en algún lugar dentro de diez millas a la redonda, la llevaré a casa en taxi; o, si lo prefiere, la dejaré en el taxi y pagaré al conductor lo que supongo valdrá el trayecto.

Por el amor de Dios —dijo—, usted bloquea todos los caminos que conducen razonablemente a una amable negativa. ¿Qué pasaría si le dijese que me parece sentir el comienzo de una jaqueca?

Le diré que el aroma de la flora primaveral que puebla el parque le proporcionará una cura eficaz.

Pues perfecto. Daremos un paseo, Darius, por encima de cualquier impedimento.

El camarero me había devuelto mi tarjeta de crédito, cuidadosamente, repasé el costo de la cena y nos marchamos.

17. SARAH VOSKOVEK, 8:30 de la noche

Eran aproximadamente las ocho y media cuando llegamos al parque y la luz crepuscular había desaparecido del todo. De hecho, si no hubiera hablado de la tenue luz del atardecer por la que sentía que las emociones se arrebataban, me habría referido a la noche. Las tres estrellas que uno puede contemplar en el cielo sobre la ciudad desaparecían ante los destellos de los faros de los automóviles que parpadeaban por todas partes.

Pasé un brazo por la cintura de Sarah.

¿Tiene frío?

No, nada —dijo. Pero mi brazo quedó donde estaba, sólo por si más tarde se sentía sobrecogida por el frío, y ella hizo lo mismo que yo, tal vez por la misma razón.

Fuimos caminando hacia mi apartamento, aunque nada dije al respecto y juro que no tenía la menor intención de trabajármela allí. Que

camináramos en aquella dirección debe considerarse como mera coincidencia (38).

La luna se encontraba exactamente como yo había predicho y ella me dijo que en su apartamento tenia un telescopio manual que a veces se llevaba a la terraza de su casa para observar los cráteres de la luna, las fases de Venus y los cuatro satélites mayores de Júpiter. Yo nunca había visto los satélites y así se lo dije, y me replicó que algún día me los enseñaría; una promesa que, por el momento, recogí con intención de cobrarme.

En apariencia, ella se había repuesto de su angustia del restaurante, aunque no me estaba percatando del todo del asunto, pues, para ser sinceros, lo tenía completamente olvidado.

De hecho, entre el sugestivo y más bien erótico tacto de la cintura de una mujer madura en una posición que jamás había palpado antes, y la enorme placidez del momento tras la agobiante y casi interminable circunstancia de la convención, me sentía poseído por un estrambótico romanticismo de novela, a cuyos embates no suelo ser propenso.

Con melosos tonos que en otra circunstancia no habría reconocido como propios de haberlos podido oír desde fuera, dije:

Qué pena que el parque esté impracticable.

Una pena ciertamente —dijo Sarah—. Sería tan bello en una noche como ésta; tan pacífico y tentador para escapar de la agobiante ciudad e internarse en la serena vegetación.

Era exactamente lo que yo había experimentado, un sentimiento de rebelión me

sobrecogió, una sensación de privación cruel.

Esto —dije-es el resultado de la creencia en la autorrealización. Una vez se difunde el rumor de que el parque es peligroso por la noche, la gente comienza a alejarse y a abandonar sus paseos a los parques, por ese simple hecho: lo peligroso. Y puesto que los lobos se congregan por lo que puede haber quedado, y puesto que su aislamiento los hace ser más proclives a sus actos, la peligrosidad aumenta.

Lo sé. Es terrible.

Pero le diré algo. No necesitamos internarnos por sus senderos.

38 Asimov me fuerza aquí a protestar por hacerme parecer ridículo - NOTA DE DARIUS JUST.

Todo cuanto puedo decir es que me habría gustado disponer de un magnetófono. Habríais oído a Darius jurar y perjurar, golpearse el pecho y besar sus dedos cruzados poniendo al cielo por testigo de que sus intenciones no eran licenciosas. Ni por un segundo me lo creí - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

¿Por qué no escogemos un banco cerca de sus límites, con una farola convenientemente próxima? Podemos sentarnos al menos y alejarnos sólo un poco del tráfico. —(Seré sincero: estaba pensando en que podríamos darnos el pico.)

Oh, no. Después de todo, si algo ocurre...

Nada ocurría. Y si ocurre, yo me ocuparé de ello.

-Oh, no —dijo ella blandamente—. No sea fanfarrón.

Me pareció, a la luz de una farola no muy cercana, que por un momento sonriendo condescendía.

Supongo que tenía que seguir hablando. Con besos o sin ellos, no creo que tuviera yo la menor intención de meternos en el parque... pero ¿qué podía hacer después de aquello?

No se fíe de las apariencias, sólo mido 1,58 centímetros y peso 55 kilos —(mierda, si ella era europea podía entenderlo a la perfección)—. Puedo cuidar de mí mismo... y de usted también.

Estábamos pasando ante una de las entradas y dije:

Vamos —y la conduje por allí.

Ella intentó retroceder.

No, Darius, ahora no es muy divertido.

Vamos. No tenga miedo. Nadie nos hará daño. Nadie nos molestará.

Insistí. Utilicé mi no muy considerable fuerza y ella tuvo que aceptar. No me sentía muy a mis anchas, claro, y me sentí enormemente aliviado cuando encontramos un banco vacío apenas a veinte pies de la entrada. Estaba un poco apartado de la calle y el paso interior para automóviles daba la ilusión de aislamiento, pero también se encontraba lo suficientemente cerca del límite del parque para dar la ilusión de protección.

De modo que nos dirigimos hacia el banco.

Entonces dije:

Ahí mismo. ¡Perfecto!

18. ANÓNIMO, 9:00 de la noche

Había luz suficiente, procedente de una farola medio oculta por las hojas de un árbol, para permitir que viera su cara, aunque también estábamos lo suficientemente a oscuras como para hacérmela parecer muy deseable. Me pareció perfectamente natural emprender la aventura del beso. ¿Para qué otra cosa habíamos entrado en el parque? ¿Para qué otra cosa estaba ella conmigo?

Aunque, de algún modo, perdí la autoseguridad que generalmente me

acompaña en tales ocasiones. Hay síntomas físicos que uno detecta y reconoce. Con experiencia y un cierto cúmulo de sentido común aplicado al juego, uno sabe qué es bien acogido y qué no lo es, y hasta dónde puede permitirse uno prolongar las humillaciones de los rechazos o las todavía mayores humillaciones de emplear el forcejeo, no obstante estar

implicado en el juego.

En el caso de Sarah, yo estaba confundido. Se había comportado muy amablemente de forma que no implicaba el flirteo. ¿Quería o no ser besada? Para mi desazón, me encontré de vuelta a mi adolescencia. Descubrí que estaba acortando lentamente la distancia que mediaba entre nuestros rostros, buscando el menor síntoma que claramente me induciría a proseguir... o a retroceder.

Durante un rato pensé que la besaría, pero entonces ella retrocedió... ásperamente, aunque sin ningún signo de disgusto o desaprobación: sino de miedo.

iDaríus! —gritó con voz que se le ahogaba en la garganta.

Supongo que yo estaba más sumergido en el juego que ella. Lo advirtió; yo nunca lo habría notado. Pero había algo más que cambiaba las cosas: ella estaba de frente y yo no.

Me volví en su dirección y me puse en pie.

¿Qué mierda quieres? —exigí.

El tipo estaba a unos quince pies de distancia como mucho, según pude juzgar bajo la escasa luz, pero nada podría decir sobre él salvo que era un hombre, un hombre blanco, moderadamente alto y fornido. Vestía chaqueta oscura, camisa oscura, pantalones oscuros, y si no hubiera sido por la pálida luminosidad que recaía sobre sus manos y su rostro, habría sido tan invisible como una sombra.

Es el hombre del restaurante —dijo Sarah, agitada.

No puedes decir eso —susurré sin apartar ni un instante los ojos del .tipo.

Tiene la misma forma. El mismo... algo, estoy segura,

¿Qué quieres? —dije al otro.

Podían oírme tal vez desde la calle, pero no tenía muchas esperanzas de que ningún héroe corriera a protegerme. Todo el mundo pasaría corriendo, haciendo como que nada oía.

No te muevas —dije.

Pero la forma se estaba moviendo, a pasos cortos y un nuevo resplandor brilló en otro lugar, más visible.

Tiene un cuchillo —susurró Sarah.

No necesité apostar a que era así.

¿Quieres dinero?

No hubo respuesta y no pude esperar más tiempo.

Empujé a Sarah nerviosamente hacia un lado.

Quédate aquí —dije en voz baja—. Si nos liamos a tortazos, corre.

Retrocedí hasta pisar el césped, situando el banco entre el otro y yo mientras calibraba la situación. Por lo menos no tenía el tipo una pistola (o no la usaba aunque la tuviera) con la que abatirme a una razonable distancia. Aunque una muerte de tipo silencioso le daría más tiempo para escapar.

Yo estaba seguro de que sus intenciones eran criminales. Algo cojonudo. Uno se encuentra y conoce tantos hombres en su vida, tantas mujeres, tantos nombres, pero hete aquí que uno se encuentra con una persona con la que la relación que se establece es la más íntima de todas - asesino y asesinado- y de la que nada sabes. Todos los nombres que te has aprendido a lo largo de tu vida van descartándose y todo acaba en que tienes que bautizarla como Anónimo.

Vivamente, Anónimo estaba rodeando el banco para alcanzarme. No iba a arrojar el cuchillo, estaba seguro. Arrojar un cuchillo es algo que requiere mucha más habilidad de lo que se piensa y muy pocos la tienen... y si el cuchillo te falla, te quedas desarmado.

Retrocedí tan rápidamente como él, aunque dejándolo que rodeara el banco. Sabía lo que yo quería y necesitaba espacio vacío entre ambos. Con voz próxima al tono coloquial dije:

Ponte detrás de él, Sarah.

Sabía que ella no iba a moverse. ¿Cómo iba a hacerlo? Probablemente estaba helada de miedo; desvalida... ni correr siquiera, puesto que no había oído crujir la hierba, ni gritar.

Estaba seguro de que Anónimo sabía que ella no se movería, pero la gente es humana. No obstante saber a la perfección que nadie iba a situarse a su espalda, sus ojos se movieron rápidamente hacia Sarah, concediéndome el momento de desatención que deseaba.

Con un horrísono grito, me lancé hacia delante y mi pie derecho se incrustó justo en sus testículos. Le aticé con rabia (el tío tenía un cuchillo, a fin de cuentas) y no podía haber confiado la efectividad de mi acometida de ningún otro modo, aunque tampoco tenía la esperanza, ni siquiera la intención, de obtener una alta puntuación.

No obstante, es difícil controlar la reacción cuando un pie se clava en

región tan delicada, particularmente cuando un inesperado alarido acompaña el gesto. Anónimo echó atrás su pelvis, no muy conscientemente, estoy seguro, y sus manos bajaron en automática y bastante poco obstaculizadora defensa.

Pero mi pie derecho se había convertido en un proyectil y dio de lleno en el blanco. (Había practicado esta forma particular de ataque muchas veces, y me sentía satisfecho de ver que funcionaba a la perfección, aunque tardo más en decirlo que en hacerlo.) Atrapé la muñeca del brazo impulsado hacia abajo, al que portaba el cuchillo, la retorcí fuertemente y continué su dirección, reforzándolo con el mío propio, girándola hacia atrás y hacia delante tan duramente como pude.

El cuchillo salió volando, como había previsto, y el brazo se le quedó sin duda dislocado, a tenor del grito que lanzó... y el tipo me cascó.

El problema era, claro, que él pesaba al menos sesenta libras más que yo y mientras yo podía aprovecharme de mi mayor agilidad y desgajarle un brazo del hombro, no había forma de poder eludir su masa en el momento de cargar contra mí. Tenía que ser muy rápido y evitar que se me pusiera encima, de modo que con el empellón salí disparado, con la cabeza en vanguardia, contra un árbol.

Tengo un cráneo a prueba de golpes, pero no puede compararse con el tronco de un árbol ya viejo y con raíces firmemente asentadas, de manera que vi de pronto un sinfín de lucecitas bonitas, me derrumbé y todo se volvió negro.

No pude moverme durante un rato. Casi era incapaz de pensar... sólo podía sacarme los pensamientos con pinzas. Ella me había avisado... Sarah... y yo no le había hecho caso. ¿Me había metido ella en el... parque...? Un dolor agudo... ella me avisó, pues... me preparó..., me engañó..., me convenció... y ahora... yo yacería allí y él podría... alzar el arma... acuchillarme... otra vez... o lo haría ella.

Darius...

Fue un grito y lo oí al menos.

Pude moverme y luché por ponerme en pie, pero mis rodillas vacilaban y tuve que apoyarme contra el árbol.

¿Qué...?

Estaba aturdido por el dolor y tenía dificultad en aclarar mi campo de visión.

Sarah sostenía el cuchillo con ambas manos. Mis ojos lagrimearon mientras ella parecía estar sumergida en profunda niebla.

¿Qué hago, Darius?

Estaba inclinada sobre el pecho de Anónimo. El tipo estaba completamente inmovilizado y no precisamente por el hombro dislocado. Cuando mi visión se aclaró un tanto, no me sorprendí de que no se moviera, pues ella estaba con el cuchillo sobre uno de sus ojos, virtualmente en contacto. Podía haberse puesto a dar vueltas sobre sí más rápidamente de lo que ella pudiera haber esperado, considerando que la chica no era evidentemente muy experta en evitar las caídas, pero su hombro dislocado le hacía dificultoso cualquier movimiento y podía ver que no se arriesgaría a perder el ojo... seguido del cerebro que había tras él.

¿Qué hago, Darius?

Mantente así un minuto —dije boqueando—. Estaré ahí en cuanto pueda moverme. Si se mueve, dale la puntilla.

Eso es lo que me dije que tenía que hacer, pero no quiero hacerlo.

Hazlo de todos modos. Puedes gritar mientras lo haces.

Me las arreglé para moverme y sostenerme en pie, sintiendo que iba a desplomarme a cada paso. Había veinte pasos para llegar hasta donde ella estaba, quizá veinte años.

Contemplé a Anónimo y me pareció en mal estado, sudoroso bajo la débil luz, peor y más sudoroso de lo que yo estaba. Su brazo debía habérsele jodido del todo y se mantenía intentando mirar el cuchillo, ubicado un poco más aquí de su punto de enfoque. Intenté memorizar su rostro, que poseía una nariz roma y de algún modo retorcida que me habría sido difícil olvidar.

¿Quién mierda te ha mandado hacer esto? —pregunté en voz baja—. Dímelo o tus amigos te llamarán desde ahora el Tuerto.

El tío intentó hablar, pero me pareció que Sarah era capaz de dejar caer el cuchillo en cualquier momento: estaba temblando visiblemente.

Dame el cuchillo, Sarah —y me eché a un lado.

Pero entre mi incapacidad para moverme velozmente y la urgencia de Sarah por apartarse, la maniobra salió mal. Ella no esperó a que yo sujetara el cuchillo de la misma forma que ella lo había estado haciendo: por el contrario, lo apartó y me lo tendió.

Anónimo se movió velozmente, rodando sobre su brazo sano, apartando a Sarah. Se puso en pie como pudo, apretándose el brazo herido con la mano sana, alejándose antes de que pudiera hacer nada por impedirlo.

Déjalo ir —murmuré—. No podemos atraparlo.

Miré estúpidamente el cuchillo por un momento. Era de hoja fina y su extremo casi se difuminaba. Me lo metí en el bolsillo.

¿Vamos a la policía?

¿Para qué? —dije—. ¿Qué supones que harán, salvo escucharnos y abrir un informe?

Pero cuando vayamos a un médico, tendremos que decirle...

No necesito un médico —dije débilmente—. Estoy perfectamente bien. Justo para ir a casa y dormir un buen rato.

Estaba mintiendo, claro. La cabeza me dolía como si tuviera la muela del juicio a toda marcha.

¿Pero cómo quieres ir a casa? —dijo Sarah—. ¿Puedes hacerlo hasta la calle? Podemos coger un taxi.

No necesito un taxi —dije—. Estoy a un paso. Apenas dos manzanas. Ayúdame un poco y podré caminar. Por lo menos para dejarme a salvo en la puerta, luego podrás... irte a casa. No correrás peligro..., te lo prometo... —intenté una pobre imitación de sonrisa, creo.

Apóyate en mí —dijo, sin prestar atención a lo que le decía. Pero no podía dar un paso.

No estoy en situación —dije-de poner en peligro tu virtud. Lo siento.

Oh, cállate. ¿Hacia dónde vamos?

19. SARAH VOSKOVEK, 9:30 de la noche

Fue un extraño paseo hasta casa. Dos manzanas, luego a la izquierda y luego media manzana más allá, después subir doce pisos en ascensor. Me pareció una eternidad. Mi cabeza me dolía abominablemente y me resultaba muy difícil mantener la línea recta. No me atreví a mirar hacia abajo porque cuando lo hacía los objetos bailoteaban. Me mantuve mirando al frente, a las luces de las calles, caminando con lentitud, respirando profundamente.

Lo que más intenté fue dar la impresión de que no estaba borracho. Hay algo relacionado con el parecer borracho, cuando eres un antialcohólico empedernido, que no evita la humillación. Además, no quería situar a Sarah en situación de que se dijera de ella que estaba conduciendo a un borracho a casa.

Me dejaba caer mucho sobre ella y supongo que era algo estupendo el que yo no pesara más de 120 libras, o de lo contrario no habría sabido

entendérselas conmigo.

Intentaba caminar, sólo para dar la impresión de autosuficiencia, pero creo que fue un miserable fracaso. A duras penas recuerdo lo que dije, excepto que estoy bajo la impresión de que intenté excusarme ante ella por haber pensado que me había engañado.

Recuerdo eso sobre todo porque recuerdo su respuesta y no por haber dicho lo que dije.

El problema, Darius —dijo—, es que eres un romántico. Tuviste que hacerme pasar por malvada de cine porque de otro modo no te habrías interesado por mí. Soy demasiado bajita, creo saber.

No —dije—, estás muy bien. Lo más exacto que se puede pedir.

Intenté darle una palmada de forma paternal, pero creo que fracasé.

Esto es todo cuanto puedo recordar de cualquier conversación sostenida entonces. Sé que cuando llegamos al vestíbulo, me porté muy grave y solemne con el portero, mucho más grave y solemne de lo que acostumbraba a ser.

Ah, hola, George —dije—, ¿qué tal? Esta es la señorita Voskovek. Viene a acompañarme sólo un momento, George. Saldrá en seguida.

Sí, míster Just —dijo George, sonriendo y asintiendo.

Sarah susurró en mi oído:

No sabes cuándo voy a marcharme.

Te marcharás en seguida, Sarah. Es en tu reputación en lo que estoy pensando.

Necesitas un médico. Eso es lo que hay que pensar.

Nada de médicos —dije, y el ascensor llegó a la planta baja. Nadie había en el ascensor y recuerdo qué agradable fue recostarme

contra la pared y cerrar los ojos. Sarah mantuvo su mano en mi codo.

¿Tienes la llave? —dijo ella.

La saqué del bolsillo y se la tendí. Abrió la puerta tras algunos intentos. Yo estaba muy impaciente.

Entramos y dije:

Vale, querida. Puedes irte, porque me voy a dormir.

Nada de eso. No me iré aún. iSanto Dios!, mírate la ropa. No puedo imaginar lo que habrá pensado el portero.

Intenté mirar abajo pero me dolió mucho.

Un poco sucia. —murmuré cerrando los ojos.

Y un poco húmeda y un poco desgarrada.

Se puso a quitarme la chaqueta.

Intenté resistirme, pero hacerlo constituía un terrible esfuerzo, de modo que acabé dejándola hacer. Hasta que llegó el momento del pantalón.

Vamos, ya está bien —dije débilmente—. ¿Qué haces?

Quitártelo todo —dijo—. Todo. Te hubieras desnudado más rápidamente si fuéramos a meternos juntos en la cama.

Bueno, no vamos a hacerlo y no voy a permitir que me desnudes.

No me importa lo que quieres. Voy a desnudarte.

Y lo hizo, por supuesto. Recuerdo que permanecí con las manos sobre los genitales, sintiéndome como una doncella sorprendida por un malvado baronet de melodrama Victoriano que penetrara en mi aposento con alevosas intenciones. Era una sensación insoportable, aunque no creo que a Sarah le importase gran cosa.

Me condujo al cuarto de baño y luego me hizo meterme en la bañera y se puso a pasarme la esponja. También éste fue un sentimiento insoportable.

Comencé a reír, aunque no pude hacerlo mucho rato. Me dolía.

Saca la pierna —dijo ella-y dime por qué te ríes.

Pobre Giles —dije—. Esto es lo que él quería. Sólo que tú no se lo hiciste.

Porque era idea suya. Esta en cambio es idea mía. Eso marca una diferencia.

Feminista —dije.

También: lo suyo era sexual y esto es hacer de niñera.

¿Eres una niñera? —pregunté. Durante un minuto creo que no pude recordar quién era ella.

No —dijo—, pero soy madre.

¿Sí? ¿Y soy yo un niño? No lo soy, lo sabes muy bien.

¡Por favor! ¿Dónde tienes los pijamas?

Se lo dije y forcejeó para meterme en uno de ellos después de acicalarme con desodorante (insistí en ese punto), y luego me condujo a la cama y, muchacho, ¡qué maravilla! Mejor que el sexo. Si un millón de chicas, una tras otra, me hubieran preguntado justamente en aquel momento: «¿Qué prefieres, Darius, irte a la cama conmigo o acostarte solo?» Yo habría contestado: «Acostarme solo» un millón de veces.

Luego, Sarah me preparó leche caliente y después me palpó la cabeza muy delicadamente, aunque no tan delicadamente que no me doliera cuando pasó los dedos por encima de un chichón como una bola

de billar que emergía de mi cráneo.

No puedo decirte si tienes la cabeza rota o no —dijo.

No está rota —dije—. Si estuviera rota, estaría en coma.

¿Cómo lo sabes?

Bueno, no está rota.

Tienes una contusión.

Claro, pero nada se puede hacer con una contusión salvo dormir. Déjame dormir. Estaré de maravilla mañana por la mañana.

Puedes tener un derrame interno. Creo que debo llamar a un médico

No —dije—. Ningún médico querrá venir de todos modos. Déjame dormir. Vuelve mañana por la mañana y si no te abro la puerta, entonces pide una ambulancia.

Oh, no seas tarugo —dijo, y se acercó una silla con brazos y se sentó en ella.

No puedes quedarte aquí toda la noche.

¿Cómo vas a impedírmelo?

Gruñí y después de eso no recuerdo nada de cuanto ocurrió. Creo que hablé. No recuerdo haber hablado sobre el asesinato de Giles, aunque pude haberlo hecho. Me parece que hablé mucho sobre Asimov. Sólo Dios sabe lo que dije, pero me parece recordar que dije que debería existir una ley contra cualquiera que tuviera tan pocos problemas al escribir (39).

Y luego me deslicé en el sueño y eso fue todo. No tuve sueños que pueda recordar. ¡Nada de nada! Incluso podría decirse que estaba muerto.

39 No haré mucho caso de tales observaciones. No parece que a ninguno de mis buenos amigos en el campo literario se les ocurre nunca pensar que puede costarme tanto como a ellos. A mi parecer todo es cuestión de energía, determinación y estoicismo - NOTA DE ISAAC ASIMOV.

¡Una cacal - NOTA DE DARIUS JUST.

4

MIÉRCOLES, 28 DE MAYO DE 1975

1. SARAH VOSKOVEK, 9:00 de la mañana

Debí haberme quedado dormido a eso de las once. Desperté apenas dieron las nueve. Había dormido diez horas, cuatro más de las que suelo dormir.

Durante un rato permanecí inmóvil, mirando al techo, preguntándome qué mierda pasaba con las cosas. Luego volví la cabeza porque tuve la sensación de que había alguien más allí y vi a Sarah Voskovek en una silla, mirándome con sus ojos oscuros, agrandados y ansiosos.

Me levanté, pero me dejé caer otra vez porque la cabeza me lanzó un aviso. Aquello me estimuló la memoria.

¿Sabes quién soy? —dijo Sarah.

Me llevé ambas manos a la cabeza y dije minimizándolo:

Claro que sé quién eres. Eres Sarah Voskovek. Y si te esperas un minuto, te lo contaré

todo. Estuvimos cenando anoche, ¿no?

Sí. ¿Y luego?

Hubo una pelea en el parque. ¿Correcto? ¿Qué ocurrió luego? ¿Me trajiste a casa?

Sí.

Y te quedaste... Perdona, pero tengo que ir al baño. ¿Quieres ayudarme?

Lo hizo y luego me sostuvo hasta que llegué.

Perfecto —dije—. No puedes quedarte aquí. ¿Qué quieres hacer, sujetármela? Además, eso no es todo lo que tengo que hacer.

¿Y si te caes? —dijo.

Oirás el batacazo. Por favor, sal.

Lo hizo, pero estoy seguro de que se quedó cerca de la puerta. iPara que hablen de los factores inhibidores! Intentar relajarte sentado sobre la taza del retrete con una chica ajena -ajena en cierto modo- puesta la oreja contra la puerta. Es como para matar el romanticismo.

Me sentí mucho mejor después y así se lo dije cuando salí.

¿Cómo te sientes? —preguntó.

Me siento muy bien —dije—. Me queda lo de la cabeza, pero todo lo demás funciona a las mil maravillas. A menudo me vienen retazos pero no logro recordar mucho sobre cómo vine a casa.

No hay nada que recordar, Darius. Me limité a meterte en la cama.

¿Y te pasaste toda la noche observándome?

Creí haberlo dicho en plan sardónico, pero ella me espetó:

Si no me tomas como mala de película, me tomas por un ángel de la guarda.

(No pude recordar en ese momento en qué punto de la noche hizo ella su observación acerca de que si no la hubiera tomado por un personaje malvado no me habría interesado, de modo que no capté lo que dijo en el momento, sino más tarde.)

Sin embargo —prosiguió—, soy un ser humano. Puede haberme pasado por la cabeza el observarte como una madre, pero no lo hice. Me quedé dormida y así pasé la mayor parte de la noche. Desperté apenas una hora antes que tú. Si en medio de la noche hubieras necesitado un médico, no me habría enterado.

Pero dormiste en una silla.

Es una silla muy confortable. Y me desnudé y usé uno de tus pijamas. Te pagaré el servicio de lavandería.

No seas estúpida. ¿Quieres ir al baño?

Ya lo he utilizado. No hubo ocasión de pedirte permiso. Claro, me
encuentro ahora un poco pegajosa. No podré cambiarme de ropa interior
porque seguramente no tendré oportunidad de pasar por casa.
Hay personas que no se cambian en un par de días y siguen
viviendo. ¿Tienes que ir al trabajo? Son más de las nueve.
He llamado al hotel y he dicho que llegaré tarde. ¿Qué pasa con el desayuno?

Vamos a él. ¿Quieres algo de lo que tengo?

Así. Hizo una tortilla con setas y jamón y abrió una lata de tallos de bambú. Por encima le puso salsa de tomate. Y café. Y zumo de pina para empezar. Algo grande.

Fuera hacía un día bastante nublado, pero también era grande. No quería que el sol me deslumbrase. No quería hasta que las pulsaciones de la cabeza me bajaran un poco.

Ella no parecía tener prisa. Comió lentamente, y lo mismo hice yo.

¿Recuerdas lo que dijiste anoche después de meterte en la cama? -dijo.

¿Hablé? —pregunté atónito.

Sí. Querías hacerlo y pensé que lo mejor era dejar que lo hicieras. Si te volvías demasiado incoherente, sabría que tenía que llamar a una ambulancia.

Pero no lo hiciste, ¿verdad?

No. Fuiste de lugar común a lugar común más bien bruscamente, aunque dentro de las observaciones que hiciste, te comportaste con raciocinio.

Me quedé con los ojos clavados fijamente en la bandeja.

¿Dije algo... molesto?

Si te refieres a discutir sobre tu vida sexual, o a ponerte agresivo conmigo, la respuesta es no y no. Manifestaste, por el contrario, un autodominio digno de envidia.

Maravilloso. ¿De qué hablé?

Un poco de todo. De tus escritos, de tus editores, de tus padres, del Cercano Oriente...

¡Santo Dios! ¿Hablé de política internacional? ¿Qué dije?

No lo recuerdo con exactitud. Lo hiciste más forzadamente, considerando tu situación al referirte al doctor Asimov.

Arrugué un tanto la frente. Mi cabeza pareció demostrar que la comida estaba penetrando en mi cuerpo.

Creo recordar eso. ¿Qué dije?

Fuiste más bien arisco con la rapidez y extensión de sus escritos. Y

dijiste que estaba tan seguro de su inteligencia que jamás se había

preocupado de demostrarla. Y luego dijiste...: «No estoy seguro de éste...»

Prosigue como sea.

Creo que dijiste que de ahí pudiste aprender a ser tan alto que jamás te preocuparías por parecerlo.

Quizá me refiriese a que no entré en el parque sólo para demostrarte cuan alto era.

También yo pensé eso. Pero el caso es que me lo demostraste muy bien.

Quizá. No fue una coincidencia a propósito. El tipo nos estaba siguiendo, como dijiste. Me habría seguido a mi apartamento e intentado cazarme aquí, pero el parque le ofreció una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla.

Creo que lo recordaré toda mi vida.

Agité la cabeza vivamente.

Y por un pelo nos salvamos. Por lo que a mí respecta, es la prueba definitiva de que Giles fue asesinado. Si se comete un crimen, no se vacila en matar de nuevo. ¿Qué otro motivo iba a tener al seguirme, a mí especialmente, y atacarme?

Lo intentarán otra vez, querido.

No me sorprendería —dije, y sentí un leve estremecimiento ante la idea, pero intentando no exteriorizarlo—. Haré lo posible por estar alerta... ¿Hablé sobre eso, sobre el crimen, anoche?

No mucho. Sólo hacia el final. Antes de quedarte dormido. Tu voz se fue haciendo más suave y las palabras comenzaron a brotar juntas y me pregunté si te estabas quedando dormido o si necesitabas un médico; pero en eso te incorporaste y dijiste: «La pluma, no debería haberlo hecho», o algo parecido. No estaba muy claro. Extendiste la mano, me cogiste la mía y luego pareció que te relajabas y te quedaste dormido. Al principio temí que hubieras entrado en coma, pero parecía el sueño más apacible del mundo y decidí esperar otra oportunidad.

Perfecto. Me alegro de que lo hicieras así. De modo que hablé de plumas. Supongo que nunca superaré el haber fallado a mi amigo la última noche de su vida. ¿Y me dormí cogiéndote la mano?

Sí, y luego, al cabo de un rato, te la solté.

Se fue al fregadero.

Oh, no laves los cubiertos. Ya me ocuparé de eso cuando regrese. Los lavó de todas formas.

¿Sabes? —dije—. Nunca he pasado la noche con una chica en un apartamento sin, estar en la cama con ella.

(Ridícula expresión, pero no quise caer en los términos monosilábicos al uso.)

Se enjabonó las manos, se las aclaró, y se las secó a continuación con el paño de cocina.

Y es la primera vez —dijo ella-que paso una noche inocente con un muchacho. Ahora ya sabemos qué se siente.

Yo, no —dije—. Estuve en otro mundo.

Yo, sí —dijo-y he pasado noches mucho mejores... ¿Puedo usar el baño otra vez?

Esperé, recordando que aún no me había limpiado los dientes, ni afeitado, ni hecho unas cuantas cosas más, de modo que entré cuando ella salió. Y fue entonces, al lavarme los dientes, cuando el pensamiento me asaltó... por segunda vez, pues debió haber una primera la noche pasada, cuando mi cabeza se encontraba embotada y me permitía pensar y divagar libremente, sacándome del monótono círculo en el que mis ideas habían estado dando vueltas durante día y medio.

Empecé a gritar y con la boca llena de pasta dentífrica, salí del baño.

Sarah debió haberse quedado otra vez en la puerta, esperando a ver si me caía, porque estuvo junto a mi al momento, diciendo con ansiedad:

¿Qué pasa, Darius? ¿Qué pasa?

Tuve que limpiarme la boca. Entonces dije:

¿Qué me oíste decir la noche pasada acerca de las plumas? ¿Dije «plumas», en plural, o «pluma», en singular?

Sacudió la cabeza y alzó las manos desvalida.

No podría jurarlo. En singular, creo.

¿Y dije: «No debería haberlo hecho»?

Creo que sí.

¿No pude haber dicho: «No debería haber estado allí»?

Podría ser —dijo ella dudando—. Estabas a punto de dormirte. Tu pronunciación no era muy clara.

Puede ser —dije—. Claro.

Donde había estado contando y contemplando los mojones que
señalaban en mi mente un camino, ahora otros mojones se estaban
reuniendo, con bastante rapidez, para conformar una estructura.

¿Estás lista para salir, Sarah? —pregunté.

¿Estás seguro de que quieres ponerte la chaqueta con esos pantalones? —dijo ella.

Me miré. La cabeza me dolía apenas un poco.

Bien —dije—. Me pondré la marrón.

Me aseguré de que llevaba en los bolsillos lo necesario, billetero, llaves, tarjetas de crédito, etc., y entonces estuvimos realmente listos para partir.

Creo que será mejor tomar un taxi —dijo Sarah—. No quiero que te canses y, además, mira cómo llueve.

Claro —dije—. Quiero llegar tan pronto como sea posible. Las cosas comienzan a tener sentido.

No costó mucho encontrar un taxi (mi casa está bien situada al efecto) y durante los cinco minutos de trayecto dije:

¿Puedes hacer algo por mí?

Quizá. ¿Qué es?

Oí decir que la policía hizo en la habitación un inventario completo de las pertenencias de Giles. ¿Puedes arreglártelas para que yo pueda ver ese inventario?

No pareció muy animada.

Tendría que preguntar a Tony Marsogliani...

No se lo pidas a él. Que te lo lleve algún empleado. Si Marsogliani supone que es para mí, nunca te dejará verlo.

Lo intentaré —dijo, un tanto intranquila.

Estábamos en un semáforo a una manzana de distancia del hotel cuando recordé algo y dije:

Oh, gracias por ayudarme anoche. Debió ser una carga terrible para ti.

No me forzaste a hacerlo. Pude haberme marchado.

Bien..., gracias.

Tranquilo.

Me quedé mirándola, las palabras se hicieron inadecuadas, y la besé justo cuando el taxi se puso a rodar de nuevo. No hubo necesidad de disminuir la distancia entre nuestros rostros ni de calcular respuestas. Me limité a rodearla con los brazos como si fuera algo que podía colocarse sobre uno, y la besé. No hubo necesidad de desabrocharle ninguna prenda ni de ponerla caliente; ni necesidad de utilizar la habilidad que uno adquiere al cabo de los años de práctica.

Fue justamente un gesto de gratitud y afecto, nada más; y ella me lo

aceptó y devolvió como si estuviera complacida con ello, y nada más. No. Estoy mintiendo. Hubo un montón de cosas más. Fue un buen

beso y fue prolongado.

De hecho, duró hasta que el taxista dijo:

Ya hemos llegado, compadre.

Será mejor que salgamos u olvidaré a qué he venido —dije.

Sí —dijo ella, tomando una rápida bocanada de aire como para volver en sí misma—, o conseguiré que esa campaña publicitaria se vaya al cuerno.

Pagué al taxista, doblando mi propina de costumbre sin más razón que haberme enamorado del mundo entero, y salimos. Estaba lloviznando.

2. NELLIE GRISWOLD, 10:15 de la mañana

Pasaban de las diez cuando nos separamos, ella tomó el ascensor y yo la escalera mecánica. Nos despedimos saludándonos cariñosamente. No era una despedida. Sabía que la vería de nuevo.

Revoloteé cual paloma por entre los puestos de los exhibidores hasta el de la Hércules. Había un vago sentimiento de desintegración en el aire. Era el último día de la convención y los puestos cerrarían

definitivamente al comienzo de la tarde. Los libros, estantes y carteles de propaganda serían apartados o descolgados, y la sombra del momento por venir se aproximaba.

Nellie no estaba allí. Sentí un amago de pánico. Ahora que estaba comenzando a comprender, no podía permitirme el lujo de esperar a poner las últimas piezas en su sitio.

Dije ansiosamente a la chica que estaba en el tenderete :

¿Dónde está la señorita Griswold? ¿Lo sabe?

Volverá en seguida —dijo la chica, con la vacilación y el embarazo necesarios para demostrarme que Nellie estaba en el tocador de mujeres. Perfecto. Siempre regresan del tocador. Sus atractivos son limitados, supongo.

La vi venir desde lejos, y he ahí la ventaja de buscar a una persona alta. Caminé rápidamente hacia ella, esperando que no cambiara de ruta

Nellie —la saludé con la mano. Tuve que hacerlo o no me habría visto... he ahí la desventaja de no ser alto.

Darius —dijo ella—. ¿Cómo está? ¿Ya ha sabido lo que deseaba?

Casi.

Yo... bastante. Me voy a casa esta noche después del banquete y derecha a la cama. No tengo que volver al trabajo hasta el lunes.

Magnífico —dije, deseando que tuviera un mes libre, si fuera necesario, a condición de que me diera la respuesta que necesitaba. Sabía qué respuesta debía ser, aunque cada grado que disminuía mi desconcierto, cada eslabón que yo no había conjeturado que existiera, harían la estructura más firme, de modo que la jugada final sería más digna de confianza.

Escuche, Nellie —dije—, quiero saber algo más sobre Giles Devore; ya sabe, la sesión de firmas.

La miraba fijamente mientras le hablaba y por vez primera me zarandeó el hecho de que una chica pudiera ser tan grotescamente alta.

Ya le dije todo —replicó.

Sólo un detalle. Recuerdo que él arrojó la pluma de tinta roja cuando hubo acabado. La pluma que usted le había dado.

Sí, así lo hizo. No la recogí. ¿La necesita? Dudo que sea posible...

No, no la necesito. Pero cuando usted se la llevó, él estaba allí con otra pluma, una pluma que se había secado. Era la segunda que se le quedaba seca y usted le dio una tercera.

Sí —tenía el aspecto de quien espera quedarse aturdido en cualquier momento.

Muy bien. La pregunta ahora es: ¿Qué hizo él con la segunda pluma cuando usted le llevó la tercera? ¿La tiró por ahí, se la colocó delante, o qué?

iOh!, ivaya!, ¿cómo es que lo recuerda? Bien, no la tiró. Me vio llegar... iOhl, ya sé, se la guardó en el bolsillo.

La cogí de la mano y se la apreté tan fuerte como pude.

¿Está segura?

Asintió vigorosamente, pareciendo complacida del hecho de parecer yo complacido.

Lo recuerdo porque me dio la sensación de que temía que le quitara la pluma, y la apartó rápidamente. De hecho, dije: «No quiero su pluma, míster Devore. Le traigo una nueva.» Sí, lo recuerdo.

Sí —dije—, su esposa me contó que siempre se guardaba las plumas secas. El que tirase la de tinta roja es algo desacostumbrado.

¿Eso es todo lo que quiere saber? —dijo Nellie.

Sí. Es cuanto necesitaba. Gracias —tuve el impulso de besarla, pero pensé la distancia que tenía que recorrer para posar mis labios sobre los suyos y pensé que se fuera a la mierda.

3. SARAH VOSKOVEK, 10:50 de la mañana

A continuación, volver con Sarah.

Apenas había tenido media hora, pero si no había conseguido el papel aún, esperaría hasta que lo consiguiese.

Crucé la puerta más bien precipitadamente. Ginger alzó la vista,

asustada; entonces me reconoció, me saludó y me dedicó una sonrisa. Sarah estaba al teléfono. Me miró, me hizo una seña con los dedos,

aunque siguió con el teléfono, habló rápidamente y luego escuchó.

Estaba preparado para esperar, pero me alargó una fotocopia de una

lista por encima del escritorio.

¿Ya? —hice con la boca pero sin producir sonido.

Ella asintió y me volví para que pudiera continuar la conversación sin estorbos.

Cogí el papel con cierta precipitación en mis latidos cardíacos. Si no lo solucionaba correctamente con la lista, quedaría como hasta ahora, sólo que con menos certeza, y podía quedarme sin ánimos para tender la trampa.

Dejé atrás rápidamente la lista de ropas y bagatelas (ibuen Dios!, «una píldora suelta, aparentemente una aspirina»).

No lo veía... lo repasé más cuidadosamente... una y otra vez. No estaba allí.

Respiré profundamente. (Había estado conteniendo el aliento y estaba ya medio asfixiado.) Me quedé sentado, pensando.

Todo encajaba, pero nada había que se impusiera rotundamente. Todo era circunstancial y a menos que pudiera demostrar algo firme y seguro, nadie me creería. Y para demostrar algo....

Sarah había colgado y no lo había notado.

iDarius! —dijo, y pude decir por experiencia retroactiva (si es que sabe a lo que me refiero) que era la segunda vez que lo decía.

Alcé la vista.

Lo siento.

¿Es eso lo que querías? Todo cuanto tuve que hacer fue pedirlo y me lo enviaron en seguida. ¿Ya está?

Más que eso. Sé quién mató a Giles.

Estaba seguro de que iba a preguntar, pero no lo hizo. Solemnemente, dijo:

¿Estás seguro de que no te equivocas?

Seguro, pero no creo que pueda convencer a nadie más sin ninguna otra cosa. Escucha, ¿estaba Marsogliani cuando llamaste?

Sí, pero no en su oficina. He ahí por qué conseguí la lista tan rápidamente. Es una de sus mañanas en el cuartel general de Seguridad en el sótano.

Medité un rato.

¿Qué opinas de Marsogliani? —pregunté luego.

¿En cuanto jefe de Seguridad?

Sí.

Lleva aquí diez años, por lo que sé, y están satisfechos con él.

¿Y en cuanto a su honradez?

¿Qué quieres decir con honradez?

¿Es un delincuente? ¿Puede estar envuelto en algún asunto de drogas.

Me contempló como si yo me hubiera vuelto loco.

¿É/? Jamás.

Eso es sólo una impresión tuya, claro.

Aun así. Tendría que ser el mejor actor del mundo para darme tal
sensación de limpieza.

¿Cuánto hace que lo conoces?

Desde que entré aquí. Hace cerca de siete años.

¿Y tu personal y confirmada opinión es que es un hombre honrado?

Ab-so-lu-ta-men-te —dijo, separando las sílabas para dar énfasis.

Entonces tendré que correr el riesgo. Mira, Sarah, la habitación 1511, la habitación de Giles, ¿sigue vacía?

Fue al teléfono otra vez. Después de un rato, dijo:

Míster Devore la tenía hasta hoy y su editor la ha mantenido reservada. No había ninguna pérdida en dejarla vacía hasta ahora, pero volverá a estar disponible a las tres de la tarde de hoy.

Consulté mi reloj. Pasaba de las once.

Tengo tiempo, creo. Tendré que ver a Marsogliani.

Haré lo posible por que suba, aunque cuando está en las oficinas del sótano, él...

No es necesario. Preferiría bajar y sorprenderlo. ¿Puedes conducirme hasta abajo?

Sarah suspiró.

En el sentido de que conozco el camino, Darius, puedo. Pero tengo que permanecer al teléfono hasta que la campaña de publicidad se acabe. Por favor, haré lo que pueda para que suba.

No. No quiero implicarte en esto. ¿Puede alguien conducirme allí? Se levantó y se dirigió a la oficina exterior, luego se volvió y dijo:

Ginger te acompañará... ¿Te cuidarás, Darius?

Oh, sí, Sarah, me cuidaré. Lo que necesito es suerte.

Automáticamente me llevé la mano a lo alto de mi cabeza: Sí, todavía me dolía. Y pensé: «No puedo recibir otro en el mismo sitio. Probablemente me mataría.»

Sin duda ella leyó mis pensamientos pues su rostro se contrajo.

¿De nuevo vas a demostrar lo alto que eres? -dijo.

Me quedé inmóvil por un momento.

No —repliqué—. Sé ya lo alto que soy. Tengo los pies y ias pulgadas que necesito. Lo que empero demostrar es lo listo que soy.

Y añadí para mí: «Y en qué medida soy un asesino.»

4. ANTHONY MARSOGLIANI, 11:20 de la mañana

Ginger me condujo hasta el sótano, a través de un laberinto de

pasillos, hasta una puerta de vidrio que fue una repentina visión de luminosidad y moblaje de hotel moderno en medio de los fríos e inquietantes alrededores. Mi corazón retumbaba cuando vi a Marsogliani a través de la puerta, con su chaleco y su cigarro a medio consumir. Estaba hablando por teléfono.

Gracias, Ginger —dije.

Sonrió la chica y se fue... más bien con prisa, supuse. Quizá esperaba una homérica explosión dentro de la oficina y no quería estar allí cuando tuviera lugar.

La puerta no estaba cerrada (icielos!) y entré. Marsogliani alzó la vista y yo dije:

Buenas. Esperaré. Soy Darius Just.

Marsogliani pareció asustado al principio, y a continuación enormemente fastidiado.

Ya sé quién es usted —gruñó—, pero ya puede ver que tengo trabajo.

Esperaré.

Espero estar muy atareado.

Todo cuanto necesito es media hora —dije—. Preferiría no mezclar a la policía.

No reaccionó salvo lanzándome una mirada desde sus caídos párpados, pero no me ordenó que me largase. Dijo al otro que estaba al extremo de la línea:

Bien, llámame más tarde.

Colgó, se volvió hacia mí y dijo:

Dígame qué quiere y rápido.

Concédame dos minutos sin interrupciones —le dije—. Tiene usted en este lugar un problema de drogas. Sé que lo tiene y usted también lo sabe, de modo que no se moleste en ocultarlo, pero permitame proseguir. Yo puedo resolverlo. Puedo ir a la policía con esto, pero significaría un montón de problemas y, al final, mucha mala publicidad para el hotel. Si usted me ayuda ahora, puede quedarse con la gloría o la recompensa que se obtenga..., yo no quiero nada... y eso ayudará al hotel.

Me miró por entre el cigarro, que apestaba abominablemente.

¿Qué hay en esto que tenga que ver con usted?

Giles Devore fue asesinado porque yo no hice... una cosa.

¿El paquete de plumas?

Sí. Y quiero compensarlo descubriendo a la persona que lo mató. Marsogliani suspiró ruidosamente y dijo algo que probablemente era italiano.

¿Quiere ayuda? —dijo luego—. ¿Qué clase de ayuda?

Puedo tender una trampa al asesino, si usted me ayuda. Necesitaré dos personas, usted y su hombre, Michael Strong. Estuvimos los tres en la habitación de Giles después de que yo descubriera el cadáver y los tres estaremos ahora, y si me concede quince minutos, no más, atraparemos al asesino.

¿Quiere usted decir que él vendrá a nuestro encuentro? ¿Que volverá al lugar del crimen?

No estoy diciendo que sea un hombre —dije con precaución-ni que vaya a ser tan sencillo. Pero los tres estuvimos anteayer con el cadáver en el cuarto de baño. Estaremos preparados para entender qué pasó, ¿no lo comprende?

No, no lo comprendo. Dígame qué es lo que tiene en la cabeza o salga de aquí.

No puedo decírselo. No tengo la prueba y usted no me creería. Pero si me voy, iré a la policía. Puede que tampoco me crean, pero tendrán que investigar puesto que las drogas están involucradas y quién sabe qué resultará de todo esto y qué reputación obtendrán usted y el hotel. Pero deme quince minutos en la habitación 1511 y tendrá todo cuanto quiere; y si estoy equivocado, me alejaré y olvidaré todo el asunto. No implicaremos a la policía de ninguna forma.

¿De veras? —dijo—. ¿Lo olvidará? Escuche. Si usted me hace salir de aquí y luego resulta que todo esto no es más que un embrollo que nada quiere decir, entonces no se limitará a alejarse y a olvidar el asunto. Le ayudaré yo a irse con tal patada en el culo que el espinazo

Librodot

se le saldrá por la boca.

Le dejaré que lo haga. Me mantendré quieto —dije—. ¿Qué más? Hubo una pausa de cerca de un minuto, mientras apostaba un

desesperante cuatro contra uno a que no iba a resultar. Entonces dijo:

¿Quiere que subamos todos juntos o que Strong se reúna arriba

con nosotros? .

Todos juntos —dije rápidamente—, pero quiero que subamos por un camino que evite los vestíbulos y las salas de baile, de manera que ¿puedo decir a Strong que baje y tomamos luego el camino por el que se transportan las mercancías?

¿Así no nos verá nadie entrar en la habitación? ¿Y el asesino se nos reunirá luego?

Quince minutos tan sólo es lo que necesito.

¿Cuál será la magia que atraerá al asesino?

Ya lo verá —dije—. Dará resultado. ¿Qué puede usted perder? Quince minutos. Como réplica, tendrá el placer de elevarme dos pies con la punta de su zapato.

Vive Dios —dijo-que pagaré quince minutos por ese placer.

5. ANTHONY MARSOGLIANI, 11:35 de la mañana

Michael Strong fue llamado por el transmisor portátil. Me vio en seguida nada más entrar y se quedó parado por la sorpresa. Sus cejas se alzaron.

Bien, Strong —dijo Marsogliani—, necesitaremos su ayuda. Vamos a subir a la 1511 y...

¿Donde se cayó el individuo en la bañera?

Sí. Este tío dice que si subimos y esperamos quince minutos, alguien entrará y nos dirá que él mató al otro. Vamos a concederle sus quince minutos y después, si nada ocurre, quiero que lo coja y se lo lleve a escape porque si no lo hace lo mataré yo a él.

Subamos —dije, intentando que mi voz no fallara (¡Dios!, ¿y si estaba equivocado?)-y todo estará listo al mediodía.

Usted estará listo al mediodía —dijo Marsogliani, sin que quedara duda de ello en su voz.

Strong no rechistó, pero sus ojos eran también opacos y hostiles. No tenía amigos en aquel lugar, lo que no me sorprendía.

Subimos en un ascensor espantoso que tenía que ser movido a mano. El ascensorista saludó a Marsogliani con un gesto de cabeza sin recibir nada a cambio. Subimos hasta el piso 15 en silencio. Marsogliani me hizo salir el primero.

Asomé la cabeza para estar seguro de que nadie había en el pasillo. Salimos todos y susurré:

¿Por dónde? —estaba desorientado.

Marsogliani echó a andar rápidamente y sorprendentemente silencioso. Lo seguimos. Sólo tuvimos que girar una vez a la izquierda y Marsogliani me empujó delante otra vez. Nadie había por allí tampoco, ni a derecha ni a izquierda, y seguimos andando. Marsogliani nos abrió la puerta con su llave maestra.

Allí estaba la habitación, muerta y abandonada, esperando al siguiente inquilino que le dotara del eco de una vida temporal.

Marsogliani consultó su reloj.

Son las once cuarenta y dos —dijo—. Le doy hasta las once cincuenta y siete. Ni un segundo más.

De acuerdo. Escuche, ¿puede dejar la puerta abierta para que si alguien quiere entrar no tenga que forzar la cerradura?

Muy bien —dijo. Dejó la puerta cerrada, pero sin que el cerrojo encajara, luego retrocedió y se inclinó sobre el escritorio, con los ojos fijos en él—. Catorce minutos.

Michael Strong permaneció al otro lado de la cama, también contemplando la puerta con una especie de fascinación. Y yo miraba con él, dando la espalda al condenado cuarto de

baño.

Diez minutos —dijo Marsogliani suavemente.

No tiene por qué contar —dije yo más suavemente aún.

Pude sentir una gota de sudor resbalándome por el rostro. El aire acondicionado no estaba conectado, claro. No quería que su ruido estropease las cosas.

Pasaron más minutos. Saqué un pedazo de papel del bolsillo interior de mi chaqueta. Era el programa de la convención. Susurré a Strong:

Déjeme su pluma un momento.

¿Qué? —dijo con voz normal.

Le hice guardar silencio con un gesto de apremio.

Quedan sólo cinco minutos. Déjeme su pluma.

La tensión había crecido hasta el punto de que los tres parecíamos vivir en un mundo irreal, que era con lo que yo contaba. Strong asintió, se abrió la solapa izquierda de la chaqueta y seleccionó una de las tres plumas que había en su bolsillo interior.

Esa, no —dije con urgencia—. La otra.

Sostenía la pluma que había escogido.

-¿Qué?

La otra —susurré—. La otra.

Y entonces, como se quedara parado por la sorpresa, metí la mano bajo su chaqueta, saqué una de las otras dos plumas y me fui al otro lado de la cama.

La tensión creada había dado resultado y Strong la rompió. Lanzó un rugido de rabia.

Deme eso —gritó—. Deme la pluma.

¿Por qué? —dije—. ¿Qué tiene dentro?

Dio la vuelta a la cama y rodé sobre ella, alejándome de él. Entonces Marsogliani volvió a la vida soltando un gruñido.

¿Qué mierda está haciendo, Just?

Tengo una pluma —dije balanceándome sobre la punta de mis zapatos y mirando a Strong ferozmente—. Le he cogido su pluma y quiero abrirla. ¿Quiere contenerlo?

Y Marsogliani comenzó a ver lo que estaba pasando, de modo que cuando Strong se lanzó contra mí otra vez, se revolvió contra el amplio chaleco del otro. Marsogliani movió velozmente los brazos y en un santiamén tenía a Strong con los codos en la espalda.

Vigílele las piernas —dije.

Tranquilo, Strong —dijo Marsogliani-o te arrancaré los brazos, los

tiraré por la ventana y dejaré el resto aquí... ¿Qué ha conseguido, Just?

Una pluma —dije, sosteniéndola sobre el escritorio—, y la estoy

abriendo.

La sostuve con el plumín para arriba, desenrosqué el cuerpo con un gesto que me llevó los dos segundos más largos de mi vida, pues si nada pasaba me vería envuelto en tal lío que ni me atrevía a medir las consecuencias.

Separé las piezas y un polvo blanco se desparramó sobre el escritorio. Sin moverme, dije:

Le pondrán un cero, Marsogliani, si esto no es heroína.

No hacía ni cuarenta y siete horas que había descubierto el cadáver.

6. ANTHONY MARSOGLIANI, 11:57 de la mañana

Las dos horas que siguieron fueron agitadas. Strong se volvió loco de súbito y tuvimos que sujetarlo entre los dos. Sus alaridos, cuando eran coherentes, no dejaban lugar a dudas que habíamos atrapado un eslabón en la cadena del tráfico de drogas.

Marsogliani le sacó las otras plumas, pero no las abrió; llamó a otros miembros de Seguridad, que se llevaron a Strong para, creo entender, ponerlo «bajo vigilancia». Si eso significaba que lo iban a esposar o a atar con cuerdas, o cualquier otra cosa, es algo que ignoro y que no me importó. Era asunto de Marsogliani y por lo que a mí respectaba ya estaba

bien.

¿Cómo lo supo? —dijo.

Se lo conté, dejó de escribir y se me quedó mirando como si yo
estuviera loco.

-¿Eso era todo lo que usted tenía? —decía una y otra vez.

Para mí era suficiente —le repetía incesantemente.

Corrió un buen riesgo,

Tuve que hacerlo. Tenía que crear la tensión necesaria para que saltara y tenía que hacerlo cuando usted estuviese presente. Oí decir que era usted honrado.

No me dio las gracias por aquello. Su expresión me dio a entender que se había ofendido por haber tenido que preguntar al respecto.

Tendrá que hablar con la policía —dijo—. ¿Lo entiende?

Estaré en la ciudad y disponible siempre que me requieran... Entienda que él mató a Giles Devore.

Puede ser —gruñó Marsogliani-si se trata de heroína, y estoy de acuerdo con usted en que lo parece...

Vamos, usted lo oyó gritar que se la devolviéramos o lo matarían. Mierda —agregué—, hizo que alguien intentara matarme anoche.

Lo que dijo probablemente no tendrá importancia —dijo Marsogliani—. Estaba desprevenido, no tiene abogado. Pero si es heroína, entonces será acusado de posesión y podremos partir de ese punto.

Muy bien, hágalo. La Seguridad del Hotel es quien tiene que hacerse cargo de esto. ¿Quién sabe lo que puede ocultarse bajo Strong? La policía lo hubiera agradecido.

Gracias —dijo agriamente—, pero usted tendrá aún que testificar y
yo veré si puede usted presentar los hechos sin especular demasiado.

En la medida en que usted recuerde de qué especulaciones se trata.

Usted dijo que soy un hombre honrado.

La policía vino y era heroína. Les di información suficiente para explicar por qué Strong era sospechoso. También les di la impresión, si decirlo expresamente, de que había compartido mi información con Marsogliani y que era él el que había tendido la trampa.

Pasaban de las dos cuando se dieron por satisfechos. Me avisaron de que tenía que estar disponible para las declaraciones y me dejaron marchar.

7. SARAH VOSKOVEK, 2:20 de la tarde

Eran casi las dos y media cuando bajé a la oficina de Sarah. Sus primeras palabras fueron:

Sé lo que ha pasado. Fue Michael Strong.

Sí —dije—. ¿Te importa si me siento?

Era simplemente una formalidad. Me senté y estiré las piernas.

Supongo que habrás comido.

No —dijo—. Tuve que hacer cosas para no pensar en ti y lo que estuvieras haciendo con Tony, de modo que me puse a trabajar en lo de la campaña de publicidad y tomé las decisiones finales. Ya se ha acabado.

Me alegro, si te hizo no pensar en mis problemas.

No lo consiguió. Pero tenía...

¿Fe en mí?

No, estaba demasiado asustada para tener fe. Tenía esperanza.

Salí bien parado, de modo que tu esperanza estaba justificada.

Tampoco yo pude comer. En la medida en que has acabado el proyecto en
que estabas comprometida, según dijiste un día, ¿puedes salir conmigo?

Estaba deseando que pudiéramos hacerlo.

Bien, tus deseos se verán cumplidos.

Ella se alejó un momento y yo hice uso del lavabo de caballeros que había en el vestíbulo (no pude usar el de la habitación 1511), y luego salimos del hotel en busca de luz y aire. La lluvia que había caído por la mañana había desaparecido y el sol aparecía por momentos a través de las nubes. Nos metimos en un taxi para alejarnos del escenario de forma más efectiva que una caminata, y fuimos a un restaurante escandinavo sito bien en lo alto de la ciudad.

Puesto que había pasado la hora de la comida, el restaurante estaba prácticamente vacío, lo que me pareció muy bien. Comimos suculentamente de lo que había disponible. Excepto para llenar en dos ocasiones nuestras tazas de café, no fuimos molestados siquiera por los camareros.

Descubriste quién fue esta mañana —dijo Sarah—, ¿no? ¿Cuando dijiste algo sobre una pluma que no estaba donde tenía que haber estado?

Lo descubrí la pasada noche —dije—, supongo, cuando estuve farfullando medio dormido y medio fuera de combate. Cuando me contaste lo que había estado diciendo, me acordé.

¿Podrías explicármelo?

De mil amores. Verás, se lo he contado a Marsogliani y a la policía, pero lo mínimo posible, de modo que rabio por explicarlo de punta a cabo. Todo es una cuestión de plumas, ya ves, del principio al fin. Están las plumas que olvidé llevar a la habitación de Giles, las plumas que Strong utilizaba para transportar la heroína, las plumas que se secaron. Si tuviera que escribir una novela sobre esto, la llamaría El caso de las Tres

Plumas, pero es Asimov quien la escribirá probablemente... tengo que presentarle los hechos... y él está dispuesto a llamarla Asesinato en la Convenció.

Imagino transportar heroína en plumas —dijo Sarah.

¿Por qué no? Todo el mundo tiene una pluma; nadie les presta atención. Y la gente siempre las pide prestadas. Cualquiera podía acercarse a Strong, pedirle una pluma, usarla brevemente, y devolverle una diferente. Y en un hotel no se notaría nada. ¿Quién sabe cuántos otros en cientos de otros sitios están haciendo lo mismo?

¿Por qué tres plumas, precisamente? Porque dijiste El caso de las Tres Plumas.

Es una referencia a las tres plumas que usó Giles para la sesión de firmas. Al comienzo llevaba una pluma consigo, una vieja. Llamémosla Pluma Uno. Debería haber tenido más, y las tenía... en el paquete que nunca entregué. Y porque no las entregué, acudió a la sesión de firmas con la Pluma Uno y nada más. Era una pluma ordinaria, con tinta azul-negra y llevaba su nombre en un monograma.

»A la Pluma Uno se le acabó la tinta, pero, según Teresa Valier, que estaba sentada a su lado, la cambió por otra pluma con la persona cuyo libro tenía que ser firmado entonces. Giles obtuvo una pluma con tinta y la persona a quien le tocaba el turno obtuvo un recuerdo con el nombre del autor.

»De modo que Giles tiene ahora la Pluma Dos pero ya ha dejado de tener la Pluma Uno. La Pluma Dos también escribía con tinta azul-negra, pero no tenía el monograma. Pero hete aquí que la Pluma Dos se seca, y Nellie Griswold le lleva la Pluma Tres, con tinta roja. Cuando Giles aceptó la Pluma Tres, se metió la Pluma Dos en el bolsillo... rutinariamente se las guarda aun cuando estén secas..., de modo que ahora tiene la Pluma Dos y la Pluma Tres. Una vez acabadas las firmas, estaba tan ofuscado que tiró la Pluma Tres con petulancia. Cuando subió a su habitación contigo, más adelante, tenía sólo la Pluma Dos en su poder. ¿Está claro?

Sarán asintió.

Sí. Pero ¿qué se sigue de esto?

Dos horas más tarde, cuando entré en la habitación de Giles, con Giles muerto en el cuarto de baño, había una pluma en la habitación. Tenía el monograma y estaba vacía de tinta. Tenía que ser la Pluma Uno. No había señal de la Pluma Dos. No la busqué en aquel momento, no sabiendo que debería haber estado allí, pero la lista que la policía hizo de sus

pertenencias incluía «una pluma, con un nombre grabado». Ninguna otra pluma.

»La única forma en que aquello podía ser tenía que admitir que entre la hora en que tú lo dejaste y la hora en que yo lo encontré, alguien tuvo que entrar con la Pluma Uno, dársela a Giles y quedarse con la Pluma Dos a cambio. Pero la persona que tenía la Pluma Uno era la persona que había intercambiado plumas con Giles durante la sesión de firmas. ¿Por qué iba a querer ahora desprenderse de un valioso recuerdo a cambio de una pluma que había dado con anterioridad y que además estaba sin tinta?

«Realmente no encontraba la forma de responder a tal pregunta, de no haber sido por el rastro de polvo sobre el escritorio..., que yo estaba seguro que era heroína. Una vez esto, me pregunté si la persona que había intercambiado plumas no habría dado inadvertidamente la pluma equivocada a Giles. El había querido dar a Giles una pluma que funcionara de veras y, en la excitación ante la oportunidad de poseer la pluma con el monograma, le había tendido una en la que la reserva de tinta se encontraba reducida, de modo que apenas podía servir para unos cuantos minutos de escritura, mientras que en el espacio interior y vacío de tinta se encontraba la heroína.

»Sin duda os siguió hasta la habitación y esperó a que te fueras, lleno de impaciencia y desconcierto. A fin de cuentas, si, a pesar de sus precauciones, se destruía el sistema de transporte, apenas podría esperar más que una vida de expectación. Si escapaba de la policía, tal vez no le fuera tan fácil escaparse de los que estaban por encima de él en el negocio. Se acercó a la puerta tan pronto te marchaste tú, tan precipitado en su ansiedad que captaste un vago vislumbre de su presencia.

»Si hubiera sido capaz de efectuar el cambio -y ¿por qué iba Giles a negarse?-, todo habría salido bien para él. El problema es que Giles tenía el hábito de desmontar las plumas y desenroscarlas, especialmente cuando estaba abstraído. Debió haber destripado la Pluma Dos después de marcharte tú, y el polvo que contenía se desparramó sobre el escritorio.

»Esto pudo no haber significado nada para Giles, pero cuando el otro entró en la habitación, ya dispuesto para el cambio de plumas, la vista de la heroína desparramada debió sin duda hacerle perder el control. Atacó al pobre Giles, completamente ignorante de lo que estaba ocurriendo, y, supongo, lo mató de un golpe en la base del cráneo. Luego, pensando a toda prisa, le quitó las ropas a Giles e intentó hacer que todo pareciera

como si se hubiera caído en la bañera.

«Claro, el asesino no podía saber que esparcir las ropas por ahí iba a constituir una revelación que el muerto haría a unas cuantas personas, y yo fui una de esas cuantas personas. Fue un poco de increíble mala suerte para él. Se llevó la Pluma Dos, aunque debería haberse llevado también la Pluma Uno y el polvo de heroína. No lo hizo, aunque me sorprendió mucho que lo hiciera de aquella forma. Debió haber tenido una enorme prisa, y esforzarse por desnudar a un cuerpo muerto y trasladar aquel cuerpo muerto -un cuerpo pesado- a través de la habitación hasta el cuarto de baño debió tomarle su tiempo... Y eso es todo.

No, no es todo —dijo Sarah—. ¿Cómo sabías que fue Michael Strong?

No lo sabía. Al principio, no. Cuando desapareció la heroína que advertí al principio, estaba convencido de que había sido obra de Marsogliani para proteger al hotel... y no lo relacioné con el crimen.

»Esta mañana, sin embargo, cuando resolví el problema de las tres plumas y decidí que el asesino tenía parte y botín en el asunto de las drogas, tuve que pensarlo de nuevo. El que pasaba la heroína tenía que ser el asesino, y ése tuvo que ser Strong.

»Strong era admirador del libro de Devore y fue él quien formó cola para recibir la firma. Más bien astutamente, aprovechó la oportunidad para decírmelo. Imagino que pensaba que si tal hecho brotaba independientemente, entonces el mero hecho de no haberlo mencionado podría parecer sospechoso, mientras que una conversación banal que lo sacara a relucir lo convertiría en algo inofensivo, como ciertamente pareció. Me enseñó el libro y la firma y no tuve razón ninguna para dudar de su palabra. Hasta firmé yo también.

»Lo único en que alteró la verdad fue en decir que había estado temprano en la cola para

dar la sensación de que no había estado presente cuando tuvo lugar el altercado de las plumas secas. Obviamente, tampoco tuve la menor razón para dudar de aquello.

»Pero una vez comencé a ponerme a Strong entre ceja y ceja, recordé que la firma contenía un "Con mis mejores deseos" en tinta clara mientras que la firma estaba en tinta oscura. Lo atribuí a la egomanía de Giles, pero comenzó a parecerme claro después que había sido en aquel momento en que la Pluma Dos se había secado y que se había efectuado el intercambio de plumas. De modo que vi la mitad de lo escrito con la Pluma Uno y la otra mitad con la Pluma Dos y que aquello convertía a

Strong en el asesino.

»Eso encajaba con mi sensación de que el asesinato tenía que haber sido el resultado del control perdido de un hombre, pues en las ocasiones en que hablé con Strong me pareció un hombre emocionalmente tenso.

»Es sorprendente, de hecho, cómo los mismos hechos cambian sus circunstancias cuando se ven desde un nuevo punto de vista. Strong debió haber permanecido cerca de la habitación, o tan cerca como se atrevió, después del crimen... lo que fue, a fin de cuentas, impremeditado e indeseado. Tuvo que preguntarse cuándo sería descubierto y cómo, y quería estar allí para establecer que se trataba de un accidente desde el comienzo.

»Sin duda me vio entrar. Oí pasos en el pasillo nada más penetrar y apostaría a que eran los suyos. El llegó a la habitación un instante después de informar yo del suceso. Atribuí su creciente nerviosismo al hecho de ser un admirador de Giles. La verdad, aunque también era el asesino de Giles.

»Se las arregló para inducirme a pensar en un accidente. Se opuso patentemente a la posibilidad del asesinato o a la implicación de las drogas. Naturalmente, supuse que estaba protegiendo al hotel, no a sí mismo. Aunque, claro, se protegía a sí mismo.

Pero —dijo Sarah—, ¿por qué siguió usando las plumas tras aquel error fatal? Todavía contenía heroína cuando fue atrapado.

No creo que tuviera elección, Sarah. No podía permitir que había casi revelado el negocio pues sería hombre muerto. Tuvo que seguir como antes, esperando que las cosas quedaran cubiertas, no sólo ante mí y la policía, sino también ante sus superiores.

»Cuando cometí mi peor error, involuntariamente, fue al seguir el impulso del momento poco antes de la mesa redonda de Asimov, al querer comprobar tu historia del problema de las drogas. Le dije que sabía algo del sistema del tráfico de drogas y que sabía que algunos empleados del hotel estaban implicados. Fue un impacto al azar, y ante su firme negación del asunto, pensé -lo siento, Sarah- que tú eras quien mentía. Atribuí su miedo y su perturbación, una vez más, a su relación con el hotel, y aquel pequeño toque de ceguera estuvo a punto de costarme la vida... y a ti también, quizá.

Sarah no hizo nada que pareciera reprochar mi falta de fe en ella. Lo dejó pasar y dijo:

Te refieres a que se las arregló para hacer que te siguieran y atacaran.

No sé qué contaría a sus patronos, ¿tal vez que yo era un investigador

privado que se acercaba demasiado al meollo? En cualquier caso, él estaba bastante convencido, o sus superiores fueron suficientemente condescendientes en lo concerniente a las liquidaciones eventuales, de que había que hacerme probar el cuchillo.

Qué horrible —murmuró Sarah—. ¿Y si todavía andarán tras de ti?

En ese caso, ¿qué puedo hacer sino intentar tener cuidado? No me gusta nada esto, pero espero que tengan más interés en la prevención que en la venganza. Ahora imagino que estarán demasiado ocupados en protegerse a sí mismos para ponerse a correr en mi busca otra vez. Además, matarme no les reportaría ahora ningún beneficio. De cualquier forma, la historia, tal como te la cuento, es muy bella, pero como diría Eunice Devore, un fiscal del distrito jamás se la endosaría a un jurado imperturbable. De hecho, en mi sola lógica, dudaba que Strong pudiera ser arrestado, procesado y condenado. De modo que necesitaba que Strong se desmoronase ante alguien lo bastante listo como para ver el significado y capaz, por otra parte, de emprender las acciones necesarias. Ese fue Marsogliani, quien, tú me lo aseguraste,

era un hombre honrado.

¿Cómo sabías que podías hacer que se delatase? —preguntó ella.

No lo sabía. Sólo tenía que esperar. Strong estaba al borde de un ataque de nervios y el verme vivo esta mañana, repentinamente y sin avisar, debió desconcertarle hasta la desesperación. Cuando lo llevé a la habitación 1511, él no sabía qué estaba esperando, ni qué podía intentar yo dentro de las distintas posibilidades. El sabía que el asesino no iba a entrar porque sabía que el asesino ya estaba dentro. Leí el pánico y el aumento de la tensión en su rostro, y dejé pasar diez minutos para estar seguro de que lo atraparía si lo atacaba por sorpresa.

iQué astuto! —dijo ella.

iQué suerte! —dije amargamente—. Suerte suficiente para demostrarme a mí mismo como asesino. Mi olvido de las plumas condujo a Giles a la muerte. Yo había estado esperando probar que las plumas nada tenían que ver con ello.

Tenían algo que ver —dijo Sarah—, aunque todas las cosas de este mundo tenían algo que ver. ¿Por qué la pluma tuvo que secarse justo cuando Strong estaba ante él? Si no hubiera sido así, todo habría acabado bien. O si Strong no se hubiera sentido impulsado a ofrecerle su pluma. O concediéndole este impulso, si le hubiera dado la pluma que estaba llena. iO si me hubiera quedado con Devore en la habitación! iO

si Devore no se hubiera puesto a jugar con la pluma ni la hubiera abierto! iO si Strong no hubiera sentido miedo! Busca responsabilidades y verás que todo está lleno de culpa, incluyendo la azarosa oportunidad y la misma víctima. La única razón de querer presentarte como un malvado es...

¿Que soy un romántico? ¿Que los únicos que me interesan son los malvados o los ángeles?

¿Y...?

Suponte que te digo que descarto a todos los malvados y a todos los ángeles. Supón que te digo que pongo en su lugar a una mujer que me gusta.

Sarán se ruborizó un poco.

Bueno, ya ha pasado —dijo—. Espero que haya pasado. ¿Vas a volver ahora a la convención?

No. Ya he tenido bastante convención. El banquetazo es esta noche, pero no quiero asistir. Tengo una idea mucho mejor. ¿Qué tal tus citas?

Nada de nada. La campaña de publicidad ya está fuera de mi competencia y mi hijo no volverá hasta dentro diez días. Iré a la oficina a atender unas cuantas cosas y luego tendré al menos una semana libre

¿Te importa si voy a tu oficina contigo?

Claro que no.

Bueno. Voy a tomarme también un tiempo de descanso. Creo que me lo he ganado. ¿Por qué no pasamos juntos nuestro tiempo libre? Sonrió.

¿Todo el tiempo? ¿Por qué no?

¿Qué te parece una cena esta noche a última hora?

Me encantaría.

Podríamos reparar así lo que ocurrió la noche pasada, si te seduce la idea.

Puede seducirme.

8. SARAH VOSKOVEK, 11:00 de la noche

Nos sedujo a los dos. Estaba sorprendido de cuan bien encajaba entre mis brazos.

Esto es mucho mejor que la noche pasada —dijo ella—. ¿Qué tal tu cabeza?

No siento nada —contesté. (No era toda la verdad, pero sí lo suficiente.)

¿Qué habría ocurrido, Darius, si Marsogliani hubiera estado conchabado con Strong? —preguntó—. ¿Si yo hubiera fallado al calcular la honradez de Tony?

Bueno —dije—, que llevaría muerto unas once horas o así. Pero no estaba preocupado. Para mí eras un sumidero de sospechas y dudas. Después de la noche pasada, me sentí tan contento que habría apostado mi vida en ti.

Vaya por Dios, si lo hubiera sabido —dijo ella, arrimándose—. Eres el hombre más alto que conozco.

No, no lo soy —dije, alegremente—. Soy bajo... Pero ¿a quién le importa?

NOTA FINAL

La septuagésima quinta convención anual de la Asociación de Libreros Americanos tuvo lugar en los días señalados en este libro, en una ciudad americana y en ciertos hoteles de esa ciudad.

Algunos sucesos ocurrieron como aquí se cuentan. Yo, Isaac Asimov,. asistí enviado por la editora Doubleday para escribir un libro de misterio titulado Asesinato en la Convención. Fui presentado a Cathleen Nesbit, a Anita Loos (complétese con retruécano), y también a Douglas Fairbanks, jr. Fairbanks habló durante la comida del lunes. Muhamed Alí, Leo Durocher y mistress Namath estuvieron en la convención en una u otra ocasión y hubo también una mesa redonda titulada «Explicación de lo Inexplicable», que contaba con Walter Sullivan, Carl Sagan, Charles Berlitz, Uri Geller y yo, aunque no fue tan tranquila como aparece en este libro. En tal ocasión, hasta di la pequeña charla que cito (más o menos).

También firmé libros el martes (no el lunes), aunque es innecesario decir que no hubo incidentes en aquella ocasión. La otra persona firmante era Dan Rather, para quien la ocasión fue un triunfo (y con quien me sentí satisfecho de encontrarme y divertirme al final de la tarea).

Es más, al menos uno de los accidentes descritos como ocurridos a Darius Just me ocurrieron a mí. Llegué a la convención el sábado, procedente de otro estado a fin de llegar puntual a una cita, sólo para encontrarme con que la cita había sido adelantada por la razón que se apunta en el libro.

Habiendo dicho todo esto, y habiendo escrito el libro de la forma más realista posible, estoy seriamente preocupado por si alguien piensa que la convención se frustró por sucesos como los expuestos en el libro, o que el hotel u hoteles en que tuvo lugar la convención están implicados en líos como los aquí descritos, o que cualquiera de los empleados del hotel o de la ALA, o cualquiera de los asistentes a la convención tienen algo que ver con los incidentes que aparecen en el libro.

Debo declarar que este libro es pura ficción; que la ciudad innominada y el hotel innominado en los que la convención tuvo lugar, son, para sus propósitos, creaciones de la imaginación; que el asesinato y todos los sucesos relacionados con él son completamente imaginarios; que nadie de cuantos hablan en el libro -excepto Isaac Asimov- tiene existencia real.

Todos mis personajes están inventados y si hay algún parecido, real o imaginado, entre cualquier personaje de este libro y cualquiera de la

vida real, es algo libre de intención y meramente coincidencia. En particular, Giles Devore (que no me gustaba), Darius Just (que me gustaba) y Sarah Voskovek (que me gustaba mucho) son criaturas de mi imaginación.

Por último, debo disculparme por haberme introducido en la obra. Su fin no es otro que el de prestar verosimilitud al relato. Espero que usted estará de acuerdo con eso y no desaprovecho la oportunidad de sublimarme un poco. De hecho, creo tener buenos recursos cómicos y, en vista de eso, espero que me perdone.